

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

COLABORAN:

ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO  
FR. JOSE MARIA VARGAS, O.P.  
ALFREDO VERA  
TEODORO ALVARADO GARAYCOA  
HANN S HEIMAN  
PAUL ENGEL  
CARLOS VALLEJO BAEZ  
LINCOLN EL GENIO LITERARIO  
VIRGILIO PAREDES BORJA  
GREGORIO MARAÑON  
JUAN JOSE GARCIA  
ENRIQUE HIDALGO V.  
JORGE CARRERA ANDRADE

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

Tomo XII

Nº 21

Enero - Diciembre - 1959

---

Fundador

*Benjamín Carrión*

Director

*Julio Endara*

## DIRECTORIO

*Julio Endara*

*Carlos Manuel Larrea*

*Luis Bossano*

*Alberto Larrea Chiriboga*

*Alfredo Pérez Guerrero*

*Gonzalo Rubio Orbe*

*Luis H. de la Torre*

*Jaime Chaves G.*

*Isaac J. Barrera*

*Fernando Chaves*

*Pío Jaramillo Alvarado*

*Humberto García Ortiz*

*Eduardo Riofrío Villagómez*

*Julio Aráuz*

*Rafael Alvarado*

*Rubén Orellana*

*Humberto Vacas Gómez*

*Jorge Escudero*

*José E. Guerrero*

*Alfredo Pareja Diezcanseco*

*Francisco Alexander*

*Jorge Icaza*

Editor:

*Matilde de Ortega*

QUITO. Av. 6 de DICIEMBRE Nº 332, APARTADO 67

# ENSAYO Y CRITICA

**ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO**

## **LAS FORMAS DE LA CULTURA EN EL ECUADOR**

Si me lo preguntárais con franqueza, con franqueza os respondiera: nó, no me satisface el nombre de estos comentarios, pues no expresa con exactitud el intento ni el alcance —moderado, por cierto— que pretendo para resumir, en brevísimo panorama, el escrutinio de los complejos espirituales de mi país. Todo compendio peca de principio y cae a la postre en los peligros de la generalización. Por lo que título tan extenso de significado conviene poco a la discreción del propósito, y queda aquí tan sólo por necesidad de nombrar, y acaso debido a la misma amplitud de sentido que de algún modo lo protege.

Pero hay más. Si bien mirado por un ángulo el problema, no hay evidencia de una diferenciación cultural en ninguna de nuestras provincias americanas, menos la hay en las de análogo origen étnico, como es el caso para el Ecuador, el Perú o Bolivia. Mas, al propio tiempo, no se puede negar que el Ecuador, como el Perú, Colombia o la Argentina, se distingue por cierta peculiaridad en el conjunto de las formas americanas de la cultura occidental, de la que todos,

por estos lados del mundo, somos inevitablemente herederos y coparticipes. Restan, por otra parte, muy serias dudas acerca de la existencia verdadera de un estilo latinoamericano en la cultura de nuestra época. Por lo cual con mayor razón deberíamos dudar de una tipificación cultural significativa en cualquiera de nuestros países y dentro del esfuerzo que todos la vamos haciendo desde que para ellos amaneció la historia.

Todavía más cuestionable vuélvese el asunto, más difícil e intrincado, si se nos ocurre mirar al mapa y acordarnos, al mismo tiempo, de los trabajos que padecíamos cuando, antes de que se caminara por el aire, queríamos trasladarnos de un sitio a otro, dentro del inmenso territorio de esta América. La geografía, digase lo que se diga, no nos ha unido; nos ha separado. Siempre hubo más distancia de Quito a Buenos Aires, que de Buenos Aires a París, de México a Santiago, que de Santiago a Londres. Y si la historia, por su cuenta principal, nos dió el sometimiento colonial en común, las luchas por la Independencia, primero, y los caudillos bárbaros, luego, se encargaron de apedazar lo que pudo haber sido la Gran Patria que nacía; de apedazar y engendrar, por causa del desgarramiento interno la primera, debido a odios aldeanos los segundos, una petulancia nacionalista, para que creciera, justamente en los momentos en que esa etapa histórica de la civilización empezaba a desaparecer en el mundo, y cuando la natural mudanza de la cultura humana desplazábase ya, a una rapidez increíble, de las pequeñas unidades nacionales a los grandes bloques económicos estratégicos y espirituales.

El idioma, claro está, es un vínculo poderoso, una genuina alianza del alma social, pero no basta por sí solo, salvo que se complete en otros fundamentales recursos del espíritu y del medio físico, en los que constantemente se renueva.

El comercio, sin buenas rutas de transporte, sin verdadera mancomunidad de intereses hispanoamericanos, más que un vehículo de cultura y de enriquecimiento de los instrumentos materiales de la civilización, para beneficio de la unidad de conciencia de estos pueblos nuestros, ha sido un medio de dispersión, una autofagia sin saciedad, poderío casi ignorado al servicio de extraños, y forma, por tanto, de ahondar las escisiones que dejaron la tormenta política y el carácter asocial del español.

A pesar de todo, la historia —siempre se hace necesario volver a ella— da a los hispanoamericanos una categoría de cuerpo social definido y una dignidad unitaria de proporciones continentales. Y aunque me digáis que estas cosas en mucho permanecen en los terrenos de la abstracción y el deseo —nuestro nuevo derecho público, por ejemplo—, es la verdad que valen concretamente por su poderosa voluntad de ser, principalmente si se considera la historia como una posibilidad constante de utilizar origen, pasado, tradición, en la gran tarea colectiva de dominar, entre todos y para todos, el azar de los acontecimientos y la conjetura del destino. Historia en futuro y no sólo en pretérito.

Hecha, pues, la advertencia, es el caso de poder ocuparnos de las formas culturales en cualquiera de nuestros países, sólo partes de un todo en pujanza, cuya necesidad fundamental es ordenar lo disperso que le vino del mundo. Ordenarlo, no sólo para vencer a la naturaleza física, sino, por sobre todo, para afinar las más elevadas cualidades de su conciencia común.

Para lo que al propósito específico de esta conversación importa, hace falta que recordemos primero el medio físico y la condición humana del Ecuador.

## Generalidades del Contorno

Empieza junto a la sabiduría del mar, se extiende por la encendida humedad del trópico, asciende por un doble espinazo de montañas enormes a la tristeza del páramo y la nieve, y termina en la sofocación verde de la selva oriental.

Entre los dominios del mar y el primer esfuerzo del ascenso, hay una región cálida en la que se aposentó el hombre conocido por tropical. Arriba ya, en la suavidad del clima templado o en medio de la fría hostilidad de los pajonales, vive un ser apacible. Y en la caída a la gigantesca cárcava amazónica, permanecen restos humanos primitivos, todavía en el mundo de la magia.

Esos tres grupos humanos principales, cuya suma total se aproxima a los cuatro millones de habitantes, viven en doscientos setenta mil kilómetros cuadrados, con una densidad no adecuadamente distribuida.

Trátase, como veis, de una geografía dividida en tres grandes partes, a las cuales corresponden tres entidades sociales, con un divorcio entre sí parecido al que los accidentes geológicos provocaron en la tierra. Es verdad que, por sobre la contradicción telúrica, los hombres han estrechado lazos de afecto hasta obtener cierta comunidad de ideales y propósitos, pero nada les facilitó el acercamiento, todo, por el contrario, les hizo vivir separados: la geografía casi de espanto, producto de catástrofes, la dificultad de la comunicación no superada durante muchos años y aún no totalmente eficaz y la formación histórica hecha sobre la base de pequeños núcleos de incipientes nacionalidades.

De las tres formas de existencia, sólo nos interesa conocer, para el objeto, que nos ocupa, la del hombre tropical y la del que vive en la altiplanicie. La vida cultural del esca-

sísimo poblador de la cuenca amazónica, se halla, como sabéis, estacionada en su estado primitivo.

El hombre de la región tropical tiene la piel cobriza, los ojos vivos y al sesgo, el cuerpo ágil, el ánimo altanero. Hay otros de piel negra o amullada; y a las orillas del mar, algunos indios, más o menos puros, llamados "cholos", superviven desde antiquísimas épocas anteriores al Incanato.

Así, la población del trópico se divide, como el país en grande, en tres zonas principales: la negra, la india y la mestiza-mullata, si se me permite usar esta doble palabreja para caracterizar la triada de sangres —india, negra y blanca— que norma la conducta del habitante tropical de mayor significación en la historia del litoral: el montuvio.

En Esmeraldas, al norte, predominan el negro y el mullato. El cholo —indio supérstite—, en las orillas de Manabí, el Guayas y El Oro. El montuvio ocupa las zonas interiores de las provincias nombradas y casi la totalidad de la de Los Ríos.

Los ojos del cholo son oblicuos, la faz grave, pero irónica, sobresaliente los pómulos y la estatura corta. No parece tener aporte blanco ni negro, por lo menos en porción que merezca contarse. Es un indio esencialmente distinto al de la serranía, de frecuente longevidad, poco aficionado al licor y tan parco en el habla que suele responder sólo con monosílabos o con risotadas de burla, pues prefiere reír a hablar. En su balsilla pescadora o en la ballandra del cabotaje, de pies, altaneramente a barlovento, el cholo es una estatua contra el viento, inmóvil la mirada, lleno de fortaleza el corazón.

La pereza es el dios de la región esmeraldense, donde principalmente viven los negros. En los ríos se encuentran granos de oro, venidos de algún venero cuya ubicación se perdió en la obscuridad del tiempo; y en la tierra, una abundancia que no ha menester otro esfuerzo que el de limpiarla

de matas hierbas. Entre la maraña, lejos o cerca del mar, en la ciudad o en la agreste habitación mínima, que muchas veces sólo tiene paredes contra el sol y por el lado que golpea la lluvia, la marimba y la voz humana gimen; sensuales recuerdos africanos. En las ribenas marinas, el clima es benigno; en el interior, sofocante en la estación lluviosa —de diciembre a mayo, como en toda la costa— y siempre cálido. En todas partes, la tierra de una belleza extraordinaria y óptima de frutos naturales. El esmeraldeño es un hermoso tipo humano, altivo, apasionado por la libertad, honesto, de buen humor y costumbres sencillas. Estas son sus virtudes; su defecto capital, la ociosidad, proveniente acaso de factores étnicos, de la generosidad de la tierra y de ancestrales alianzas míticas con la naturaleza, a la que se identifica con todo su ser, sin pretender de ella otra cosa que el indispensable sustento diario.

Naturalmente, hay la minoría negra porteña y obrera, que ya tiene ciertas nuevas aportaciones en su psicología y su forma de vida, pero son tan los menos que no alcanzan para hacernos variar el comentario y la observación generales.

Sobrepasando varias veces en población al cholo y al negro, el montuvio forma la gran familia de la extensa región costeña. Viajan por los ríos grandes balsas y en ellas el hombre, la mujer, los hijos, los compadres, el loro parlachín y soez, la cocina, la estera para el descanso y el amor, la madera fragante, las naranjas, los mangos, las sandías. Véselo también en la canoa frágil, velozmente sobre el agua, manejando con destreza consumada el canaleta. Pero el lugar montuvio tradicional es la huerta de cacao: el cielo aparece roto entre el tejido de ramas, los árboles pesan de mazorcas, alguna víbora se enrosca en ellas lista a saltar, tiemblan las hojas al paso, se respira el bochorno de un suelo de cálida humedad; y el

ruido de los insectos, en cuanto cae la tarde, es asombrosamente multiplicado por oqueadas invisibles. Por otros sitios, en los campos de arroz, trabaja con el agua a la cintura, o, a la sombra del plátano, recoge los granos luminosos del cafeto.

La talla del montuvio es mediana; la mayor parte de su sangre es india, la menor viénelle de blanco, tal vez una cuarta o quinta de negro. Según prevalezca una u otra, su cabello es lacio o ligeramente encrespado, su tez prieta o de color amarillento seco. Su aptitud artística es limitada, pero la que posee se expresa con habilidad en el relato a viva voz de consejas fabulosas y ejemplos, todos de mucha invención, y, mejor aún, en la copia del amorfino, improvisada al son de la guitarra o al golpe rítmico en un cajón de madera. El amorfino es de música rudimentaria y monótona, pero de letra compuesta en hermosos octosílabos, contrapunto alegre de ocurrencias picarescas y sentimentales, general a todas las regiones de nuestra América y cuyo origen español ha sido modificado por una poética ambiental de muchos recursos.

Negro, cholo y montuvio son religiosos observantes a su manera. El cristianismo les alcanzó más en lo externo que en la intimidad. Y su fé católica se ve mezclada a supersticiones y prácticas ancestrales indígenas o negras, con reminiscencias totémicas expresadas en los poderes protectores de animales y objetos, a los que hace dar sentencias en sus narraciones.

El negro contribuye en poca monta a la vida económica nacional, debido a su poca actividad, atribuible también a escasa densidad de población, y a su rendición ante la naturaleza. El cholo vive su vida libre de pescador comunal, salvo allí donde se transformó en obrero de petroleras y en propietario de algún minifundio pobrísimo. El montuvio es el

hombre del trópico que más riqueza ha creado en el país y el que, en el litoral, menos ha usufructuado de ella; arrienda sus brazos, cultiva la tierra en muchas formas de dependencia y es algo nómada por necesidad de trabajo y también por una inapropiada distribución de población rural. No es muy infrecuente el caso de montuvio convertido en propietario, después de haber sido sembrador en tierras ajenas.

Negro, cholo y montuvio son seres humanos apasionados por la libertad. Miran de frente al patrón y dan la mano al saludar, por blanca que sea la piel de quien se les acerca. Capaz de grandes sacrificios por servir a ideales, no sólo se debe al hombre del trópico la riqueza de exportación, sino el impulso popular de las transformaciones y progreso democráticos en la historia ecuatoriana. Hasta el segundo decenio de nuestro siglo, representó el espíritu liberal del país, junto a la burguesía mercantil guayaquileña. Después, sin esta dirección, que ha tomado, por lo general, partido por la ineficacia retórica, es, como sus compatriotas de las ciudades serranas de menos filonomía rural, el motor de las reivindicaciones sociales contemporáneas, o ha caído, a causa de una insatisfacción no restaurada por quienes manejan la vida pública, en la fascinación de la demagogia.

El litoral ecuatoriano es el trópico caliente. La región andina es el trópico templado y frío por el milagro de la altitud. Un país tropical por la línea geográfica y el verdor boscoso de sus cumbres, pero también un país estepario por la soledad de los páramos, y, aunque de rayos solares perpendiculares, un país glacial cuando la elevación es mayor. De todos modos, otro país distinto al de la costa.

La población humana se ha concentrado en los valles interandinos, pues en ellos pudo hallarse con menos dificultad el alimento. En esas hondonadas, y en sus paredes que, a la distancia, os parecen verticales, contemplaréis la más bella

luz del mundo. Pero los valles son pequeños; el verde, el azul y el oro no alcanzan lo que viaja un avión en pocos minutos. La mayor parte de la zona andina es triste y monótona. En muchos lugares se ha perdido la vegetación arbórea y la capa vegetal se ha adelgazado debido a malas formas de cultivo, desde que el blanco comenzó a fatigar la tierra, pues antes de la Conquista el sistema de terrazas defendía el humus de la insaciable lengua del agua. Poco riego, prácticamente ninguno en extensas partes, y una tremenda erosión, disminuyen la superficie útil del suelo. Y como los valles son mosaicos fértiles muy disputados, el precio de la tierra llega a sumas elevadísimas, en contraste con lo que ocurre en la costa, donde el suelo vale mucho menos y el trabajo un poco más.

No es un país fértil el de la sierra ecuatoriana. No es rico, por ninguna manera, aunque pudiera llegar a serlo, cuando su explotación se haga con métodos modernos. Produce, sí, variadamente para las primarias necesidades de la alimentación, en la medida en que se aprovecha la baratísima mano de obra indígena. No hay caminos bastantes, no alcanza el agua, trabajase con empeño el mismo sitio descarnado, y más cuesta de sudor humano una libra de papas o maíz por estos sitios, que en cualquiera otro donde el régimen esclavista de la tierra no sea el instrumento principal de la producción.

Hay más ciudades en la sierra que en la costa, donde la única realmente acreedora al nombre es Guayaquil, la más grande y poderosa de la República. Con excepción de Quito, la ciudad núcleo de nuestra historia y capital artística de América del Sur, son pequeñas las ciudades serranas, todavía de fisonomía rural, pero de un encanto y un carácter que pocas veces se olvida: Ibarra, en el Norte, Latacunga, Ambato y Riobamba en el Centro, Cuenca en el Sur, son las prin-

cipales. Todas ellas se han formado como módulos aglutinantes de naciones indígenas primitivas y como zonas de concentración económica, determinada por la geobotánica de los valles.

Con gran celeridad, las ciudades ecuatorianas están albergando industrias. Si el proceso continúa de manera coordinada y firme, en pocos años habrán cambiado los rasgos sociológicos, históricos y culturales del país. Hoy por hoy, nos hallamos en etapas iniciales, nada más, de esta transformación.

El indio es un niño vivaz, de ojos chispeantes, hasta la pubertad. Pero es un adulto triste, silencioso, derrotado. Crecido así, precozmente hombre, desde que conoce mujer y alcohol, disminuye patéticamente su aptitud creadora, y, cuando más, su inteligencia imitativa permítele expresar cierto buen gusto en la decoración, en lo que deben influir los bellos y variados colores y formas del paisaje que le rodea. En fin, y por razones que no son oportunas a estos comentarios, parece que hubiera perdido la potencia artística de que fuera dueño en los siglos precoloniales y coloniales.

La injusticia que con el indio se cometió y se comete todavía es de las mayores que el género humano ha visto sin buscarle remedio, es cierto, pero también es cuestión de verdad el admitir que la raza sometida no ha hecho el esfuerzo que debiera por insurgir contra el destino perverso que le jugó la historia. Es posible que no lo hiciera la causa del largo sometimiento a que estuvo acostumbrado, como a una dolencia crónica, desde tiempos anteriores a la Conquista. Como se quiera, mas lo cierto es que no ha reaccionado contra el estímulo de la adversidad, y, por eso, es un ser humano trunco, inmóvil, sin impulsos hacia lo nuevo. Es también probable que la adversidad le haya sido extrema, y esto lo explicaría todo, hasta los casos de excepción que

nos ofrecen los pocos indios triunfantes, individualmente admirables.

Al indio se lo ve llorar, pocas veces reír, se lo ve robar por inconsciente venganza o por necesidad, mentir y suplicar, trabajar hasta la extenuación, sábase que nunca inventa cosas de utilidad para su servicio y que conoce algún secreto psíquico para restaurarse en la inmovilidad, horas enteras, frente al nacimiento o la muerte del sol, su viejo dios-padre de las épocas en las que era menos infeliz, aunque ya tuviera disminuídas sus facultades individuales por la disciplina gregaria a que lo sometiera la organización social del pre-Incanato y del Incario.

Por eso fué tan fácil que se estrangulase a Atahualpa y con él al Imperio.

Falta decir que todo lo que conocemos del indio pertenece a su vida externa; de sus adentros, nada se sabe. Pues, si en música, un gemido que provoca el llanto, explica el dolor, no explica enteramente al hombre que lo padece.

Valiera la pena advertir, eso sí, que, de las tres grandes regiones indígenas de la América del Sur (Ecuador, Perú, Bolivia), en el antiguo reino de Quito fué donde el indio alcanzó mayores capacidades individuales, pues el rigor del sometimiento total fué menor, a causa de que la vida política y social se integró, antes de la invasión incásica, por medio de pequeñas asociaciones nacionales incipientes y libres, y a que el Incanato dominó, en lo que ahora es nuestro país, sólo poco más de medio siglo, hasta la llegada de los españoles.

Consecuentemente, no sería muy aventurado afirmar que el indio ecuatoriano es tal vez más propenso a la asimilación cultural, salvo el que habita en algunas zonas, como la del Chimborazo, donde ha llegado a su más aflictiva degeneración.

## Hacia una cultura mestiza

El hombre y el medio con el que acabamos de encontrar-  
nos podrían llevarnos a la conclusión de que, en conglomerado  
social de tan contradictoria formación y tan infortunado  
nivel de vida, no pudieron ni pueden darse en mucho tiempo,  
las condiciones necesarias al crecimiento y desarrollo de una  
diferenciación homogénea y tipificadora de las formas cultu-  
rales de la sociedad. Pero tal conclusión sería superficial.  
En el Ecuador, como en los otros países latinoamericanos, cu-  
yos problemas de desarrollo son análogos, el ser poblador  
que hace la mayoría es, por lo contrario, el que con más pre-  
cisión ha fijado el fenómeno de la cultura, pues nada obra  
más en la historia que el impulso de conciencia soterrado de  
las grandes mayorías proscritas de la felicidad cotidiana. Y  
la cultura es, lo sabéis bien, un fenómeno histórico, por so-  
bre todo.

Vivir en común, preocuparse en común, actividad social  
adecuada a la circunstancia física y espiritual que se respira  
a diario, todo ello hace el fundamento de la vida cultural,  
porque sin esa unificación de los elementos dispersos, sin esa  
ansiedad por darse todos en la unidad, no puede hablarse de  
cultura.

No debiera agregar, por obvio, que un nuevo cuerpo so-  
cial en formación necesita para expresar su sentido unitario  
de todo el tiempo histórico que haga falta. Los primeros cien  
años de conquista y coloniaje son prácticamente inactivos  
para una comunicación e integración de las dos culturas  
opuestas: la del europeo y la del indio; y valen sólo como los  
primeros tanteos para el encuentro. Es muy lentamente cómo  
el fermento nativo empieza a ligar ideas y sentimientos dis-  
pares, primero como simples fuerzas anímicas en lucha, lue-  
go con señales y atisbos de soluciones al conflicto tremendo

que significó el choque de la conquista y la colonización, y, por fin, ya al terminarse el Siglo XIX y en lo que va de corrido el nuestro, como la presencia de un hecho histórico en aparición y de grandes perspectivas futuras.

Sólo de manera así nos es dado examinar, con alguna probabilidad de certidumbre, el fenómeno cultural ecuatoriano. Añadiéndose que, hasta hoy, lo que prevalece en él es la forma artística, no la científica, ni la filosófica.

Nuestro país no es blanco, aunque hombres blancos hayan dominado en él por un largo período. Tampoco es indio, pues la cultura del indio, desplazada bruscamente a un plano de subcivilización, murió el día en que Francisco Pizarro cayó como un meteoro en la plaza de Cajamarca. Afirmar lo primero, o procurar que lo sea, significaría desarticular la vida nacional, tornarla falsa, inoperante y negativa para el futuro. Creer en lo segundo, regresión, restauración imposible, más que utópica, de lo acabado, y contradictoria proposición ante las formas superiores y en ascenso de la vida.

Nuestro país es mestizo. Si sólo se contemplase el hecho histórico como un acontecimiento esquemático, diríase con razón que muchos fueron realizados por hombres blancos, aparecen como obra de blancos y expresión inmediata de un dominio de raza, especialmente cuando se trata de hechos ocurridos durante la Colonia; pero ha de convenirse en que los blancos puros también son mestizos cuando se les metió en el alma paisaje, modo expresivo y preocupación trascendental por los intereses comunes, y que en la profundidad del acontecimiento siempre se halla el alma mestiza, el interés mestizo, la verdad mestiza, la substancia misma de nuestro carácter nacional. En ocasiones súbitas, el mestizo, sumergido de ordinario en las corrientes subterráneas de la historia, aparece en la superficie, orienta, lucha, se rebela y su alma se libra entonces de la contradicción que le humilla.

Si la raíz histórica de nuestro país es mestiza —fenómeno de tránsito tal vez a otros equilibrios sociales, pero en un futuro probablemente remoto—; si lo mestizo es una toma de posesión del mundo en que habitamos los ecuatorianos, bien dicho, los hispanoamericanos; y si reconocerlo es ya comprender la circunstancia y, al mismo tiempo, tener la decisión de modificarla en beneficio del hombre que la vive, no resulta aventurado concluir que, en el Ecuador, son mestizas las formas que asume la elaboración de nuestra cultura.

Para afianzar, siquiera en parte, la conjetura dicha, vale que nos detengamos un instante, por el lado de la historia, en la consideración del problema mestizo. Veréis así que las probabilidades de haber acertado son mayores.

Muy poco frecuentemente el español, por lo menos en países como el Ecuador, tuvo una actitud de respeto para la mujer india. Y si la tuvo algunas veces, la perdió pronto. La alianza legal entre hombre español y mujer india fué siempre caso de excepción; y no sirvió, por lo mismo, para atenuar la morbosa psicología, tan generalizada en nuestra vida social, del hijo ilegítimo, que es uno de los extremos constantes de la ecuación histórica ecuatoriana. Desde luego, hijo ilegítimo mestizo, que es lo que importa al asunto.

Como el indio advirtió que el español, al pedirle vasallaje para el Rey de España, pedíale esclavitud personal y no pie de igualdad ante el monarca, resolvió resistir con el único medio a su alcance: el del silencio. Y entonces, el desprecio del español creció, creyó sinceramente que el indígena era un ser inferior, y hasta dudó de si tenía alma. Todo esto no quiere decir que no hubiera colonizadores excelentes, que vieran las cosas con más inteligencia, ni que el anhelo de justicia, durante la obra colonizadora, no honrase al Gobierno español o a uno que otro funcionario y clérigo de luces y espíritu rectamente bondadoso. Pero estamos contando, en

resumen apretado lo que pasó en lo general, y no las excepciones.

En fin, creyéndola inferior y casi animal, el español temió mezclarse con india, mas, como vinieran pocas mujeres de España, y tenían de ellas mucha necesidad, se mezcló de todos modos, a hurtadillas.

El mestizo adviene así a la historia como el producto clandestino de la mezcla.

Neutralizar esa tremenda carga psíquica negativa ha sido la tarea de cuatro siglos.

Sabiéndose despreciado, la primera actitud del mestizo durante la vida colonial fué la desconfianza, fiel, en esto, a su media raza de indio. Mintió por defenderse; hizolo después por hábito, como lo hacen quienes han sido perseguidos, él por la infamia que creía llevar en su sangre india y por la otra infamia de la ilegitimidad. No quería acordarse de su ascendencia vencida y experimentaba odio por el blanco, pero al mismo tiempo quería parecércelo y portábase a ratos, con la altanería y el orgullo de un blanco puro; en otros, con la humildad de un indio sometido. Constantemente así, en el vaivén trágico de dos almas opuestas metidas en una sola necesidad corporal y espiritual; sólo mucho tiempo después empezaría la comunicación de una con otra, y a darse, muy a poco, los comienzos del equilibrio indispensable para que los bienes de la cultura pudieran ser recibidos y asimilados.

Obvio, pues, que en condiciones semejantes de vida social, no pueda hablarse con seriedad de una cultura en formación, durante la colonia.

Es el de la cultura uno de los problemas más difíciles y complejos de la historia humana, mutable en el tiempo y en el espacio, de permanente realización y permanente cambio. Su medio —el clima en que vive y crece, la temperatura que

necesita— es el tiempo y la frecuencia del uso que se conviene en estilo; su escenario tipificador, especializador, la geografía; su activador, el hombre, pero en tanto que ser social, hombre-entidad, sujeto múltiple y homogéneo. ¿Y hay algo más disperso, más heterogéneo, más contrario a la síntesis, que el ser humano en la Colonia, sobre todo en los primeros cien años? Una sociedad alcanza a fijar con carácter peculiares su desarrollo cultural cuando ha logrado, en la medida de lo posible, dominar el azar y el sobresalto de la vida, y estabiliza, por ello, una forma más o menos original de comprender el cambio, de adaptarse a él y de adquirir así la conciencia de su ubicación en la realidad exterior. Es entonces cuando está en aptitud de asimilar en un todo la conducta trascendente de sus hombres escogidos, que afinaron en lo colectivo su individualidad, y se nutrieron en la energía de una misma circunstancia objetiva y subjetiva.

Pero cuando nuestros países fueron descubiertos y colonizados, en lugar de comienzo de encuentro armonioso, hubo choque, violenta separación, pugna insalvable entre la cultura en reposo del indio y la dinámica del europeo, representada entonces para nosotros, y como último esfuerzo titánico de un imperio cuya sentencia de muerte se cumpliría en menos de tres siglos, por lo hispánico. Repudiadas entre sí las dos maneras de vida, la que llegó permaneció en lo alto —iba a decir en la superficie—, perdió pie en la tierra de la que se apropiara, y no le alcanzaron los nombres de la lengua que trajo para nombrar las nuevas cosas del ancho espacio en el que movía su sorpresa. Hízose, por eso, más y más adjetiva su forma de cultura transplantada; y la que aquí viviera antes, se truncó, acabó en posición menesterosa, se refugió en el retorno a las primitivas alianzas con lo exclusivamente telúrico.

Con el tiempo, lejos de aliviarse, el conflicto se agravó. La raza india, sin actuar, empezó a decaer vertiginosamente. Ninguna posibilidad de entendimiento por el espíritu hubo en los tres siglos de dominación española. El abismo de separación sólo podría ser salvado por el mestizo, fruto de escondidas negaciones, pero fruto al fin. En él, después de lenta y trabajosa asimilación, se refugiaron los gérmenes poderosos de la cultura cristiana de occidente, los cuales, transcurrida la primera fase del proceso de lucha por la libertad política y la formación de la clase media, que dura casi todo el Siglo XIX, reclamaran atención como una realidad nueva de la que no se podía seguir huyendo, aunque el blanco dirigente, en muchos casos, estérilmente lo pretendiese todavía.

Dígase pues, que la cultura ecuatoriana —vale decir, la cultura latinoamericana— es un quehacer de nuestra época, y se habrá dicho bien.

### **La primera expresión**

No obstante, y como una presencia tangible del oscuro fenómeno en marcha, es durante la Colonia cuando se da la primera expresión de la cultura mestiza, en forma arrebatadora y admirable. Me refiero a las artes plásticas barrocas.

Mientras las expresiones de la cultura española oficial —casi exclusivamente literarias— se debatían en una verbosidad gárrula y ampulosa, recargándose de frialdad retórica, el artista mestizo, trabajando a servicio como plebeyo, ofreció al mundo la muestra de lo que era capaz su gran tensión anímica contenida, si se le facilitaba una válvula compensadora a la complicada estructura de sus resentimientos.

Es cierto que fueron maestros europeos quienes guiaron a los nativos, pero no olvidéis que, apenas a los cien años de

su fundación, Quito habíase convertido en un inmenso taller de ingenieros indios y mestizos, que, con una alegría creadora sin paralelo en América, y bastante originalidad en la modificación del estilo importado, hicieron el milagro barroco del XVII y XVIII quiteños.

El arte de la Escuela Quiteña es, a más de una rebeldía del espíritu, el último gran destello, por lo menos hasta hoy, de la aptitud creadora de la raza sometida. Rebeldía, porque la plástica quiteña adquirió a poco de haber sido iniciado el movimiento estético por maestros españoles y flamencos, un barroquismo profuso, riquísimo, pomposo, en el que la imaginación del aborigen tallaba y pintaba animales, soles y lunas, junto a los pobladores del cielo cristiano, como si los dioses derrotados se hubieran propuesto la reconquista de los altares.

Pues si lo barroco pudo llegar a ser una perversión del buen gusto o fué en su época también una distorsión por audacia del estilo clásico renacentista, fundamental, históricamente, y de modo particular en la América hispano-indígena, es una operación constante del espíritu contra lo establecido, un movimiento faústico, dionisiaco, para volver a poner en marcha el mundo formal de Dios, una revolución, en nuestro caso, del mestizo frente a la claridad de las formas europeas. Roto el molde clásico en el viejo continente, como una consecuencia de la libertad en la ornamentación, el barroquismo que vino a América seguía con una tendencia lógica de purificación de líneas, a pesar de la abundancia; y aquí aclimatado, volvió a romper el molde para darse en algo inédito, insurgente, pródigo, en fenómeno vengador de una conciencia atormentada, en un paganismo demoníaco, casi orgiástico, comunión de lo sagrado y lo sacrílego, como en los grandes misterios divinos y humanos, problema de

Dios afligido e inquieto, de Dios carne y alma, consagrado y blasfemado a un tiempo.

Dígame que estoy exagerando, y es posible que sea así. Si uno contempla, empero, con atención, esas figuras retorcidas, las volutas copiosas, el triunfo de las curvas, la exaltadísima originalidad en la distribución del color, y el apremio tétrico pero seductor de algunos modelados, encuentra una torsión de alma llena de creación elemental, con toda energía de las fuerzas culturales sin disciplina, junto, sin embargo, a las sutilezas del esteticismo elaborado que trajo el europeo.

Eran figuras, así siempre, de santos, pero con una nueva calidad litúrgica, en la que destacaba el deseo entrañable y oculto de que se tuviera también siquiera una parte del cielo en la tierra y no fuera menester esperar la muerte para conocerlo y recibir la recompensa por el sufrimiento. No son además, pocas las esculturas de esa época que están concebidas y realizadas irónicamente. Y la ironía, ya lo sabéis, a más de ser lo que distingue al gran arte, es una intrusión rebelde para modificar lo que, en la imperfección de las relaciones humanas, deba ser modificado.

El barroquismo quiteño, aún sin saber con certidumbre lo que quería —todo lo barroco, en verdad, lo ignora, pero lo busca— es, no haya duda, la primera expresión vernácula de una forma cultural universal. No es todavía, ni podía serlo, una toma de posesión del nuevo espíritu por la conciencia. Para eso, era muy temprano. Fué nada más, una potencia que advertía.

### **Del romanticismo al modernismo**

Si se exceptúa la plástica, en todo lo demás, el Ecuador, América toda, imitaba. Ni quería ni podía conocerse a sí

misma. Gravitaba sobre nuestros países el sentimiento de ser todavía entidades falsas, dislocadas, no históricas. Por otra parte, el hombre hispanoamericano, joven, porque había empezado a vivir desde el choque de la Conquista, no conocía su pasado; lo vivía, se empeñaba en actualizarlo, y era entonces incapaz de saber lo viejo para construir lo nuevo. El mantener usos antiguos en circunstancias nuevas, no es sólo candorosa, sino emasculación de facultades.

Trunca así la perspectiva del tiempo, las formas culturales se desvanecían en el aire de la retórica, como materias gaseosas, amorfas, sin olor ni gravedad. Y así fué durante un largo período.

Lograda la Independencia, el criollismo revolucionario devino en conservador de la riqueza por cuya posesión única había luchado. Además, aparecía un nuevo tipo de propietario: el militar-caudillo, heroico y pendenciero. En este proceso, las ideas importaban muy poco.

Lo cual también es un tipo de fuga, constante histórica del complejo social de mi país y de casi toda la América Latina hasta bien comenzado el Siglo XX. Dejo aclarado que no estoy en la cómoda posición de censura-faltas, sino reconociendo verdades útiles para comprender nuestra formación. Y no es esta la ocasión, ni el tiempo ni la fatiga de ustedes lo permitieran para ponerme a buscar explicaciones más o menos metafísicas a situaciones de alma colectiva durante nuestro alborotado Siglo XIX. Un siglo que no se parece en nada, pero absolutamente en nada, al europeo, pues que andábamos uno y otro Continente a descompás histórico, y mientras allá gozábese de cierta cómoda y estable satisfacción, derivada del adelanto mecánico acelerado y de la fé en el progreso, aquí vivíamos un poco al tun-tun, entre sublevaciones cuartelescas y la antinomia de un orden jurídico verbalista y una práctica política falsificada.

La ficción democrática es uno de los fenómenos sociales que caracterizan al Siglo XIX ecuatoriano y también hispanoamericano, mas téngase en cuenta que se trata de un proceso inevitable que comienza en la conquista de la libertad y termina, bastante después, en el ejercicio político de elegir y ser elegido. Como expresión cultural, empero, nos interesa mucho más, en esa oportunidad las de orden artístico y literario, y hemos de dirigir nuestra atención a ellas, pues en cuestiones científicas o filosóficas, por lo menos en mi país, muy poco hay que decir.

Hacia la mitad del XIX, nos llegó la tormenta romántica. Al parecer, nada más adecuado, en forma artística, al temperamento latinoamericano. Sin embargo, el temor de vencer o siquiera conocer bien la circunstancia natural que lo rodeaba y la experiencia dolorosa de la trunquedad del alma mestiza, hicieron que se escribiera una literatura de mimetismo. Y así el impulso romántico devino en contramarcha del destino: diálogos superficiales, de luz, de color, de elementos formales que nada tenían que ver con la verdadera intimidad.

El romanticismo en mi país acaba en 1895. Ya sé muy bien que esto de fijar linderos exactos no es permitible, pero se hace necesario en este caso para señalar, en nuestra reducida capacidad terrestre, cierta precisión de etapas, útil para comprender mejor un determinado segmento de la vida del espíritu en el Ecuador.

En 1895 se consagra el triunfo de la revolución liberal ecuatoriana, después de cuarenta años de lucha sangrienta y como continuación del mismo proceso histórico mestizo de busca ansiosa de la libertad, que empieza con la emancipación de España. Fué una revolución del subsuelo legítimo de la historia contra lo falsificado de la superficie. Lucha-

dores románticos también, en cierto sentido, pero todos, sin saberlo bien acaso, con la decisión colocada en las fuentes nativas de la vida social.

Cuando, gracias a la revolución liberal, el mestizo es algo más que peón de hacienda, soldado, artesano o empleado subalterno, y alcanza sitios de gobierno, la fisonomía del país se acerca al personaje realmente actuante en la historia, que habría de ser al mismo tiempo el personaje de la literatura. Por esto, después de "Cumandá", de Juan León Mera, novela-paráfrasis de "Atala", de romanticismo de traslado y sin aventura heroica, aparece, en los años necesarios, 1904, "A la Costa", de Luis A. Martínez, una novela en la que ya no hay muñecos parlantes, sino seres humanos, hombres y conflictos nuestros.

Se diría, pues, que estábamos entonces, y con certeza, en el tránsito del romanticismo al realismo, pero retardados en lo más de nuestra vida, a la cola de los acontecimientos, la historia se vengaba negándonos precisamente la capacidad histórica del juicio. Y entrábamos al Siglo XX todavía con el bagaje de las ideas que inspiraron hechos ocurridos en el mundo cien años antes.

Sin embargo, en medio de esa escasez de alimento vital para el espíritu, la experiencia vivida y la influencia exterior empezaban a hacernos trasponer la frontera entre el desprecio por nuestra realidad y la revalorización de ella. Sólo que el ejemplo de los mejores, como Martínez, no fué seguido, y la literatura, como las otras expresiones del alma, tuvo que esperar que la catástrofe de la primera guerra mundial la comoviera.

Claro que, obvio es recordarlo, el Ecuador había dado ya buenos escritores y uno grande, Montalvo, pero háblase aquí de cuestiones de orden general, no de casos de excepción. Y no todo Montalvo, desde luego, sino especialmente

el polémico; el maravilloso libelista en lengua arcaica, pensador torrencial y desordenado, pero anunciador mestizo de la nueva realidad social ecuatoriana, precursor de la revolución de la clase media, que eso es, en gran parte, la toma del poder por el liberalismo.

Por lo general, las expresiones culturales artísticas oscilaban entre el viejo romanticismo, un costumbrismo nativista de tarjeta postal y tersuras poéticas de buena forma parnasiana, hasta que el plebeyismo formal fué removido por Darío.

Darío no fué un poeta más; fué el poeta de una época, que llegaba a sacudir el polvo de los escombros espirituales del XIX y a reproducir, en nuestra lengua, la desazón, la fatiga fin de siglo. Esto era, sin duda, un reconocimiento y una reforma, a la que se dió con rapidez y admirable originalidad al ansia creadora hispanoamericana. Porque si en Francia la nueva posición estética era decadente, en nuestra geografía tenía más de un estado de alerta, de imaginación exaltada, tan adecuada a la conciencia mestiza, pronta a cualquier renovación que le tonificara el clamor por desembarrassarse de la tutela del gusto extraño, aunque no supiera bien que era ésa, y no imitar lo exótico, la motivación de su actitud poética. De todos modos, el rasgo sobresaliente de los mejores poetas ecuatorianos de la época —Mecardo Angel Silva, Arturo Borja, Ernesto Noboa y Caamaño, Humberto Fierro— es la libertad de acción, una equivalencia de la protesta.

Pero, en definitiva, la protesta declinó sus mejores instrumentos de construcción para volverlos contra el ambiente y terminar, como toda rebeldía insensata, llevada a sus últimas consecuencias, en la evasión suicida. Un crítico nuestro, con feliz acierto, llamó "generación decapitada" a la de estos excelentes poetas, insurgentes en lo formal, pero dó-

ciles en asimilar la dolencia europea y caer, por ello, en la negación de lo propio, a caza siempre de cisnes, princesas y luceros que no vivían en el descuido de nuestros parques.

En pintura, se seguía haciendo paisajes y retratos, a la buena mano, sin juego de ideas, sin recuerdo fructífero de la gran tradición plástica colonial. Retrasado en llegar, como tantas otras corrientes del espíritu, el impresionismo hacía apenas débiles llamados.

En todo, se huía de la realidad, mas, ¿no pudiéramos pensar que la realidad de entonces era justamente la fuga, la necesidad de evasión? Trasponer límites más allá de la ríspida circunstancia era, al fin y al cabo, un esfuerzo por la trascendencia, sólo que, al trascender, encontrábase, el vacío y no la compensación buscada a la dolencia. Ese fue el gran error.

### **El realismo naturalista**

La guerra mundial, una huelga obrera con final trágico en Guayaquil, en 1922, y la revolución militar juliana, conocida por la transformación de los ideólogos, en 1925, despertaron al Ecuador a las nuevas formas de la existencia occidental. En otro sentido del que tiene el movimiento literario, mi país entró sólo entonces en la modernidad.

(El vanguardismo, y su secuela de ismos, fueron el primer síntoma, en la literatura nacional, de la zozobra de nuestra época, enfermedad universal, pero con etiología propia en la peste del cacao, su baja de precio, la disolución por la pérdida política liberal y la confianza ingenua de que el cielo se pondría al alcance de la mano si se empleaban las nuevas fórmulas matemáticas, exactísimas de la alquimia revolucionaria. Eran los días en que ser izquierdista quería significar alterarlo todo, desde el alfabeto y la puntua-

ción hasta el orden de la historia, y cuando clamábase por un arte antiburgués, a costa de inverosímiles incursiones en lo subjetivo superficial. Hoy, en uno de los tantos virajes a los que cierta dialéctica nos tiene más o menos acostumbrados, se invoca, bajo la misma advocación revolucionaria, el patronazgo de un llamado arte realista-socialista, que de realista sólo posee la reproducción plebeya de lo que, con tanta simpleza como candidez, se ve, se oye, o se obedece, y de socialista, el ditirambo de cartel y el sometimiento no deliberante a lo que se pregona como perfecto. El realismo socialista es o ha de ser cosa muy distinta: primero que todo, arte; luego, arte con ideas —que es casi una proposición tautológica—; por último, si es necesario, militancia sin sujeción. Bien entendido que tener y mantener ideas es ya la militancia humana por significado de extensión.

Y bien, la transición modernista y las burbujas vanguardistas, salvo determinados aciertos en haber penetrado en el alma de nuestro origen y nuestro probable destino —alguna cosa de Silva, alguna de Hugo Mayo, por ejemplo, y cada uno en lo suyo, dejando al primero, desde luego, como de lo más alto que en la poesía creció en tierra ecuatoriana—, no fueron más que oscilaciones entre el alivio de la fuga y el espanto de afrontar aquello de lo que el gusto de entonces no gustaba; la verdad áspera del medio físico y humano.

Pero ya sabéis que hubo tres hechos grandes que batiéron, como quería Unamuno, las cataratas de nuestro engaño; tres señales apenas del diario acontecer que no se advierte a las claras porque va creciendo con uno. Así, un buen día, los ojos de los artistas —que son quienes primero ven— se volvieron al sitio del que no debieron apartarse. Y nació a la vida, en el decenio de 1930 a 1940, la novelística realista ecuatoriana, que tanta reputación alcanzó, cosa muy

explicable porque toda la América de nosotros andaba en lo mismo, unos países antes, otros después. Era la historia, la conciencia histórica que despertaba a todo lo ancho del Continente mestizo. Pero lo interesante del fenómeno ecuatoriano no es sólo la calidad de las obras individualmente consideradas, sino, de modo principal, el número de libros, la identidad de propósitos, la validez de grupo, de generación, de aliento unánime; un verdadero renacimiento, sí, de nuestro espíritu. Y no me juzguéis por haberlo dicho, de candoroso: lo digo y lo pienso con las limitaciones naturales de la época, recordando los antecedentes paupérrimos y sin olvidar, podéis estar seguros, la fragilidad de un instrumento artístico no afinado por el tiempo ni por el peso específico de una herencia cultural de proporciones. Yo soy parte de esa generación, de sus pequeños éxitos y sus grandes debilidades, y, por eso, callándome nombres propios, puedo criticarla, autocriticarla.

Lo primero que deberíamos preguntar es si la generación de 1930 comprendió bien su circunstancia. Por un lado, la respuesta es afirmativa: comprendió la insurgencia contra la mojigatería de esa especie de rococó sensiblero que tenía envuelta a la literatura, y la necesidad de acomodar, en otras posiciones menos inclementes, las relaciones entre hombre y hombre. Era éste el fenómeno social más importante que aparecía en el Ecuador desde 1895: voluntad de transformar la vida, fatigada ya de fórmulas liberales inoperantes, especialmente a causa de la ficción democrática que la propia realidad, con inapelable brutalidad, obligó a que se practicara en defensa de la libre condición humana, naturalmente, hasta que las circunstancias de la madurez política lo tolerasen. El haberse pasado de límite, trajo furia y desazón. Papeleta electoral falsificada en lo político; sentimentalismo superficial y prestado en lo artístico. Contra

ambas falsificaciones de la verdad fué menester la reacción.

Por otros conceptos, empero, los artistas —escritores y pintores del Treinta no comprendieron del todo la circunstancia, pues extremaron el conocimiento de una sola cara de la cabeza janiforme de la realidad, y olvidaron la otra, puniblemente, por cierto. No hay absolutos ni en literatura ni en vida. Ninguna verdad, relativa por sí, puede ser apropiada y entendida unívocamente. Era sólo una parte de ella de la que se percataron, y la tomaron por el todo, lo cual vienen a ser lo menos verdadero de la verdad.

Sin embargo, débese pensar en que, después del cansancio de un arte de idealizaciones horras, cuyos patrones extranjeros eran preferibles para cualquier lector y espectador, la presentación del dolor humano, hecha con tanta certidumbre, convenía como tránsito indispensable, respondía a una profunda conmoción del espíritu, y alcanzó, por ello, el expandarazo del hombre de clase media y del trabajador aficionado a letras, para quienes, antes, el arte era, nada más, un lujo frívolo de los poderosos.

Tratábase de una presentación franca del dolor humano, en una geografía casi sin modificación de su natural desgobierno, dolor telúrico y dolor provocado que nos rozaba todos los días la piel, batallar entre el carácter y la naturaleza, entre lo primario y los sentimientos adquiridos de rechazo a terribles condiciones de vida. Claro que, como la calificara un ilustre crítico peruano —Luis Alberto Sánchez, quien en lo más, no escatimó elogios para ella—, fué, por lo menos dicho, una literatura "feista". Pues ¿no eran feos el montuvio, el cholo, el indio, a los que hemos conocido, siquiera someramente, en páginas anteriores? ¿No era el negro casi un hombre-selva, sin que tuviera todavía ni el aliento por una rudimentaria esperanza de formas superiores de existencia? ¿No era, por recordar lo peor, no es el indio

espantosamente feo y miserable? ¿No se estaba muriendo todos los días de hambre y de ignorancia?

Me diréis que lo feo no era la totalidad de nuestra vida y que el arte no debiera exclusivamente exaltarlo. Y yo os diré que tenéis razón, pero que la cuestión se explica y justifica, porque se pasaba de un salto desde la aberración endemoniadamente subjetiva y falseada a la aberración objetiva, como actitud compensadora, falla atribuible a toda literatura naciente que se preocupa de lo inmediato, y cuya maestría, por lo mismo, no podía ser alcanzada de comienzo. Válgase, pues, en su tiempo, la limitación en haber interpretado la realidad por una de sus esquinas. Era empezar.

Que se pretenda seguir hoy por esos caminos trazados, retrazados y trillados, corre por cuenta de la aptitud de cada quien. Hasta 1940 —no es cifra sin apelación— el relato ecuatoriano, en lo indio, en lo montuvio, en lo mestizo, en lo negro, cumplió cabalmente con lo que debía cumplir, aunque con tanta frecuencia, y con la brillante excepción de José de la Cuadra, el instrumento formal resultara deficiente y bronco. Lo mismo ocurrió en la plástica, hoy afortunadamente renovada con un sentido más profundo de la intimidad de nuestro ser completo; antes en el pleno "feísmo" del realismo naturalista de aquellos días. También en esta ocupación del arte hay quienes se esfuerzan por perpetuar el blanco y el negro del horror objetivo y adjetivo. Lo que no hace mérito para una concepción global del problema cultural y artístico, sino apenas para las inevitables excepciones que toda consideración genérica entraña, excepciones que, por cierto, tienen, en algunos casos, indiscutible calidad y acierto individual. Sólo que, con esta ocasión, no queremos ni podemos juzgar de estos asuntos por categorías individua-

les, sino por conjuntos expresivos de las formas estéticas actuales de la cultura ecuatoriana.

En fin, lo que yo quería preguntar y preguntarme es si, por haber redescubierto una porción decisiva de la realidad, el movimiento espiritual de la generación treintista logró adquirir conciencia de nuestra personal angustia creadora ante el mundo. Tener conciencia, y poseerla más y más cada vez, no es otra cosa que convertirse uno a sí mismo en objeto de conocimiento, válgame la invocación a Perogrullo. Pero agréguese, por explicación adicional aunque innecesaria, que debe ser un conocer pleno, por dentro y por fuera, de una asimilación íntegra de circunstancia y personaje, y, al mismo tiempo, de un vehemente deseo de modificarlos en perspectivas superiores. Pues sólo cuando así se ha llegado a sentir la presencia propia y su choque con las otras, es cuando se puede afirmar que una sociedad humana está apta para elaborar su forma peculiar de cultura.

La expresión de nuestra cultura en proyecto, que se conoció en el decenio de 1930 a 1940 —año más o menos— no llegó sino a la primera parte del drama: a la prodigalidad con que vertió la exaltación externa del torrente anímico espiritual contenido en nuestro ser. Tan apresurada tensión no le permitió determinar el momento de la necesidad contraria: la parte de los adentros, sin la cual ni el equilibrio transitorio de la forma ni lo dinámico de los impulsos de cambio pueden desarrollarse con gran eficacia creadora. Pero ello aparecería después a componer la totalidad —relativa, como todo— que facilitaría el encuentro de lo que la ansiedad histórica, desde la geografía, venía buscando.

Por lo menos, así me parece a mí. Quizás tenga razón.

## Hacia lo que somos y queremos ser

Como no puede haber cultura sin ideas abstractas y sin el reconocimiento de que, como toda obra humana, vive, muere y resucita, la objetividad pictórica de la literatura de los años treinta no llegó, ya se ha dicho, a la profundidad espiritual de nuestras auténticas preocupaciones, ni a valorar los elementos de dispersión y sus históricas, sin embargo, condiciones de unidad. Las ideas que entonces organizaban la vida ecuatoriana era, en su mayoría, reducidas a esquemas de acción. Las relaciones de necesidad, de causa única y efecto determinado, parecían ser la última palabra de alivio para las inquietudes trascendentales del hombre. La mecánica de las superestructuras tenía a la gente con la cabeza de revés: impedíale contemplar, por encima del aspecto elemental y sencillo de la vida, el patetismo de su terrible complicación.

Empero, las exageraciones, la flaqueza formal, el abuso de la cirugía social sin cloroformo empezaron a revalorizar la realidad que antes habíase menospreciado. Y como nadie querría negar hoy que también existe una metafísica de la historia y de la sociedad, el cambio de actitud espiritual hízose inevitable. Hubiera o no filósofos ecuatorianos, hubiera o no físicos-matemáticos notables en nuestras universidades, el caudal de ideas que corría y corre por el mundo llegó a nosotros y entró a llenar el ámbito de nuestro pensamiento y nuestra vocación. Súpose entonces, por disciplina de pensar o por intuición liberadora, que había una ciencia del espíritu, que la fenomenología del alma era una investigación tan plena de positivas afirmaciones como la del materialismo histórico, que la ley inexorable de la geometría cotidiana y de la exactitud del dos más dos no era tan inexorable, pues había —prodigio era saberlo y amarlo—

también una ley de la libertad, cuya lógica, poco previsible con los métodos clásicos, era la entraña viva de la historia, era su propia necesidad, fundamentada, por superiores designios humanos, en las imponderables e irreducibles ansias emancipadoras de las circunscripciones que la pequeñez del hombre, aparatosa y orgullosamente racionalista, había fijado.

Ha sido, en nuestro caso, una carrera por llegar a pensar, no con la pátina de la dolencia europea, pero sí con la simultaneidad universal que las circunstancias históricas totales obligan. Una carrera, porque veníamos a descompás en el tiempo, con un retardo que las comunicaciones contemporáneas denunciaron y alteraron a favor. Volcados en América el sobresalto y el misterio de las nuevas formas de la cultura mundial, hemos aquí, en mi país, en el vuestro, en todos los de esta gran comarca de la bondad y el porvenir, en alegre caminar seguro hacia la posesión de nuestra categoría de conciencia. Es decir, hacia la integración de nuestra tipificación cultural.

No creo, pues, que sea muy aventurado afirmar que, en nuestros días, nos estamos descubriendo de verdad, por todos los meandros del conocimiento. La literatura, la pintura, la escultura, la especulación sociológica y filosófica, todas las formas culturales a nuestro alcance actual, se hallan de consuno en la tarea de integrar factores múltiples y peculiares en una sola expresión de intimidad y de ganancia sobre el futuro. Dentro de esta aspiración común, privativamente hispanoamericana, mi país tiene, como todos, su parte, y su parte, como la de todos, se distingue por alguna seña característica, que sirve para que el rompecabeza general se arme de manera más fácil y provechosa.

En el Ecuador, por ejemplo, hay una vocación especial por las formas plásticas y literarias, por la justicia y por la

ordenación equilibrada de la vida democrática. El hombre es rebelde, pero nunca hasta la hartura. El hombre es bondadoso, pero nunca hasta la estupidez. Se sacuden, en mi país, tiranos, como se sacude el polvo de las solapas. Hombre de pueblo y hombre que dirige se dan las manos sin prejuicios o con una acelerada disminución de ellos. Nos gusta vivir en paz y hacer, como todo hijo de español, en buena parte, lo que nos da la gana, y más que hacer, decirlo, pues, como nuestros conquistadores, plácenos que nos oigan los demás. Por otro costado del espíritu, somos silenciosos, irónicos y tímidos. En esta condición del alma, podréis encontrar las mejores fuentes de nuestra inspiración artística.

Os pudiera hablar en muchas, muchas páginas, de los vicios y defectos de nuestro ser poblador. Una modestia razonada por el absurdo, me lo impide. Y no os riáis, porque tampoco lo digo en serio, sino que la naturaleza de este diálogo —dejadme llamarlo así— no se compagina con un análisis de tipo negativo; y porque, principalmente, estoy abusando de vuestra benevolente atención.

País de indios, de cholos, de montuvios, y pocos blancos, la tarea de la cultura a todos alcanza; y todos, como herederos de la civilización occidental, somos sólo eso: herederos, esto es, occidentales de aquí y no de allá. Hacer lo nuestro, dan salida a los complejos físicos y espirituales de nuestra vida, lograr que la dispersión se trueque en conjunción, es el menester de nuestra cultura o de lo que queremos que sea nuestra cultura, comprendiendo que la abundancia de los bienes espirituales que se recoja no ha de tener otro destino que el de servir al hombre. Un antiguo maestro nos hizo saber que el hombre es la medida de todas las cosas. Para el hombre, para nuestro ser humano y para el de cualquiera latitud, la cultura mestiza de nuestra gran patria hispanoamericana está dándole todo, porque empieza a comprender,

sin fraccionamientos, su propio ser. Pruébalo ver, aquí y allá, cómo son y qué hacen los más elevados valores de la inteligencia de nuestros países-provincias: poetas, novelistas, pintores, filósofos, grandes estadistas, hombres de ciencia, todos ellos, en todos los lados nuestros, en busca de una explicación que auxilie a lo mejor de los eternos intereses humanos.

Si por fallo de la historia, si, por circunstancias tal vez provenientes de grandes cambios de la humanidad, reclamamos, para nosotros mismos y para los demás, atención a nuestros problemas comunes, es porque ya existe una forma diferenciada de cultura en nuestros pueblos, expresamente manifiesta en la necesidad de imponer el triunfo de un ser vivo e histórico, tanto sobre el simple apetito formal de lo que se comunican las inteligencias, como sobre el argumento abismal de lo que fuimos y de lo que queremos ser.

Y esto, equivale, no haya duda, a una posición optimista, pero verdadera, porque corresponde a la naturaleza misma de nuestro crecimiento. La angustia estéril y negativa de ciertas tendencias del pensamiento europeo no nos alcanza, porque no hemos sido derrotados. No encaja, podéis creerlo, en nuestro estilo de vida. Ni en lo que es el verbo de nuestra historia: acción de conjugar en futuro, no sólo en pretérito.

**Fr. JOSE MARIA VARGAS, O. P.**

## **QUITO Y SU MENSAJE DE CULTURA**

Por todos conocida y celebrada es la iniciativa la Universidad de Oxford de aquilatar las esencias culturales, con que los pueblos factores de civilizaciones han contribuido al progreso espiritual de la humanidad. India, Egipto, Grecia, Roma, el Islam, han sido estudiados por especialistas e investigadores, los cuales, con el título clásico de **Legados**, nos han dado a conocer el aporte de esos pueblos al patrimonio común del género humano. En 1954 se añadió a esa serie, el Legado de España a América, que contiene la descripción de los medios de que se sirvió la Madre Patria para incorporar el Mundo Hispanoamericano a la civilización occidental.

La conquista española determinó la organización de ciudades a la costa del Pacífico y a lo largo de la región interandina, caracterizada, por el ambiente geográfico, pero solidarias por el espíritu, que se traduce en la unidad de religión, de idioma, de instituciones, de historia y miraje del porvenir. Del conjunto de estos elementos surge el espíritu general de cada pueblo. Montesquieu fue el primero en sistematizar el estudio del espíritu de los hechos históricos. Según él "diversidad de cosas dominan los hombres:

el clima, la religión, las leyes, los principios de gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres, los usos: de ello se engendra un espíritu general resultante de todas ellas". Este espíritu general se concreta para diversificar los pueblos, por la distinta dosificación de cada uno de esos factores con respecto a los demás.

Este pensamiento, elaborado por Montesquiu en la aurora de la Ilustración francesa, fue revisado y completado por Herder, el autor de la doctrina sobre la individualidad de los pueblos, que había de ser el tema favorito del historicismo de Dilthey. Dentro de condiciones geográficas definidas y bajo el influjo de un clima persistente, nace y se desarrolla un pueblo, sujeto colectivo que conserva una esencia permanente y es el soporte de los cambios que se producen al través del tiempo, merced a un espíritu genético que alienta interiormente y dirige a la vez el proceso del desarrollo histórico. Esta concepción, de alcance simplemente naturalista, hizo exclamar a Herder en expresión romántica: "Gran madre Naturaleza! ¡A qué pequeñeces has ligado el destino de nuestra especie! Con la forma cambiada de una cabeza y de un cerebro humano, con una pequeña modificación en la estructura de la organización y de los nervios, que producen el clima, la calidad de la estirpe y la costumbre, se muda también el destino del mundo, la suma de todo aquello, que en todas partes de la tierra, hace la humanidad y sufre la humanidad". Falta ciertamente aquí la alusión a la Divina Providencia, bajo cuya mirada vigilante, van cumpliéndose las leyes impuestas por el Creador al universo.

Esta teoría de la individualidad de los pueblos ¿cábe aplicar a las ciudades? ¿Tienen también estas su personalidad colectiva, que les permite intercambiar influjos espirituales, conservando su carácter individual? Desde luego

fue el mismo Montesquieu quien llamó la atención sobre la influencia de una ciudad capital sobre el espíritu general de una nación. París ha hecho a los franceses, como Madrid a los españoles, y Roma a los italianos. En nuestra América ¿quién puede negar el influjo de Lima sobre los peruanos de Buenos Aires sobre los argentinos, de México sobre los mexicanos y de Quito sobre los ecuatorianos?

La presencia de Quito en Lima interpreta el saludo y mensaje del pueblo ecuatoriano al pueblo del Perú. En este recinto augusto y durante la Semana llamada de Cultura Ecuatoriana, el espíritu general de nuestro pueblo y el individual de Quito están palpitando en esta muestra de espiritualidad y cultura. Séanos ahora permitido interpretar la esencia y el alcance del mensaje, enviado por Quito a la noble ciudad de los Virreyes.

## LA PERSONALIDAD DE QUITO

Un destino feliz presidió la fundación de Quito. El convenio firmado entre el Mariscal Almagro y Don Pedro de Alvarado hizo que la ilusión de la aventura se aliase con la realidad de la experiencia para conformar la estructura urbanística y social de la nueva ciudad. Diríase que una mano misteriosa dirigía la reiteración de los pasos de la historia hasta el momento de inspirar la vida a las colectividades humanas. La arqueología y la prehistoria han demostrado que Quito fué el límite extremo de las corrientes migratorias, que procedían del Yucatán al norte y de Tihuanaco y Cuzco al sur. También esta vez elementos de conquista, procedentes de Guatemala y del Cuzco convergieron a Quito, atraídos quizá por una fuerza cósmica que les llevaba al sitio donde el planeta se divide en los dos hemisferios y el sol proyecta

con verticalidad sus rayos. Quito resultó el centro equidistante entre México y el Cuzco, las ciudades herederas de un patrimonio cultural precolombino, que serían luego los focos principales de proyección del arte hispanoamericano.

Los compañeros de Alvarado aportaron el germen de la cultura. Con ellos vino Fray Jodoco Ricke con la consigna expresa de implantar en Quito el método civilizador, usado en México por Fray Pedro de Gante. La traza de la urbe primitiva determinó la vida futura de la ciudad. Emplazada en suelo desigual, nació con el destino de cubrir las cicatrices geográficas y asumir fisonomía barroca, concentrada en cerco de montañas. Los sitios planos se asignaron a la iglesia mayor y a los conventos. No hubo posibilidad de línea recta para las calles ni canon para orientación de frontispicios. Cada instituto religioso ubicó su iglesia y su convento en un lado de su plaza e inspiró el espíritu de familia al barrio circunvecino.

El hecho de hallarse Quito al filo de la línea ecuatorial se presta al prejuicio de sujetar la población al martirio de un ambiente tropical. La altura, sin embargo, de 2.800 metros le ha situado en una como antesala del cielo, rodeada de nubes blancas y esponjosas, que reflejan el cerco de colinas y montículos que clausuran la ciudad. Un relator anónimo del siglo XVI sintió ya los atractivos de carácter geográfico. "La tierra no es estéril, antes abundosa y fértil... La tierra es sana, los hombres comunmente viven más que en España... El temple de la ciudad es antes frío que caliente... El cielo es claro y sereno y el sol sale y se pone con mucha alegría y nunca está cubierto de nublados, sino cuando llueve o quiera llover".

Naturaleza generosa, clima saludable, panorama de belleza austera, firmamento límpidamente azul, sol ecuatorial: tal la suma de influencias del medio geográfico que se ofre-

ció a efectos recíprocos, al elemento humano, de futura evolución mestiza, a partir de 1534. El volcán Pichincha brindó desde luego sus canteras de piedras grises o brunas y, en las capas de su cimentación, la materia prima, la arcilla, la arena, para la construcción arquitectónica. Fray Jodoco Ricke proporcionó la mano de obra. En su colegio de San Andrés, fundado en 1552, estableció la primera escuela de artes y oficios, donde los indios bajo la dirección de los españoles, aprendieron a construir, construyendo ante todo el templo y convento de San Francisco. No fué ya difícil proseguir la obra constructiva. La catedral surgió en 1563 en el lapso de tres años. Francisco Becerra echó los cimientos y sacó los muros a flor de tierra de las iglesias y conventos de Santo Domingo y San Agustín en 1581. Los Mercedarios aprovecharon del favor de los Pizarros para levantar su templo primitivo en la segunda mitad del siglo XVI. La siguiente centuria presenció la lenta erección del templo de la Compañía, el mejor de América por su primor arquitectónico. De este modo, en ritmo acelerado, Quito definió su personalidad urbanística. Después de México, al igual que el Cuzco, se edificó en Hispanoamérica, "un remedo de la Roma Papal, una ciudad conventual más rica en ejemplares arquitectónicos que Avila de los Caballeros, la Capital "Burgalesa" o la imperial Toledo. No fué para Quito la geometría rectilínea, ni la planificación a base de damero, con plazas, calles y manzanas trazadas a cordel. La geografía obligó más bien a estructurar la ciudad al estilo laberíntico introducido por los moros. Para el goce estético, no fué el espectáculo fácil, cuya simetría agrada a primera vista; sino el bello desorden del barroco, que obliga a justipreciar el esfuerzo humano vencedor de la naturaleza.

## EL LEGADO HISTORICO DE QUITO

No está resuelta aún la antinomia entre la idea de transitoriedad y la de permanencia, con que se ha pretendido explicar las realidades históricas. Mientras unos lamentan que "nuestras vidas son los ríos" y reconocen que la sucesión del tiempo arrebatara las realidades histórico-sociales; otros insisten en afirmar la objetividad y permanencia de las estructuras culturales, que forman el patrimonio de la humanidad. Javier Zubiri ha conciliado a unos y otros en la intención y esfuerzo de "evitar lo más radicalmente histórico de la historia". Es evidente que el pasado pervive en el presente, como efecto de una serie de articulaciones que va haciendo la historia, al pasar del tiempo. Goethe ponderó la sabiduría de la Naturaleza, la cual renueva su espectáculo, no porque ella cambie, sino porque continuamente está creando nuevos espectadores. Podríase añadir que el autor de la naturaleza ha impuesto a cada generación que pasa la ardua tarea de imprimir la huella de su espíritu para justificar su acción en el escenario de la historia.

El tiempo ha impreso sobre Quito la pátina imborrable de más de cuatro siglos. La tenacidad flamenca de Fray Jodoco Ricke estimuló la energía de los frailes españoles, que emularon noblemente en levantar sus templos y logias conventuales, como prueba fehaciente de la eficacia de su influjo sobre el pueblo y los conquistadores. Llama de inmediato la atención la ausencia de edificios civiles de importancia. Ni la Casa del Ayuntamiento, ni el Hospital del Rey, ni el Palacio de la Audiencia guardaron parangón con las construcciones conventuales. Todo el vigor económico y social se puso al servicio de la Religión y de su culto. La arquitectura es el arte social por excelencia: las obras arquitectónicas representan un estado colectivo y reflejan la

cultura espiritual de cada época de la historia. Observa con sagacidad Eugenio de Ors: "La manifestación más permanente del vivir espiritual humano es el Arte. Otras habrá más sublimes: la Poesía, quizás. La Religión, sin duda. Pero lo sublime no es lo perfecto... Ahora, la manifestación más perfecta del Arte es la Arquitectura. En la Arquitectura, lo material, lo intelectual y hasta lo angélico, muestranse en colaboración y equilibrio tales, que ni la grosería terrena ni el etéreo perderse de vista hallan en ella la posibilidad de opresión. Es el Arte, además, mejor librado del tiempo". Las generaciones del siglo XVI asentaron los sillares del teatro en que debían actuar las generaciones venideras. La Religión con sus prácticas de culto se impondría como ambiente al pueblo, sujeto colectivo permanente, que se renueva con el suceder del tiempo sin perder sus esencias patrimoniales.

Las piedras del Pichincha, modeladas por las manos vigorosas de los indios canteros, se convirtieron en sillares de atrios, en marcos y frontones de portadas, en revestimiento de zócalos y frontispicios, en columnarios claustrales, en pilas y surtidores de agua. El espíritu del Renacimiento impuso sus cánones, en la disposición de los órdenes, la austeridad varonil del dórico en el primer cuerpo de las fachadas, para sostener la gracia femenina del jónico, o coronar con los bucles del corintio, de acuerdo con el gusto de Vitruvio. No hay claustro quiteño que replique el columnario. Mientras San Francisco asienta las cejas de sus arcos sobre la simetría de columnas dóricas, Santo Domingo abre el cerco de su arquería sobre soportes toscanos y San Agustín introduce el capricho de doble columnario en un aire de reminiscencia arábiga. La planta de los templos ha adoptado el rito de la cruz latina y la lacería mudéjar para los artesonados de las naves, cruceros y coros.

Al observador atento que visita Quito, no se le escapa la impresión de monumentalidad que reviste el ámbito antiguo de la ciudad, conformada ya en el siglo XVI, con una personalidad urbanística inconfundible, geografía desigual vencida y dominada por el esfuerzo humano, bajo la inspiración del ideal religioso.

## EL SIGLO DE LA CULTURA QUITENA

Roberto Richard ha insinuado un "punto de vista", para mejor aprecio de la conquista espiritual de América. El siglo XVI fué el siglo de oro de la acción misional de España en el Nuevo Mundo. Los primeros operarios de la viña, los organizadores de la iglesia americana, los fusionadores de la nueva sociedad hispanoamericana, fueron los frailes, franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios.

La presencia de los jesuitas en América determinó una nueva orientación histórico-social. Libres de gobierno de parroquias y doctrinas, sin el cargo de capellanías, los hijos de San Ignacio se encargaron directamente de la formación del clero secular y de la educación de la sociedad criolla, que dió por resultado la secularización de las parroquias y jerarquización de las clases sociales. La fundación del Seminario de San Luis en Quito data de 1601. Simultáneamente con este plantel funcionaba el Colegio dedicado a segunda enseñanza para seculares. En 1622 se ofrecieron nuevas posibilidades a la formación cultural de los quiteños con la inauguración de la Universidad de San Gregorio. Desde entonces pudo la juventud optar por grados de Bachilleres, Licenciados, Maestros en Artes y Doctores en Teología.

En el último cuarto del siglo XVII se llevó a cabo la fundación dominicana del Colegio de San Fernando y de la

Universidad de Santo Tomás. Los fundadores, para conseguir su objetivo, observaron que la cultura superior proporcionada por la Compañía limitaba su radio de acción benéfica a la clase social acomodada. Santo Domingo anhelaba abrir las puertas de la cultura a todas las clases sociales. De hecho estableció junto al Colegio de San Fernando, una Escuela gratuita para pobres. En la Universidad, se añadió, además, la cátedra de medicina.

La situación histórica de Quito, durante el siglo XVII, brindó a la sociedad oportunidades de realce cultural, tanto más definidas, cuanto menos aliciente había para los atractivos de la carrera militar, navegante o comercial. Del ambiente de Quito salieron Juan Machado y Chávez, que fue tesorero de la Iglesia de Lima y escribió su obra jurídico-moral intitulada **El Perfecto Confesor y Cura de Almas** y Fray Gaspar de Villarroel, obispo de Santiago de Chile y luego de Arequipa, autor, entre varios libros, del **Gobierno Eclesiástico y Pacífico**; en Quito compuso el Ilmo. Señor Alonso de la Peña y Montenegro su célebre **Itinerario para Párrocos de Indias** e inició el P. Alvarez de Paz su tratado ascético-místico **De Vita Spirituali ejusque perfectione**, cuyo compendio escrito por el Padre Juan Camacho sirvió de directorio espiritual a Santa Mariana de Jesús.

De acuerdo con el árbol simbólico de la Sabiduría ideado por Raimundo Lulio, puédesse afirmar que en el siglo XVII, la savia del pensamiento quiteño convergió a la rama de la Teología y del Derecho. Sin embargo, Dilthey nos advierte que no es posible explicar aisladamente un hecho histórico, sin conectarlo con la estructura total de realidades que componen la trama misteriosa de la vida humana y señala el dinamismo engendrador de valores y de fines que completan el aspecto general de toda una época de la historia. A la organización de la enseñanza superior y univer-

sitaria, correspondió en el arte la decoración de los templos, con profusión de retablos y multiplicación de imágenes. La arquitectura, por su carácter social y la irrecusabilidad de su presencia, termina por hacer olvidar los nombres de sus imagineros constructores. No así la escultura, cuyos profesionales imprimen el sello de su individualidad en la estructura de un altar o la policromía de una efigie. Además, el plano y construcción de un templo obedecen a leyes funcionales impuestas por la finalidad de un culto colectivo. Al escultor, en cambio, se le impone la tarea de cubrir un espacio a merced de personal iniciativa y el imaginero es el intérprete de la devoción del pueblo que anhela ver plasmados sus ideales religiosos, de acuerdo con las orientaciones inspiradas por teólogos y predicadores. Fray Francisco Benítez revisió el presbiterio y los brazos del crucero del templo de San Francisco de retablos gigantescos, aprovechando de los colosales cedros que crecían en los alrededores de Quito. El Hermano Marcos Guerra labró los altares principales del templo de la Compañía, introduciendo las columnas entorchadas, que habían de caracterizar el barroquismo quiteño del siglo XVIII. Bernardo de Legarda es el autor de los retablos de Cantuña, la Merced y el Carmen Moderno, cuya estructura obedece a un dinamismo interno, que ordena los elementos de composición, solidarizándolos en el conjunto total. En la historia del retablo quiteño, el proceso evolutivo de las columnas comienza con la elegancia del orden dórico, adopta luego los remates jónico y corintio, se entorcha después en espirales salomónicas y concluye con aceptar adornos parasitarios, que hacen perder la esencia del elemento sustentor. Este dinamismo inquieto del columnario influye en la disposición total de los retablos, que rompen la lógica de la línea recta para curvarse en explo-

sión de vida, hasta tocar los lindes extremos que permiten el orden y el buen gusto.

La imaginería quiteña comienza a figurar en la historia del arte, con Diego de Robles, español radicado en Quito en el último cuarto del siglo XVI. Sus imágenes de la Virgen, de talla reducida, se impusieron a la piedad del pueblo ecuatoriano, por su aire de ingenuidad devota. A mediados del siglo XVII, un sacerdote secular, el Padre Carlos, consagró su habilidad artística a la representación de asuntos, que respondían al sentimiento religioso de la sociedad quiteña. De su taller salieron al culto Pasos de la Semana Santa, San Jerónimo Patrono y protector de la ciudad, San Lucas Patrono del Gremio de Escultores y Pintores, San Francisco de Paula apóstol de la caridad y muy popular en Quito, Santa Rosa de Lima, cuya canonización fué celebrada con regocijo público. A este elenco temático hay que añadir los grupos que integran los Calvarios, como también los Apostolados que cercan a la Virgen moribunda o siguen con su actitud admirativa a la Virgen en su Tránsito a la gloria. Por lo que mira al sistema representativo, las imágenes del siglo XVII asumen un carácter de figuración ideal. Son estatuas de tamaño normal, labradas para ocupar un nicho en el cuerpo de un retablo, de equilibrio humano y fácil referencia histórica, que se han impuesto a la comprensión y sentimiento popular. Camon Aznar pretende reducir esta forma de representación a la iconografía introducida por el Concilio de Trento, que inspiró en España a Martínez Montañés y Gregorio Fernández.

El siglo XVIII compaginó con la gracia femenina que supo inspirar a sus imágenes la gubia de Bernardo de Legarda. Fue este artista el representante máximo del barroquismo quiteño, que invadió todas las ramas de la cultura. El movimiento espiritual suscitó un afán de superación y de-

finición colectiva. A mediados del siglo XVIII los geodésicos franceses despertaron el interés por las ciencias naturales y Maldonado trazó el primer mapa de la Audiencia de Quito; el Padre Juan de Velasco ensayó componer la historia general del Reino de Quito; Espejo puso en tela de juicio los métodos tradicionales de enseñanza y el valor de las instituciones sociales y pretendió introducir en el ambiente las inquietudes provenientes de Francia: la geografía, la historia, la literatura, la organización de la economía, reflejaron la preocupación por formar una conciencia nacional.

El arte continuó inspirándose en la temática religiosa. Pero no era ya la ingenuidad del siglo XVI, ni la serena elegancia del siglo XVII. Era el dinamismo, propio del siglo XVIII, que halló su intérprete adecuado en Bernardo de Legarda. Sus Inmaculadas, sus Vírgenes del Tránsito, su Santa Rosa de Lima, revisten un aire de vitalidad casi profana, salen del molde escultórico en un afán de vuelo, con alas que acentúan la agilidad del movimiento y con ademanes que rozan con la danza.

No se da el caso en que una imagen de Legarda se hubiese impuesto al culto, suscitando la piedad del pueblo. Sus Inmaculadas son más artísticas que devotas. Legarda fué la encarnación del barroquismo quiteño de su siglo.

La historia de nuestro arte consagra un capítulo al aporte del indio a la escultura e imaginería del siglo XVIII, que se cierra con los nombres de José Olmos, Manuel Chili y Gaspar Sangunima, respectivamente designados con los apodos de Pampite, Cascicara y el Morlaco. Desde luego, esta tríada de imagineros es la floración del realce cultural que el elemento indígena fué adquiriendo en contacto con el español y el criollo. En el siglo XVI consiguió Fray Jodoco desarrollar las aptitudes de los indios para la música, el canto y la construcción arquitectónica. Luego, a principios

del siglo XVII, el Padre Bedón enseñó a los indios el arte de la pintura e hizo de ellos los mejores miniaturistas y calígrafos de libros corales. A mediados del siglo XVIII, la Condamine y el Padre Velasco pusieron de relieve la habilidad de indios y mestizos para las artes plásticas. Espejo y Caspicara fueron la mejor expresión de su raza y demostraron el alcance de su capacidad cuando el esfuerzo personal supera los prejuicios del ambiente.

Los ejemplares magníficos del Museo de Oro de Guayaquil demuestran el alto grado de perfección a que llegaron los aurífices y ceramistas de la costa ecuatoriana, cuya actividad se paralizó con la conquista española. En cambio, los indios del callejón interandino, sin la vigorosa tradición artística de los de México y el Cuzco, no imprimieron su carácter vernáculo a las obras que realizaron bajo la dirección de los españoles. Nuestros indios demostraron desde el principio su gran capacidad de asimilación. Su aporte al tallado y la imaginería fué de inspiración y factura de tipo europeo. Caspicara es el escultor de las imágenes perfectas, de los grupos armonizados, de la anatomía meticulosa. Nada hay en sus obras que recuerde su procedencia racial. Acaso sea Panpite quien revele la tragedia de su raza en sus Cristos con llagas abiertas y de contorno amoratado. Sangurima, en la protección que le dispensó el Libertador Simón Bolívar, inició la rehabilitación de su raza, que tanto ha contribuido a la economía, a la Religión y a la cultura ecuatorianas. Oswaldó Guayasamín es y ha querido ser la máxima expresión de las reservas que alientan en la sangre mestiza para las conquistas de la civilización moderna.

## ESCUELA QUITEÑA DE PINTURA

En el programa de enseñanza del célebre Colegio de San Andrés constaba la Pintura como artesanía de obligado aprendizaje. Los informes contemporáneos no permiten dar más alcance a esta iniciativa pictórica que la habilitación indígena para el miniaturismo de los libros corales. Se dice expresamente que de este plantel salieron "muy perfectos pintores y escritores y apuntadores de libros".

La pintura quiteña ascendió al mural y se independizó en el lienzo con el Padre Dominicó Fray Pedro Bedón y sus discípulos. En torno al Padre Bedón cabe plantear el problema de la originalidad cuya resolución servirá para caracterizar los rasgos esenciales de la pintura quiteña. Según Goethe, "la verdadera originalidad se manifiesta en que el artista solo necesita un impulso para animarse a seguir por sí mismo y con independencia el camino de lo verdadero, de lo inteligente y de lo que perdura". No está, pues, la originalidad en la creación total de la obra. El artista puede sentir la gracia de la inspiración en contacto con un aliciente extraño. Lo esencial consiste en que una vez animado, ponga en juego los recursos personales. Los progresos de la erudición histórica sugieren la ilusión de una sinopsis de estilos, escuelas y obras, que parece solidarizar a los artistas en sus realizaciones. De hecho, sin embargo, el pintor original se desenvuelve al margen de la erudición, sin desechar, desde luego, las experiencias técnicas de su arte respectiva.

El Padre Bedón estuvo en Lima desde 1577 hasta 1586. Durante su estadía se llevó a cabo la decoración mural de la capilla, claustros y enfermería del Hospital de Santa Ana por el pintor Jordán Fernández Lobo. Martín S. Soria pretende demostrar el influjo directo sobre el pintor dominicano de Vernardo Bitti, jesuíta italiano que ejerció la pintura en el

Perú a partir de 1575. De regreso a Quito, el Padre Bedón estuvo en contacto con Angel Medoro, pintor romano, que había ejercido su arte en Tunja y luego después en Lima, donde hizo un retrato de Santa Rosa, sobre el modelo del cadáver. La pintura quiteña nació, según esto, bajo el influjo de maestros italianos y españoles, que trasladaron a Hispanoamérica las experiencias pictóricas del Renacimiento. Aun el hecho de la afición del Padre Bedón a la pintura mural confirma su remota filiación italiana. A la técnica de la preparación de fondos y agrupación de los componentes de un cuadro, envolviéndolos en un ambiente solidario, hay que añadir la peculiaridad de los motivos. Bedón introdujo en Quito las representaciones de Nuestra Señora del Rosario con San Francisco y Santo Domingo a los pies, que se impusieron a la piedad quiteña del siglo XVII.

Al pintor dominico siguió cronológicamente el Hermano Hernando de la Cruz, de origen panameño, que estuvo en Lima en la madurez pictórica de Medoro y Mato Pérez de Alesio. Cuando ingresó en Quito en la Compañía, ésta dió alientos a su afición a la pintura e inspiró la temática propia del Instituto: la interpretación de los ejercicios espirituales de San Ignacio y las escenas de la vida del Santo Fundador. Entre 1656 y 1706 se desarrolló la actividad pictórica de Miguel de Santiago, el máximo pintor quiteño y quizá hispanoamericano. Comenzó su formación artística trasladando al lienzo la serie de grabados de la vida de San Agustín del burilador holandés Schelte de Bolswert. El esfuerzo del artista por interpretar el grabado, rehacer las escenas y dar colorido al cuadro, le infundió el hábito de la composición y le descubrió los secretos de la cromática. No fue este el único contacto con maestros europeos. En su testamento declaró Santiago que dejaba "una docena de países de a dos varas, hechura de España y otro lienzo de dos varas, pintura

de España, hechura de Sierra Morena". Además, de su tiempo data un **Tratado de la Pintura**, en que se aprovechan textos del libro de varia **Commesuración** del platero leonés Juan de Arze, **El Arte de la Pintura** del humanista cordobés Pablo de Céspedes, **El Arte de Pintar** del suegro de Velázquez Francisco Pacheco y del **Libro de la Pintura** del holandés Carlos Bexmandes. Fuera de estos tratados de formación técnica, también declaró que dejaba como bienes suyos, "cuarenta libros, chicos y grandes, de distintos autores", entre ellos una colección de grabados de Rembrandt. Se echa, pues, de ver el respaldo cultural que poseía Miguel de Santiago para el ejercicio de su arte pictórico.

No hubo tema que evadiera a la pericia del maestro. Para Guápulo pintó una serie de lienzos representativos de los milagros de Nuestra Señora de Guadalupe. La composición de estos asuntos de carácter histórico le puso en el caso de interpretar el panorama de la montaña y paisajes quietos, como fondo de escenas familiares y folklóricas. En compromiso con los franciscanos de Bogotá pintó una colección de once lienzos, que traducen el popular saludo de Alabado-sea-el-Santísimo-Sacramento—Y la Virgen-María-Concebida-sin pecado-original, que se conservan en el llamado Camarín de la Inmaculada. Para la catedral de Bogotá pintó, asimismo, otra serie de once cuadros, que representan los Artículos del Credo. San Francisco de Quito posee la colección de lienzos llamados de la Doctrina Cristiana, en cada uno de los cuales se simbolizan las Virtudes Teologales y Cardinales, los Mandamientos y Sacramentos, los Pecados Capitales y las obras de misericordia. Todos estos temas presuponen un conocimiento profundo del Dogma y la Moral y de la Simbología cristiana. No le fue tampoco ajena la erudición sobre la mitología. Sus lienzos de las Estaciones responden a las ideas paganas revividas por el espíritu del Renacimiento.

Contemporáneo a Miguel de Santiago y talvez vinculado con él por intercambio de obras fue el gran pintor bogotano Gregorio Vázquez Ceballos. Con todo, no ha perdido aún su valor el siguiente juicio del Padre jesuita Ricardo Cappa: "Tomando en la mano, y sin preocupación alguna, el peso de la justicia, veo que el fiel se inclina, sin oscilar una vez siquiera, del lado del Ecuador. Sólo Miguel de Santiago, en la pintura, contrabalancea y supera a todos los pintores del resto de la América del Sur".

Santiago fue la expresión cumplida del ambiente quiteño del siglo XVII, en que las Universidades de San Gregorio y Santo Tomás inflamaron la cátedra y el púlpito de profundidad teológica. Fue el creador de la Inmaculada Eucarística, culminación iconográfica de las relaciones de María con las Personas de la Trinidad, que habían de florecer en la Virgen sin mancha que exhibe la Custodia como la máxima demostración de amor.

Discípulo de Miguel de Santiago, heredero de su técnica y completador del temario religioso fue Nicolás Javier Gorívar, el pintor de los Apóstoles y los Profetas y de los Reyes de Judá, de los cuales hay una muestra en los ejemplares de la Exposición que tenemos a la vista.

Durante el siglo XVIII el ambiente espiritual de Quito continúa saturado de la devoción a María bajo las advocaciones de la Inmaculada y de la Asunción. La escultura rivalizó con la pintura en la representación de estos dos temas marianos. Miguel de Santiago había dado con el tipo de la Virgen Apocalíptica, que huella con su pie la cabeza del dragón. Bernardo de Legarda plasmó este asunto en la imagen escenta de la Inmaculada, que asumió una gracia singular por el movimiento de la actitud y el vestido policromado. No fue difícil al artista cambiar el ademán de la Virgen y representarla en el trance de ascender al cielo.

A su vez Bernardo Rodríguez y Miguel Samaniego tras-

ladaron este motivo al lienzo, introduciendo las variantes que permitía la pintura. Con estos dos artistas se incorporó a la composición tectónica del cuadro el paisaje artificial como fondo y a veces, como marco, un cerco de dibujo caprichoso, tomado de los grabados flamencos de José y Juan Klauber. Rodríguez y Samaniego interpretaron también, en variedad de formas, a la Divina Pastora, advocación introducida por los Capuchinos y propagada en Quito, desde la aurora del siglo XVIII. La presencia de los geodésicos franceses en Quito suscitó en algunos el interés por la flora ecuatoriana. No tardó en organizarse la misión botánica de Don José Celestino Mutis. Este Mecenas incomparable hizo llevar de Quito a Bogotá buen número de pintores, que dibujaron los mejores ejemplares de la flora colombo-ecuatoriana. Estos pintores quiteños, observa Humboldt, hacían los dibujos de la flora de Bogotá en papel *Gran Aigle* y se escogían al efecto las ramas más cargadas de flores. El análisis o anatomía de las partes de la fructificación se ponían al pie de la lámina. Parte de los colores procedía de materias colorantes indígenas desconocidas en América. Jamás se ha hecho colección alguna de dibujos más lujosa, y aún pudiera decirse que ni en más grande escala". Los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y Bogotá han editado ya los tres primeros Volúmenes de la Colección de Mutis, obra maestra de los pintores quiteños procedentes de los talleres de Rodríguez y José Cortés de Alcocer.

Esta rápida ojeada al arte quiteño colonial nos ha demostrado que la Arquitectura, Escultura y Pintura estuvieron a servicio así exclusivo de la Religión. Funcionarios de Iglesia fueron los protectores de los artistas, quienes hallaron en las verdades religiosas la fuente de su inspiración. Por lo que mira a la técnica, nuestros artistas estuvieron bajo el influjo de los maestros europeos. En este aspecto ha sido nota característica del artista quiteño la facilidad de asimilar las corrientes europeas del arte.

La emancipación política trajo consigo nuevos motivos al Arte Ecuatoriano. La Poesía cantó las victorias de Junín y Miñarica, la Escultura labró los bustos de los Libertadores, la Pintura trazó los retratos de los Generales que triunfaron en Pichincha. Olmedo, Sangurima, Antonio Salas pusieron su arte respectivo al servicio de la causa libertadora.

En todo caso no sufrió mengua la disposición de los quiteños para el arte. Como es natural, las nuevas orientaciones de la cultura han ampliado las posibilidades a la inspiración del artista, como lo demuestra la Exposición del arte contemporáneo. La Casa de la Cultura se ha tornado en hogar común, depositario, por una parte, del patrimonio artístico colonial y alentador, por otra, de todas las nuevas iniciativas de la cultura universal.

Ernesto La Orden llamó a Quito relicario de arte. Con generosidad cordial ha enviado Quito algunas de sus mejores joyas como un mensaje espiritual a la noble ciudad de Lima.

**ALFREDO VERA**

## **IMPORTANCIA HISTORICA MUNDIAL DE LAS NACIONES UNIDAS**

(Alocución pronunciada por el Dr. Alfredo Vera, Profesor de la Escuela de Diplomacia, Servicio Consular y Funcionarios Internacionales, en la sesión solemne realizada por la Universidad de Guayaquil y la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, en celebración del 14º aniversario de la fundación de las Naciones Unidas, el 24 de octubre de 1959).

(Reproducción magnetofónica)

Señores Rector y Vicerrector de la Universidad,  
Señor Presidente de la Casa de la Cultura,  
Señor Representante de las Naciones Unidas,  
Señoras y señores:

Qué largo ha sido el transitar de la humanidad, desde los tiempos de la caverna y de la tribu hasta estos días en que vivimos, tan llenos de problemas y de angustias como también de esperanzas y de altos ideales.

Si la Ciencia calcula que la edad del hombre ha comen-

zado en el período geológico del cuaternario, hace como un millón de años, imaginémonos cuántos miles y miles de años habrán pasado hasta que el hombre aprendió el lenguaje, inventó la escritura y empezó a dar los primeros pasos en la investigación científica y en la creación artística; cuántos milenios habrán transcurrido antes de que existieran culturas dignas de supervivir en la Historia, como las de Egipto, Grecia y Roma, y para que llegara la era cristiana. Muchos siglos de esta era los pueblos vivieron todavía en la esclavitud y las invasiones de los bárbaros los llenaban de zozobra y de terror; muchos siglos duró la edad del feudalismo europeo y el dominio de la escolástica en el pensamiento occidental.

Hasta que la época de los descubrimientos marítimos, de los primeros grandes inventos, como la brújula, la pólvora y la imprenta, prendió la llamarada del Renacimiento y condujo a la Reforma religiosa y al protestantismo y al descubrimiento de América, que ensanchó el mundo conocido y comprobó la redondez de la tierra.

Otros siglos más fueron necesarios para que viniera la gran Revolución Francesa, que provocó el derrocamiento y la extinción de las monarquías, inició la edad de la civilización industrial y proclamó los derechos del ciudadano, agitando el estandarte de libertad, igualdad y fraternidad para los hombres.

(El siglo XIX estaba ufano por haber perfeccionado la aplicación de la máquina de vapor, por el desarrollo del ferrocarril, el empleo de la electricidad y la invención del telégrafo, el teléfono y el automóvil. Fue el siglo de la Independencia Americana, en que surgió Nuestro Señor de la Libertad, Simón Bolívar, el único libertador por antonomasia, el primer hispanoamericano de dimensiones universales y a quien, con justicia, se le considera un precursor de la

organización mundial de las naciones. Era de esperar que después de Bolívar ya no hubiera más colonias, y hoy todavía estamos luchando por extinguir los rezagos del colonialismo en el mundo.

Y llega este prodigioso siglo XX, siglo del avión, la radio, la televisión y la energía nuclear, el siglo de los vuelos interplanetarios con que el hombre rompe la ley de la gravedad terrestre. Particularmente, los últimos 40 años han sido de un progreso desconcertante; en cuatro décadas el mundo ha avanzado velozmente, mucho más que en varios siglos de lenta evolución. Es la época en que se ha proclamado la libertad económica de los hombres. Hasta en el campo de la lucha contra las enfermedades se han obtenido en pocos años victorias gigantescas, con remedios como las sulfas y la penicilina.

Pero este siglo en que nos ha tocado la suerte de vivir, ha atravesado dos terribles cataclismos, que no han sido obra de la naturaleza, sino producto de la violencia de los hombres: la primera guerra mundial, de 1914 al 17, que produjo la muerte de 8 millones de seres; y la segunda, de 1939 al 45, que ocasionó la desaparición de 26 millones de personas.

Ambos cataclismos fueron provocados por la ambición ilimitada del imperialismo germano. Con la segunda guerra mundial, ese monstruo maligno de Hitler y sus secuaces, querían dominar al mundo entero y destruir la democracia occidental y el socialismo. Pero los sagaces dirigentes de ambos sectores comprendieron que el fascismo era el peor peligro para la humanidad, el enemigo público número uno de todos los hombres civilizados, y que había que formar un frente común para exterminar esa peste y defender las conquistas de la civilización y la dignidad del ser humano. De vez en cuando aparecen por diversos rincones, brotes peligrosos de esa semilla maldita, que parece que no ha sido eliminada por completo.



En el mundo hubo siempre guerras, guerras de diverso carácter: de conquista, religiosas, por motivos económicos, que parecían confirmar la tesis de que el hombre es un lobo para el hombre. Hubo también unas pocas guerras justas y necesarias, por la libertad de los pueblos, como las guerras de la independencia americana.

De algunas de aquellas guerras de agresión salieron transformaciones sociales, adelantos de carácter técnico y científico, que hicieron caer a ciertos estadistas y sociólogos en la falacia de pensar que esos desangres, de tiempo en tiempo, eran beneficiosos para la humanidad.

De la primera guerra mundial salió la revolución socialista, y con la segunda, muchos países alcanzaron su independencia y se empleó por primera vez la energía nuclear con la invención de la bomba atómica.

Lo que no entendían quiénes llegaron a creer en las ventajas de la guerra es que tales avances se habían efectuado a pesar de las guerras y no a causa de ellas, porque la Historia no retrocede nunca y la humanidad es incontenible en su ascenso progresivo. La energía atómica habría sido aplicada de todos modos, en circunstancias pacíficas, sin necesidad de esa guerra tan devastadora.

Desde la primera postguerra, nuevas ideas estaban recorriendo la superficie del globo. Entre ellas, la idea de que era posible y necesaria una paz universal definitiva y eterna.

La fuerza de las ideas es asombrosa. Al principio, algunas ideas son impotentes, otras son miradas con desconfianza y otras perseguidas como revolucionarias. Más tarde, a medida que se introducen en las cabezas de los hombres, porque éstos las aceptan como justas, adquieren un poder invencible y no hay dique que pueda contenerlas.

La guerra es la muerte y la muerte es la negación de la vida. Había que poner fin a la guerra porque ella es fatídica para el progreso humano. Con este pensamiento se formó la primera Sociedad de las Naciones. Fracaso por falta de eficiencia, y a los 22 años escasos se produjo una nueva y más terrible matanza universal. No era posible permitir que una tercera guerra ensombreciera la tierra para siempre.



Hay que rendirle el homenaje que merece uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo: el Presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt. Fué él quien tomó la iniciativa para llevar a la realidad ese magnífico ideal de que haya una paz eterna entre los hombres. Y junto a él, otros dos estadistas igualmente grandes y visionarios: Winston Churchill y José Stalin.

Roosevelt proclamó las cuatro libertades esenciales de que debían gozar todos los hombres para que pudieran vivir libres del temor, de la miseria, de la necesidad y de la opresión, y afirmó que para asegurar esas libertades era indispensable la paz y había que obtener el desarme universal.

No fué fácil llegar a la portentosa concepción jurídica y orgánica que implica la Organización de las Naciones Unidas, el organismo mundial destinado, antes que nada, a conseguir esa paz y la seguridad que son fundamentales para el progreso y el bienestar de la humanidad.

En 1941 Roosevelt y Churchill se reunieron en un punto del mar que los separaba y acordaron expedir la Carta del Atlántico. En ella se expresaban ya las esperanzas de un mejor porvenir para la humanidad, de emancipar a los hombres del temor y la necesidad, de renunciar al uso de la

fuerza, de llegar al desarme general y afirmar los principios básicos de la justicia internacional y el respeto a la soberanía de todos los pueblos y a su derecho de darse el gobierno que prefieran.

El 19 de enero de 1942, en completo acuerdo los dirigentes de la lucha armada contra el fascismo, se expidió la Declaración de las Naciones Unidas.

En 1943 se celebró la Conferencia de Moscú en que se estableció la necesidad de crear una organización general internacionales; y en el mismo año se reunieron en Teherán, todos los Estados, para mantener la paz y la seguridad internacional basada en el principio de la igualdad soberana, de frente a frente "los tres grandes".

Después vino la Conferencia de Dumbarton Oaks, en Washington, en 1944, donde se elaboró el proyecto de la Carta de las Naciones Unidas, y al año siguiente otra vez se reunieron "los tres grandes" en Yalta, en la Unión Soviética, para resolver el asunto del veto en el Consejo de Seguridad, que había quedado pendiente, y para convocar a la Conferencia de San Francisco que se realizó en abril de 1945 y aprobó por unanimidad la Constitución de esta grandiosa organización internacional y universal, cuya fundación hoy conmemoramos, por ser el 24 de octubre el día en que las grandes potencias y todos los países que concurrieron a esa Conferencia, refrendaron la Carta y comenzó la humanidad a vivir una nueva etapa de su historia.

La Organización de las Naciones Unidas, la ONU, se propone, para decirlo en pocas palabras, cuatro objetivos fundamentales:

Primero, la paz y la seguridad del mundo. Segundo, incrementar las relaciones de amistad y cooperación entre todos los pueblos de la tierra. Tercero, contribuir a la solución de los problemas económicos, sociales, culturales, hu-

manitarios, de todos los países. Y cuarto, fomentar el respeto a los derechos y las libertades de los hombres.

Para cumplir estos propósitos, la ONU ha estimulado el surgimiento de una serie de organismos especializados, subsidiarios y regionales, como la UNESCO, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, que se propone erradicar la idea de la guerra de la mente de los hombres; como la OIT, la Organización Internacional del Trabajo, que considera que mientras haya miseria, injusticia y privaciones entre los hombres, será imposible una verdadera paz y que la paz universal tiene que basarse en la justicia social; como la Organización Mundial de la Salud, la OMS, que quiere luchar contra las enfermedades más peligrosas, mejorar las condiciones sanitarias de todos los países y hacer realidad el derecho a la salud; como la Organización de los Estados Americanos, la OEA, que encuadrada en el marco de las Naciones Unidas, agrupa a todos los países de nuestro Continente.

Hay organismos dedicados a la atención especial de los países de América Latina, como la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina, dependiente del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, y encargada, específicamente, de estudiar los problemas de este orden que afligen a nuestros pueblos.

En la Declaración Universal de Derechos Humanos, las Naciones Unidas han logrado agrupar y resumir, en la forma más completa posible, todos los derechos por los que la humanidad ha venido luchando desde que ha llegado a tener conciencia de ellos. Allí están el derecho a la vida, a la libertad personal, a la libertad de pensamiento, de opinión, de palabra, por escrito, de tránsito, de residencia, todas las libertades individuales y civiles. Allí están todos los derechos políticos democráticos, de elegir, de ser elegido, de reu-

nión, de asociación. Y allí están también los nuevos derechos de los hombres, los derechos económicos, el derecho al trabajo, a la remuneración adecuada, a la vivienda, el derecho a no morir de hambre, a la protección contra el desempleo, a la subsistencia, a los seguros de toda clase, a la protección especial para la maternidad y la infancia; en fin, todos aquellos derechos que han de elevar la personalidad, la dignidad y el nivel de vida del hombre. Y están además los derechos a la cultura, a la educación gratuita y obligatoria, a que todos los hombres puedan salir de la tiniebla de la ignorancia y adquirir siquiera un rango elemental de capacidad cultural.

Esta Declaración Universal de Derechos Humanos, que ahora no es más que un conjunto de principios teóricos, que unos ya existen en las Constituciones políticas de algunos países y otros están por incorporarse a ellas, es un programa de aspiraciones, un cúmulo de ideales que se van metiendo en las conciencias de todos los pueblos de la tierra y que han de llegar a tener, un día no lejano, una fuerza incontrastable, como para que todos los individuos, por el simple hecho de haber nacido, obtengan una vida digna, una vida decente y libre.

Pero por encima de todas estas funciones y labores trascendentales de la ONU, lo primordial, lo esencial, es que la ONU es una organización universal creada para que no haya más guerras en el mundo, para dar a la comunidad humana una paz duradera e incommovible.

Se trata de que los hombres y los países aprendan a vivir en forma civilizada, respetándose unos a otros las ideas, los sistemas de vida económica y política distintos; que aprendan a vivir en tolerancia, a coexistir pacíficamente, a fomentar su amistad y a no pretender la resolución de sus problemas y diferencias por medio de la agresión y de la fuerza.

En estos 14 años de vida de la ONU, no es poco lo que esta organización ha hecho para impedir que los conflictos degeneren en incendios armados y que los problemas se conviertan en agresiones.



Hay el error, por desgracia muy generalizado, de creer que la ONU es un gobierno mundial, una fuerza superestatal; que la ONU puede adoptar una resolución, dictar un decreto, y que la humanidad está obligada a cumplirlos; que la ONU puede resolver, por ejemplo, que se suprima la guerra fría, y que al día siguiente no debe haber más guerra fría en ningún lugar de la tierra.

Algunas personas piensan que la ONU es una agencia de determinado país para defender los intereses de ese país en contra de sus rivales de cualquier naturaleza.

Y así por el estilo, hay una serie de ideas equivocadas, porque todavía no se conoce lo suficiente el destino de la ONU, su importancia, sus características, sus finalidades y los beneficios que está dando a la humanidad.

La ONU es un organismo internacional que se basa en el respeto a la igualdad soberana de los Estados. Todos los Estados, grandes o pequeños, son iguales ante la ONU; tienen el mismo voto, la misma representación, los mismos deberes y derechos en la Asamblea General. La situación especial de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad es una excepción necesaria en beneficio de la paz.

Al mismo tiempo, la ONU se basa en el principio de no intervención, del respeto al derecho de cada país, de cada nación, para organizar su vida en la forma que a bien tenga; al derecho de cada pueblo para darse el gobierno que más le

convenga. Ningún país puede intervenir en la vida de otro para decidir cómo ha de ser el gobierno de éste, por pequeño y débil que sea.

Es verdad que todavía, a pesar de esta organización y de estos principios, quedan muchos problemas de tal carácter que resolver sobre la tierra.

Ahora mismo, en nuestra América, ya estamos viendo los conatos para que ese país hermano del Caribe, la admirable Cuba, que ha hecho su movimiento de revolución para alcanzar la segunda independencia, a la que estamos aspirando todos los pueblos hispanoamericanos, sea aplastada por mano ajena o con una disfrazada intervención. Se quiere impedir que ese nuevo prócer continental que es Fidel Castro, continúe su gloriosa acción sobre las huellas de Bolívar y Martí.



Todavía no se comprende la misión esencial de la ONU y hay ciertas personas interesadas en tergiversar su finalidad.

Algunos quisieran que la ONU sea simplemente una organización casi de beneficencia, como para repartir leche en polvo a los niños pobres en países atrasados como el nuestro, como ya la hiciera la UNICEF, o para recoger dinero en colectas populares para alguna obra útil de carácter público; o a lo más que se dedique sólo a proclamar el respeto a los derechos y libertades de los hombres.

Esta última es, verdaderamente, una tarea importante de la ONU. Pero sería desfigurar su misión trascendental, si limitáramos sólo a eso su principal actividad.

Hay que repetir con insistencia que la finalidad esencial de la ONU es que los hombres y los pueblos vivan en

paz y que las naciones tengan seguridad en su existencia.

En el tiempo transcurrido desde la fundación de la ONU son muchos los peligros que hemos atravesado, las zozobras que hemos padecido temerosos de que llegara a estallar esa tercera guerra que no queremos que la humanidad padezca. Ha habido momentos en que el mundo entero ha temblado porque se creía que ya, al día siguiente, habría de desencadenarse la nueva conflagración. Recordemos los conflictos de Corea, de Indochina, de Berlín, de Israel, el último conflicto de Laos. Aún ciertos conflictos de carácter interno, como, por ejemplo, la crisis de Francia, ligada a la cuestión de la independencia de Argelia, cuando asumió el poder el General de Gaulle, hicieron temer que a causa de tales sucesos pudiera desatarse la guerra.

Al lado de esos acontecimientos hemos presenciado en los 14 años transcurridos, una actividad realmente equivocada y peligrosa, lo que se ha dado en llamar la guerra fría, o sea la hostilidad sorda, a veces disimulada y encubierta, de las grandes potencias; la hostilidad permanente de los dos grandes sectores económicos y políticos en que ha venido a quedar dividida la humanidad contemporánea. Esa guerra fría, esa guerra sorda, esa guerra que no se hace con cañones, ha estado empujando al mundo, al peligro tremendo de que se provoque una nueva matanza universal.

Ha habido algo más grave. Ha habido estadistas, que por fortuna ya van desapareciendo, que han ejercido la política verdaderamente criminal de llevar al mundo al borde de la guerra, como no han tenido vergüenza de declararlo en un momento dado.

Si hay gentes en el mundo, y sobre todo si hay estadistas capaces de jugar de esta manera con los destinos humanos y que preconicen la guerra como vía para la solución de los conflictos, deben estar rematadamente locos.

Hay además los interesados en la guerra, los provocadores de ella: los monopolistas que creen que la guerra puede ser el mejor de sus negocios, los fabricantes de armamentos y los círculos militaristas.

Por desgracia, existe una profesión que ha inventado la humanidad para matar a los hombres, y los que a ella pertenecen, cuando no ejercen activamente sus funciones, por lo menos están deseando que llegue el momento de disparar los primeros tiros y ejercer sus habilidades.



Se critica a la ONU por diversos aspectos. Se la critica por ciertos defectos indudables y evidentes. Por ejemplo, se dice que la ONU es una organización tan inútil que es incapaz siquiera de resolver la justa representación de todos los Estados que son miembros de ella, y se presenta como muestra el caso de China. Es verdad que éste es un defecto de la Organización de las Naciones Unidas, de su sentido de equilibrio y de justicia. Pero no es la única institución en el mundo que tiene defectos de esta naturaleza, defectos de una representación justa y adecuada. Hay parlamentos nacionales que están en parecida situación. Mas, esos defectos, no quienesen decir, de ninguna manera, que su obra sea negativa. Algún momento va a llegar en que este problema sea resuelto, y va a ser resuelto en una forma democrática y justiciera. Mientras tanto, los hombres y los pueblos deben esperar con paciencia, porque problemas de ese carácter, hasta cierto punto secundarios, tienen que resolverse en forma normal y regular.

Por otro lado están los críticos del veto. Dicen que el veto anula la acción de la ONU, que la ONU no es una or-

ganización democrática porque hay ciertos miembros privilegiados que tienen el poder de impedir la acción del Consejo de Seguridad, que es el órgano de mayor responsabilidad en el mantenimiento de la paz y la seguridad. Lo que no quieren entender esos críticos es que el veto es elemento indispensable para que la ONU pueda subsistir. Se ha dicho, y con razón, que la ONU es una organización que con el veto no funciona, pero que sin el veto no podría existir. Y es la verdad, porque no se habría podido obligar a ninguna de las cinco grandes potencias que disponen del veto a someterse a resoluciones aparentemente democráticas de un grupo de países que, en un determinado momento, formen una mayoría en el seno de la Asamblea General. Hoy la mayoría puede inclinarse en cierto sentido; mañana pueden variar las circunstancias y la mayoría tener una orientación contraria. En cualesquiera circunstancias, la mayoría de los Estados miembros resuelven democráticamente en la Asamblea General las cuestiones que le atañen a ésta. Pero hay ciertos asuntos graves y complejos, que corresponden al Consejo de Seguridad y que no pueden resolverse sino cuando las cinco grandes potencias que tienen voto privilegiado están unánimemente de acuerdo. Esta era la única manera de impedir una nueva guerra a corto plazo.

He allí, precisamente, la genialidad de los creadores de la ONU, el acierto de los redactores de su Carta, que es un documento casi perfecto, que ha subsistido ya por 14 años contribuyendo a mantener la paz y la seguridad en el mundo y que puede evitar que una nueva guerra torture horriblemente este planeta.



No cabe la menor duda de que los armamentos han llegado a un grado tal de perfeccionamiento que es posible matar millones de seres humanos en pocas horas. Este es un factor que debería impedir de hecho el estallido de una nueva guerra. Y así parece que va a suceder. Serían tan funestas las consecuencias de una contienda atómica, que sólo hombres anormales, desequilibrados, pueden provocar una matanza tan general, tan espantosa, que significaría el arrasamiento de la especie humana.

Cuando se lanzó al espacio cósmico el primer satélite, que no era ciertamente un instrumento de guerra, hace apenas dos años, suceso que está cambiando rápidamente la historia humana en poco tiempo, algunas personas pensaron que esto sí iba a ser una garantía definitiva de que la nueva conflagración no llegaría a estallar, porque el sputnik representaba la posibilidad de perfeccionar los proyectiles teledirigidos, como para que, desde cualquier lugar de la tierra, pudiera bombardearse aún los antípodas, aún los países situados al otro lado de la esfera terrestre. Y cada día ese pensamiento se convierte en una evidencia. Sería muy útil que no haya nunca más un agresor, por el temor de lo que lo maten a él inmediatamente.

Ha pasado ya la época de las guerras simplemente económicas, de conquista, religiosas o de otro carácter agresivo. Las guerras mundiales del siglo XX han sido guerras imperialistas, completamente distintas de todas las guerras anteriores, por su extensión y por sus causas. Una nueva guerra sería, no sólo por sus efectos, sino por su contenido y por sus móviles, totalmente diferente de las dos precedentes.

La causa verdadera de una nueva guerra sería que el mundo, después de la segunda guerra mundial, ha quedado dividido en dos grandes bloques económicos y políticos

antagónicos: de un lado el capitalismo, de otro lado el socialismo.

Hay muchas gentes en el mundo que piensan que el capitalismo es un sistema perfecto y que debe ser eterno, que no debe desaparecer porque es una garantía para el progreso económico y la libertad de todos los hombres. Hay muchas otras gentes que piensan que el capitalismo atraviesa un proceso de descomposición, que está llamado históricamente a desaparecer y que la única esperanza de mejoramiento y superación para la humanidad es el socialismo. Pues bien, éstas son distintas ideas que tienen dos vastos conglomerados humanos. Esta puede ser inclusive la única alternativa de la sociedad contemporánea. Pero esto no debe ser motivo para que los hombres se maten entre sí.

Lo que se propone la ONU es que los hombres resuelvan esta divergencia en forma civilizada, que se haga una competencia pacífica, que coexistan los dos sistemas, que los gobiernos de un sector de la tierra admitan que haya otro sector con una estructura económica diferente pero con igual derecho a la existencia que la forma de vida que ellos preconizan y sostienen; que cada pueblo resuelva democrática y libremente el tipo de gobierno bajo el cual quiere vivir, dicte sus leyes y escoja las fórmulas económicas y sociales que más le convengan.

Es monstruoso y absurdo que porque ha surgido un mundo dividido en dos estructuras económicas, sociales y políticas distintas, la humanidad deba desaparecer.

Es de esto de lo que se trata, ante todo, con la labor de la ONU; de que la especie humana se conserve en paz, cultivando el grado admirable de civilización a que ha llegado, resolviendo amistosamente las divergencias y los problemas que existan y que pudieran surgir. Y por ello el desarme es una necesidad imperiosa, una de las más importantes

preocupaciones que debe tener la Organización de las Naciones Unidas.



El odio es infecundo y destructor. La intolerancia es perniciosa para la sociedad. La humanidad ha sufrido ya demasiado por la intolerancia religiosa y política. La Reforma y el protestantismo fueron la rebelión contra la intolerancia y el dogmatismo grotesco. La Revolución Francesa fué la proclamación del derecho a la libertad de pensamiento, del imperio de la tolerancia y del respeto a las ideas ajenas.

Ya no es posible que se persiga a los hombres por sus ideas y que los hombres se maten como fieras salvajes por tener diversas concepciones de la vida.

(Si no pueden los hombres amarse los unos a los otros, como pedía Cristo hace 1.900 años; si no pueden los hombres ni siquiera ahora vivir este postulado, que no se ha hecho realidad sobre la tierra, porque, por desgracia, a veces, los mismos representantes del cristianismo que deberían predicar los principios de amor y tolerancia, son los que han proclamado el odio y la persecución contra los que piensan de otro modo, que, por lo menos, aprendan a vivir como seres civilizados, discutiendo amistosamente sus problemas, compitiendo en forma pacífica en los campos del progreso y la cultura y no acudiendo a los campos de batalla.

Los pueblos aspiran a que se los deje vivir en paz. No habría un solo pueblo en este momento, capaz de manifestarse en pro de la guerra. Sólo esas multitudes engañadas por el fascismo podían haber puesto la esperanza de su salvación en una conquista bélica. Pero después de las experiencias de las dos guerras anteriores, los pueblos saben

que ellos siempre salen perdiendo y no habrá un pueblo que quiera salvarse mediante la muerte de otros hombres. Todos los pueblos han manifestado su repudio, su aversión a la guerra.

En la paz podrá la humanidad progresar maravillosamente y salir de la miseria, de la ignorancia y de la superstición. Sólo en la paz podrán los hombres y los pueblos conquistar el bienestar y la felicidad.

La humanidad va a salir del reino de la necesidad, como lo han dicho muchos pensadores, como lo dijo Engels el siglo pasado, como lo ha repetido el gran Presidente norteamericano Roosevelt en este siglo; va a salir del imperio del temor, la pobreza y la opresión, para entrar en el reino de la libertad, en un reino en que los hombres no sientan temor ni angustia, no tengan necesidades elementales insatisfechas y dispongan siquiera del mínimo indispensable para una existencia digna, elevada e independiente.



Aunque el mundo no ha cambiado mucho en estos 14 años, porque todavía siguen siendo una inmensa mayoría los que sufren de hambre y de necesidad y hay millones de niños que no reciben educación y subsisten gobiernos despóticos que niegan las libertades políticas a sus pueblos, hay, afortunadamente, en estos precisos días, nuevos signos de comprensión y de amistad, del deseo de fomentar la cooperación y el entendimiento, de decisión para impedir que una nueva guerra azote a la humanidad.

Uno de esos signos es la actitud de los gobernantes de los dos grandes de la tierra. Porque en estos 14 años los cinco grandes han quedado reducidos a dos grandes. Es in-

dudable que Inglaterra y Francia, aunque son países poderosos e importantes, están, en este momento, en un segundo plano. Estados Unidos y la Unión Soviética son los dos colosos que tienen en sus manos la suerte de la humanidad, son los árbitros de la paz y de la guerra. Si estos dos colosos resuelven que no haya guerra, no habrá guerra; si resuelven que haya paz, habrá paz duradera.

La visita del Primer Ministro Kruschev a los Estados Unidos y el pago de esa visita que hará el Presidente Eisenhower a la Unión Soviética, son signos de la comprensión realista del momento decisivo que atraviesa el mundo y del nuevo espíritu que alienta a la humanidad; son, en cierta forma, el resultado de la acción infatigable y tesonera de la Organización de las Naciones Unidas.

Felices los hombres que pueden entender, sin vehemencias ni desesperaciones, lo que está ocurriendo en la tierra y las perspectivas para un futuro grandioso de la sociedad humana.

Un acto como este no debiera ser una reunión de mera formalidad académica. Debiera ser la afirmación en todos los presentes, de nuestra aspiración de paz eterna para la humanidad, de nuestros ideales de bienestar para todos los pueblos, de la esperanza de que no será turbada esa paz con un nuevo flagelo que nos hunda en las miserias, dolores, angustias y tristezas que padecimos en los años del 39 al 45.

Porque, como dice constantemente el Consejo Mundial de la Paz: la paz no se espera, se conquista. Debe ser la obra de la acción de los hombres y de los pueblos.

Y la existencia de la Organización de las Naciones Unidas es la más firme esperanza de que este siglo XX, siglo de las dos guerras mundiales, será también el siglo de la paz duradera, definitiva y eterna para toda la humanidad.

## LA AMERICA LATINA EN LA ESCENA MUNDIAL

Si pretendemos pintar la fisonomía político-social de nuestra América, tenemos que comenzar declarando que, ningún cuadro del presente o del futuro de América podrá ser esbozado sin considerar, previamente, las relaciones existentes entre los Estados Unidos de la América del Norte y los Estados Desunidos de la América del Sur. La influencia de esas relaciones condiciona todas las acciones de la América Latina y aumentará progresivamente dentro de la estructura de cualquier política que los Estados Unidos pudieran adoptar.

El Profesor Mexicano Daniel Cossío y Villegas expresa al respecto que: "Nadie se puede sorprender acerca de la extraordinaria atracción que los Estados Unidos ejercen sobre nosotros. Ella va más allá de cualquier lucro personal que en sí es poderoso. Fúndase en el destino geográfico y no podemos, por lo tanto, llamarlo coincidencia histórica. Coincidencia histórica significa simplemente que somos ramas, no importa si dispersas, o poco importantes, del gran tronco de la civilización occidental, exactamente como lo es Estados Unidos.

Esto porque, en líneas generales, nuestro sistema de vi-

da es semejante al de los Estados Unidos, y no por ejemplo, al de Rusia. Este lazo es mucho más fuerte de lo que se podría imaginar; es tan fuerte como cualquier lazo económico; y no menos firme que los lazos geográficos.

(Ambas Américas heredaron la civilización occidental. Ambas son ramas del mismo árbol y emergieron de la misma fuente. A despecho de muchas diferencias tienen pensamientos semejantes y semejantes concepciones del hombre. Esta es una verdad que condiciona el futuro, porque la naturaleza ha definido las relaciones entre la América del Norte y la del Sur y determinará el destino del hombre en este continente.

La América Latina, básicamente es un productor de materias primas tales como cacao, café, petróleo, hierro, cobre, trigo. Su progreso está decisivamente vinculado en términos favorables de cambio en el comercio internacional, de tal suerte que, cada nación está obligada a suministrar alimentos para su pueblo y maquinarias para su desenvolvimiento económico. Estas naciones sujetas a constantes y radicales fluctuaciones en su producción de materias primas, se tornan débiles porque sus economías dependen de uno o dos productos de mercados específicos.

Los países latinoamericanos están naturalmente haciendo esfuerzos para desenvolver sus industrias, mas el progreso es muy lento. En algunas áreas sus industrias tienden a un desenvolvimiento en cierta extensión, más solamente a causa de otras actividades económicas y especialmente a expensas de los agricultores.

Se observa por otro lado un formidable crecimiento en la inversión de capitales y de la riqueza de los Estados Unidos, y si consideramos las nuevas fuentes de energía y de poder creador colocados a su disposición, constataremos la distancia entre las dos Américas —en relación con el poder

económico, y nivel de vida— que está gradualmente aumentando. La alta renta por cápita de los Estados Unidos y su alto grado de inversión tienden a acentuar aún más esa distancia.

En los últimos tiempos ocurrieron dos revoluciones en los Estados Unidos, revoluciones de largo alcance. La primera fue un alto standard de vida unido a un gran poder de compra que los trabajadores consiguieron, hecho que en los hombres de negocios de aquel país los convenció de que aquello en vez de perjudicar a la eficiencia de los operarios, resultaba en un adelantamiento económico sin paralelo debido al aumento de consumo. Esto representó tan profunda evolución en la estructura del capitalismo que cambió por completo la forma, en comparación con el siglo pasado.

La segunda revolución, talvez única en su género en la Historia, dio a los agricultores un nivel de precios mínimos para sus productos, lo que, a su vez, significó para ellos un standard de vida igual a los operarios industriales. Este es un punto digno de tomarse en cuenta porque, en general, el progreso de los trabajadores de la industria fue realizado a expensas de los trabajadores del campo.

La tercera fase de esas revoluciones debería ser el convencimiento de todos los americanos de que una América Latina dotada de un alto poder de compra, alta productividad y buenas condiciones sociales, es esencialmente propicia al desenvolvimiento de la economía hemisférica.

La responsabilidad de cambiar el destino de este continente cabe en último análisis a los sur-americanos. Frecuentemente culpamos a otros por nuestros propios errores. Existe la tendencia de esperar ofertas y regalos de extraños y lamentar amargamente cuando ellos no llegan. Es absurdo pensar que una empresa o asociación pueda ser entera-

mente realizada por la generalidad o comprensión de otros. Para que la democracia sobreviva en la América Latina debe ser el fruto genuino de un proceso de maduración dentro de cada una de las naciones de Latinoamérica.

Precisamente, iniciando, podemos decir, la corriente que se insinúa de plantear los problemas americanos en un ámbito de franqueza y con legítima personalidad, el Presidente del Brasil Juscelino Kubitschek ha lanzado su tesis denominada "Operación Panamericana", que se fundamenta en el análisis sereno de hechos ocurridos en nuestro continente y que es preciso clarificar a fin de reparar cualquier prejuicio o malentendido. La comunicación del Presidente del Brasil al Presidente de los Estados Unidos de Norte América, al hacerse eco de los sucesos ocurridos en algunos países con ocasión de la visita del Vicepresidente Nixon, expresa: ... "La reacción que siguió a los actos reprobables contra la persona del valeroso y sereno señor Nixon, por parte de los Gobiernos y de la opinión pública de las propias naciones que fueron escenario de tan lamentables sucesos, prueban que las referidas manifestaciones partieron de simple minoría. Mas, del mismo modo, no es posible esconder que, ante la opinión mundial, la idea de la unidad panamericana sufrió serio perjuicio. No puede dejar de resultar, de los desagradables sucesos que tanto deploramos, la impresión de que no nos comprendemos en nuestro continente. La propaganda de los interesados en el antiamericanismo, naturalmente, procura ahora convertir esos supuestos desentendimientos en una incompatibilidad, en una enemistad entre los países libres de la comunidad americana, lo que, felizmente, está bien lejos de ocurrir. Considero que no es conveniente y, principalmente, que no es justo que perdure esa impresión que debilita moralmente la causa de la democracia en cuya defensa estamos empeñados. Es sonada

la hora de revisar fundamentalmente la política de entendimiento de este hemisferio y proceder a un examen de los que se está haciendo en favor de los ideales panamericanos en todas sus implicaciones. ¿Estaremos todos nosotros actuando en el sentido de establecer la ligazón indestructible de sentimientos e intereses que la grave coyuntura aconseja y recomienda?... Como ya dije, es aconsejable corregir la falsa impresión de que no vivimos fraternalmente en las Américas; y, además de esa operación correctora, y para que la misma sea duradera y perfecta, debemos proceder a un verdadero examen de conciencia, en virtud del panamericanismo, y saber si estamos en buen camino”.

Hasta aquí la carta del Presidente Kubitscheck. Ahora analizando la tesis de la llamada “Operación Panamericana”, ésta se refiere a una acción que no es limitada en el tiempo, con objetivos a ser alcanzados en corto plazo. Comprende una nueva orientación de la política continental, con el fin de colocar a la América Latina, mediante un proceso de valorización total, en condiciones de participar más eficazmente en la defensa de Occidente, a través de un sentido creciente de vitalidad y un mayor desarrollo de sus posibilidades. Entre los objetivos fundamentales sobresalen los siguientes: preservación del régimen democrático, basado en la libertad religiosa y política y en el respeto de la propiedad privada y de la libre empresa; defensa de todas las áreas que interesan a la seguridad del mundo libre. El desarrollo más rápido del poder económico de la América Latina se traducirá en un creciente sentido de vitalidad posibilitando el aumento de su contribución a la defensa del Occidente.

La “Operación Panamericana” es idea bajo la forma de acción conjunta de las 21 repúblicas del continente, siendo imprescindible que conserve su índole nítidamente multilateral. Las cuestiones de carácter bilateral proseguirán,

por las vías normalmente utilizadas, sin entrelazarse con la referida "Operación".

En el cuadro de la "Operación Panamericana", la lucha por la democracia se identifica con la lucha contra la inercia y el subdesarrollo. El subdesarrollo reinante en este hemisferio compromete moral y materialmente la causa que defendemos. Zonas subdesarrolladas son zonas abiertas a la penetración antidemocrática. La batalla de occidente es, bajo muchos aspectos y en todas sus implicaciones, la lucha por el desarrollo. Las ideologías materialistas se alimentan de la penuria y de la miseria de donde se originan; el combate a éstas constituye el único camino seguro para el combate efectivo a aquellas. Donde haya miseria la causa de la democracia estará siempre en peligro. Es ilusorio esperar una actuación convencida, en pro de una causa que abarca aspectos tan complejos, de pueblos cuya lucha en los rigores del pauperismo les impide pensar y sentir fuera del ámbito restringido de sus apremiantes necesidades de supervivencia.

LA "Operación Panamericana" traduce la necesidad de que los países latinoamericanos participen y colaboren, de manera más viva y más actuante, en la política internacional, y revela, por parte de esos países, una plena conciencia de su importancia moral, política y demográfica. La contribución de la América Latina podrá asumir un valor muy significativo en la conquista de un equilibrio de fuerzas.

Un entendimiento entre las dos Américas no es bastante. Las naciones de la América del Sur deben comenzar por entenderse entre si. No es cuestión apenas de vivir en paz, más que nada, es asunto de sobrevivir. La unidad entre los pueblos de la América formaba parte del sueño de Bolívar, sueño lógico que nunca se realizó. Históricamente

representamos la expresión de una serie de países inorgánicos, inestables, débiles, incapaces de organizarse en una vida social adecuada y sujeta a subversiones periódicas. Nos encontramos ahora en un mundo que contiene grandes masas de pueblos. Las naciones pequeñas se vuelven incapaces de construir una sólida plataforma sobre su economía. Ellas procuran encontrar los medios de desenvolver sus recursos a través de un autogobierno, y a veces tienen que comprar materiales para defender sus industrias artificialmente establecidas y que depende de maquinarias y materias primas extranjeras.

Dado el hecho de que sus poblaciones son reducidas producen artículos caros y de mala calidad para un mercado que no justifica ciertas inversiones, y después de establecer algunas industrias con gran dificultad, deben afrontar el problema de no saber dónde vender estos productos que su propio pueblo no puede consumir; como resultado, a fin de colocar esos productos, el pueblo debe pagar un alto precio por una mala calidad, y esos productos deben ser definidos en las fronteras por tarifas elevadas contra una mercadería mejor y más barata fabricada en el extranjero.

Dentro de nuestras grandes áreas, carecemos de grandes poblaciones; la vida continúa de manera provinciana. Las ventajas de un auténtico desenvolvimiento regional, que nutre las ciudades europeas, no se encuentra entre nosotros. Las alianzas de grandes grupos de naciones americanas son un pre-requisito de nuestro propio desenvolvimiento. La América Latina podría entonces constituir un grupo históricamente importante, de expresión internacional.

Cuando cruzamos nuestro continente por avión, de norte a sur, cada nación aparece tan pequeña como si fuera una simple provincia de una nación grande, con todo, cada una tiene su diplomacia, su maquinaria militar, sus gobier-

nos, sus fronteras, su orgullo, sus sospechas y sus pre-conceptos. Cada una tiene, también, grandes riquezas naturales, esperanzas semejantes y semejantes raíces que las vuelven extraordinariamente parecidas.

Durante los años en que se luchó por la independencia, las naciones de América Latina, a despecho de la falta de un adecuado sistema de comunicaciones, estuvieron una conciencia común, en razón de un mismo objetivo. La clase gobernante y el pueblo se comprendían enteramente, sentían profundamente la necesidad de emprender en aquella tarea. Si mañana los países latinoamericanos llegasen a una comprensión común de sus diversos problemas, si planeasen sus economías coincidentemente con aquella comprensión, si cada uno reconociese los objetivos de los otros y se ligasen por lazos originados en el mismo ideal democrático y por actitudes idénticas en presencia de la vida, habría entonces la esperanza de alguna forma de integración.

Los que van a la América Latina con un pensamiento creador de civilizaciones, y poseedor de genuinas cualidades humanas sabrán que el concepto de integración corresponde a sus propios y verdaderos intereses. El día que tenga lugar esta alborada, los horizontes de América tendrán enorme expansión. Mientras tanto, el material está preparado. La oportunidad y el espacio están disponibles. Lo que ahora falta son los arquitectos que deben preparar los fundamentos del nuevo edificio donde los pueblos de América se alberguen.

En lo referente a la escena mundial, es importante considerar la situación de las pequeñas naciones. La consideración de las relaciones interestatales hace pensar si los Estados de fuerza modesta tendrían posibilidad de sobrevivir como genuinas individualidades en un mundo donde el progreso técnico, en el plano de la economía y en el plano de

las armas, favorece la existencia de los grandes Estados, con las facilidades para administrar grandes áreas. Por otra parte, asístese a la formación de imperios poderosos (Rusia) o de grandes espacios económicos (Estados Unidos, India, China) capaces de reflejar una concepción político-económico-social determinada. En esta situación, cabe preguntar, ¿qué significación tendrían los pequeños Estados? Según el Profesor Charlier, la evolución de las soberanías nacionales hacia la comunidad universal, pasando por la etapa de las relaciones internacionales, "es el efecto de la ley de concentración creciente, valedera tanto para las unidades políticas como para las empresas económicas". Hay motivo pues, para augurarle al Estado pequeño un incierto futuro, en una escena dominada por colosos. A este respecto, cabe recordar a Spengler en su famosa obra "La decadencia de Occidente" en donde afirmaba categóricamente que: "Los grandes centros mundiales dispondrán a capricho de los Estados pequeños, de sus territorios, de su economía, de sus hombres; todo esto es ya sólo provincia, objeto, medio; su sino carece ya de importancia para la marcha de las cosas".

El checoslovaco Perutka juzga que las naciones pequeñas han quedado rebajadas, en la centuria presente, al rango de simples posiciones estratégicas en el combate entre los titanes. El afamado físico Urey observa que, el radio de acción de las armas de destrucción y la amplitud geográfica de los conflictos impiden a los pequeños Estados mantenerse verdaderamente independientes. Al presente se perfilan las nociones de superpotencia y del Estado cliente. Finalmente, anotamos el criterio del Profesor Neack, quien dice: "En nuestros días, la soberanía verdadera la detentan sólo los verdaderos Estados, aquellos que poseen el derecho al veto".

Lo real es que, Rusia y los Estados Unidos son las dos últimas grandes potencias dentro del criterio occidental de Estados soberanos, con la peculiaridad de que, "no hay nación ni parte alguna de la tierra que viva más allá del alcance del hombre de negocios americano o del organizador del partido comunista". Para Bertrand Russell, el formidable filósofo inglés, en los momentos actuales, solamente hay dos Estados soberanos: Rusia (con sus satélites) y Estados Unidos (con sus satélites). Dos polos, en la actualidad, determinan la política mundial: Moscú y Washington.

Como antecedente de esta bipolaridad del poder, debemos anotar que, el fenómeno del desarrollo del poderío mundial generó el proceso que llevó a las superpotencias, siendo, a la vez, la causa de otro fenómeno: el regionalismo, defensa de los pequeños Estados, empujados todavía más ante los colosos. Para el ex-Canciller argentino Mario Amadeo, ni el imperialismo económico, ni el imperialismo ideológico, ni el imperialismo político, ni el imperialismo técnico, ganarán el mundo. Y, da los motivos: en primer lugar, porque son antijustos y antinaturales; en segundo lugar, porque no han sabido establecer un orden estable de vida común. Hubo primero siete grandes; después cinco; luego tres; ahora son dos; pronto no habrá ninguno. Ha llegado —expresa— la hora de la pluralidad, el tiempo de las agrupaciones regionales, con un carácter predominante espiritual y auténtico. (Pues, también se teme la transformación de los llamados Acuerdos Regionales en alianzas militares, tal lo ocurrido con la Liga Árabe. Es interesante recordar al respecto el Informe sobre los Pactos Regionales de Paul Bencour en el que se admitía abiertamente el peligro de desviarse hacia el sistema de las viejas alianzas. Sin embargo, P. Guggenheim duda de que la organización de la seguridad colectiva

pueda ser realizada por medio de Pactos Regionales o Continentales de asistencia mutua.

Por nuestra parte, reconociendo los peligros señalados, coincidimos con el criterio de Gerhard Bebr al admitir que, la dirección del futuro próximo parece fijada hacia la de las grandes organizaciones regionales —como lo propiciamos en 1952 sugiriendo la organización Centroamericana-grancolombiana— y que, aun bajo las condiciones existentes, éstos “pueden promover los intereses de la Comunidad Mundial, si son capaces de combinar las funciones de aportación de seguridad militar con el mejoramiento de los niveles de vida”.

De todo lo expuesto no es osado esperar que, estemos en presencia de una situación de confusión generalizada, un estado crítico. Mc. Crossant expresa la creencia de que un mundo enteramente nuevo se perfila, un mundo de esperanza y de justicia, de reconocimiento de los valores del espíritu. Y en este camino reside el papel de los Estados modestos, escudados detrás de estructuras supranacionales o federales, con conciencia de las exigencias morales de la hora. En estos instantes precisa limar las asperezas de un hipernacionalismo tradicional; urge eliminar rivalidades aldeanas, siendo preciso respetar las particularidades de cada pueblo.

América en la escena mundial se presenta reclamando su derecho a la vida. Se acaba de abordar el punto neurálgico del continente, con uno de los pensamientos más fundamentales aparecidos en los últimos tiempos, el relativo a la llamada Operación Panamericana. Podemos anticipar que, todas las inquietudes, así como la mayoría de los movimientos explosivos que se han producido en nuestro continente han tenido una raíz económica. Los pueblos como los hombres cuando sufren una angustia económica se en-

encuentran en situación propicia para cualquier influencia incontrolable. Es fundamental para conseguir la tranquilidad entre las naciones como en el alma de los hombres el asegurar un mínimum de posibilidad económica que les permita ver con serenidad el horizonte de la vida.

Las guerras en Europa se han originado, indudablemente, por razones de competencia y de superación económica y ahora, que el mundo americano ha llegado a un punto demográfico de alta significación, el mismo fenómeno está ocurriendo y produciendo todos estos trastornos que lamentamos y miramos angustiados. Si se quiere que estas naciones americanas constituyan un baluarte de la democracia, es necesario brindarles la posibilidad de su desenvolvimiento mediante la ayuda económica que precisan las naciones y que exigen los hombres.

Babahoyo, Octubre de 1959.

HANNS HEIMAN

## GOETHE Y SU CONCEPTO DE DIOS Y LO DIVINO

En una época como la actual, en que el sacudimiento de los fundamentales valores éticos de la convivencia social y de las ideologías tradicionales condujo a un alejamiento bastante pronunciado de Dios, pero en que frente a este movimiento ateo, y provocado por la misma causa, presenciarnos una corriente opuesta, innegable hacia Dios; en este tiempo en que la humanidad se debate desesperadamente en un período de transición de lo divino, parece indicado dedicarse a los últimos problemas de la humanidad, a los que ésta siempre ha tratado de encontrar la solución más acertada.

Ahora, más que nunca, es necesario saber cómo se explicaron el problema de Dios hombres de importancia duradera, de profunda espiritualidad e independencia, hombres de una etapa anterior de revoluciones sociales; especialmente si se trata de hombres de una época suficientemente cercana ideológica y temporalmente a nuestra cultura para permitir un entendimiento espiritual, pero lo suficientemente alejados para contemplar como parte de la historia, la totalidad de sus pensamientos y obra.

Por estas razones quiero darles a conocer algo de lo mucho que el genio alemán Goethe ha dicho en sus obras y enunciaciones privadas sobre su concepto de Dios, y su posición frente a la divinidad así comprendida. Voy a mostrarlo en líneas generales e ilustrarlo con sus propias palabras, ya que quiero dar una orientación sobre rasgos esenciales de su modo de pensar.

Las manifestaciones de Goethe sobre la deidad cuentan por centenares y se explican por su tiempo y su carácter. En su larga y agitada vida de 82 años (1749-1832), en que sigue con su conciencia crítica las manifestaciones de una tercera parte del viejo y del nuevo siglo, su genio le condujo del ambiente ideológico del racionalismo en que se crio, hacia un ideario personal y original.

En esta combinación tan característica de persistencia y transformación de Goethe, vemos que la formación gradual es su manera de ver la estructuración de cualquier vida y mentalidad, esta formación de la cual él en su edad avanzada opinaba que va "hasta la última transformación, en que nosotros no sabemos todavía cómo estaremos". Para Goethe como persona, tanto como para su concepto filosófico-religioso es ilustrativa esta frase suya: "Ni tiempo ni poder pueden destrozar una forma moldeada que se desarrolla vivamente." Porque "según la ley en que naciste tendrás que vivir; no podrás huir de tí mismo".

Goethe fué durante toda su vida un buscador de Dios. Siempre opinó el haber hallado en sí a Dios, ideario que un siglo antes el judío Baruch Spinoza había planteado como sistema. La filosofía de Goethe siempre ha sido la del Spinozismo. Spinoza en su época, no había aceptado el nombramiento de profesor de Filosofía en la Universidad de Heidelberg, pues, según su opinión, su filosofía hubiera perturbado allí la religión oficialmente aceptada. A pesar

de esto Goethe declaró su religión en el sentido de Spinoza y según el concepto divino de éste.

Spinoza, que aún después de su muerte era considerado hereje tanto por sus correligionarios como por los cristianos, era según Goethe el más devoto en la creencia de Dios, y como Laveter, el ortodoxo teólogo suizo anotara en su diario sobre un viaje junto con Goethe a lo largo del Rhin, Goethe, el joven de 25 años sostenía en sus conversaciones y escritos sobre Spinoza: "Nadie se expresó sobre la deidad tan análogamente al Salvador como Spinoza".

Siempre que Goethe hace profesión de fe (y cuando no se está expresando solamente en uno de sus personajes y visiones) rechaza, como Spinoza, el concepto de un Dios personificado, fuera del mundo visible. En un fragmento dramático escribe: "El hombre no es sino un insensato al imaginarse a Dios como su igual".

Goethe descarta, como Spinoza, la idea de un Dios antropomorfo y extramundano, de condición humano-sobrehumano, quien, interviniendo desde arriba, como director del teatro celestial, maneja y vigila los destinos del mundo en general y de los humanos en especial, como un "Dios de castigar y vengar".

Como Spinoza equipara Dios y natura (a la que llama sustancia), siendo también su Dios la naturaleza. Su Dios es la naturaleza en un sentido panteístico, siendo el mundo mismo. Dios no está en lo que existe, sino es lo que existe. Ya el joven de veinte años anota en su diario: "Nosotros reconocemos a Dios sólo a través de la naturaleza. Todo lo que es, pertenece necesariamente a la naturaleza de Dios, porque Dios es lo único existente".

En tal concepto de todo lo existente (concepto con que se acerca a la doctrina de Spinoza, ya antes de conocerla), también el hombre, como existente, forma parte de la deidad

extrapersonal del Universo Divino, así para Goethe "palabras humanas son palabras divinas". "Dios habló cuando lo creía hablar". Siente el parentesco íntimo del hombre con Dios.

"Si en nosotros no existiera la propia fuerza de Dios, ¿cómo podríamos entusiasmarnos con lo divino?"

La naturaleza en su conformidad, realidad, necesidad, constancia y perfección, con sus imponentes fuerzas y leyes, representa para él lo absoluto, divino, venerable y admirable.

La influencia de Spinoza lo hace decir:

"¿Qué sería de un Dios que solamente empuja desde afuera y hace correr con su dedo el Universo en un círculo?

Le conviene mover el mundo desde adentro, guardar la naturaleza en sí mismo y guardarse en la naturaleza,

de modo que a todo lo que existe y vive en él, nunca le haga falta su fuerza y su espíritu".

En un momento supremo, sosteniendo en la mano la cabeza de su amigo prematuramente muerto, Schiller, Goethe reconoce como ganancia suprema la vida, esto le hará decir:

"¿Qué cosa mejor puede ganar el hombre en la vida que la revelación de Dios Natura?"

Para Goethe la naturaleza se manifiesta en lo eterno, lo divino. El ve lo eterno en el conjunto de la naturaleza, en la que se siente incluido, y con la que se siente idéntico, y que sigue persistiendo como totalidad en el crecer y desaparecer de los individuos. En el poema "Uno y Todo", que recoge el lema de Spinoza:

“Hien kai pan” (en griego) ,dirá:

“Lo que no era, ahora quiere nacer y debe moverse actuando y formarse para después transformarse, aunque en apariencia quédase inmóvil por un momento. Lo eterno sigue moviéndose en todos. Pero todo tiene que deshacerse si se quiere mantener en sí mismo”.

Aparentemente contradiciendo, en realidad siguiendo el sentido de su divisa de la “continuidad de la transformación”, Goethe en su poema “Testamento” reclama la continuidad de la naturaleza eterna, que conserva su poder en la transformación de todas sus formas de manifestación, y así dirá:

“Ningún ser puede deshacerse en la nada;  
Lo eterno sigue moviéndose en todos.  
Manténgase dichoso en lo que existe,  
La vida es eterna, pues normas legales  
protegen los tesoros vivos  
de los cuales el universo se engalana”.

Goethe reconoce y explica en la filosofía de Spinoza, así versificada, la evolución y perseveración: “La deidad es activa en lo viviente pero no en lo muerto; ella está en todo lo que se está formando, en toda transformación, pero no en lo estático y petrificado”.

La naturaleza en su “muérete y vivirás” es para Goethe Dios que se revela:

“Quien quiere negar la naturaleza como órgano divino,  
puede negar enseguida la revelación en general”.

Sus discusiones juveniles con Federico Enrique Jacobi, poeta y filósofo, sobre Spinoza, hacen que Goethe no sim-

patice con éste. Pero más tarde, apartado de éste en cuestiones de fe religiosa, la devoción de Goethe por Spinoza se manifestaba siempre por el intercambio espiritual con Jacobi.

Jacobi en su obra de la vejez "De lo divino y de la revelación" se atreve a declarar que la naturaleza esconde a Dios, polemizando de esta manera contra el filósofo naturalista Schelling. Goethe se vale de esta frase para demostrar su indignación: "La naturaleza esconde a Dios?, pero no para todos". Aquel juicio de Jacobi, "singularmente estrecho de miras", según Goethe, lo hace separarse de su querido amigo para siempre, lo que Goethe explica muchos años después en sus "Anales", diciendo: "Por mi manera de ver, tan pura, profunda, innata y ejercitada, que me enseñó a ver a Dios inviolablemente en la naturaleza, al igual que la naturaleza en Dios, de modo que esta manera de pensar representa el fondo de toda mi existencia". Al mismo amigo, quien fiel a su credo de la revelación supranatural, se distanciaba de él, no obstante haber reconocido anteriormente ante Lessing la filosofía de Spinoza, Goethe escribió ya antes, "Spinoza no comprueba la existencia de Dios, sino que la existencia es Dios; perdone que me gusta callarme cuando se habla de un ser divino que reconozco solamente en y por "rebus singularibus" y cuya contemplación, la más cercana y honda, es estimulada justamente por el mismo Spinoza. Cuánto tú dices, en cuanto a Dios, que no se puede sino creer en El, te confieso que yo me apoyo bastante en la contemplación de mirar". Y a quien sostiene una filosofía tan diferente, y es afectado por la "Metafísica", Goethe contesta: "Al contrario, Dios me bendijo a mí con la física, para que me sienta bien en la contemplación de sus obras".

(A los que al predicar el utilitarismo adoran a un crea-

dor únicamente por su organización eficaz y útil, también en el Reino Animal, Goethe se opone diciendo: "Que se me permita venerar a El quien fué tan grande en la profusión de su creación, que supo hacer después de miles de animales, un ser que los contiene a todos: El hombre. Adoro a quien ha lanzado al mundo una potencia productora tal, que cuando sólo la millonésima parte llega a vivir, está lleno de criaturas, de modo que guerra, peste, inundaciones y fuego no pueden nada contra ella. Este es mi Dios!"

La riqueza de la naturaleza, en su unidad y diversidad, significa para él su Dios. Divina le es la misma realidad, "Lo verdadero tiene semejanza a Dios, pues no aparece directamente, si no tenemos que adivinarlo por sus manifestaciones".

Goethe venera a la panteidad adivinándola y reconociéndola en la naturaleza. En este panteísmo naturalista ve Goethe, en todo lo que nos rodea en espacio y tiempo, y que actúa a nuestro alrededor, una emanación, imagen, metáfora del Altísimo; la omnipotencia y omnipresencia que solemos llamar "Dios".

Como naturalista, Goethe habla de "todo lo que se relaciona con lo eterno, y que tenemos presente en nuestra vida como una imagen y parábola de lo impercedero". Esto lo explica la siguiente frase: "Todo lo percedero no es sino parábola".

Como poeta, Goethe en su personaje Fausto quiso explicar este pensamiento panteístico-naturalista, su concepción no clerical a Margarita, la ingenua muchacha, que catequizó a Fausto en su religión. Y la contestación de Fausto a su pregunta: ¿Crees en Dios? es la siguiente: (Versión al castellano por T. Lloronte).

¿Quién podrá decirte, quién  
"Creo en Dios", con veraz labio?

Al sacerdote y al sabio  
Pregúntale tú también.  
Y hallarás en el tenor  
De su estudiada respuesta  
una burla manifiesta  
Del audaz preguntador.

¿Quién osa  
Nombrarle sin estar loco?  
¿Quién, a su conciencia total  
Puede decir "En Dios creo"?  
¿Quién sin audaz devaneo  
Dirá: "Yo no creo en El?"  
Si Dios todo lo creó,  
Si es quien lo mantiene todo,  
¿No estamos, en cierto modo,  
En El, El mismo, tú y yo?  
¿Ves el azul firmamento  
Doblar su bóveda? ¿Ves  
Cual se extiende a nuestros pies  
la tierra, firme en su asiento?  
¿Ves las brillantes estrellas  
Cual siguen eternamente  
Su carrera, en nuestra frente  
Vertiendo sus luces bellas?  
¿Sientes mis ojos clavados  
En tus ojos soñolientos,  
Y todos los elementos  
En tu ser reconcentrados?  
Y en círculo halagador,  
Con misterio indefinible,  
Lo visible y lo invisible  
Girando a tu alrededor?  
Pues bien: Del alma afanosa

Sacia el hidrónico anhelo  
En ese raudal del cielo,  
Y cuando sientas, dichosa,  
Que se calma la ansiedad  
En deleite sin medida,  
Llámalo ventura y vida  
y amor y divinidad.  
A ese bien de ningún modo  
halla palabra adecuada:  
El hombre no importa nada,  
El sentimiento es el todo.  
Pues la palabra mejor  
Humo es, que empaña y altera,  
Cual pabilo de una hoguera,  
Su celestial resplandor”.

Este poema, como vemos, da la idea de una religión intelectual del sentimiento, alejada del dogma y de toda religión de razonamiento convencional; pero dejando abierta a la creyente Margarita una interpretación de divinidad, así Fausto le comunica su credo piadoso en la naturaleza, cubriendo de niebla “el celestial resplandor”. Sin embargo, Margarita, la hija del pueblo, no se contenta tan fácilmente, y contesta: “Hermoso lenguaje! Labras, hablando así, mi ventura, eso mismo dice el cura, aunque con otras palabras”. Fausto se empeña en tranquilizarla: “Bajo la celeste esfera cada corazón su fe dice a su modo: Por qué no he de hablar yo a mi manera?” A lo cual Margarita, todavía indecisa, vacila: “Ay! Cuando te escucho, en vano se resiste mi razón; pero, aún tengo una aprensión: No eres tú muy buen cristiano”.

Lo que Goethe reclama para el hombre ético, y lo que postula para su propio concepto de Dios, es decir, la eviden-

cia moral de una creencia panteísta de raigambre naturalista, es precisamente lo que no tiene Margarita, y lo que Goethe no hace decir a Fausto. La poetizada presentación de Fausto es plausible y seductora, sin embargo no es completamente convincente, ni para Margarita, que ve al ateo en el acompañante de Fausto: Mefistóteles, justamente por requerir cierto complemento.

El panteísmo naturalista, como lo expresa Goethe a través de Fausto, necesita para subsistir como religión válida, la sublimación al panteísmo ético. El concepto de Dios, necesita, también para el Dios-naturaleza, el elemento ético. Esto, ha sido demostrado, con sistematización filosófica por Spinoza en su obra más conocida: "Ética", en la que Goethe se refugia después del opúsculo disgustante de Jacobi. Para Spinoza la moral, estrechamente vinculada a lo divino, se halla en la esencia de la naturaleza reveladora.

Lo mismo hace Goethe, al contestarse la pregunta: "Cómo lo ético ha entrado en lo divino?" de la siguiente forma: "Por Dios mismo como todo lo demás que es bueno, ya que no es un producto de la reflexión humana, no es creada, sino es innata en la hermosa natura".

Conforme al pensamiento armonioso del siglo del esclarecimiento liberalístico, Goethe, confiando en lo natural de obrar moralmente, profesa a la edad de 75 años: "Creo en Dios y la natura y en la victoria de lo noble sobre lo malo". En su oda "lo Divino", Goethe acepta que lo divino en el hombre es esta idea imperativa, innata como la suprema ley moral, que lo hace formar parte de la deidad misma semejante a Dios y hasta divino:

"El hombre sea noble, bondadoso y bueno!  
Sólo esto le distingue de todos los seres que conocemos".

Coincide con esta idea la conocida frase de Goethe: "No importa qué concepto se asocia al nombre de Dios, siempre que se actúe como Dios, es decir: si se actúa bien".

Esta es la idea por la que Goethe busca y encuentra, según su propio criterio, la divinidad en el hombre:

"Ningún ser orgánico corresponde enteramente a la idea básica. Detrás de todo hay la idea superior. Esto es mi Dios", al igual, dice: "Mientras más hombre te sientes, más te pareces a Dios".

Lo divino del hombre se manifiesta en la obra de Goethe como poeta, y se revela al leer sus obras, sus baladas y sus leyendas, como lo son: "Dios y la Bayadera", "La Novia de Corintia", "Paria", "Diana de los Efesos", y también "La Primera Noche de la Walpurgis" (puesta en poderosa música por Mendelssohn, con la asistencia del mismo poeta). Todos estos poemas aparecen contruidos, dicho sea de paso, sobre los cultos de deidades exóticas.

(No se critique que aún el mismo Goethe abandonó su concepto de la pandedad, porque habla a veces de un Dios que actúa personalmente, como puede verse en algunas de sus obras poéticas y escritos, y por conceder a su Dios-Padre, aparentemente antropomorfo y con personalidad, cualidades de creador, de opinador, juez y ejecutor; por ejemplo al relatar en poesía el acto de la creación en el sentido del deidismo:

"Cuando el mundo descansaba profundamente en el seno dichoso de Dios,  
El ordenó la primera hora con grandioso ánimo creador,  
Proclamando: ¡Sea creada!"

Lo mismo cuando Goethe elogia sentenciosamente la comprensión superior y poderío de Dios, o se expresa (en

cuanto a ello), ponderándolo. Reconoce, rehusando este criterio humano, la grandeza de la legalidad divina, al profesar aquel grandioso lema de Spinoza: "Quien ama a Dios, no puede pretender que El le ame".

Las manifestaciones de Goethe que se refieren a Dios como a una persona, han sido expresadas y consideradas como verdaderos símbolos poéticos de un poder sobrenatural sobre el destino por un razonable reinado divino sobre el Universo, en forma de un "cual si", para facilitar la comprensión de la generalidad, para cuyo modo de ver hace una alegoría simbólica que rinde cuentas a la imagen popular.

Goethe en esto venera profundamente al Universo, cuyo poder actúa y ordena en él en forma razonada. Esta regularidad de la actuación del poder del Universo, la atribuye a la siguiente frase de Spinoza: "Deus sive natura". Así podemos comprender algunas de las máximas de Goethe que se refiera al supuesto obrar de Dios. Y en este sentido figurado Goethe alaba la justicia de Dios:

"El es único justiciero, anhela para todos lo justo,  
De sus cien nombres éste sea alabado".

(Ya que para Goethe; "El nombre no importa nada", así también al explicar la orientación de su propio credo, escribe a Jacobi: "Yo, para mí, no me quedo satisfecho con un solo modo de pensar. Como poeta y artista soy politeísta, panteísta en cambio como naturalista. Necesitando un Dios para mi personalidad de hombre moral, así pues, en este caso el problema también estará resuelto". Este pensamiento lo extiende más allá de su propia persona, al continuar: "Somos panteístas en el campo naturalista, politeístas en el campo poético, y monoteístas en el campo de lo moral").

Aún en la variada denominación de Dios en los diferentes pueblos, Goethe ve en esta externa multiplicidad, una interna universalidad de la idea divina, al decir: "En lo profundo es un universo. De ahí la costumbre loable de los pueblos, de decir Dios hasta a "su propio Dios", a lo mejor que él conoce, a quien él entrega cielo y tierra, y mientras más le ama".

El nombre de Dios, que se identifica con la naturaleza, que representa al Universo que obra por imanes leyes cósmicas, es para Goethe únicamente una explicación simbólica de un concepto que sólo se puede comprender en forma insuficiente, por lo que Goethe confiesa a sí mismo: "Qué sabemos nosotros de la idea de lo Divino?, y qué quieren expresar nuestros conocimientos estrechos de ese Ser Supremo?, si lo nombrara con cien nombres aún quedaría corto, y al compararlo con tan ilimitadas cualidades, aún no habría dicho nada".

Además en un diálogo a propósito de asuntos religiosos y del abuso del Nombre de Dios, Goethe asegura: "La gente le trata como si ese Ser Supremo, incomprensible é inimaginable, fuera nada más que su igual; si no, no dijeran: "El señor Dios", el "querido Dios", el "buen Dios". Para ellos, especialmente para los teólogos que lo nombran a cada momento, Dios se convierte en un simple nombre, que no les hace pensar en nada. Si su grandeza los penetrara, enmudecerían, y por veneración no osarían nombrarlo".

Goethe, que verdaderamente veneraba a Dios, hablaba de El sin usar su nombre:

"En nombre de aquél que se creó a sí mismo,  
desde la eternidad con vocación de creador,  
en su nombre, tantas veces nombrado,  
pero cuya esencia quedó, siempre desconocida

hasta donde el oído y la vista alcancen,  
encontrarás sólo objetos conocidos que se le asemejan,  
ya no más cuentas, no computes el tiempo,  
siendo cada paso inmensidad”.

Como vemos para Goethe es infinita la omnipotencia de su deidad desconocida. Goethe glorifica un mundo armónico, que en nuestros días le envidiamos:

“De Dios es el Oriente,  
De Dios es el Occidente.  
Las tierras del Sur y del Norte  
Gozan de paz en sus manos”.

Así lo siente Goethe, el naturalista, y lo expresa también al observar la naturaleza viva, y decir: “Esto es lo que yo llamo la omnipresencia de Dios, quien ha difundido y sembrado, por todas partes, una parte de su amor ilimitado”.

Goethe ve en procesos de la naturaleza, dignos de admiración, un “símbolo de la omnipotencia divina”. Aquella fe en el Dios-natura, lo anima a él mismo en la oración:

“Alzate, corazón adorante, al creador.  
Seas mi Señor, Tú, mi Dios, Tú de amor infinito!  
El que creó al sol, la luna y las estrellas,  
el cielo, la tierra y hasta a mí”.

Y aspirando el “Ganymedes” de Goethe “hacia arriba a tu seno, padre todo cariñoso”, también el mismo Goethe se siente salvo en la “natura todo cariñosa que me tiene en su seno”.

El que Goethe, por cierto sin compromiso confesional, asigna a lo religioso un papel preponderante en su ideal hu-

manista de cultura, se manifiesta al explicar como tarea de la masonería el "desarrollar religiosamente lo interno de los discípulos, eso sí, sin relación a una religión en particular, y el fomentar una humanidad pura, un amor fraternal, libre de todo prejuicio de raza, clase social y religión fuera de la cual, según dicen, no hay salvación".

Para Goethe, la fe es: "amor a lo invisible, confianza en lo imposible e improbable".

Goethe defiende la religión en toda forma: "Perseverad bien en la fe religiosa y en vuestro modo de pensar. ¡Ya que os vuelve sensatos en la dicha y os brinda el mejor consuelo en la desdicha". En esta forma Goethe se expresa en su poema "Herman y Dorotea".

Notable es el pensamiento de Goethe sobre la tradición religiosa, este pensamiento lo expresa así: "O hay que sujetar a la religión, sin aventurarse a una crítica, o de no ser así, al dedicarse a la crítica, hay que abandonar la religión, otra alternativa es inconcebible". En su drama "Ifigenia", encontramos una máxima que sostiene y conserva esta tradición: "No nos conviene interpretar y manejar el rito sagrado a nuestro gusto, según una razón fácilmente variable".

Al rechazar cualquiera pretensión exclusiva de un único dogma religioso, Goethe reclama tolerancia para todas las convicciones: "En la botica de nuestro Padre hay muchas recetas", replica al fanático religioso Lavater.

En sus años juveniles había escrito a la juvenil amiga, de la familia ya en aquel entonces santurrona de Stolberg, sobre "la querida cosa que llaman Dios, o como se llame". Cuando medio siglo después la matrona desea fervorosamente la conversión de Goethe, para ganar el pagano para su cielo cristiano, él le contesta, con una carta rechazante, pero sin ofenderla: "En el reino de nuestro Padre hay muchas

provincias, y ya que en esta región nos ofreció tan agradable establecimiento, sin duda velará también, en el más allá, por nosotros dos. Agradecido de que el omnipotente me permite aun contemplar la luz hermosa de su sol", termina diciendo: "Ojalá que se reúnan todos en brazos del padre todo cariñoso"; esto a los 74 años.

En la atmósfera clerical de Muenster, Goethe, el devoto del mundo, encuentra una forma benévola y respetuosa de entenderse con los devotos del culto, y una tregua religiosa era recibida con gusto, y le hace exclamar: "Qué comunidad!, a la mesa de Dios se sientan juntos amigos y enemigos".

No se aparta en su lucha contra los innovadores militantes: "Cuando un apóstol quiere imponer a sus conciudadanos a otro y falso Dios", Goethe lo entiende como que quiere destruir los lazos humanos ya existentes:

"Germina otra nueva fe,  
y amor y lealtad serán, muchas veces,  
arrancados como la mala hierba".

Goethe defiende la forma de culto, permite un margen generoso respecto a ésta: "Existen sólo dos religiones verdaderas, la una, que reconoce y adora lo sagrado, lo que está alrededor nuestro, de manera nada formal; la otra que venera y lo reconoce en la forma más solemne". Todo estado intermedio, Goethe lo denomina "idolatría".

Sobre las diferentes formas de rezar, Goethe se revela "en nombre de Dios, dejadlos rezar!", y reclama libertad de culto, tanto para sí mismo como para los demás, por ser un derecho inalienable hasta de los creyentes naturalistas: "Vosotros, los feligreses, no elogiáis vuestra creencia como la única. Nosotros tenemos también creencias como voso-

tros. El investigador no se deja de ninguna manera robar su herencia, concedida a todo el mundo y hasta a mí!"

Goethe respeta cada religión en la que es propia la fe y la veneración de algo supremo. Para él: "Las bases de una religión son: confianza y sumisión y la subordinación a un Ser Supremo que arregla los acontecimientos, debido a intenciones ordenadoras".

Una de las características que lo comunican con el Oriente la expresa Goethe a su amigo, casi de la misma edad, el músico Zelter: "Una sumisión incondicional a las insondables voluntades divinas".

Según él: "Cada individuo puede confirmar hasta su parentesco con la deidad, sólo en cuanto se somete y adora". Y su posición individual, exigida en su obra autobiográfica "Ficción y Verdad", la convierte en demanda colectiva en su afamada novela "Wilhelm Meister":

"Que el hombre se someta a lo ineludible,  
en ello insisten las religiones,  
cada una anhela a su manera cumplir con este deber".

Goethe desarrolla aspectos religioso-filosóficos bastante propios en el detallado diálogo religioso sobre la provincia pedagógica, propagada en "Los Años de Viaje de Wilhelm Meister". Basado en el respeto a "Todas las religiones verdaderas, de las que hay solamente tres, conforme a los objetos a que dirigen su devoción. No hay religión que respetemos y que estriba en el temor. Con el respeto reverente que el hombre hace gobernarlo en sí mismo, puede, en cuanto da honor, conservar su propio honor. La religión que se apoya en el respeto reverente de lo que es superior a nosotros, la llamamos étnica, correspondiendo a esta clase todas las paganas. La segunda religión se basa en el respeto re-

verente de lo que se iguala a nosotros y que nosotros la llamamos la filosófica, ya que el filósofo ha de bajar todo lo que está por encima de él y ha de subir hacia sí todo lo inferior, y sólo en esta posición media merece el nombre de sabio: vive en un sentido cósmico sólo en la verdad. La tercera religión se basa en el respeto reverente de lo que está por debajo de nosotros y que llamamos la cristiana porque en ella se manifiesta lo más semejante al modo de pensar; es un extremo al cual la humanidad pudo y debió llegar. Se puede decir que la religión cristiana ya que apareció una vez no puede volver a desaparecer, y que siendo personificada divinamente, no puede volver a ser disuelta". Al preguntársele a cuál de estas tres religiones se siente él ligado, viene una réplica significativa de la religiosidad de Goethe: "A todas tres, ya que todas juntas producen la verdadera religión. De estas tres respetuosas veneraciones, nace la veneración suprema: El respeto a sí mismo... de tal manera que el hombre va a lograr lo más alto que fué capaz de alcanzar, es decir, considerarse a sí mismo lo mejor que Dios y la naturaleza han producido". Esta confesión religiosa, tan nueva y singularmente sistematizada por Goethe, que pone de manifiesto su propia filosofía, está subrayada por Goethe, en su significado general, por medio de las palabras finales, que son: "Semejante confesión, ya se la expresa una gran parte del mundo, aunque inconcientemente".

Aquél diálogo, de teofilosofía, expuesto por Goethe con deliberada prolijidad en su novela "Wanderjahre" (Años de viaje), exige en esta exposición, debido a su problemática fundamental un tratamiento amplio. No obstante reproducido sólo en parte y con sus propias palabras, merece ser releído, pues en su singular contenido ideológico es explicativo en cuanto a la forma independiente de pensar de Goethe.

La forma racionalista y nada doctrinaria en que Goethe trata el problema religioso, más allá de toda limitación dogmática de la Iglesia, es la misma que utiliza para tratar el problema, que tanto en aquellos días, como en nuestro tiempo, preocupa a los más amplios y mejores círculos, el de la compatibilidad o incompatibilidad entre la religión y la ciencia, entre fe y razón, de la demarcación de una línea especial, supuesta intransitable.

Goethe se opone a la erección de un abismo separador, y se rige por principio de que "El saber y el creer no existen para suspender el uno al otro, sino para completarse". De tal modo se "llegará en todas partes a lo justo". Con gran comprensión, Goethe continúa: "Tomado en todo su rigor, no puedo saber de Dios más de lo que me permite el horizonte bastante estrecho de las percepciones sensibles en este planeta, lo que es muy poco en todas partes. Tal limitación en nuestra observación de la naturaleza, no quiere decir que se le pongan barreras también a la creencia; todo lo contrario, debido a la espontaneidad de sentimientos divinos en nosotros, puede suceder que el saber aparezca como cosa defectuosa, especialmente en un planeta arrancado de toda conexión con el sol y que deja incompletas cada una de las contemplaciones, que consiguen su complemento cabal justamente por medio de la creencia". El saber y el creer deben, según Goethe, subsistir juntos, y a este respecto, se expresa así: "No valdría la pena llegar a los 70 si toda la sabiduría del mundo fuera necesidad ante Dios".

Contra la pretensión de dominar el racionalismo frío en cuestiones de creencia, el septagenario invoca como equivalente un caluroso sentimiento al referirse al "infalible sentir de un reinado divino en la naturaleza".

"Toda aspiración, toda lucha, es sosiego eterno en Dios, Nuestro Señor".

Invocando al Maestro Ekkhard, Goethe simboliza la armonía cósmica del Universo, identificando como sinónimos a Dios y la naturaleza.

Goethe no se siente derrotado por pruebas fundadas en la razón, y expresa: "La argumentación teológica de la existencia de Dios está apartada por el juicio crítico; lo hemos admitido. Pero lo que no vale la prueba, vale como sentimiento". Goethe llega a unificar sabiamente el conocimiento y el sentimiento, agraciado por su fe asegurada, al decir: "Creo yo en un Dios: Esta es una bonita y muy loable frase. Pero reconocer a Dios, dónde y cómo El se manifiesta, es la gloria terrenal".

Goethe llega hasta a decir: "Puede que la cultura intelectual siga progresando, pueden las ciencias naturales crecer en extensión y profundidad cada vez más amplias, y el espíritu humano agrandarse como quiera; ya no va a superar la grandeza y cultura moral del cristianismo como luce y brilla en los evangelios".

De acuerdo a tamaño reconocimiento del contenido de la doctrina del Nuevo Testamento, Goethe promulga también: "Quien posea arte y ciencia, posee también religión, pero el que no posee aquel don, que tenga religión".

Goethe, al hacer el intento de escudriñar el carácter de Dios y también al encontrarle en el terreno vacilante de las obras científicas reconoce los "límites del Género Humano". En su himno a la divinidad que lleva este título, Goethe compara la omnipotencia de éste a la impotencia, fatalmente destinada, del hombre:

"Cuando el Padre Eterno y sagrado  
con mano serena siembra sobre la tierra  
relámpagos fecundadores, desde lo alto de las nubes so-  
nantes,

yo adoro el último pliegue de su vestidura  
como hijo fiel con el corazón lleno de conmoción,  
pues ningún hombre compite con los Dioses”.

Tal juicio, bastante alejado de la juvenil protesta del rebalde Prometeo, se intensifica con los años y le conduce a la resignación prudente, propia de la vejez:

“El hombre no ha nacido para resolver los problemas del mundo, eso sí para buscar lo relativo a estos problemas, y para mantenerse luego en los límites de lo comprensible. No alcanzan sus capacidades para medir los actos del Universo, sería un anhelo vano el querer traer razón al Universo desde su pequeño punto de vista personal”. Reconoce la pequeñez humana, y continúa: “Cuán poco sabemos, y no sirve tocar el secreto divino”.

Las comprobaciones filosóficas de Dios, como la posteriormente enseñada por Hegel, las considera Goethe como “fuera de tiempo”, y piensa a los ochenta años “Hoy en día nadie duda de sí mismo, como lo duda de Dios. La naturaleza de Dios, es uno de los eternos problemas, a los que los filósofos no encontrarán solución”.

Goethe no tenía ningún interés en la filosofía separadora de conceptos. A pesar de eso recogió varias ideas fundamentales de Leibniz y de Kant en su propio edificio espiritual, basado en Spinoza. Reconoció a Kant en su negación: “Porque puso límites al espíritu humano, dejando los problemas insolubles aparte”.

Además, según Goethe, la importancia que cada hombre da a Dios, corresponde a su propia importancia: “Dios, cuando estamos en la cima, es el todo. En cambio si estamos en la sima, El se convierte en un mero suplemento de nuestra mezquindad”. Esta idea básica del aprecio tan desigual a Dios, está en relación con el valor del hombre mismo, jui-

cio que expresa en esta máxima póstuma, y todavía más claramente en la siguiente sentencia de los "Zanne Xenien" (Epigramas quietos). "Como es uno, así es Dios". Siempre se encuentran en Goethe ideas análogas, sobre el significado del hombre, según su concepto de Dios.

Un año después de su muerte, su fiel ayudante Eckermann da cuenta del siguiente razonamiento de Goethe, expuesto en una de las más expresivas discusiones religiosas, que en sus últimos años le ocuparon cada vez más: "Ya que ese gran ser al que llamamos Dios se ha hecho expresivo, no sólo en el hombre, sino también en la prodigiosa naturaleza y en poderosos acontecimientos del mundo, tampoco alcanza, naturalmente, una concepción de ese Ser Supremo hecha en cualidades humanas, y el que se fije en ello y lo quiera analizar, dará pronto con insuficiencias y contradicciones que le harán llegar a la duda, o aun a la desesperación, siempre que no sea lo suficientemente humilde para dejarse acallar por una escapatoria artificial, o que no sea lo suficientemente alto para elevarse al punto de vista de una opinión más sublime".

Un punto de vista tal lo encontró Goethe, antes en Spinoza, y reconoce cuán necesarias en su juventud le fueron las opiniones del pensador. Se encontró a sí mismo en él, y tomó de sus ideas lo más perfecto. Y ya que estas opiniones no eran subjetivas, sino que encontraban una base en las obras y manifestaciones divinas a través del mundo, no eran para Goethe simples en su propia y profunda investigación posterior del mundo y la naturaleza, sino que por muchos años se desarrolló en una dirección igualmente sana, hasta florecer por último con rico conocimiento. Sus contrarios le culparon de no tener una creencia. Era porque no poseía la de ellos, que era para él muy restringida, y si él hubiese expresado la suya, los habría dejado sorprendi-

dos, pero no la hubiesen entendido; sin embargo, Goethe mismo, está muy lejos de creer que reconoce al Ser Supremo tal como es. Todas sus expresiones, orales y escritas, llevan a la conclusión de que es algo impenetrable, de lo que el hombre sólo tiene ligeros indicios e ideas". (Eckermann).

Pocos días antes del fallecimiento de Goethe, éste sostuvo con Eckermann otra conversación sobre asuntos bíblicos y divinos y en la que, como una testamentaria despedida, Goethe revela su modo de pensar en lo que respecta a la religión: "Hay dos puntos de vista para contemplar los asuntos bíblicos, el punto de vista de una especie de religión primitiva, el pensamiento racional y natural, que es de origen divino. Este sobrevivirá siempre, y será válido mientras haya seres con don divino, sin embargo es solamente para los elegidos, ya que es demasiado sublime y noble para vulgarizarse. Luego hay el punto de vista de la iglesia, que es más humano, es fácil y mutable. Este también sobrevivirá, transformándose continuamente, mientras haya débiles seres humanos. La luz de la limpia revelación divina es demasiado pura y brillante para ser adecuada y soportable para los débiles seres humanos. Pero la iglesia tomó el lugar de la intermediaria caritativa para moderar y calmar, a fin de que a todos llegue la ayuda y a muchos el bienestar.

Al preguntárseme si está en mi carácter el demostrarle (a Cristo) una adoración veneradora, contestó: Absolutamente!, me inclino ante El como ante una revelación divina del más alto principio de la moral. En cambio, el preguntarme si está en mi carácter el rendir culto al sol, contesto: Absolutamente!, ya que es igualmente una revelación del Supremo, y precisamente la más poderosa, que a nosotros, simples mortales, nos ha sido concedida palpar. Adoro su luz y su engendradora fuerza divina, gracias a la cual

vivimos, nos movemos y somos al igual que las plantas y animales”.

En esta expresión tan ecléctica de su fe (con esta oportunidad hubo también el reconocimiento del contenido moral de los evangelios), dejó abierto todavía un camino por el cual Goethe y la iglesia podían convivir.

Se ha querido deducir de la catolizante apoteosis final de “Fausto”, el documento de una última conversión de Goethe a una positiva doctrina de la Iglesia. Pero tanto en el vivir, como en el morir, Goethe fué un piadoso panteísta del mundo. Su panteísmo era monoteísta, no politeísta; sin ser teísta era devoto, un creyente de la religión, aunque sin dogmatismo eclesiástico.

Goethe expresó esta religiosidad no-eclesiástica, “cuando Dios le facilitó expresar su pena”, de la manera más humana en su poema “La Elegía de Marienbad”:

“En nuestro seno se agita un anhelo de entregarnos voluntariamente, por agradecimiento a un Ser Supremo, desconocido, al que calificamos como: Piadoso!”

Y luego expresará: “Quién es aun hoy día un cristiano como Cristo lo quería? Yo, tal vez, aunque ustedes me consideran pagano”.

Cuando el poeta Zacharias Werner, dedicado a la religión, y predicador de un catolicismo idealizado se hospedó en casa de Goethe, éste escribió a Jacobi: “A mi, un viejo pagano, me parece raro encontrar la cruz en mi propio hogar sin que me moleste”, y continúa: “Me será pues grato vivir y morir como el último pagano”.

La negativa de Goethe al dogma cristiano, se deja ver al quejarse de que “hasta en asuntos religiosos y hablando sinceramente, le causa fastidio que su fe en Dios y naturaleza no satisfizo a los devotos. Ya también debía creer que tres es uno y uno es tres; pero a esto se resiste el sentido

de verdad de mi alma, ni creo que eso me hubiese ayudado en lo más mínimo". En su credo de adoración respetuosa al sol y al Dios de la naturaleza, agrega estas palabras de crítica a la Iglesia: "Al preguntarme si soy capaz de inclinarme ante un hueso pulgar del apóstol Pedro o Pablo, respondo: "Dejadme en paz, y no vengáis con absurdos". Y también dirá, oponiéndose a la Iglesia Católica, como protestante que era: "Existe, por cierto, bastante ingenuidad en los dogmas de la Iglesia, pero ella quiere predominar". Creyente, pero alejado de la Iglesia, Goethe se expresa: "Cierto que toda verdad deriva de Dios! Pero, la Iglesia!"

Goethe no dudó de que su confesión al Dios-naturaleza le haría salir airoso ante el tribunal de la Iglesia Cristiana. Y en las palabras del canciller de "Fausto" se escucha al propio Goethe:

"Naturaleza y espíritu! No se habla así a los cristianos.  
Quémase por ello a los ateos  
ya que frases semejantes  
son sumamente peligrosas".

Con todo, conforme a su devoción humana, admite en los "Zahme Xenien":

"No tengo nada contra la devoción,  
ya que a la vez es comodidad.  
El que quiera vivir sin devoción  
tiene que esforzarse bastante  
y sin embargo también confiar  
en que Dios le concederá su mirada".

Así reclama para sí el derecho de crear y conservar una creencia particular.

Confiesa en "Ficción y verdad": "Dado que tantas veces oí decir que todo ser humano tiene, al fin y al cabo, su propia religión, nada me pareció más natural que poder formar la mía propia, lo que hice con entera satisfacción". Con sobrada razón Goethe se refiere a que "la religión, como tal, es algo interno, individual, ya que tiene que ver sólo con la conciencia".

Igualmente su confianza en la perduración inmortal del espíritu después de la muerte corporal nace de su propia filosofía. De su último decenio, cuando la aproximación del término de su vida lo ensombrece, y lo ilumina al mismo tiempo, conocemos esta frase que dice a sus amigos de confianza: "La convicción de la inmortalidad la debe llevar cada uno dentro de sí mismo... Ningún hombre capaz se deja robar la creencia en la inmortalidad".

El espíritu, siempre activo, aun en su lecho de muerte, de Goethe le hace pensar en satisfacerlo todavía en el más allá, debido a su confianza de que seguirá todavía operando la fuerza activa de la entelequia aristotélica: "La convicción de nuestra perpetuidad dimana sólo de la noción de actividad; porque si yo actúo infatigablemente hasta mi fin, la naturaleza está obligada a asignarme otra forma de existencia en caso de que la actual no pueda seguir manteniendo mi espíritu".

Goethe ya tiene para ello planes postmortales, lo que a nosotros nos parece una mirada anticipada a nuestros días en que las fantasías cósmicas están a punto de convertirse en realidades físicas. Con seriedad admirable Goethe decía hace ciento treinta años: "Yo no sabría qué hacer con la gloria eterna en caso de que no me ofreciera otros deberes nuevos y nuevas dificultades; y seguramente estará ya velado por ello. No hay más que mirar los planetas y soles; no faltarán allá nueces para quebrarlas".

Más allá, Goethe confía en su poder que debe a la omnipotencia divina, la misma que en vida lo había capacitado y guiado para una producción más elevada y al entendimiento activo entre el espíritu humano y la naturaleza divina. Por esto él esperaba la coronación de su carrera y obra de la vida.

A la idea básica de la acción en la tierra que Goethe subraya en "Fausto", le atribuye a la bendición del cielo:

"A quien se esfuerza siempre afanosamente, lo podemos redimir, y si ha participado en el amor de arriba, los bienaventurados lo acogerán dándole una entrañable bienvenida".

En el afán y el esfuerzo, aun si no se llega a la última meta, coronado por el éxito, encuentra Goethe ya la justificación de la vida. Pero existe siempre un límite, una meta y una dirección para que el anhelo del hombre, de llegar a identificarse con el Dios-naturaleza, se cumpla; y a pesar de nuestras debilidades penetrar así en el último secreto de las fuerzas divinas:

"Existe en la naturaleza lo accesible y lo inaccesible. Distingue esto, piénsalo bien y ten respeto", así exhorta Goethe; y en otra oportunidad él dirá, en forma más activa: "Conviene al hombre admitir lo impenetrable, pero no debe poner límites a su investigación, sino procurar reducir cada vez más lo impenetrable, hasta darse por satisfecho".

"Ya que misteriosamente en pleno día la naturaleza no se deja despojar de su velo y lo que no quiere revelar a tu espíritu, no lo sacarás con palancas ni con tornillos".

Reconociendo así la delimitación de la eficacia de ciencia y técnicas humanas, encontramos en las obras póstumas de Goethe al investigador y pensador, que "conforme progresa en sus experiencias, tanto más se acerca a lo impenetrable. Cuánto más utilidad de a las experiencias, tanto más se observa que lo impenetrable no puede tener ninguna utilidad práctica".

Esta admirable idea de Goethe está cristalizando, al hacer culminar su conocimiento del hombre y de su propia actitud ante Dios-natura, en la forma que sigue:

"La mayor dicha del hombre pensador consiste en haber investigado lo investigable y en venerar serenamente lo impenetrable".

Con esta palabra póstuma llena de su sabiduría y de su esperanza, Goethe habló también para mí de manera indicadora:

"Investigar lo investigable y venerar serenamente lo impenetrable".

## PAUL ENGEL

Dr. en medicina, Dr. h. c. en ciencias  
políticas y sociales.

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA MODERNA NOVELA

A veces personas muy inteligentes dicen que no leen novelas, considerando evidentemente a la novela como una forma inferior de la literatura, indicando que les falta tiempo. Por otro lado varios escritores famosos de nuestra época consideran a la novela como la forma superior de literatura, la verdadera expresión artística de los tiempos modernos. Así Thomas Mann en un ensayo sobre el teatro considera a este como arte un tanto inferior, más vulgar que la novela, que ofrece mayores posibilidades de profundidad. Aun teniendo en cuenta la gran honradez y nobleza de Thomas Mann, estas palabras pueden parecer dichas en defensa propia, puesto que Mann era uno de los más grandes, quizás el más grande de los novelistas modernos, pero no tenía talento de dramaturgo: su única obra dramática (FIORENZA) es más bien una novela en forma dramatizada que un drama.

Mas Somerset Maugham, no solamente uno de los novelistas, sino también uno de los autores dramáticos de mayor éxito en los tiempos modernos, y un gran aficionado al teatro, considera la novela como la expresión artística más verdadera y sincera; dice entre otras cosas que la novela puede

eventualmente sobrepasar la inteligencia del lector; si no entiende alguna parte queda en libertad de releerla; mientras que una obra teatral debe ser entendida sin esfuerzo aun por el espectador menos capacitado. En el fondo creo que no cabe ninguna discusión sobre el valor del teatro. Es junto con la canción la expresión más antigua del alma humana, salida de la necesidad íntima de cada ser de exteriorizar sus sentimientos y vivencias. Oriunda del baile, por lo tanto del bailarín, o en una capa superior del actor, no del espectador. . .

El autor dramático era genuinamente idéntico al actor, es por decir así el producto de una época posterior, más refinada, menos ingenua. . . y durante todos los tiempos los autores más grandes de obras teatrales eran actores: Esquilo, Shakespeare, Moliére.

Además de la necesidad de expresión de sí mismo que dio origen a la poesía lírica tanto como al drama (hermano gemelo del baile), surgió la necesidad y el deseo de contar las obras, de cantar el heroísmo de los antepasados: la literatura épica. Todos los pueblos tienen su literatura épica, muchas veces al mismo tiempo teodicea y relatando casi siempre la parte inicial de su historia. En las épocas del despertar no se establece diferencia entre épica e historia y hasta los grandes historiadores griegos son todavía en cierto sentido más literatos que hombres de ciencia. Los famosos discursos de Menenio Agripa (en el Coriolano) o de Marco Antonio ante el ataúd de Julio César son seguramente no históricos sino obras de arte de Plutarco. . . y fueron más tarde descaradamente plagiados por Shakespeare, quien los incorporó casi verbalmente a sus tragedias.

Todos los pueblos poseen alguna forma de arte lírico. El drama se desarrolló independientemente en la India (Kalidasa), en Grecia, en la China, en el Japón, en la Europa

cristiana... ¿pero dónde está la novela antigua, la novela clásica? No existe.

Solamente dos de las culturas mundiales desarrollaron lo que con razón puede llamarse novela: la china y la europea, más bien moderna, puesto que la verdadera novela europea es oriunda de la época barroca, esto demuestra, que es un producto tardío, en cierto sentido de decadencia, o como yo preferiría llamarlo de deliberación y de meditación. ¿Por qué produjeron estas dos culturas la novela? Son las dos que inventaron la imprenta. La novela es la obra de arte destinada a ser leída

En Castellano, como en Inglés, la denominación "Novela" (Novel) indica algo novelero y nuevo, no nos olvidemos de esto, en Francés y en Alemán se llama "Román", que nos recuerda algo "Romántico", tampoco debemos olvidarlo.

La novela empezó como arte popular y debe su origen probablemente a la imprenta. El antiguo Epos se cantó, la lírica fué recitada o cantada y el drama fue desde luego presentado en el escenario, pero el elevado arte del Epos decayó, cuando todos empezaron a leer. Entonces se empezaron a divulgar las historias maravillosas de los héroes y de los caballeros en una forma no rítmica, menos artística, pero más extensa, más popular. Así nació la novela como "novejería", como divulgación de la antigua épica. Estas novelas, sin arte no llamaría todavía "novela" en el sentido nuestro y nuevo; les falta un elemento. Mencionaré que en Inglaterra empezó temprano una especie de "novela burguesa", muy sentimental, quizás en mayor grado madre de nuestra novela actual, que la de caballería. Con todo fue la novela de caballería el origen de la verdadera novela de arte y de la novela moderna. La primera novela que llamaría moderna, la primera que de veras buscó y creó una forma artística, una prosa no menos elaborada y escogida que los versos

de los poetas, es el "Don Quijote"; y este es uno de los elementos más fundamentales de la novela. El Quijote es la obra cumbre de todo el arte de la novela, pero en su idea primaria es simplemente una ridiculización de la novela de caballería, es irónico. Este elemento de la ironía es fundamental para la novela. Parece que el origen de la novela artística es satírico en diferentes partes. En Inglaterra la novela empezó con las inspidas y sentimentales novelas de Addison. "Pamela" es una joven sirvienta decente, que tiene que defenderse de los ataques de un señor contra su virtud. Fielding escribió una novela irónica "Joseph Andrews", en la cual un lacayo que naturalmente lleva el nombre de José es perseguido por una moderna Putifar y tiene que defender su virtud. Así transformado el tema parece ridículo, otra vez vemos que la novela verdadera, la novela artística nace de la ironía, pero también trajo Fielding, especialmente en su obra cumbre: "Tom Jones" una profunda crítica social, como lo era también la novela picaresca española, casi contemporánea del "Quijote". El primer gran novelista ruso, el fundador de la inmensa novela de este pueblo, Gogol, es principalmente un autor satírico; y en Francia el padre de la novela es Rabelais, anterior a Cervantes, otro gran autor satírico.

¿Es la novela un arte satírico? Probablemente todos los que leen estas palabras estarán en el primer momento de acuerdo: No. ¿Tendrán razón? Thomas Mann considera la ironía como un elemento fundamental de la novela. Pero la ironía no es necesariamente sátira. La ironía es una manera de contemplar, una manera a veces muy seria y dolorosa. La ironía es en primer lugar una manera de profundizar, se mira desde dentro y al mismo tiempo desde afuera; en la literatura se habla de la ironía romántica, de la ironía adolorida y la novela es, como ya hemos dicho, un arte romántico. No existe novela clásica, es decir de líneas simples, grandes, claras. Siempre es una historia complicada que ana-

liza vivencias y sentimientos, por eso nació en el romanticismo; el barroco europeo parece la primera época verdaderamente romántica.

Los pueblos crean sus grandes obras dramáticas cuando están en la cumbre de su poder político. Así la incomparable tragedia griega fue creada íntegramente en la cortísima época de la hegemonía política de Atenas; la tragedia inglesa en la época Isabelina, la época de la creación del Imperio; la gran tragedia española en la corta época del mayor esplendor de España, cuando el sol lucía constantemente sobre sus territorios. Parece que sólo en la cumbre del poder los pueblos tienen el valor de desarrollar la gran tragedia, es decir de mirar el destino y la muerte sin asustarse. Después, cuando el poder decae, surge el espíritu creando valores no inferiores, pero distintos; entonces el hombre cambia de la acción (la fase trágica de la literatura es su expresión) a la contemplación. En el caso clásico de la historia griega, la filosofía idealista de Sócrates y Platón poniendo al espíritu en primer lugar, niega la realidad y al mundo material, que la tragedia aceptó con todos sus horrores. La novela en el mundo occidental corresponde hasta cierto punto a esta fase griega, porque también la novela literaria es un arte analítico, un arte que estudia y contempla e ironizando quita a la realidad sus horrores. No me parece accidental sino esencial que Cervantes es incomparablemente más humano y más benigno que Shakespeare, Marlowe, Lope de Vega o Calderón.

¿Pero, y la cruel novela popular? El origen de la novela, como ya hemos dicho es popular, no lo debemos olvidar, pero muy pronto empieza el espíritu irónico o lo que casi creo es lo mismo, el espíritu filosófico de la novela. Ambos se basan en el romanticismo innegable que está siempre a la cuna de todo arte narratorio. ¿Hay entonces una novela popular y una artística? Desgraciadamente esta división no se puede negar y parece que es general, puesto que en la novela china

esta diferencia entre la novela popular y la novela literaria, en idioma, en la forma de expresión y por cierto, en los lectores es todavía mucho más acentuada que en la novela occidental. Las novelas chinas de ladrones, etc. se parecen bastante a la original y primitiva novela de caballería y a las novelas picarescas de la literatura de la Europa Occidental. Pero ya temprano alcanza en el famoso "King Ping Meh", la más grande novela pornográfica de todas las épocas, una altura admirable, porque da una descripción realística y muchas veces con magnífico humor de la vida social china, un cuadro probablemente más verídico que las obras de alto estilo y también que las obras de Sociología. En la novela moderna Hlu Sin reunió en su "Historia de AQueh" el estilo literario y un tanto artificial con la descripción realista de la vida de un pobre trabajador, logrando un efecto único de fuerza conmovedora y profunda ironía, que según mi criterio personal hace esta pequeña novela, una de las obras más grandes e importantes de toda la literatura moderna.

La Novela es la forma moderna de la literatura. Sin duda el número de verdaderas obras de arte en la época moderna y contemporánea es mucho mayor en la novela que en el teatro, que más bien suministra entretenimiento fugaz (excepto naturalmente O'Neill, Shaw, Simonow, Sartre, Anouil) que problemas profundos. La novela es un arte deliberativo, pensativo, pinta la realidad pero al mismo tiempo la analiza y analizándola le quita algo de su duro impacto; da necesariamente algo de contemplación filosófica y es esencialmente un arte analítico.

La novela moderna empieza en Francia con Balzac y con Stendhal, los dos grandes polos, que ya caracterizan todo lo que sigue de novelas: Balzac pintando la vida crudamente, en toda su rudeza, implacablemente, creando un conjunto jamás alcanzado y jamás igualado de personas humanas de relaciones sociales, un cuadro inmenso, superior en riqueza

al mismo Shakespeare. Este padre de la novela realista, del arte progresista; de quien el mismo Karl Marx dijo, que enseña más de Sociología que cualquier obra científica, era personalmente conservador, católico y realista, parece que las opiniones personales desaparecen en la obra del genio, que es expresión de su generación y su pueblo y superior a su propia pequeña persona. Stendhal por el otro lado, bonapartista, progresista está en constante lucha y oposición a su ambiente y a su tiempo y se retira en su propia persona, estableciendo un culto de "egotismo". De esta manera Stendhal fue el fundador de la otra forma de la novela, la novela introspectiva y psicológica. Al mismo tiempo todas las novelas de Stendhal son altamente románticas, llenas de fuertes y atrevidas emociones y muchas veces describen sus ideales; así Stendhal mismo sufrió durante toda su vida de complejos de inferioridad producidos por su fealdad. Sus héroes principales Fabien de la "Chartreuse de Parme" y Julien Sorel en "El rojo y el negro" son jóvenes muy apuestos, muy atractivos para las mujeres. De Balzac y de Standhal viene la tradición de la gran novela francesa que lleva al realismo de Flaubert y al naturalismo de Zola. Mientras que el primero es sumamente artístico, el segundo se acerca a veces a la forma baja de la novela que más se mueve por el contenido y la crudeza que por la manera de vivir, por la profundidad; pero al mismo tiempo Zola es movido por los motivos y las tendencias más altas y merece respeto.

La novela inglesa no se apartó nunca de su contenido social, lo vemos en Dickens, Thackeray, y además siempre mantuvo una magnífica ironía y un sano humor al lado del sentimentalismo a veces exagerado de Dickens. De repente, casi, surgió la gran novela rusa, iniciándose con Gogol (pues al gran Puschkin lo consideramos más poeta que novelista), con Korolenko, con Gontscharow, gran crítico social y formidable artista, con Turgeniew, un novelista impecable y desde

luego con los gigantes de la novela: Dostoyevsky y Tolstoi. El primero sufrido, acusador social al principio, huyendo en el misticismo después y con su forma ensimismada e irónica a la vez anticipando ya todo lo que la novela moderna, la de nuestros días considera sus progresos. El diálogo interior, el flujo de conciencia (Stream of consciousness), la manera de ver de un Proust y de un James Joyce se encuentran ya en las obras de Dostoyevsky, también siempre una manera irónica de observar, que no disminuye sino aumenta el impacto trágico y adolorido de su obra. Tolstoi me parece entre todos los grandes novelistas el menos irónico, pero es a su manera realista, de honradez absoluta, en su manera profunda, pero derecha y sin artefactos; tan convincente, tan conmovedor como talvez ningún otro novelista. Llamaría a Tolstoi la cumbre de la novela realista, nunca alcanzado por otro, a pesar de haber influido poderosamente sobre algunos de los más importantes novelistas posteriores. ¡Por cierto que Thomas Mann tiene razón cuando dice que Tolstoi tiene algo de la misma naturaleza, que con todo su arte inmenso es un artista ingenuo precisamente por ser él mismo naturaleza.

Las otras literaturas siguieron a estas tres preponderantes en el arte de la novela y no podemos mencionar en un ensayo corto sus desarrollos, aun muy notables.

¿Hay de veras una novela moderna? ¿Se ha agregado algo al arte de estos grandes autores anteriores?, ¿Existe algo de diferencia en la novelística moderna de la anterior? He oído decir al gran actor Jean Louis Barrault que los autores dramáticos más modernos son Esquilo y Shakespeare; creo que nunca habrá un novelista más "moderno" que Cervantes o Tolstoi, porque hay obras de arte que perduran, que son de todos los tiempos; y que casi nunca son obras muy "modernas" en su época. Lo muy moderno es generalmente muy ligado a su tiempo, muy voluntario y calculado y no arte muy genuino, le falta la ingenuidad del arte verda-

deramente grande. Tanto en el drama, como en la narración, en la poesía y en cualquier otro arte perdura lo que es humano, común a la humanidad, que pinta algo localmente determinado, porque el hombre vive en su tiempo y en su lugar, pero la gran obra de arte es válida para todo el orbe y para todas las épocas.

¿Entonces hay que hablar simplemente del arte de la novela contemporánea? No olvidemos, que la novela es el Benjamín entre los hijos de la literatura, y por lo tanto debe encontrarse todavía en su desarrollo. Con todo, más que en cualquier otro arte se acabaron rápidamente las exageraciones y los meros formalismos, que invaden la pintura, volviéndola puramente ornamental al igual que la música. La novela no puede vivir de la forma, vive siempre de su contenido humano, de lo que tiene que narrar. En este punto soy absolutamente contrario a Don José Ortega y Gasset, quien sostenía que el progreso de la novela puede hacerse solamente por nuevas formas interesantes. No, la forma épica es antigua y siempre interesará a los hombres lo que el autor tiene que narrar. En este punto no hay diferencia entre la novela literaria y la novela popular; si la novela literaria vuela demasiado alto, se retira a la torre de marfil, queda en esta y ningún lector la sacará para aburrirse. El futuro de la novela está en la inmensa riqueza de la temática, en las siempre nuevas formas, en los nuevos aspectos de la vida humana, en los cambios de la sociedad y en los conflictos que resultan para los hombres, para los individuos de esta transformación, porque la novela es siempre la historia de los individuos, de seres humanos, reales y no abstractos; sólo como tales interesarán y conmoverán al lector.

Pero no he dicho que la novela es la forma moderna de la literatura? ¿Dónde está esta novela moderna? Muchos dirán que empieza con la introspección de Proust y de James Joyce. Me parece, que esta se encuentra ya en Dostoyevsky

y en Stendhal, y esto a pesar de que ambos tienen una tendencia decididamente decadente. El estilo de Proust es aburrido y su narración de un snob; James Joyce quiso, y esto es quizás meritorio, escribir de la misma manera en que se piensa: incompleta, a zancadas, desordenada. ¿Pero es esto de veras algo nuevo? Casi sospecho, que el estilo de Joyce no es más que una exageración del naturalismo, cuando este se esfuerza en imitar la manera más ruda de expresión, usando dialectos, que dificultan el entendimiento de la obra fuera del estrecho lugar de origen. Con todo, Joyce es importante porque es un descubridor y ha abierto nuevos caminos. Después del "Ulysses" un escritor simplemente ya no puede escribir en el estilo quieto de Dickens. ¿Qué es este nuevo estilo? Ya lo hemos dicho, el diálogo interno y el flujo de la conciencia, por un lado una exageración naturalista, pero por el otro también un aumento de la fuerza lírica, es decir íntima de la novela. La falta de comas y puntos en la obra principal de Joyce desaparece en sus seguidores, porque es esencial para cada obra de arte, que traiga estilización, no imitación fotográfica de la naturaleza, descripción digna de esclavos, sino que crea naturaleza, pero en un estilo... y esto es precisamente el escribir en frases bien formadas y claras, traer en forma fácilmente inteligible, hacer claro, expresar lo que cada ser humano vive, pero vive precisamente en forma confusa y no puede expresar. La forma del monólogo interno no es del todo nuevo: la encontramos en los relatos en primera persona, tan antiguos en el arte; ya se encuentra en el libro de Job y en gran parte de la Odissea; en novelística en los cuentos intercalados del "Quijote", en la literatura picaresca española... y en forma altamente artística se encuentra este diálogo interior en las obras de Dostoyévski y especialmente (exactamente en el mismo año en que se publicó también el "Ulysses") en "La señorita Else" del gran escritor judío-austriaco Artur Schnitzler. Con

todo, debemos al nuevo estilo un aumento de fuerza, de la intensidad. No olvidemos, que cada escritor tiene su estilo personal más que normas, como por ejemplo el acortamiento exagerado de la frase que floreció en la literatura alemana después de la primera guerra mundial (Sternheim), no dan resultados permanentes, y que lo esencial es lo que un escritor tiene que decirnos, o en el caso de la novela lo que tiene que contarnos. Desde Homero es lo mismo y en esta ciudad de Quito lo oí decir por el gran novelista brasileño Erico Veríssimo: "En primer lugar el novelista es un contador de cuentos, tiene que contar algo".

¿Qué desarrollo ha tenido el arte moderno de la novela?  
¿Qué es la novela moderna?

Entraron algunos pueblos a este arte, los pueblos nórdicos, con el lirismo de Jacobson, con la épica social de Andersen Nexø, con la crudeza de Hamsun, una crudeza lírica, que tiene poderosa personalidad, pero tan violenta que no nos extraña que se plegó al nazismo. Se ha (por la preferencia de los premios Nobel para los autores nórdicos) sobreestimado a algunos buenos, pero no muy grandes como Jensen, Sigrid Unset Lagerloef, buenos narradores sin grandes progresos. Lo mismo puede decirse de Lagerkvist. Una personalidad sorprendente y original, basándose, como él dice, en las antiguas tradiciones de su pueblo, pero un gran poeta en prosa y poderosísimo creador y narrador de hombres es Haldor Kilian Laxness, el primer irlandés de fama mundial; trae una mezcla única de "saga" antigua, crítica social, poesía, lirismo; en una presentación que parece narración sencilla pero es gran arte.

Poderosamente entró un pueblo en la literatura novelesca, un pueblo que a pesar de ser muy poderoso tenía cierta dificultad porque su idioma no fué primeramente reconocido como clásico, hablo de la literatura norteamericana y considerando la novela norteamericana, vemos que este

pueblo se muestra de gran poder de creación artística. Los más antiguos autores se estiman solamente por tradición y nacionalismo y parecen aburridos a los no norteamericanos. Pero los americanos modernos y hasta los de segunda y tercera categoría, hasta muchos autores de novelas policíacas tienen un don admirable de captar la vida, de hacer hablar a sus hombres de una manera natural aun a veces exageradamente cruda, pero tienen una vida que nos capta y convence. El maestro máximo de este estilo, hombre de tremenda vitalidad, pero también un artista formidable, soberano, atrevido, pero muy verídico, individualista y anarquista hasta cierto punto, pero encantador es Ernest Hemingway. En su expresión, en su manera de decir, en la vida íntima de sus creaciones, talvez el más poderoso de todos los autores modernos. Fue laureado con el premio Nobel por una novela corta: "El Viejo y el Mar" que es una pequeña obra maestra, porque sus grandes obras fueron demasiado francas y atrevidas para un premio Nobel, pero vivirá en el futuro como autor de "Un Adios a las Armas" y de "Por Quien doblan las Campanas", una de las más grandes novelas de todas las épocas. El si siempre cuenta, pasa algo en sus obras y conmueve también porque nos pinta algo de espíritu juvenil, sus hombres son muy machos, con un código pueril, sus mujeres muy conmovedoras, nos hace jóvenes al leerle aunque pinte la vejez.

El otro apreciado escritor norteamericano Faulkner cuenta historias crueles del Sur, a veces de una manera maestra, pero siempre en un modo de contar que exige verdadero trabajo por parte del lector y en un idioma difícil y enredado. Si se quitara este estilo complicado acaso no quedaría tanta substancia en sus obras; pero siempre son de vitalidad. Escritores muy inferiores a estos dos, como Steinbeck u O'Hara poseen este don admirable de la vitalidad en alto grado. Un gran escritor, y hasta exageradamente

novedoso y revolucionario era John Dos Passos, especialmente con su monumental trilogía "U.S.A.", pero ha decaído mucho y ya no goza de tanto aprecio, pues parece que la fama en Estados Unidos es de corta duración, así Sinclair Lewis, excelente en su incomparable obra satírica "Babbitt" aunque desigual en otras obras, laureado con el Premio Nobel, es casi olvidado en los EE.UU. y famoso solamente en Europa y en América Latina. Pearl Buck cuenta de la China, pero no es gran creadora de obras de arte. Entre los jóvenes hay algunos formidables y de gran honradez como Norman Mailer y Gose Vidal. Hay una tendencia hacia lo exageradamente "artístico", a un círculo exclusivo en la literatura reciente, lo que naturalmente incluye el peligro de que pierda sus lectores, quienes buscan cuentos sencillos en la literatura baja. Tal vez empezará un renacimiento del más grande de todos los escritores norteamericanos: Theodore Dreiser. Dreiser no buscó nunca formas nuevas, hasta tiene un estilo pesado, demasiado extenso, sin adornos; carece de la vitalidad de un Hemingway, pero es tan grande en la observación profunda de los hombres y ambientes, tan despiadadamente honrado que alcanza casi a un Tolstoi en sus obras más grandes, especialmente en la formidable "Tragedia Americana".

Entre los Ingleses primero siguieron algunos, como Virginia Wolf los caminos de Joyce, alcanzando un alto nivel artístico. Al lado de estos hubo los más "populares", menos apreciados por la crítica "high brow". Pero de gran éxito en los lectores y ventas y en verdad novelistas muy serios y de alto nivel como Pristley (de gran sentido social) y Somerset Maugham, uno de los autores más inteligentes y maestros de estilo e incomparable contador de cuentos. Recientemente ha surgido otro gran escritor inglés, escritor interesante en dos aspectos, pues escribió novelas populares, de "entretenimiento" y novelas profundas, dedicadas a

su sentimiento católico, pero también a su profundo sentido social, alcanzando enorme maestría: Graham Greene, especialmente su obra "El Americano Quieto" me parece una verdadera cumbre del arte de la novela.

Francia fue siempre un país de grandes novelistas. Produjo después de su gran época todavía a Romain Rolland, más conmovedor por su honradez y profunda humanidad que por su forma artística; Barbusse, gran luchador honrado y Anatole France, incomparable estilista, de finísima ironía y superioridad espiritual, y de gran humanidad; hoy un tanto olvidado acaso por ser demasiado espiritual. Jules Romain, Roger Martin Du Gard y Georges Duhamel, crearon grandes ciclos de novelas de profundo contenido humano y social; Mauriac da un cuadro sombrío de la vida de la familia católica. Francia sigue produciendo, aquí está esta nueva línea llamada "Existencialismo" que no queremos discutir desde su punto de vista filosófico (me parece superficial, una revivencia más bien barata del antiguo idealismo, pero sin esperanza), pero que nos dió a Jean Paul Sartre. Sartre es un gran autor dramático, pero sus novelas carecen de grandeza, se pierden en suciedad y en efectos baratos y no convencen como sus obras teatrales. Por el contrario Camus escribió en "La Peste", obra en estilo frío y sencillo, pero de mucho sentido simbólico y gran poder, una de las novelas verdaderamente grandes de nuestro tiempo. Siguen otros más jóvenes como Herve, Anjou, gran poeta que escribe novelas de gran envergadura social, de poder poético en forma realista; es talvez el más fuerte de los novelistas franceses contemporáneos, Bazin, prometedor. La tan famosa Françoise Sagan no me parece todavía más que literatura de entretenimiento y esto no muy noble, aunque, como su predecesora Colette posee una manera de escribir de gran vitalidad.

No solamente Francia no pierde su fuerza de producir

novelistas, tampoco la pierde Rusia. Los Rusos modernos no lucen por nuevos caminos atrevidos en la forma (que no son bien vistos por su gobierno), pero nos traen nuevos contenidos y siempre de nuevo profunda humanidad, ahí por ejemplo Kuprin, después Gladkow, que cautivó al mundo con sus descripciones de la nueva época de la humanidad. Mas grande y más general como novelista me parece Constantin Fedin, que en su humanidad, su humor quieto, su amor a los hombres y su riqueza en descripciones alcanza la gran tradición de un Gogol, un Chejov, un Gorki, este gran maestro del cuento. Alexei Tolstoi, sobrino del gran León, escribió buenas novelas históricas, pero el más grande escritor de Rusia postrevolucionario es Cholojov con su gran obra "Sobre el Don Quieto", epopeya y verdadera historia de los cosacos del Don en la época de la primera guerra mundial, de la revolución y de la guerra civil. En amplitud y humanidad es la obra que más me seduce al compararla con "La Guerra y la Paz", es tan rica en hechos, en personajes, y muy honrada y sencilla a pesar de pintar hombres rudos, pero al mismo tiempo da un cuadro de todo lo humano, quizás la novela más grande escrita por un autor que vive todavía. Nos hace de veras entender la época revolucionaria, da un cuadro más luminoso, más profundo y amplio que la laureada novela "Doctor Zhivago" de Pasternak, que más bien parece obra lírica y cuyos personajes quedan como sombras sin calor y sin verdadera vida.

¿Y la literatura Alemana? No he mencionado hasta ahora la literatura alemana. La literatura alemana tiene grandes poetas (Goethe, Heine), y esencialmente filósofos de gran importancia, es pobre en grandes creadores dramáticos y todavía más pobre en grandes narradores. Los que hay de gran valor (en primer lugar el suizo Gottfried Keller, al austriaco Stifter y el alemán del norte Theodor Fontane) alcanzaron escasa fama mundial, tienen algo de locales, no

apelan al mundo entero, como los ingleses, los franceses o los rusos. El "Werther" de Goethe, un cuadro lírico juvenil alcanzó gran fama, pero las novelas posteriores, las grandes novelas de Goethe (como el *Wilhelm Meister* y las afinidades electivas) son aburridas y muy docentes en su tono seco, muy inferiores resultan cuando nos damos cuenta que son contemporáneas de "El Rojo y el Negro", obra que nos parece perfectamente moderna y eternamente nueva. Heyse, laureado con el Premio Nobel está hoy casi olvidado; el importante autor dramático Hauptmann era un novelista de escaso valor (excepto una novela corta). Autores mediocres alcanzaron fama indebida (Wassermann). Así todo lo memorable de la novelística alemana pertenece de veras a la generación más bien reciente. El único novelista alemán de renombre Universal es Thomas Mann. A diferencia de la mayoría de otros grandes novelistas escribió su importantísima obra "Los Buddenbrooks" a la edad de veinte y seis años, pues por lo general la novela es un arte de hombres maduros y de experiencia, a diferencia de las obras dramáticas y de la poesía, cuyos autores frecuentemente alcanzan su cumbre como genios jóvenes. Empezó con la descripción de su propio ambiente, es una novela realista, pero muy profunda. Después desarrolló una fuerte corriente filosófica y pensativa. Empezando más bien con opiniones conservadoras, como gran exponente de la burguesía se volvió, obligado por su honradez y sinceridad, contra el nazismo y su crueldad y enemistad hacia el espíritu. Su manera de escribir no es modernista y carece de la vitalidad de los americanos. Siempre es un arte estilizado, nunca se olvida que se está leyendo una obra de arte. Por lo general narra simple y directamente; el arte está en el estilo, uno de los más elaborados, artísticos, cuidadosos de cada palabra que se han escrito en prosa alguna. Este estilo es magnífico, pero funesto para los imitadores que desgraciadamente son numerosos.

Solo y únicamente Thomas Mann podía escribir en este estilo. La obra cumbre de Mann y una de las obras cumbres de la novela de todos los tiempos es "La Montaña Mágica" en donde tratando la historia de un joven que durante los siete años que pasa en un sanatorio suizo capta toda la época anterior a la primera guerra mundial, todos los problemas, observa todo como desde un mirador y concentra de una manera maravillosa. Su gran tetralogía del bíblico José es bella y majestuosa, pero muy escogida, muy intencionada. El "Doctor Faustus" tiene, para mi gusto, demasiados caracteres de un ensayo sobre la música, para ser una novela perfecta. Las últimas novelas parecen un tanto decadentes en relación con las anteriores, excepto quizás el "Félix Krull", obra de humos muy finos y soberanos. El hermano mayor de Thomas, Heinrich Mann era un espíritu más revolucionario tanto en el contenido como en el estilo de su obra. A veces exageró y sus historias son demasiado artificiosas, personales y muchas (por ejemplo Las Diosas) han envejecido. Pero su trilogía "El Imperio" es un cuadro insuperable e implacable de la Alemania de Guillermo Segundo, y especialmente el primer tomo "El Súbdito" es el cuadro más perfecto del burgués alemán, pintado con profundo conocimiento, un análisis inteligentísimo, con ironía, con fuerza, sin piedad, sin amor. Ambos hermanos eran además formidables ensayistas, pensadores soberanos. Un austríaco, Stefan Zweig alcanzó bien merecida fama como biógrafo, por su arte de revivir épocas y sus hombres; es menos importante como estilista y como creador genuino. Más importante es otro austríaco, Arthur Schnitzler, médico, quien captó la última época de la monarquía austríaca en un diagnóstico pesimista, pero con gran amor; en primer lugar autor dramático, pero buen novelista quien en la "Señorita Else" escribió una de las mejores novelas cortas de todos los tiempos. Todavía Alemania no es rica en novelistas. Herman Hesse,

pensador profundo, lírico excelente, es demasiado contemplativo y sentimental. El alemán de Praga Franz Kafka describió incomparablemente la desesperación, alcanzando fama póstuma. Entre los más jóvenes ninguno alcanzó reconocimiento fuera de Alemania (aunque Ana Seghers p. e. despertó interés por su temática; otro autor de fuerza es Stefan Heym, pero este publicó sus novelas más interesantes primero en Inglés). El narrador más grande en idioma alemán, me parece después de la muerte de Thomas Mann, Arnold Zweig, autor profundo, de gran sentimiento y de formidable honradez, además estilista que nunca deja de trabajar, de luchar por su expresión; su "Sargento Grisha" es una de las más grandes novelas, y las otras obras de este ciclo la alcanzan, si no en importancia, por cierto en belleza y profundidad. Hay que mencionar al austriaco Franz Werfel, de gran intensidad especialmente en su gran novela "Los Cuarenta Días del Musa Dagh", y sus bellos libros llenos de música (Los Hermanos de Nápoles, Verdi). Recientemente surgieron pocos novelistas en idioma alemán, Heinrich Boll, excelente novelista germano; Diego Viga, interesante porque sus novelas, mezcla de crítica social, narración de aventuras y humor se desarrollan en Sur América (el héroe de una novela es un Don Quijote que llega a Colombia).

La novelística italiana tomó un gran auge después de la caída del Fascismo. Los jóvenes autores sobrepasan a Silone. Antes había dos novelistas dignos de mención, ambos más importantes como dramaturgos: Gabriele d'Annunzio, especie de neo-romántico y Luigi Pirandello, autor muy original y profundo. Recientemente los italianos volvieron al realismo. Piovene, Giuseppe Berto, Moravia, Protolini, C. Pavese, Elio Vittorini. El de mayor éxito fue Alberto Moravia, que trata temas sexuales, a veces escabrosos, con gran arte; el más profundo y conmovedor es Vasco Protolini, pro-

bablemente uno de los mejores novelistas de la generación actual.

No hay todavía una novelística judía, porque los judíos pertenecen a las literaturas de los idiomas en que escriben. Schalom Ash es una excepción, novelista de fuerza, pero no de los más grandes.

La literatura suramericana ha surgido recientemente. Influida, naturalmente, por la española empezó con un romanticismo un tanto atrasado (cuya flor más bella es "María" del Colombiano Jorge Isaacs), se dedicó después a novelas "costumbristas" que nunca alcanzaron a los grandes españoles, como Pérez Galdós, Pereda, Alarcón. Los contemporáneos son por lo general naturalistas. Entre los ecuatorianos, Jorge Icaza alcanzó con su crudo cuadro de la vida del indígena "Huasipungo" una fama bien merecida; su obra posterior "Huayrapamuschcas" y muy especialmente "El Chulla Romero y Flores"; me parecen más perfectas como obras de arte. Alfredo Pareja Diezcanseco es un escritor de gran sensibilidad e inteligencia; menos naturalista pero no menos crítico social que Icaza. José de la Cuadra y Gil Gilbert son otros pintores de una realidad social. De los jóvenes mencionaré a G. Ramón, J. Rivadeneira, Vera, Fernández y Adalberto Ortiz, con magistral dibujo del negro esmeraldeño. El peruano Ciro Alegría escribió en su "El mundo es ancho y ajeno" una novela maestra, se limita perfectamente al pequeño mundo de un pueblo indígena en la Cordillera Peruana, pero todo el mundo de sentimientos, toda la profundidad de la existencia y todos los problemas del campesino en la lucha por su tierra se encuentran en este libro; se limita a un lugar, como se limita El Quijote a su región de La Mancha, pero capta todo el mundo, es válido para todo el mundo, por lo tanto una gran obra. Muchos novelistas americanos tratan de imitar el estilo de los grandes españoles, sin jamás alcanzar la gran perfección artística del

autor de las "Sonatas" (Ramón del Valle Inclán), a este grupo pertenece Larreta, el argentino y también al ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide. Algunos como Mallea tratan de trabajar en un estilo modernista, influido en primer lugar por Dos Passos. El novelista más dotado y más grande entre los que escriben el Castellano en América es Rómulo Gallegos, quien en muchas novelas nos pinta todos los aspectos y bastante de la historia de su Patria: Venezuela. Pero él no muestra solamente la realidad social, sino que escribe novelas en un estilo perfecto y con personajes muy verdaderos. La obra maestra y una de las novelas más acabadas de la América Latina es sin duda su "Doña Bárbara".

La gran República del Brasil también produjo dos grandes novelistas contemporáneos: Jorge Amado, luchador social, pero gran artista, dominando cuadros extensos de grandes aglomeraciones humanas, a quien muchos consideran el más grande de los narradores sudamericanos y Erico Veríssimo, quien también fue fuertemente influido por la manera y los modismos modernos, pero quien en "El Tiempo y el Viento" creó sin duda una obra de gran dimensión, de verdadera grandeza y belleza épica y de considerable valor humano. En el Uruguay, Carlos Reyles escribió novelas de mucha vida y en una combinación interesante de naturalismo crudo con expresión artística y refinada, superando al naturalismo español de Blasco Ibáñez.

Me parecería equívoco tratar solamente la alta literatura, o lo que así se considera. La novela tiene un fin principal: el entretenimiento; debe ser interesante y narrar un cuento. Por esto, como Maugham dijo con razón, el lector huye de la novela, cuando esta exagera lo formal, lo buscado y se olvida del contenido por la forma. Los grandes novelistas, Tolstoi, Stendhal, Balzac, Ttheke ray, todos contaron algo. Entonces el lector busca sus historias de una manera fácil, un mundo diferente del cotidiano en la novela

policial, en la novela histórica o en la fantástica. Es equivoco considerar estas formas inferiores. Claro, la mayoría de las novelas criminales son mal escritas y buscan solamente la sensación y recientemente también la excitación sexual. Me parece interesante, que un laureado con el Premio Nobel de literatura y un escritor exquisito, gran estilista y artista como André Gide, hombre que en alguna forma siempre trató sus vivencias personales, quien se analizó exageradamente durante toda su larga vida, haya escrito, que Simenon, autor de 300 novelas sensacionales, en su mayoría de crímenes sea el novelista más dotado de nuestra época y que Dashiell Hammet, un gran autor de novelas policíacas, creador del nuevo estilo realista de esta literatura, sea uno de los escritores más interesantes de América. Iniciada en Inglaterra por Collins y Conan Doyle y en los Estados Unidos por E.A. Poe, se desarrolló una especie de literatura que reunió sensacionalismo con un juego espiritual a encontrar al criminal. En la nueva literatura americana se come a los problemas "matemáticos". Hombres muy inteligentes como Gide, Maugham, el presidente Roosevelt, grandes científicos, etc., buscan descanso en esta literatura. Pero quedan al fin y tienen éxito los que son de veras buenos escritores y tienen algo que decir, como Erle Stanley Gardner. Creo en verdad, que no existe forma inferior de novilística, sólo existen buenas y malas novelas (y desde luego las malas abundan) El caso criminal es uno de los temas principales de la novela, porque muestra siempre la desadaptación de un individuo a la sociedad, su acción violenta y desgraciada, por lo tanto es siempre interesante y muchas de las más grandes novelas de todas las épocas son novelas criminales, menciono solamente "El Rojo y Negro" de Stendhal, "La Resurrección" de Tolstoi, "Crimen y Castigo" y "Los Hermanos Karamasoff" de Dostoyevski, "La Tragedia Americana" de Dreiser. Francamente prefiero las novelas policíacas aun las un tanto in-

feriores a las malas novelas sentimentales, que son mucho más insoportables.

La novela histórica es antigua, pues ya el origen de la novela es hasta cierto punto la historia, es historia subjetiva, ... pero hay una historiografía objetiva? Algunas de las más grandes novelas son históricas en el sentido de pintar una época histórica, así "La Chartreuse de Parmes", "La Guerra y la Paz", pero por lo general dan los destinos de determinadas personas novelescas puestas en este tiempo.

Allí es el vestido, a veces también un grandioso cuadro de la época y de la misma historia. Otra cosa es la "novela" que pone personas de gran importancia como héroes, la ahora tan apreciada novela biográfica o la biografía novelada. También en esto hay diferencias de valor. Stefan Zweig, ya mencionado, buscó por lo general héroes secundarios como Fouché (su obra maestra), o personajes humanamente más que históricamente importantes, como María Antonieta o María Stuart. ¿Pero puede uno escribir una biografía novelada de Napoleón o Goethe, estilo Emil Ludwig? Bien lo puede hacer y tener éxito. Yo prefiero la forma más científica de la biografía que deja hablar los datos por sí mismos, como la excelente biografía de "Colón" por Salvador de Madariaga. En cierto sentido toda novela grande es una novela histórica, porque tiene que dibujar una época. Por el otro lado el novelista no puede ni debe crear personajes ficticios vistiéndolos como personas históricas, digamos Julio César o Cristóbal Colón, aunque naturalmente no sabemos en que cantidad lo hicieron los historiadores antiguos. Lo que si es meritorio y combinación de arte y ciencia, es una biografía escrita en forma artística, como una novela, siempre y cuando se atenga estrictamente a los hechos históricos. De esta manera la novela histórica hace los hechos más legibles, más accesibles a un gran público, y continúa la gran tradición de los historiadores antiguos: Tucídides, Tácito, Salustio, Plu-

tarco, quienes se consideraron más como artistas y filósofos que como hombres de ciencia. Una novela ejemplar de este tipo científico es "El Sueño de Troya", biografía de Heinrich Schliemann, por Heinrich Alexander Stoll... no consideraremos nunca obras de arte a las novelas sensacionalistas de la historia, que nos pintan un Nerón absolutamente falsificado y usan de los primeros cristianos para satisfacer los deseos sadistas y masoquistas de su público. A pesar de esto son laureadas con el Premio Nobel y llevadas desde luego después a la pantalla... Novelas en el sentido de pintar una época pasada se han escrito en nuestra época y hay algunos novelistas históricos de alto valor, como Neumann (El Diablo), Feuchtwanger unió un sentido histórico a una gran fuerza de novelista; prevalece el novelista sobre el historiador (especialmente en su mejor obra "El Falso Nerón"). Entre los americanos jóvenes hay uno de grandes dotes que es Howard Fast, quien escribió varias novelas sobre la guerra de independencia de los Estados Unidos, de gran fuerza novelística y al mismo tiempo de un alto sentido histórico, su mejor novela "El Camino de la Libertad", novela de la post-guerra de la secesión es conmovedora, fuerte y un sano antídoto contra el libro mentiroso, sentimental "Lo que el Viento se Llevó", que me parece el prototipo de un romanticismo ya intolerable en una novela moderna.

Finalmente mencionaré a la novela fantástica. Pensándolo bien es una de las raíces de la novela, quizás la más antigua, puesto que lo que encontramos en la antigüedad de cuentos en prosa son historias fantásticas, como la "Historia Verídica" de Luciano y el "Asno de Oro" de Apuleyo. De veras estas no son novelas sino fábulas extensas y sátiras. Esta forma de Novela se hizo importante, muy importante de veras como vehículo de ideas, oficialmente prohibidas y talvez las ideas de Reformas sociales fundamentales encontraron en tales novelas fantásticas sus primeros vehículos:

Así la "Utopía" del gran estadista inglés Thomas Morou, "La Nueva Atlántida", del filósofo y estadista Francis Bacon, "La Ciudad del Sol" del dominicano Tomás Campanella. Como un descendiente más profético y moderno de ésta clase de novelas o de deseos sociales novelados mencionaremos también el "Altneuland" (Tierra Vieja y Nueva) de Theodor Herzl, fundador del sionismo. Todas estas novelas carecen de veras de méritos artísticos, no son novelas, sino programas sociales disfrazados. Las grandes obras de arte, muy escasas en verdad, de la novela fantástica son todas satíricas, castigando al mismo tiempo. La más famosa y la mejor de todas es conocida por todos y curiosamente la leen los niños, siendo la crítica más amarga de los humanos; "Los viajes de Gulliver" de Swift. Otra pequeña novela de estas y parecida al Gulliver es el "Micromegas" de Voltaire. En la época moderna la más interesante novela de esta categoría me parece la obra formidable "La Lucha con las Salamandras" del checo Karel Capek. Muy interesante es "El Mundo Nuevo y Atrevido" (Brave New World) del gran novelista inglés Aldous Huxley, pero prefiero las novelas de ese autor, cuando pintan las mentiras de la sociedad contemporánea en una forma más realista como su "Contrapunto". Interesante es "El Messiah" por Vidal, joven americano, que nos muestra una desviación religiosa del futuro no lejano.

La así llamada Science Fiction, las fantasías técnicas sobre el futuro me repugnan francamente. Por cierto que su padre espiritual Jules Verne preveía curiosamente muchos hechos posteriores, pero era en primer lugar un novelista loadado. Los modernos distan de él tanto, como Emil Ludwig de Walter Scott en la novela histórica. Me parece insoportable esta falsa divulgación, esta confusión, que transforma los problemas más urgentes y las amenazas más tremendas de la humanidad contemporánea en materia de ideas verdaderamente mentirosas, de entretenimiento a un nivel no supe-

rior al de los horrorosos "comics". Son crueles, mentirosos, deshumanizados, para mi modo de ver, la forma más baja de lo que sin razón se llama novela.

Qué es, resumiendo lo esencial de la novela moderna, que como creo, es la forma de arte más variada y más rica de nuestra época? Lo eternamente humano primero, el interés que el hombre toma en los destinos de otros hombres, el contar lo que pasó a seres como nosotros y de esta manera profundizar el sentimiento de que los demás sienten como nosotros, de darle al lector el sentimiento, la seguridad "No estás solo en el mundo, otros viven y sienten, y aunque estén lejos de tí, viven la misma vida, son humanos". Tiene que contar algo y debe despertar el interés del lector, debe darle horas llenas de vida. A diferencia del arte teatral es una forma filosófica, analítica, extensa. Pero explicando la vida, discutiéndola, acercándonos a otros seres humanos. Debe también contribuir a hacernos la vida más agradable o por lo menos más tolerable.

**CARLOS VALLEJO BAEZ**

## **PANORAMA DE LA HISTORIA REPUBLICANA DE CHILE**

Conferencia auspiciada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Embajada de Chile en el Ecuador, pronunciada por el Sr. Dr. Dn. Carlos Vallejo Báez en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el 17 de Septiembre de 1959, con motivo de conmemorarse un Aniversario más de la Independencia de la nobilísima Patria de Bernardo O'Higgins.

### **PRESENTACION DEL EXCMO. SR. EMBAJADOR DE CHILE, DN. SERGIO HUNEEUS**

Señores Embajadores, distinguidos señores y señoras:

Tengó el agrado de presentar esta tarde al Dr. Carlos Vallejo Báez, distinguido abogado que recibió gran parte de su formación jurídica en Chile, donde se destacó como alumno brillante del gran jurisconsulto chileno Alessandri, y desde esos años ha conservado por mi Patria un marcado afecto y un probado cariño.

El Dr. Vallejo Báez es autor de obras de derecho que merecen estudiarse. Entre ellas, citaré "Las Guardas en

el Código Civil Ecuatoriano”, publicada por la Casa de la Cultura en abril del presente año de 1959, obra en la cual hace un estudio comparativo de las tutelas y curatelas entre la legislación ecuatoriana y la chilena. Ha escrito también “Perfil Histórico del Colegio Central Técnico del Estado”, libro en el cual hace el estudio completo de noventa años de existencia de ese prestigioso Establecimiento. Próximamente dará a publicidad “El Juicio Ordinario de Mayor Cuantía”, que con seguridad representa la obra de mayores kilates jurídicos de las que hasta aquí ha escrito. Tiene, por último, en preparación dos interesantes estudios científicos más: “Elementos de Geografía Ecuatoriana”, en el cual constarán las más modernas apreciaciones socio-económico-geográficas, y “Hacia un Nuevo Liberalismo”, en el que hace un análisis de los presupuestos doctrinarios que en su concepto informan esta tendencia política en la hora presente.

Ha recibido, siendo aún muy joven premios que lo colocan en un sitio de privilegio. Obtuvo el primer premio en el ensayo “El 24 de Mayo”; primer premio por el ensayo “Sucre en Pichincha”; primer premio universitario por el ensayo económico y sociológico “Rol Económico de la clase media en el Ecuador”; primer premio universitario, consistente en medalla de oro y mil sucres, recibido en 1956 por el ensayo jurídico “Las Guardas en el Código Civil Ecuatoriano”, que acabo de citar antes. Fue Ayudante de Economía Política de la Universidad de Chile, cátedra del profesor Víctor Gazitúa; Profesor del Colegio San Pedro Pascual de esta ciudad, durante cuatro años, en las cátedras de Inglés y Geografía; Profesor del Instituto “Oñate Peñaherrera”, en la cátedra de Inglés; Profesor del Colegio Central Técnico del Estado, en las asignaturas de Historia, Castellano, Literatura, Educación Cívica y Filosofía.

Creo que con estos antecedentes el Dr. Vallejo Báez se hará oír esta tarde con la atención de todos nosotros. El tema escogido por él es la Historia Política de Chile, o sea el desarrollo de nuestra vida política, que lo tratará bajo la designación general de "PANORAMA DE LA HISTORIA REPUBLICANA DE CHILE".

Las ideas que ha de sustentar son suyas y personales. Dejo constancia de esto, a pesar de que me asiste la absoluta confianza de que el Dr. Vallejo Báez, con el cariño que tiene por Chile, ha de darnos esta tarde una disertación que nos plazca a todos y nos deje realmente un recuerdo exacto, fiel y hermoso de la vida política e institucional de mi Patria. Dejo la palabra al Dr. Vallejo Báez.

#### **CONFERENCIA DEL DR. CARLOS VALLEJO BAEZ:**

Señores Embajadores de los países amigos,  
Excmo. Sr. Embajador de la República de Chile,  
Señores y señoras:

Esta noche voy a hablar acerca del panorama histórico de Chile, tomado solamente en el sentido republicano. Voy a partir, señores, del año 1830, o más propiamente desde 1831. Me interesa fundamentalmente consignar cómo Chile, a lo largo de todo el siglo pasado, logra estructurar una historia tan ordenada que mantiene una sola Constitución hasta el año 1925, en que ese cuerpo legal es modificado —y a partir de entonces data la Nueva Carta Política— bajo el patrocinio y la dirección acertada de ese gran hombre público que fue don Arturo Alessandri Palma.

Pero es necesario que nosotros, ecuatorianos de acá, y los extranjeros presentes recordemos por qué, cuáles fueron

los fundamentos históricos que animaron la vida de Chile en el pasado para que con el tiempo haya llegado a tener una organización política tan robusta que se respeta por parte del pueblo y Gobierno a fondo la Ley y las instituciones creadas por ella en toda su verticalidad y puede desenvolverse la obra de paz, la obra creadora en beneficio del pueblo, con toda tranquilidad. Yo siempre he creído que lo comparativo arroja saldos favorables. Es fundamental, señores, que esta misma noche comparemos, perdonádomelo las personalidades extranjeras que están aquí, con la historia de algunos países aquello que tuvo lugar desde el siglo pasado en el país de la Estrella Solitaria. No sé de quienes están en esta sala, de modo que vuelvo a repetir las palabras del Sr. Embajador de Chile: todo lo que yo diga han de ser opiniones personales, mías.

¿Qué es lo que sucede con Chile y con los demás países? ¿Qué es lo que pasa con la Argentina? ¿Hasta cuándo van a durar las guerras civiles en la Argentina? Hasta el año 1862. Hay una ligera interrupción. La época de Rozas está en el medio, esa época que, según dicen los historiadores, es fundamental colocar entre el período de la anarquía y el período de la unidad nacional. Pues bien, una dictadura como la de Rozas los propios historiadores sostienen que era necesaria para mantener la paz, para mantener el orden, para mantener la institucionalidad. ¿Quién no sabe de los aquí presentes, que en Argentina hubo siempre la lucha entre el hombre de la ciudad y el hombre de la pampa? Recuérdese cómo el segundo, eminentemente libre, libertino si se quiere, casi bárbaro, es por esencia federalista, en tanto que el hombre que vive en la ciudad, donde vive y opera la burguesía ilustrada y culta, aquella que ha recibido influencias de Estados Unidos y Europa, tiene el sentido del unitarismo. La lucha se va a hacer, eso

es indudable. Estamos en los primeros años después de la independencia de estos países en cuanto repúblicas independientes y esta lucha, naturalmente, va a producir sus consecuencias. Consecuencias que son: guerras civiles, derramamientos de sangre y, en algunos casos, inclusive exterminio de grupos.

Hasta 1862, repito, los argentinos van a tener este problema. Recuérdese que ellos no tienen sino en 1853 la Constitución que va a durar de ahí en adelante, hasta cuando viene el Sr. Perón y la modifica, ya en estos últimos años. Argentina, señores, mantiene entonces esta lucha entre el federalismo y el unitarismo, derivando como consecuencia los derramamientos de sangre.

Rozas, muy hábilmente —hago un simple recuerdo a quienes están en la sala— explotó la idea federalista del gaucho, pero cuando él estuvo en el Palacio de Gobierno, cuando él estuvo en la Casa Rosada, como la llaman allá, lo cierto es que él fue el más unitario de los gobernantes, por manera que a él se debe el origen de la gran unidad de la República Argentina. Pues en el fondo de sus ministerios, centralizó el gobierno de la Argentina. Todo entraba y salía por sus manos. Pero, lo importante, lo esencial es dejar constancia que fué necesaria una dictadura para que Argentina cumpliera con una obra, con un programa, durante el siglo pasado. Y, este punto es justamente el que quiero poner de relieve esta noche, para que todos ustedes, que están presentes, tengan la bondad de seguirme en la disertación.

Preguntémonos ahora: ¿qué va a pasar con el Uruguay? En el Uruguay vamos a tener el mismo problema. Hasta los años 1863-1865 subsiste esta misma lucha entre el hombre de la ciudad y el hombre del campo. Sólo a partir de entonces comienza a insinuarse la estabilidad. Por eso,

cuando nosotros nos preguntamos en este país, en el Ecuador, por qué razón Uruguay ha llegado a tener un gobierno de profunda raíz democrática en la actualidad, por qué este país de ciento ochenta mil kilómetros cuadrados de territorio y dos millones quinientos mil habitantes, en la América del Sur es ejemplo de democracia y su voz se escucha en las Naciones Unidas con todo respeto, la respuesta la encontramos en su pasado histórico, pues sabemos que detrás de tanto avatares y desaveniencias intestinas, encontró su destino en la cultura, en la preparación intelectual, que hoy ennoblece y prestigia al hermano pueblo de esa República Oriental. No podía ser de otra manera, habida cuenta que detrás de la actualidad está el pasado determinando las acciones presentes.

País en formación, no podía el Uruguay sustraerse a la regla general de los países sudamericanos que empezaron desde la independencia a vivir sus propias vidas, sus vidas republicanas.

¿Y qué se puede decir de Méjico? No necesito repetir, sino tomar ciertos puntos de contacto histórico por vía de comparación. ¿Qué podemos decir de ellos, los mejicanos, que tienen que soportar inclusive una intromisión de carácter extranjero, con Maximiliano de Austria? La respuesta la encontramos en la obra de Juárez que, conjuntamente con la de Porfirio Díaz, sirven de base para estabilizar las instituciones de Méjico y para llevarlo efectivamente al tren de paz que necesitan los pueblos para desenvolver las actividades públicas y privadas.

Lo mismo va a pasar, señores, con los demás países americanos. Así, por ejemplo, respecto de Bolivia, varios historiadores sostienen que, desde 1825 a 1898, en verdad no menos de seis Presidentes resultan asesinados y hay no menos de 60 revoluciones. Esto tenía que pasar. Es un

hecho inobjetable. Es un fenómeno histórico, sociológico. Es una verdad que no puede discutirse. Pues, para nadie es desconocido que sólo después de la dura prueba que representó para Bolivia la guerra del Pacífico, comienza para ese país una época de mayor estabilidad y de mejoramiento material.

En el Ecuador nos iniciamos también con extranjerismos. Primero será Presidente Juan José Flores, natural de Puerto Cabello, venezolano. ¿Por qué sucede esto con nuestro país? La respuesta es la misma que hemos dado al referirnos a los demás países de América. Vale decir, porque son repúblicas jóvenes que estaban naciendo recién y porque comenzaban a formarse conforme a los moldes de la vida independiente.

Retrocederemos un poco para entender mejor el fenómeno. Señores, en América, de Méjico a la Patagonia, desde Río Bravo hasta los confines australes de nuestro Continente, resulta difícil que en un primer momento se hubiera conseguido unidad en todos los distintos aspectos: económico, social y político, en los diferentes pueblos que configuran la América española. Inclusive un gran ideal, el ideal bolivariano, naufraga por todas estas circunstancias. Y es que nosotros tenemos en América una heterogeneidad racial, una diferenciación de culturas como lógica consecuencia, puntos de vista divergentes. No tenemos una sola unidad, una unidad mental, menos de acción. Si pensamos en los mismos Estados Unidos, en ese gran país unitario en raza, en propósitos, en puntos de vista, encontramos que aun ellos soportan la guerra de secesión, que dura cuatro largos años y que, en definitiva, arroja los saldos que ustedes conocen a través de la historia. Luego, si ellos, los anglosajones soportan un hecho histórico de tan colosales dimensiones como la guerra entre el sur y el norte de

los Estados Unidos, con mayor razón los latinoamericanos, dadas las diferencias que nos impone la raza y la geografía, tenemos que luchar por encontrar nuestro destino en la historia, a base de cruentas luchas intestinas, derramamientos de sangre, revueltas y hasta, como ya dije, exterminio de grupos humanos. En consecuencia, no tenemos por qué avergonzarnos de que todos estos fenómenos históricos y sociológicos hayan tenido lugar en Latinoamérica.

Ahondando la interpretación del inicio republicano de los pueblos de América, encontramos no sólo el fenómeno de la heterogeneidad racial, sino otros más que determinan preponderantemente los distinguos que separan a los diferentes países que se han generado en nuestro Continente. Encontramos el problema del regionalismo, porque bien saben ustedes que América está dividida en varias comarcas, y que tiene diferencias de fondo, de una parte a otra, de un extremo al otro. El contacto del hombre con el medio—quien no puede sustraerse a su influencia— tiene también que producir sus consecuencias económicas, sociales y, sobre todo, en los fenómenos políticos a los cuales trasciende poderosamente.

Pero hay algo más que yo quiero que en esta noche ustedes tengan la bondad de considerarlo. Es el influjo del hombre que vive en una comarca determinada de un país cualquiera, en el cuadro social y político del mismo. ¿Cómo se presenta tan importante aspecto en los distintos países de América? ¿Acaso se presentó en la misma forma en Chile que en los demás países? Aquí encontraremos la explicación más clara a la luz de la lógica, de la historia y la sociología.

¿Quién podía dirigir los países americanos cuando concluyen las Guerras de la Independencia? En primer lugar debe mencionarse al clero, luego al militar y, en última ins-

tancia, a la nobleza. No hay más. Porque, la clase media, esto que se llama técnicamente la mesocracia y que es en verdad una clase que equilibra las fuerzas de un país, no aparece todavía en aquellos tiempos, no entra en juego al menos en la política de nuestros países. Ni el obrero, elemento multitudinario que informa los grandes movimientos sociales, todavía no sale al escenario político. Se hace indispensable esperar, esperar como esperaron en Chile hasta 1918, cuando recién empiezan a surgir estas dos clases y actúan entonces directamente, directa y abiertamente en la vida política de ese país.

Aquí está lo importante, señores, porque la clase alta, la clase que dirige o debió dirigir el destino de los países latinoamericanos, después de selladas sus independencias, no estuvo preparada en todos ellos, preparación que se hizo tanto más exigente cuanto que al clero se lo miró siempre como apoyador de las gentes y autoridades de España, y en el militar se temió al caudillo, de modo especial en Chile.

Digo entonces que la nobleza no fué la misma en todos los países indoamericanos. Reconozco, porque guarda conformidad con la historia, que esta clase es la única propietaria de la cultura, que esta clase tiene la riqueza, y que concentra en sus manos la experiencia política. Mas, señores, ustedes se van a poner de acuerdo conmigo esta noche, puesto que las pruebas son evidentes, que los chilenos tuvieron esta clase social mejor preparada que los demás países de América. No es ofender. Es decir la verdad, porque "la historia es maestra de la vida", como dice Cicerón. En tal virtud, hemos de convenir que ellos tuvieron una clase que sí supo mantener el orden, la institucionalidad, la legalidad sobre cualquier base que hubieren adoptado. Pero, insisto, estuvieron preparados para hacerlo así. ¿Por qué surgen las anarquías? ¿Por qué surge el derra-

mamiento de sangre? ¿Por qué aparece, señores, la confusión, la inestabilidad de las instituciones en los demás países? Porque justamente en esos países no hay esta clase, que supo coger a Chile y conducirlo a través de un camino fijo. Aprecien ustedes: Chile tiene una Constitución desde el año 1833 y con ella llega hasta 1925. Analicen el movimiento constitucionalista de los demás países del Continente. Encontrarán, en muchos de ellos, catorce, quince, dieciseis constituciones en serie. Todo esto determina hasta qué punto Chile mantuvo en verdad la estabilidad política; cómo logró estabilizar las instituciones y conformar un régimen de paz durante todo el siglo pasado. Es más: desde ya les manifiesto, señores, que son solamente cuestiones de nombres, nombres y más nombres. República Autoritaria, República Liberal, Oligarquía Parlamentaria, es lo de menos. Pues, son, como digo, solamente nombres. Por supuesto que cambian los puntos de vista de acuerdo a los cuales se gobierna a Chile, pero, recalco, es la misma clase la que está actuando. No nos hemos movido todavía de la clase culta, la clase que tiene dinero, la clase que tiene experiencia política. Sólo el año 1918 hay una variación —y notable por cierto— en los movimientos sociales, forjada a base de otras circunstancias históricas, por intervención de la clase media y del proletariado que comienza ese año a tomar parte en las luchas políticas del país.

Precisemos, entonces, ¿qué hace la aristocracia chilena para mantener el orden y la legalidad? He asegurado que ellos, los chilenos, aventajaron en cultura política a los demás grupos de la misma clase en los otros países. De esta circunstancia surge la pregunta anterior. Porque, en siendo así, como yo afirmo, resulta lógico preguntarse cómo llegan a organizarse tanto. Ustedes lo van a ver. Les doy algunas cifras: treinta años de gobierno de Juan Vicente

Gómez en Venezuela. Pongo este caso y espero que, si algún venezolano está aquí, no se disguste conmigo, porque la historia es historia y yo no hago los hechos, que los hicieron otros hombres en el pasado. En el Paraguay, señores, es cuestión solamente de examinar su situación en el siglo pasado: el Dr. Francia, más tarde el señor Solano López y, antes que él, el señor Manuel Antonio López, gobiernan esa República hasta el año 1870. Por manera que el Paraguay vive bajo la paz de la dictadura durante todo este lapso. Claro que hace obra efectiva. Incluso luchó contra una triple alianza, pero, en todo caso, bajo la paz de la dictadura.

Ustedes me van a preguntar después: ¿entonces, cómo vive Chile? Eso es lo que me propongo demostrar esta noche. ¿Qué es lo que hizo este grupo llamado nobleza, grupo que, ellos, los chilenos, van a llamar con diferentes nombres. Primero lo denominan pelucón, después lo señalan con el nombre de liberal, luego lo designan con el membrete de parlamentario, pero en el fondo, recordémoslo siempre, se trata de una sola clase. Los chilenos saben, desde el primer momento, que los caudillos de la independencia tenían, como tuvieron en otros países de América, serias posibilidades de llegar al gobierno de Chile. Y saben también que si escogían a los caudillos, poniéndolos luego en la silla directriz del gobierno, pueden hacer de ellos hombres insustituibles. Y los chilenos no quieren, no aceptan, no están de acuerdo con hombres insustituibles. Al menos, Portales nunca soñó ni pensó en hombres que no puedan sustituirse. Para él, como rector del pensamiento político de su tiempo, lo fundamental es la organización, pero no la organización a través de la fuerza ni de un hombre, sino con arreglo a la Ley, conforme a la Constitución del Estado, por medio de un cuerpo jurídico y de la legalidad. Este es

el aspecto central en el que hay que insistir frente a la conducta política de los chilenos en los primeros años de su vida pública.

Por las razones expuestas, señores, la aristocracia escoge a O'Higgins, nada menos que al padre de la independencia de los chilenos y, sin embargo, genera la caída de aquél. Y es que tiene que hacerlo así, porque O'Higgins, el inolvidable "huacho", con el andar del tiempo, por más humano y de recia personalidad, por más talentoso que hubiera sido, al final también se hubiera creído insustituible, providencial. Estas modalidades probables en un hombre no pueden aceptarse cuando se encuentra un país en vías de organizarse, ni menos, cuando esa estructura se pretende hacerla conforme a las líneas fundamentales de la democracia. He ahí explicado, con claridad meridiana, por qué después de O'Higgins, la aristocracia de Chile se sirve de Ramón Freire, otro general de mucho prestigio. Después de Freire ocupa el solio de los Presidentes chilenos el General Pinto. Nótese que la aristocracia no los deja gobernar por mucho tiempo. Los mantienen en el mando lo estrictamente necesario, porque lo importante, a su juicio, es que no puedan echar raíces y que se vaya consolidando el sistema político que estaba en vías de implantarse. A esto iban. De ahí que los chilenos malamente llaman anarquía al período comprendido de 1826 a 1830. Yo entiendo que no hay anarquía, porque no veo derramamiento de sangre, ni luchas fratricidas, ni ambiciones de caudillos o políticos de oportunidad. No veo nada de estas características que singularizan a otros países de habla española. Por eso no llamo anarquía al período indicado, que apenas dura cuatro años.

Conviene, de paso, indicar que talvez se le llamó anarquía —y es lo que sostienen justamente en Chile quienes mantienen esta cátedra— porque se trató de un período en

que se pusieron a prueba varios sistemas gubernamentales, ensayos de Constituciones Políticas, ensayos de gobiernos, para ver cuál de ellos quedaba a tono con la realidad de Chile. Inclusive, señores, hay un ensayo federalista, en un país que está geográficamente destinado, para siempre, a ser unitario. Pero a alguien, se le ocurrió hacer o querer hacer de Chile un país federalista. Es el caso de José Miguel Infante, quien va a pensar que a este país se le puede dividir en Estados federales, a la manera del Brasil, de México, de los Estados Unidos, de Argentina o Venezuela. Pero ustedes saben lo que implica el federalismo. Chile no puede ser país federal. Por eso fracasa el sistema de Infante, que también, como dejo indicado, aparece dentro de esos cuatro años de gobierno que se conocen con el nombre de anarquía. ¿Dónde está, entonces, me pregunto yo, demostrándoles aquí en el tapete de discusión, la anarquía? No hay anarquía. Es un simple sistema probatorio de gobierno. Se trata de ver cuál corresponde más a la historia que estaba viviendo, en esos momentos, Chile. Y cuatro años, señores, dura este proceso, llamado de anarquía, que yo no la encuentro.

Pongan ustedes en comparación estos cuatro años de gobiernos de prueba que vive Chile con las cifras que acabo de darles y que corresponden a los demás países de América, y entenderán, de este modo y suavemente, por qué este país, durante todo el siglo pasado, organiza sólidamente sus instituciones, hasta el año 1891, en forma verdaderamente ejemplar. Todo se debe, en consecuencia, a que los chilenos supieron desde el primer momento mantener la línea de legalidad en el país. Claro que llegan a hacer al Presidente, inclusive, un dictador, pero un dictador dentro de la Constitución. Ahora bien, ustedes me van a pedir, me van a preguntar en esta charla: ¿por qué razón lo tenían ahí?

Temían que los militares manejaran la Nación y en determinado momento se convirtieran en insustituibles, que ellos fueran los únicos que se estimaran capaces para manejar el país. Es cuestión de leer la historia de Chile y compararla con las demás historias americanas.

Los pelucones, señores, cogen y aplican este mismo criterio, criterio que, como digo, es el de la fuerza, del autoritarismo, de la legalidad, de hacer del Presidente un dictador, pero un dictador dentro de la Ley. Que se obedezca la Constitución, que se camine por las aceras legales, que no se salga el ciudadano de la Ley, eso es lo importante. El máximo, el prototipo de estos hombres autoritarios, es don Diego Portales y Palazuelos, nombre al que debemos agregar el de un gran discípulo suyo, don Manuel Montt. Ellos caminan, transitan por la Ley, no se salen de ella, y así van a mantener al país, en este orden de cosas, desde el año 1830 hasta después de Montt, durante 30 años de vida independiente. Miren ustedes: 30 años de gobernar Chile una sola clase, con una sola línea maestra, una sola orientación política, haciendo obra de todo tipo, que ya les voy a decir. Preguntémonos: ¿cómo no van a hacer esta obra, cómo no va a surgir esta obra creacionista, con 30 años? Otro país de América, con 30 años de continuidad gubernamental, también hubiera hecho lo mismo. Lo que pasa es que las circunstancias ideológicas de los demás países son completamente diferentes a las de Chile. Pues los chilenos tuvieron en su mano todos los elementos favorables y por eso van a tener, además, la historia de que doy cuenta esta noche, tan tranquilamente llevada, a lo largo del siglo pasado, haciendo una obra que maravilla y sorprende cuando no entramos en las corrientes subterráneas de la misma historia chilena.

Estamos así, con estos antecedentes. Les ruego que

partan conmigo desde 1830 en adelante. Durante esta época nos vamos a encontrar con el organizador de la República de Chile: Portales. Este político maneja, por debajo, en los tiempos de la anarquía, los movimientos tendientes a evitar la perpetuación del caudillaje en su patria, logrando abolirlo. Pero, este ciudadano es muy hábil, muy inteligente. Por eso no abolió todo y dejó que subsistiera la oposición. En estos años en Chile ya empezaron a formarse partidos o grupos políticos. Aparece ya, por un lado, el pipiolismo, de tendencia liberal, podríamos decir, y por otro, el peluconismo, de marcada propensión conservadora. A Portales, pelucón hasta la médula de los huesos, lo que le interesa es mantener el orden de la República, su organización en el más amplio sentido, porque entiende que sólo organizándola, tiene fuerza un pueblo. Este objetivo habrá de conseguirlo, inclusive pagando el precio a base de su propia vida. Bueno, ese es el destino de los grandes hombres y en el minuto histórico que les corresponde vivir rara vez van a ser entendidos. Portales pertenece a este grupo de hombres notables. Tan ágil fué su visión política y comprendió tan a fondo la hora en que le cupo actuar, que no abolió definitivamente, como les dije ya, a los que hacían el bando de oposición, esto es, los pipiolos. Los dejó que subsistieran en gran parte, para que le hicieran oposición en sus actos de gobierno. No pierdan de vista este hecho importante: un estadista, en esos días, hablando de oposición. Y todo a pesar del autoritarismo, de que era ferviente partidario Portales. Por eso llama más la atención que quiera contar con una oposición.

La razón la encontramos en que Portales sabe que sólo con una oposición constructiva un pueblo puede marchar bien, el gobierno puede conocer sus errores y defectos, enmendarlos, rectificarlos, en beneficio de toda la Nación.

Esto lo sabe bien, lo entiende a perfección, por ello les dije que su mérito está en reconocer sabiamente la realidad histórica del momento que él está viviendo. He ahí por qué no abolió a todos los pipiols, a todos los liberales de su época.

Por otra parte, él quiere combatir el caudillismo que, a decir verdad, ha tenido alta resonancia en nuestros países de América. Y lo va a combatir salomónicamente: empieza por reformar la Escuela Militar, para cambiar la mentalidad del nuevo profesional de las armas y darle una nueva fisonomía a su actitud frente al Estado, frente a sí mismo, frente a los demás. Considera también, en este mismo campo, conveniente dar de baja a algunos militares que, en verdad, consideraba del caso hacerlo, porque lo que le interesa es que las fuerzas armadas sean esencialmente obedientes y no deliberantes, como reza el texto constitucional chileno.

Y después... O'Higgins... Siempre para él O'Higgins representa un foco de personalismo. Esto hay que declararlo enfáticamente. Mas, ¿qué debe hacer para abolir a O'Higgins y la influencia personal que este último lleva aparejada? El camino lo encontró atrayendo a los más grandes amigos del Gran Huacho, como yo lo llamo familiarmente. Es lo que hizo con Prieto, con Bulnes, con De la Cruz. Era necesario, a su juicio, hacerlo así. A Prieto le propone la Presidencia de la República. Y, en realidad, que lo hace Presidente. Prieto rige diez años la República, iniciando el período de los decenios en la historia de Chile: desde 1831 hasta 1841. Gobierna diez años, señores. Imagínense ustedes: mientras los otros países todavía no encuentran orientación precisa, Chile ya se enrumbó, ya encontró su localización en el devenir histórico. Lo que es más, nadie le va a quitar esta tendencia al orden, esta práctica de la constitucionalidad, como fuerza organizadora,

durante todo el siglo pasado. Se mantiene en esta línea que es de orden y creación, con esa clase de que les vengo hablando y que va a mantener al país en los cauces legales hasta el fin. Esto va a durar hasta la revolución de 1891, en que sí va a haber una verdadera transformación política en Chile, transformación que le retarda políticamente, a mi juicio, en no menos de 30 o 40 años.

Pues bien, señores y señoras, estamos y seguimos hablando de Portales, quien comprende, de otro punto, que el régimen federalista, ensayado también en Chile durante la anarquía, no es el que más se aviene a las exigencias del glorioso país del sur. Portales sabe y comprende que el federalismo en Chile, por razones geográficas, no tiene cabida. Y por este mismo hecho, desprestigiado el grupo federalista, no le cuesta mucho deshacerse de él.

La aristocracia, ¿qué decía por su parte? ¿sigue o no la línea trazada por Portales? ¿se va o no con él? Examinemos la situación: los pipiolos, liberales, no son partidarios del gobierno fuerte, pues muy sabido es que los liberales defendemos la dignidad del hombre, la excelencia personal. Imposible, por consiguiente, que ellos estén de acuerdo con el criterio portaliano. ¿Y los conservadores? Tampoco, porque les restaba privilegios, al decir de los historiadores. Por ello discutían su posición frente a la política de Portales, este genio máximo de la vida pública de Chile, quien se contenta con ser apenas Ministro y no quiere nunca ser Presidente de la República. Mas, al último, también tiene que irse el conservadorismo con Portales. No le queda más remedio, pues nada puede hacer la aristocracia chilena sin Portales, al punto que llega el momento, después de su muerte, en que Manuel Montt, el más caro de sus discípulos, evitará el confusionismo político aplicando las tesis y practicando los principios del Organizador de

Chile, para garantizar la paz, el orden y la estabilidad constitucional. ¿Por qué aplica Montt los mismos postulados políticos de Portales? Porque era su discípulo, su fiel continuador, como queda dicho. Portales adiestra a este hombre humilde en la actividad gubernativa, por medio del Ministerio de Gobierno, como decimos acá, o del Interior, como dicen los chilenos.

Hemos de convenir esta noche, entonces, que Portales, durante su primera gestión ministerial, de 1830 a 1831, deja organizada la República. Pero no nos imaginemos que la organiza en el pequeño lapso de un año. Recordemos que él viene actuando, como dije, indirectamente, durante algún tiempo, para matar al caudillaje de aquellos 4 años de anarquía, a los que hice referencia anteriormente, o sea, desde 1826 hasta 1830. Porque en esta época está actuando intensamente. Lo que sucede es que después se insinúa de cuerpo presente, como Ministro del Presidente Prieto y, desde ahí, organiza la República. Pero cuando él deja el Ministerio, cuando él renuncia para rehacer su economía —porque tenía una empresa comercial en Valparaíso— es lo cierto que renace y recrudece la oposición a Joaquín Prieto. Entonces se funda "El Filopolita", que es un periódico en el cual se ataca demolidoramente al gobierno de Prieto, por parte de los opositores. Surgen a esta altura momentos decisivos para la vida institucional del pueblo chileno. El Presidente Prieto se ve en el caso de llamar nuevamente a Portales, a su segundo ministerio. Lo lleva en el año 1835. En esta vez el gran ministro perderá su vida. En esta vez con su vida va a pagar el gran sentido de organización y responsabilidad que impuso a su patria, a través de la Constitución de 1833 que, como ya manifesté, hace del Presidente un mandatario con facultades dictatoriales o un dictador dentro de la Ley. Pero en esta ocasión supera

también su actuación anterior. En 1835, hay otra perspectiva, puesto que Chile empieza a preocuparse de aspectos que ocuparon la atención de otros países mucho tiempo después. ¿Y por qué se preocuparon después? Sucedió así, no porque no hayan querido preocuparse, sino, simplemente, porque no tienen los elementos favorables para hacerlo. Bien saben ustedes que cuando se enfrasca un pueblo en los problemas de orden político, pierde la fisonomía de las cuestiones fundamentales, en los otros órdenes de la vida, que deben ser atendidos. Y eso es justamente lo que pasa en los demás países durante el tiempo que nos ocupa. Se pierde el tiempo, no se resuelven los imperativos sustanciales, porque la opinión pública está ocupada en asuntos de menor monta y trascendencia. Es lógico que si esos pueblos tuvieran la misma garantía de orden y estabilidad institucional, las mismas circunstancias políticas, hicieran exactamente lo mismo que hace Chile, país que en esta época ya funda su Escuela de Medicina, su Escuela de Agrimensura, y se empieza a estudiar los recursos naturales y carboníferos del sector de Talcahuano. Sobre todo, aparecen ya las ideas políticas maestras, que son, señores, las que permiten que un país pueda enrumbarse por senderos de progreso y beneficiar al pueblo. Porque el punto de partida es la estabilidad política. Lo primero es el orden. Después viene de suyo lo demás. Si hay desorden, si existe anarquía, no puede haber obra efectiva ni positiva en beneficio de un pueblo. He ahí la practicidad y el contenido fecundo de la obra de Portales, realizada en su primer y segundo ministerios. En este último, inclusive conduce y dirige una guerra internacional que soporta Chile: la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, que forma uno de los capítulos más interesantes de la historia americana.

El Mariscal Andrés de Santa Cruz estructura con Perú y Bolivia un país grande, poderoso. Es Protector del Perú, título al menos con el que le hace aparecer la historia. Se trata de un militar distinguido, de un estadista tan inteligente y buen conductor como Portales, a quien se le ocurre, como lo confirma la verdad histórica, reunir en un solo Estado a cuatro países: Perú, Bolivia, Ecuador y Chile. Naturalmente, Portales no participa de las ideas de Santa Cruz; él sueña con un Chile único, limpio, solo. Con un Chile que haga su propia historia, su propia vida, a base de sus elementos vernáculos. Es lógico, entonces, que, como buen chileno, se prepare a defender a su patria. Al comienzo, esta disputa contra la Confederación Perú-boliviana, por obra de los agentes de Santa Cruz, aparece como una imposición del Ministro Portales. Se entiende que Portales, por su carácter autoritario, quiere hacer la guerra contra esa Confederación. Esta circunstancia hace impopular la guerra y se critica a Portales fuertemente, incluso en forma áspera. Durante estos acontecimientos, mientras visita en una oportunidad la Plaza de Quillota, para examinar las tropas acantonadas en ella, José Antonio Vidaurre, un Coronel del Ejército, y Florín, un Teniente del mismo, se sublevan. Toman preso al Ministro, marchan con él en un birlocho a Valparaíso, aspirando a que Blanco Encalada, quien estaba justamente en el Puerto, los apoyara. Pero, Blanco no responde en sentido positivo, mejor dicho, afirmativamente, y deciden dar muerte al Ministro, matar a su secretario, todo lo cual sucede en 1837. Ahí muere el organizador de Chile, cuya muerte es necesaria, para que adquiera popularidad la guerra contra la Confederación Perú-boliviana. Son circunstancias de la época. Son cosas que pasan en determinados momentos. Es necesario tan alto precio para entender que hay que luchar

contra la Confederación, para mantener la línea que se había fijado Chile desde los comienzos de su vida republicana. Entonces Portales, que en un principio representa la impopularidad de la guerra, ahora, con su muerte, representa la popularidad. Ese es el triste fin de quienes organizan los Estados y los ponen en el camino de la constitucionalidad, para legar a la posteridad un ejemplo de orden y estabilidad en las instituciones de un pueblo.

Con estos antecedentes, viene la guerra. Bulnes va a representar la cabeza organizadora del ejército; él va a tener el comando y la dirección de la guerra. Conduce la lucha en los combates de Matucana, Buin, Yungay. Impone la paz y, al final, vienen naturalmente las consecuencias consiguientes de la guerra, pero después de haber costado, dolorosamente por cierto, la vida de Portales. Calculen ustedes lo que hubiera hecho Portales, si no hubiera muerto en el año 1837. Estimo, señores, que el país, políticamente hablando, hubiera avanzado tanto que habría superado con creces el grado de evolución en que se encuentra. Así, como suena, con creces, si Portales no hubiera tenido en esa época que pagar con su propia vida la organización de Chile.

Así están las cosas hasta el año 1841, año en el cual termina Prieto su gobierno. Prieto apoya a Bulnes, luchador infatigable en defensa de la soberanía chilena, en la guerra contra la Confederación Perú-boliviana. Lo apoya, como su primer Ministro, para que llegue a la Presidencia de la República. A estas alturas, se justificaría que ustedes me preguntaran por Bulnes. Interroguémonos, pues: ¿quién es Bulnes? es otro pelucón. Es tan inteligente como Prieto y tan apegado como él a la Ley. También es eminentemente formalista dentro de la Ley, que guarda conformidad con el autoritarismo político. Por lo mismo, si ustedes me

preguntaran acerca de algún cambio que puede experimentar la situación política con la ascensión de Bulnes al Gobierno, yo les respondiera que no se opera transformación en ningún momento. Sigue la misma situación de la época de Prieto y con ello, señores y señoras, pasan otros diez años más, diez años más del gobierno de Bulnes que, sumándose a los que gobernó Joaquín Prieto, totalizan veinte años. ¿Veinte años de qué? De organización política, de obra efectiva, de transformación material de la República, de formación de los partidos políticos. Porque, la política de orden y el mantenimiento de la constitucionalidad, producto de la línea trazada por Diego Portales hasta 1837 en que muere, permitirá a Bulnes realizar adelantos en el orden cultural, científico y material. Permitirá que se dedique a la obra constructiva de Chile. Y en esto supo aprovechar, también, los inmensos caudales que procura al país el descubrimiento de las minas de plata de Chañarcillo, que tuvo lugar en la época de Prieto. Esta la razón, entonces, para que durante su gobierno se construyan innumerables liceos, escuelas y demás establecimientos de preparación cultural para el pueblo. Es la época en que además surge la Universidad de Chile y toma cuerpo la generación de 1842. Nótese que estamos recién en 1842, y ya aparece una generación de colosales dimensiones. Bajo las enseñanzas de Andrés Bello y las orientaciones de José Joaquín de Mora, venezolano el primero y español el segundo, aparecen hombres de la talla de José Victorino Lastarria. En este campo quiero dejar constancia de la colaboración prestada por eminentes argentinos que, como Sarmiento, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, se encuentran radicados en Chile en esta época, después de huir de la tiranía de Rozas. Se preguntarán ustedes, por qué estos argentinos buscaron a Chile como refugio, como campo fértil para sus actividades

intelectuales. La respuesta es simple: Chile les ofrece toda la seguridad que ellos buscan en los días tremendos de la dictadura de Rozas. Les ofrece condiciones estables para que puedan intervenir libremente en sus actividades privadas y llevar adelante la poderosa obra de cultura en que estaban empeñados. Esta época es también la de Vallejo, el formidable costumbrista que goza de merecida fama en Chile. Aparece también en estos días Eusebio Lillo, autor de la letra de la Canción Nacional de los chilenos. ¿No surgen otros valores? Por cierto que aparecen y de los mejores, como Manuel Antonio Tocornal, García Reyes y Antonio Varas, este último a quien yo admiro en particular, porque miro en él al hombre, al prototipo del intelectual esforzado, del trabajador, estudioso y robusto de mentalidad, que gracias a su esfuerzo llega a ocupar las más altas dignidades del Estado; y que en un momento determinado, en gesto que lo ennoblece ante la historia de su patria y lo convierte en ejemplo de desprendimiento frente a la posteridad, renuncia a la posible circunstancia de convertirse en Presidente de la República, en aras de la continuidad del orden y de la organización que a Chile diera Portales. Como vemos, gestos como el de Varas llaman la atención y nos dicen cómo el desinterés de los hombres públicos de Chile ha significado otro factor que ha permitido la línea horizontal ininterrumpida de este país en materia política.

Digo que Bulnes, con todo el dinero que le dio Chañarcillo hace obra efectiva en beneficio de su patria. Toma posesión del estrecho de Magallanes, porque no quiere que potencias como Inglaterra o Francia lo hagan antes. Establece el primer ferrocarril de Sudamérica, que parte de Copiapó a Caldera. Y toda esta obra de progreso material forjó la respetabilidad del país, lo que hace que España reconozca pacíficamente su independencia, sin los bochorno-

esos acontecimientos que tuvieron lugar en el caso de otras naciones del Continente.

La Independencia de Chile se reconoce, entonces, tranquilamente, en el año 1844. ¿Ante tal evento, qué hace Bulnes? Este espíritu generoso cambia la Canción Nacional de su Patria, cuya letra fué escrita por Bernardo Vera Pintado, de nacionalidad argentina, por la que hiciera Eusebio Lillo, uno de los más brillantes valores de la Generación del año 1842. Ruego a Uds. que tomen en cuenta cómo los chilenos empiezan a actuar acertadamente en las instituciones y en la vida de Chile. Tal respetabilidad llega a los linderos más extremados que, como dije hace poco, reconoce prácticamente España la independencia de Chile, sin tropiezos, interferencias o inconveniente alguno.

Pero Bulnes tiene un Ministro que es el campeón del autoritarismo, don Manuel Montt, de quién ya expresé que fué el discípulo predilecto de Portales, desde la alta posición de Subsecretario del Ministerio de lo Interior. Montt es una de las personalidades más robustas de Chile, nacido en un pueblo pequeñito, llamado Petorca. Gracias a su tenacidad y a su amor por el trabajo y la creación humana, ocupa diferentes posiciones y escalones en la vida política de su patria, hasta llegar inclusive a la Presidencia de la República.

En este momento se hace indispensable que puntualice otro hecho histórico de capital interés para que Uds. puedan seguirme fácilmente en la línea política que vengo trazando desde la época de Portales: el año 1851 debe entregar Bulnes el Gobierno. Es el instante en que debe hacer la transmisión del mando a don Manuel Montt. Con lo que voy a decirles, a propósito de este hecho, comprenderán Uds. hasta qué punto había madurado en veinte años la vida pública en Chile. En apenas veinte años de vida po-

lítica, pero veinte años vividos a fondo, intensamente, en lo que a organización de carácter institucional se refiere. Pues bien, en 1851, el contrario político, el oponente de don Manuel Montt en las elecciones, quien aspiraba también a la Presidencia de la República, no está de acuerdo con el triunfo de Montt, no se resigna a que haya ganado la Primera Magistratura el discípulo predilecto de Portales. Por esta circunstancia se levanta en armas y hace una revolución, que la encabeza él mismo, el General de la Cruz, un General de Concepción, ciudad situada al sur de Santiago, que mediante la fuerza pretende anular el triunfo que conquista Montt en las urnas. Aquí viene, precisamente, el hecho grandilocuente de la historia chilena, que pone el ejemplo de mayores quilates: Bulnes, quien desempeña por entonces la Primera Magistratura, entrega el mando a Manuel Montt, deja el gobierno y se hace cargo de las Fuerzas Armadas para ayudar al Presidente entrante. Lo ayuda poniéndose al frente de los ciudadanos armados, a fin de que la sucesión presidencial pueda hacerse con arreglo a lo prevenido en la Carta Política del Estado chileno que, como les digo, viene rigiendo desde el año 1833. He ahí, señores y señoras, cómo Bulnes salva la situación. Con él no hay el prejuicio de que, habiendo sido Presidente de la República, entienda que desmejora su situación personal al ocupar el cargo de Jefe de las Fuerzas Armadas. No. Y lo primero que hace es salir en defensa del orden constituido, porque sabe que en la observancia de la Ley estriba la paz, radica la tranquilidad y la obra creadora de Chile. Es lo único que le importa, y a ello se debe que tengamos ya de Presidente a Manuel Montt. ¿Otro Presidente, por cuántos años? Por diez años más. Porque son decenios, señores. Pues, la Constitución del Estado, que arranca de 1833, permite la reelección del Primer Mandatario de la República.

Por esto Chile cuenta con un decenio para Prieto, un decenio para Bulnes y un decenio para Montt.

En esta parte, lo que interesa recalcar es que ya llevamos, con el período de Montt inclusive, 30 años de gobierno pelucón, 30 años de autoritarismo y de estabilidad en las instituciones chilenas. En tal virtud, si nos ponemos a pensar que en la época de Manuel Montt aparecen hombres de la talla de Diego Barros Arana, de los hermanos Amunátegui, de los hermanos Blest Gana, de Matta, hemos de convenir que no llama mayormente la atención, al menos a mí no me causa sorpresa alguna. Porque, con una paz como la que tuvo Chile es natural y obvio que durante la época de Manuel Montt se logre superar la fecunda obra intelectual cuyos inicios los encontramos en el período de Manuel Bulnes.

He ahí explicado con claridad el interesante fenómeno histórico que analizo y que se caracteriza, como ven Uds., por la continuidad de la obra, el seguimiento ininterrumpido, la superación palmaria de un período a otro. Pues llevamos ya 30 años de gobierno, mientras en otros países los hombres no encuentran todavía el destino histórico para su Patria. Treinta años de gobierno constitucional. Esa es la verdad. Treinta años de gobierno constitucional que significan renovación de instituciones, mejoramiento de ellas, en todo caso, superación de hombres y procedimientos. Evolucionó el país al punto que se va preparando, lenta pero firmemente, como consecuencia de la naturaleza histórica de Chile, el advenimiento del período o régimen liberal, que no tarda en llegar, con el Presidente Federico Errázuriz Zañartu, después del Presidente Pérez.

Es natural que así sucedan, uno tras otro, los acontecimientos. Todo pueblo tiene que evolucionar. Las ideas tienen que cambiar. Nadie puede detener la rueda de la

historia, porque llega un instante en que todo cuanto se vive cansa. Por esta cadena causal de acontecimientos, que es propia de la historia, aparece lógico que en el lapso comprendido entre 1860 y 1865, durante la época del Presidente Pérez, se divida el Partido Liberal, del mismo modo que la división que se opera en tiempos del Presidente Montt con respecto al poderoso Partido Pelucón.

Estamos, pues, en el período de Montt; estamos en un período de 10 años de construcción. Montt gobierna de acuerdo a las Extraordinarias, porque es el más autoritario de todos. Gobierna imponiendo el estado de sitio en varias circunscripciones geográficas del país. Sólo Portales, recordarán Uds., decretó esta situación de emergencia y gobernó con las Extraordinarias en la mano, implantando, en algunos lugares de la República, la Ley Militar. Así gobierna Manuel Montt y, sin embargo de tal circunstancia, Uds. ven cómo pasan 10 años en los cuales él es el conductor absoluto de Chile. Su falta de ductibilidad, de temperamento flexible, su apego irrestricto y frío a la Ley —lo que hace que lo llamen hombre-Ley— exaspera los ánimos y prepara el camino a un intento de subvertir el orden, en el año 1859, en que nuevamente surge un movimiento revolucionario. Aunque no lo llamo revolución, propiamente hablando, porque para mí las revoluciones entrañan transformación, renovación en diferentes aspectos de la vida de un pueblo. Lo que aquí se produce es una revuelta de descontentos, como lo voy a demostrar, pues revolución puede llamarse, en su verdadero sentido y alcance, a la que se opera el año 1891.

Hagámonos esta pregunta: con qué objeto se produce esta segunda revuelta que tiene lugar en Chile? ¿Cuáles fueron sus móviles? ¿Qué objeto tuvo? Señores, comenzaré diciendo que el Presidente Manuel Montt tiene un

gran amigo y este gran amigo se llama Antonio Varas, a quien yo admiro mucho, porque representa el ejemplo personificado del hombre de empresa y de correctísima vida privada. Antonio Varas habría sido, con toda seguridad, el sucesor de Manuel Montt. Y, sin lugar a dudas, su mandato habría sido de los más fecundos para Chile. Pero, el público chileno, el pueblo que había evolucionado políticamente en alto grado, como fruto de la cultura impartida por los anteriores gobiernos, no acepta la postulación de Varas a la Presidencia de la República. Varas, inteligente como es, comprende esta situación adversa a su persona, que deriva en una coalición de todos los elementos opositoristas para combatir al Presidente Manuel Montt y luchar para que Varas no sea candidato ni pueda subir a la Primera Magistratura de la Nación. Repito, señores, Varas entiende con claridad el minuto histórico que está pasando su patria. Lo comprende fácilmente, máxime que Pedro León Gallo se levanta en armas en su contra, pues no quiere que Varas suba a la Presidencia, porque es tan autoritario como los demás y desea que terminen esta clase de gobiernos.

Resulta interesante advertir que hay una diferencia de fondo entre lo que sucede en 1851 y lo que tiene lugar en 1859. En la primera oportunidad, cuando toma el mando Don Manuel Montt, se levanta en armas un General en su contra; en 1859, en cambio, ya no se trata de un General, sino de una lucha de carácter esencialmente civilista. Porque en esta ocasión es un civil, un minero, un dueño de minas, un señor llamado Pedro León Gallo, quien hace la llamada revolución de 1859. Este rico minero y propietario, que con Manuel Antonio Matta, forma el Partido Radical de los chilenos, se opone tenazmente a que Varas suba a la Presidencia de la República. Como es millonario, compra armas con su propio dinero, estructura una especie de

ejército con los trabajadores de sus minas y con ellos hace frente a sus adversarios. Y todo es, repito e insisto, porque no quiere que Varas suba a la Presidencia. Es lo único que le interesa, atentas las consideraciones que dejo expuestas.

Combate pues con su ejército improvisado. Obtiene un triunfo en la Batalla de Los Loros, pero pierde más tarde y es derrotado en la Batalla de Cerro Grande, razón por la cual tiene que salir de los linderos patrios, con rumbo a la Argentina. Mas, lo que a mí me interesa esta noche es poner en claro, bien claro, una sola cosa: desde 1859 en adelante ya no entran en juego cuestiones de orden militar, cuando se producen movimientos de armas. Ahora son solamente civiles los que se mueven, obrando en este sentido. Esto demuestra categóricamente que para entonces el Ejército chileno había aprendido a ser esencialmente obediente y no deliberante, es decir que se había acostumbrado a vivir de acuerdo a la Ley, a la Constitución, a la estabilidad institucional y al orden, dedicado exclusivamente a sus labores profesionales.

Hasta aquí llevamos ya treinta años de peluconismo, que no pudo prolongarse porque Varas, ante las circunstancias de que les doy cuenta, tuvo que renunciar a su postulación presidencial. Luego, es necesario pensar en otro hombre, traer otro hombre, propiciar un nuevo candidato. Este hombre va a ser el señor José Joaquín Pérez, a quien yo llamo, personalmente, de transición, pues estimo que no debo ubicarlo todavía en el liberalismo chileno. De carácter tranquilo y mesurado, de miras elevadas y sin apasionamientos, Pérez sube a la Presidencia y también va a realizar una obra de profundo contenido progresista, de gran fundamento nacional chileno. A él se debe el Código Penal, la Ley de Organización y Atribuciones de los Tribuna-

les, la primera explotación de las minas de plata de Caracoles. Inclusive va a sostener, con bastante prudencia, una guerra internacional, esta vez contra España, hecho de armas que sucede en el año 1866, año en el cual la Madre Patria reclama al Perú la liquidación de ciertas deudas contraídas con mucho tiempo de anterioridad y en que Chile va a salir en defensa de su gran amigo, porque lo considera americano, como es lógico. Por esta razón declara contrabando de guerra el carbón del cual se abastecían las naves de guerra españolas, declaratoria que no le parece bien, naturalmente, al Almirante Pareja, quien dirige la Escuadra española. Por eso cañonea Valparaíso, ciudad desguarnecida y sin defensas militares, abierta más al comercio mundial que dispuesta a las acciones de armas. Pareja, a mi juicio, no debió proceder en esa forma, porque no daba para tanto la noble actitud adoptada por Chile frente a su vecino del norte. Debió comprender la situación de Chile en relación al Perú; al declarar contrabando de guerra al carbón de que se nutrían las naves de España.

La Escuadra que dirige el Almirante Pareja toma posesión de las islas Chinchas, productoras del guano peruano. Ustedes recuerdan —por ello no necesito repetirla— que en este capítulo de la historia americana, Chile juega un rol de importancia capital: apresa a la Covadonga, que es el barco de los españoles, y se defiende apenas con una cantidad de soldados que no los tiene preparados para eventos bélicos de esta naturaleza. Carece también, digámoslo de paso, de una escuadra apropiada para repeler ataques por parte de potencias extranjeras. Pero, a pesar de estas desventajas, en aras del americanismo, salió en defensa de su hermano del norte.

Se preguntarán ustedes, como en casos anteriores, ¿cuánto tiempo gobierna el Presidente Pérez? Sencilla-

mente diez años más. Diez años. Con ellos suman ya cuarenta de Régimen Constitucional, estabilizador de instituciones, creador de situaciones favorables. Comprenderán de este modo que nada extraño es que Chile, con cuarenta años de Gobiernos ininterrumpidos, haya realizado la obra que tanto nos admira y a la que muchas ocasiones me he referido ya. Precisamente, el orden en que vive, su vida tranquila y normal, hace que no se despreocupe ni siquiera de sus sectores geográficos más distantes. Coloniza, con bastante acierto, durante la época de Bulnes y Montt, la parte sur del país, y esta sola circunstancia le va a significar un porvenir brillante en el futuro. Porque ustedes saben que la colonización, el hombre colonizador, no está arraigado a las tradiciones de un pueblo. Cuando llega el momento de las definiciones políticas, el colonizador se pone siempre al lado de la clase media. Por eso la clase media chilena está formada, justamente, por los hijos de los colonizadores, los descendientes de ellos, a lo que hay que agregar el producto de la Universidad de Chile y de los Colegios de ese País, que allá los denominan Liceos. Esta es la conformación de la mesocracia chilena, que tiene presupuestos firmes que alcanzar.

Y después, señores, de José Joaquín Pérez, en cuyo tiempo se divide el Partido Liberal, hay que examinar los acontecimientos históricos que vienen después, como es de rigor científico. Hago hincapié que hasta aquí llevamos dos divisiones, pero divisiones pacíficas, sin sangre, sin lucha, sino atendiendo simplemente a cuestiones de diferencias ideológicas. Recordemos que, por un lado, en épocas del Presidente Montt, ante el problema que éste tiene frente a la Iglesia, se divide el granítico Partido Pelucón. Es la primera división que se opera en Chile, cuando de esa tienda política aparecen los Monttvaristas y los conservadores

propiamente tales. Es la primera ocasión en que se divide y debilita el Partido Pelucón, vuelvo a repetir. Por eso, en gran parte, no pudieron sostener la candidatura de Varas para que llegara a la Presidencia. A su turno, con el Presidente Pérez, se divide el liberalismo en dos fracciones: liberalismo propiamente dicho y radicalismo. Con ello son ya dos divisiones políticas que van a repercutir hondamente en el panorama público de Chile, es decir, en los futuros acontecimientos que habrán de producirse.

Resumiendo, llevamos hasta este momento 40 años de paz creadora. Una época que difícilmente podemos encontrarla en otro país americano. Paz, tranquilidad, obra creadora: 40 años. Pero a estas alturas se produce un cambio. Nos preguntamos: cambio de ideología, de hombres, de equipo gubernativo, de clases? De ninguna manera. Lo único que hay es un cambio de ideas. Ya no se quiere gobernar de acuerdo a la idea pelucona. Ahora se piensa que conviene y de hecho se gobierna a la manera liberal. Por eso, después del Presidente Pérez se gobierna conforme a los principios de la doctrina liberal y entonces nos encontramos con un primer Presidente liberal, Federico Errázuriz Zañartu. Este va a ser el primer Presidente liberal. En esta oportunidad, se van a polarizar las fuerzas: ya los radicales quieren ciertas conquistas que difieren fundamentalmente de los postulados conservadores. Pues, los conservadores o pelucones en todo caso quieren mantener los fueros de la iglesia. Ya los radicales se disponen a luchar tenazmente, junto a los liberales, que son sus hermanos naturales, para conseguir la separación de la iglesia y el Estado, el matrimonio civil, el Registro Civil y la abolición del poder eclesiástico.

¿Cómo van consiguiendo estas conquistas? Aquí vale expresar que también en otros países, cuando un grupo po-

lítico determinado quiere alcanzar determinadas conquistas, muchas veces las obtiene sobre la base de la fuerza: una revolución, una transformación violenta, un cambio en el orden de las cosas. Los chilenos no necesitan acudir a estos procedimientos. ¿Para qué van a necesitar operar en esa forma? No es necesario, pues están madurando políticamente con bastante acierto. Además, desde muchos años ha, se viene engendrando en el país una poderosa idea unitaria. Las condiciones económicas, sociales, históricas, de otro lado, son favorables para la renovación. En la ley de organización y atribuciones de los tribunales alcanza Chile la primera conquista, y esto ocurre en tiempos del mismo Federico Errázuriz Zañartu, puesto que por medio de este canal jurídico queda abolido el fuero eclesiástico, lo que hace que el primer problema quede fuera de preocupación, fuera de discusiones, en adelante.

¿Cómo van alcanzando las demás conquistas? ¿Al mismo tiempo? De ninguna manera. Los chilenos entienden que todo es cuestión de tiempo, que en la historia nada surge de la noche a la mañana, que hay que esperar, esperar y esperar lo que sea necesario, porque al fin tiene que llegar un momento en que habrá de realizarse la renovación. Y así van surgiendo las reformas, poco a poco. Por eso, en épocas del Presidente Santa María, se alcanzan el matrimonio civil y el Registro Civil. Y recién —miren bien— en 1925 se alcanza la separación de la Iglesia del Estado. Pero todo se hace tranquilamente, despacio, con paso fijo y con metas precisas, alcanzando al final la cristalización de todos aquellos puntos de vista que se tuvieron en cuenta al comienzo. Así procedieron los chilenos, así obtuvieron el terreno franco para sus reformas.

Después de Federico Errázuriz, ¿quién va a ocupar la Presidencia de la República? Naturalmente, otro Presiden-

te, otro Presidente que se llama Aníbal Pinto. Es un señor que coge al país en quiebra, en crisis económica y a quien no queda otro recurso que practicar la política del papel moneda. Con él, es la primera vez que se implanta en Chile el papel moneda.

En tiempos de este mandatario se dicta una ley, una ley en 1879, que organiza la educación superior y secundaria. Y, asimismo, vuelve Chile a soportar en esta ocasión una guerra internacional, capítulo de la Historia de América que se conoce con el nombre de Guerra del Pacífico de 1879.

Frente a este conflicto internacional, ya ustedes estarán pensando las condiciones en que se encuentra Chile durante el año indicado. Calcularán ustedes que los años de preparación, de organización política, de estabilidad institucional, constituyen los presupuestos básicos de que dispone Chile para enfrentarse a las fuerzas opositoras en el terreno internacional, fuerzas con las cuales se produce la beligerancia el año 1879. Ahora bien, conviene preguntarse por qué surge esta guerra, cuál es el móvil que la genera: Atacama es un desierto. Ustedes lo conocen; cuando Atacama no tuvo ningún valor, porque no había explotación minera de ninguna clase, nadie se preocupa. Pero, cuando surge el factor económico, cuando esa tierra adquiere valor en contacto con el hombre, aparece la discordia. Cuando se descubren las posibilidades del guano y las posibilidades del salitre, cuando se descubren las disponibilidades mineralógicas, es entonces cuando empiezan a surgir los problemas. Es ahí cuando vienen los reclamos. De este modo, el año 1866 se celebra un tratado por medio del cual se pone como límite entre Chile y Bolivia el paralelo 24 y se deja constancia que las entradas aduaneras entre el 23 y el 25 habrán de repartirse por partes iguales. Pero 8 años

más tarde, el año 1874, las cosas van a cambiar. Se cobran impuestos nuevamente a Chile, y este país se ve obligado a celebrar un nuevo tratado. Pues no quiere que se le cobre más. Lo que desea es que se establezca allí el acuerdo. Y esto es lo que consigue en 1874.

Pues bien, después de estos hechos, viene la guerra. ¿Cuál es el motivo próximo de ella? Hilarión Daza, mandatario boliviano, decreta el embargo y remate de las pertenencias de los capitalistas chilenos en estos sectores geográficos. Este acto indudablemente se consuma y Chile lógicamente no está de acuerdo. Ustedes comprenden que Chile ha gastado dinero en esas propiedades. Que los capitalistas chilenos han abierto esa zona geográfica al comercio internacional. Han fundado ciudades, las han poblado, con hombres y capitales de dicho país. Por manera que tiene que defender la tierra que se les quita, y tiene que hacerlo sobre la base de los acuerdos que se han suscrito. Pues para algo el derecho internacional debe servir en las relaciones de los pueblos.

He ahí, señores y señoras, explicados los motivos remotos y próximos de la Guerra del Pacífico, hecho de armas que, en el fondo, no necesito siquiera repetirlo. Ustedes lo conocen perfectamente. Recuerden que Chile lucha contra Perú y Bolivia coaligados, que primero buscan los contendientes el dominio del mar, especialmente Chile, pues éste sabe que, según las expresiones de Manuel Rodríguez, es un país en el que hay que cogerse bien de la cordillera para no caerse al mar. Era natural, entonces, defender el mar. Los chilenos tienen que defender el mar. Es la primera fase de la Guerra del Pacífico, de la cual, como digo, no hablaré mayormente, pues ustedes la conocen bien, ya que es parte integrante de la historia americana que la estudiamos a cada momento. Después de esta fase, recuer-

dese que hay que luchar por tierra. Las batallas se suceden una a otra: Tarapacá, Tacna, etc. Al último, se lucha en las serranías, encarnizadamente. Son necesarios combates como el de la Concepción, como el de Huamachuco, para dar término a esta Guerra.

Lo interesante estriba en preguntarnos: ¿qué significó la Guerra del Pacífico para los chilenos? Para los chilenos, señores, significó un abundante filón de entradas. Estos acontecimientos que elevan la economía de Chile en determinados instantes de su historia, son los que lo mantienen con posibilidades de conjurar las crisis que en este campo se presentan. Hay economistas a quienes sorprende que Chile tenga una estabilidad política admirable y una economía deficiente. La causa está en estas razones de carácter histórico, unas veces en crisis, otras ocasiones regenerando su economía.

Las salitreras, el nitrato de sodio, ustedes saben bien, dio a Chile la calidad de primer productor del mundo en lo que a este fertilizante se refiere. Nadie le quita esta primacía hasta 1914. Produce salitre desde 1884, porque el Tratado con el Perú, después de la Guerra del Pacífico, se firma en 1883 y con Bolivia, en 1884. Produce salitre y recibe fuertes ingresos, porque desde entonces, desde los años que apunto, en que todas estas pertenencias quedan en poder de Chile, vale decir, desde los días en que Tarapacá y Antofagasta forman parte de Chile, es lo cierto que este país recibe una cantidad tan grande de dinero, que, como dato ilustrativo, señor Embajador, indicaré esta noche que ni siquiera ley de rentas tenía su patria, porque no le hacía falta. Nadie desconoce que la ley de rentas tiene por objeto reunir dinero para el Estado, para los gastos en los negocios públicos. Esto no le hace falta a Chile hasta 1914. Las entradas del salitre procuran suficiente dinero para

subvenir las necesidades del Estado chileno. He ahí la gran trascendencia, desde el punto de vista práctico, de la Guerra del Pacífico.

Viene luego Santa María, de quien hicimos referencia para indicar como culmina aquello que se inició en la época de Federico Errázuriz, es decir, las cuestiones teológicas. Vuelvo a repetir, con Santa María se consigue recién el matrimonio civil y el registro civil. Digo recién, porque ya me estoy ubicando en la historia de Chile a tal extremo que olvido por instantes la de los otros países, en donde varias instituciones civiles se consiguen mucho tiempo después. Al Presidente Santa María corresponde concluir la Guerra del Pacífico que comienza en épocas del Presidente Pinto.

Por último para concluir la República liberal, que no significa sino cambio de hombres, pero de hombres que pertenecen a una misma clase, como ya les dije, llega al poder el Presidente José Manuel Balmaceda. Este Mandatario, a quien juzgaré esta noche en forma imparcial, seguramente es uno de los hombres más inteligentes que ha tenido Chile. Me parece que es uno de los hombres más capaces, no sólo porque lo demostró en los primeros años de gobierno, sino fundamentalmente porque él, en toda su vida, traza una línea pocas veces igualada en méritos. Balmaceda, se opone a algo que ya se venía gestando desde hacía mucho tiempo. No olviden que la Constitución de 1833 era un Estatuto autoritario, que hacía del Presidente un monarca o dictador dentro de la ley. Ésta circunstancia, con el andar del tiempo, cansa a los chilenos, porque durante el peluconismo y el liberalismo sigue la misma línea absorbente, al punto que unos y otros, arraigan la costumbre de intervenir en materia electoral, señalan prácticamente al sucesor, pues son poderosos en nombre de la ley. La misma ley, por

consiguiente, les daba esas facultades. Y en este campo, durante el siglo pasado, no cambia el cuadro jurídico, ni el cuadro histórico, que sigue lo mismo. Idéntica cosa puedo afirmar de la fisonomía sociológica del país. Únicamente cambió, a pesar de que continuaba la misma clase gobernando, el criterio de conducción política de Chile.

Pues bien, por estos antecedentes, en tiempos de Balmaceda y antes de él se produce una lucha entre el Presidente de la República y el Congreso. En el siglo pasado esta lucha se gesta poco a poco, como todo en la historia, lentamente. Pero hace crisis o culmina en el período presidencial de Balmaceda. Se lucha para restar atribuciones al Ejecutivo y concedérselas al Legislativo. La lucha, digo, culmina en 1891. Aquí el conflicto va a ser bastante serio para Chile, porque la revolución producida en este año significa para el país una pérdida de 100 millones de pesos y, al propio tiempo, 10.000 libras. Aquí sí tenemos una revolución, que difiere esencialmente de los movimientos producidos en 1851 y 1859. Estamos frente a una revolución porque cambia el sistema mismo de Chile, a pesar de que sigue gobernando la clase alta. Ella seguirá hasta el año 1918. Sólo con Alessandri cambiará este panorama político. Porque entonces intervienen la clase media y la clase trabajadora.

Veamos, entonces, qué es lo que hace el Presidente Balmaceda. Su personalidad es muy discutida. A veces se ve en él al más grande fracaso político de los chilenos. Aquí lo veremos imparcialmente. Este Mandatario deja un testamento político, que representa, si bien un análisis sabio de lo que habría de suceder a Chile con el advenimiento del parlamentarismo, la máxima expresión de su orgullo personal y de la escuela cívica en que había sido formado. Era hombre duro, autoritario, portaliano comple-

to. Era lógico, por lo mismo, que siguiera las viejas prácticas de sus antecesores. Entre ellas, la seguir interviniendo en materia electoral. Quiso ser siempre el autoritario Presidente que fueron los anteriores, pero no se dio cuenta de que Chile —y aquí está lo malo— a pesar de toda esta paz de que vengo hablando, no obstante la tranquilidad de que goza el país, ha cambiado mucho. Es fácil comprender que un hombre que entra al colegio, que llega a la universidad, que se forma en una academia de bellas artes o en cualquier institución cultural, cambia de ideas y siempre quiere encontrar nuevas formas de progreso para su patria, tanto para las instituciones cuanto para los hombres. Se trata de una simple condición sociológica natural. No es otra cosa. Porque, si bien es cierto que Portales pudo haber estado acertado en el año 1831, no menos cierto es que Balmaceda está desacertado en 1891. Desacertado totalmente. Pues cuando llega un momento determinado, forma un gabinete, un gabinete que no cuenta con la ayuda del Parlamento, en circunstancias que éste ya empieza a insinuarse con aires de preponderancia. Por eso, al Parlamento de 1891 no le agrada aceptar así no más la voz del Presidente de la República. Se están operando cambios en las fases del gobierno. Pugna una nueva idea por implantarse en Chile. Está por venir el régimen parlamentario. Claro que seguirá la oligarquía de siempre gobernando al país, pero en todo caso se operará un cambio en las ideas directrices del gobierno, que Balmaceda no alcanza a reconocer. En esto a mi juicio, él padeció de miopía política. No supo advertir el minuto histórico que estaba viviendo, por eso encuentro en su persona el reverso de la de Portales, cuyo tacto fino le permitió darse cuenta de la realidad que lo rodeaba.

Ustedes saben bien, Sres. y Sras., que las leyes deben aco-

modarse a las condiciones de los pueblos, pero nunca éstos a las primeras. No podemos jamás acomodarnos a instituciones porque el hombre está guiado por instintos. Luego, son las instituciones las que deben aclimatarse a los ambientes de los pueblos. Esta verdad sociológica desconoció Balmaceda. No se dio cuenta de este aserto científico y por ello, cuando termina el Congreso sin que se apruebe la Ley de Presupuesto, cuya exigencia es innegable, decretó simplemente que seguiría rigiendo la Ley de Presupuesto del año anterior. Esto precipita los acontecimientos del año 91. Porque se trata de un acto autoritario del Presidente. De una actitud arbitraria, como arbitrario es su temperamento. Este hecho, por otra parte, significa que Balmaceda rompe la Constitución del Estado, originando el movimiento revolucionario, encabezado por Joaquín Silva, de la Cámara de Diputados, Jorge Montt, quien más tarde será Presidente, y Ramón Barros Luco, quien también habrá de serlo posteriormente. Estos políticos se constituyen en movimiento revolucionario y parten de Valparaíso con rumbo a Iquique. Se apoderan de las entradas del salitre. Se organizan y luchan contra Balmaceda. Se pierden cien millones de pesos y diez mil vidas, como consecuencia de todo.

¿Y la Nación? La Nación cambia de sistema político, cambia del sistema liberal al régimen parlamentario. No cambia la clase social. Sigue la misma clase social, que continúa hasta el año 1918, vuelvo a repetir, que es un año muy interesante, para no perderlo de vista.

Balmaceda, como dato ilustrativo les digo esta noche, era muy orgulloso y algunos historiadores lo encuentran inclusive versátil. Es la verdad, disculpe Embajador.

El mismo día que debía entregar el Gobierno estaba en la Embajada de Argentina, asilado. Ese mismo día, después

de escribir un testamento político anteriormente, se mató. Se suicidó. El llega a esos extremos. Con ello comprenderán ustedes qué clase de hombre es el que está frente a los destinos chilenos el año 1891. Me preguntarán ustedes qué beneficios trae el régimen parlamentario? Para mí, ninguno. Por desgracia, aquí viene el retroceso de Chile, en materia política. Por desgracia . . . y lo que me interesa esta noche, fundamentalmente, es la evolución política del País, que en esta época retrocede, repito, ya no avanza. Con el parlamentarismo se compran las curules legislativas. Con el parlamentarismo desaparece la robustez del partido político y yo, que creo personalmente en el rectorado de los partidos políticos como único medio de canalizar la opinión pública, entiendo que le hizo un daño el parlamentarismo a Chile, porque se dañaron los partidos políticos; porque en lugar de los partidos políticos, surgen grupos, grupos llamados alianzas, grupos llamados coaliciones, qué se yo, esta mezcla de los llamados radicales, liberales y una serie de elementos que intervienen en la política del País. Lo que importa es subrayar la desaparición de la línea maestra que venía trazándose desde la época de Portales. Pues aquí hay una quiebra del sistema político y, junto a esto, señoras y señores, la corruptela en virtud del cohecho. Ya no predomina la capacidad. Pasa a dominar el dinero. Y cuando esto sucede, imposible que las naciones puedan manejarse bien y que los pueblos puedan alcanzar los destinos que ellos deben tener o persiguen desde el primer momento.

Este es el parlamentarismo. No niego que en el parlamentarismo digamos desde el año 1891 hasta 1925, se haya hecho obra efectiva. Por cierto que sí. Ustedes me pueden preguntar: ¿pero, qué es lo que sucede en el parlamentarismo? ¿Es que no se construyen carreteras? ¿Es que

no se construyen escuelas? ¿Es que no aparece todavía la aviación como arma del ejército chileno? ¿Es que no surgen, señores y señoras, nuevas fases de adelanto y progreso para el País? Naturalmente que surgen. Hay obra efectiva. Claro que hay obra de realización práctica, que beneficia. Pero, ¿y el sistema político, señores? ¿Qué pasa con el sistema político? ¡Cómo! Son seis presidentes que pasan por el Palacio de la Moneda durante la época del parlamentarismo chileno. Empieza con Jorge Montt, sigue con Federico Errázuriz E., continúa con Germán Riesco, luego viene Pedro Montt, después Ramón Barros Luco y, por último, Juan Luis Sanfuentes. Entonces, ¿qué se ha hecho, qué sucede durante este período? Bueno, el Congreso es el amo. El Congreso hace y deshace. Los Ministerios duran semanas y hasta días. El Presidente Riesco tuvo 17 Ministerios en 5 años; 17 es mucho, para un país que, como Chile, había mantenido una tradición inexorable en el sentido político desde Portales. Llama la atención este desorden Ministerial en el caso de Chile, por su evolución histórica. No llamaría la atención en otros casos, pero frente a Chile es distinto.

Con estos antecedentes, díganme ustedes: ¿significó o no un retroceso la época del parlamentarismo? No dio verdaderamente ningún fruto político. Por eso, es necesario llamar, ahora sí, a una nueva clase, una clase vigorosa, robusta, cual es la clase media. El proletariado que se había formado en el norte chileno, a base de las minas, a base de la explotación de la minería que hizo aparecer la plutocracia, la nueva clase media que había de situarse frente a frente a la terrateniente que venía desde la colonia, este proletariado, digo, es otra fuerza política que entrará en acción como efecto de la crisis del parlamentarismo. Por manera que en el año 1918, los chilenos piensan ya en otra

forma. Entienden que hay que debilitar al Poder Ejecutivo. Entienden que hay que cambiar la faz del Poder Legislativo. Que hay que disminuir al Presidente un gran número de atribuciones, sin perder de vista la época del peluconismo, donde era un dictador dentro de la Constitución, ni llegar al extremo del parlamentarismo, en que predomina la imposición del Congreso, que cuando formaba un grupo o deshacía otro, decretaba la caída de los Ministerios. Ahora se busca el sistema presidencialista. Ahora se busca el sistema democrático y aparece en esta vez un caudillo, como yo lo llamo, pero caudillo a la manera chilena: Arturo Alessandri Palma. El encarna este espíritu nuevo que anima a Chile, con leyes sociales, con la dictación de un nuevo Código Fundamental, porque él es padre y progenitor de la nueva sensibilidad política que se advierte en Chile. A él se debe la implantación de un Ejecutivo fuerte, quitando atribuciones al Congreso, en la Carta Política de 1925. Lleva la misión Kemmerer para que ayude a la economía nacional con sus conceptos, porque estaba por los suelos. Toda esta ingente labor se debe, repito, a Arturo Alessandri, padre del actual Mandatario chileno. El es quien organiza a Chile en esta forma, dándole una nueva Constitución y aquellas 7 leyes sociales, tan bien conocidas en ese País, lo que arroja una nueva nomenclatura y organización políticas. Se trata de un sistema nuevo, donde juegan papel importante dos clases que antes no intervenían en la vida pública: la clase media y la clase obrera. Así, ocupa el solio presidencial Gabriel González Videla, quien ya no es de la clase alta. Así, Juan Antonio Ríos y Pedro Aguirre Cerda con el Frente Popular, productos típicos de la clase media, llegan también al sillón que un día ocupara Bernardo O'Higgins. Todos ellos no pertenecen a la antigua clase dirigente. Con ellos comienzan a llegar al Poder presidentes que pertene-

cen a la clase media. El panorama político del País irá cambiando, en consecuencia, poco a poco. Preguntémosnos: ¿por efecto de qué? ¿por efecto, acaso, de la Ley? Vuelvo a repetir: no es cosa de la Ley, se debe a razones históricas y sociológicas. Se fué gestando paulatinamente. Ya no es posible detener al proletariado que estaba con sus mayores centros de operaciones en el norte del País, ni era posible detener a la clase media, esta clase que, a decir verdad, se ha formado bien, convirtiéndose en equilibradora de los vaivenes políticos.

En estas circunstancias se encuentra Chile en el momento actual, actuando con estos elementos, a base de estas condiciones políticas y con este pasado histórico.

Señor Embajador: no quiero cansar más a la concurrencia y esta noche sólo quiero que tenga usted mis palabras como testimonio sincero del afecto que guardamos para su Patria quienes hemos estado y residido la mayor parte de nuestra formación jurídica en ella. Por otra parte, recuerde siempre, ilustre amigo, que en este País les consideramos a ustedes los ecuatorianos del sur, del mismo modo que ustedes siempre han visto en nosotros a los chilenos del norte.

**JACQUES BARZUM**

## **LINCOLN EL GENIO LITERARIO**

Al hablar de las cualidades de un hombre a quien venera, un distinguido crítico norteamericano traza un retrato de Lincoln, en el cual figuran talentos a menudo pasados por alto.

**De The Saturday Evening Post**

Es difícil conocer a un gran hombre del pasado, porque su leyenda, que es una especie de caricatura amistosa, lo esconde como un disfraz. Un personaje resulta distinto para el hombre de la calle y para los que lo estudian detenidamente —y raras veces están de acuerdo. Y cuando un hombre es tan grande que, no sólo una leyenda sobre él, sino media docena, son familiares para todos los que conocen su nombre, vuelve a convertirse en misterio, casi como si fuera un desconocido.

Esta es la situación de Abraham Lincoln en los Estados Unidos en el 150º Aniversario de su nacimiento. Todos saben quién fué y qué hizo. Para la mayoría de la gente,

Lincoln sigue siendo el aserrador, el astuto abogado pueblerino, el filósofo y humorista fácil, el gobernante que salvó la Unión y el jefe compasivo que salvó de la muerte a más de un soldado juzgado por un consejo de guerra y que acabó siendo un mártir.

No soy un especialista de Lincoln y no voy a ocuparme de ninguna de esas imágenes de Lincoln. Lo único que quiero es celebrar su sesquicentenario presentando un Lincoln que estoy seguro es real, aunque no se le vea.

El Lincoln que yo conozco y venero es un personaje histórico que debería estar, no diré que en lugar de otros, sin exceptuar a ninguno. Nadie necesita olvidar las leyendas de oro, pero todos verán que vale la pena dejarlas un poco a un lado para vislumbrar el Lincoln insospechado que tan vivamente tengo en mi espíritu.

Me refiero al Lincoln artista, al escritor de un estilo sin par en la prosa inglesa y doblemente prodigioso en la historia de la literatura norteamericana, pues carece de precedentes. El Lincoln que me habla a través de la palabra escrita es un personaje que ya no puede describirse total o principalmente con los tradicionales adjetivos de astuto, chistoso o santo, antes bien une los rasgos que la biografía refiere de ciertos de los más grandes artistas: apasionado, mediatibundo, aparentemente frío y convencido de su superioridad.

Estos elementos del retrato de Lincoln ya habían sido advertidos, pero adquieren un nuevo significado a través del prisma del nuevo motivo que descubrí en su prosa. Pues su estilo, el lenguaje llano, sin aderezos, en que se dirigió a la posteridad, no es un don de la palabra. Es la manifestación de un modo de pensamiento, de una visión que se comunica a todos los actos del escritor y nos dice cómo juzgaba la vida. Basta sólo guardar en el oído las palabras que

él elige, el ritmo y forma de sus frases, para identificarse con sus sentimientos y descubrir, en consecuencia, inexploradas profundidades en la silenciosa intención de un artista consciente.

Antes de lanzarnos por esta senda de los descubrimientos, es preciso deshacernos de algunas ideas harto familiares. La primera es la de que ya sabemos todo lo que puede saberse sobre la prosa de Lincoln. ¿Acaso no aprende todo niño de escuela que el Discurso de Gettysburg es bello, oyendo decir esto tantas veces que acaba por creerlo? Desde luego, esa creencia es general, pero dado el modo como se ha llegado a ella, no tiene gran valor. Buena prueba es que la mayoría de los norteamericanos creen también que, durante 50 años, la vinculación de Lincoln con el arte literario consistió en referir chispeantes historietas. Y luego, de repente, en una jornada de viaje a Gettysburg, escribió una obra maestra. No es así como suelen trabajar los grandes artistas —lo cual es tan evidente que si algún lector leyera que Lincoln era un **artista**, probablemente le parecería que esa afirmación es paradójica o chistosa. Aún así, subsiste el enigma: ¿cómo fué que ese raro personaje de Illinois produjera, no sólo frases felices, sino un estilo personalísimo?

En este punto, los libros de los especialistas no andan mejor orientados que el público. Bien es verdad que el último intento global de escribir una historia literaria de los Estados Unidos, habla de los estilos de Lincoln, en plural, pero se refiere realmente a los diversos tonos de Lincoln, desde el familiar al elevado. Como todas las demás obras que he consultado a fondo, ese libro tan autorizado habla siempre del asunto o de la ocasión de las frases de Lincoln con el propósito de explicar la fuerza de sus piezas más fa-

mosas. Es como si se quisiera explicar el genio de un pintor describiendo los paisajes que pintaba.

No cabe duda de que se ha elogiado a Lincoln como escritor, pero casi todos esos elogios han sido convencionales y distraídos. Los pocos autores de estudios serios se han dejado llevar por el sentimentalismo y han incurrido en contradicciones. Así, por ejemplo, en la edición Hay Y Nicolay, de las obras de Lincoln dice un famoso editor de la última década del siglo pasado: "En cuanto al estilo, en la acepción usual de la palabra, no puede decirse que Lincoln tuviera mucho. En el modo de escribir de Lincoln no había nada que estuviera elaborado con ambición o que fuera sencillito adrede. No poseía el léxico abundante de un erudito. No siempre escribía con corrección gramatical. Indudablemente, se habría quedado muy sorprendido si alguien le hubiese dicho que 'tenía' estilo".

Esas palabras suscitan una pregunta: Entonces por qué estudiar a Lincoln como escritor? La respuesta no es convincente: "Porque estaba decidido a que lo entendieran, porque era honrado, porque tenía un corazón ardiente y leal, porque había leído ávidamente y no fríamente buenos libros y porque poseía un buen gusto ingénito, así como una veta de imaginación, logró un estilo singularmente claro e impresionante, que adquirió el tono de su noble carácter y llegó a ser algo individual y distinguido".

O sea que el hombre que no tenía estilo, tenía un estilo claro, impresionante, individual y distinguido. El razonamiento es tan peregrino como el del senador Beveridge cuando decía: "El hecho puro y simple es que no aparece el menor asomo de brillantez en toda su vida, por lo menos antes de su discurso del centro docente Cooper Union, que sugiere la brillantez de los dos últimos años". Quizá un senador no sea nunca un buen juez de lo que escribe un Pre-

sidente; ése nos pide que creamos en un milagro. Cabría pensar que los críticos "serios", sencillamente no han leído a su autor.

Y, sin embargo, tienen que haberlo leído puesto que tanto les preocupa: "¿Cómo se las arregló?" preguntan extrañados. Piensan en los graves problemas de la guerra de Secesión, en los cuatro años agotadores en Washington, en el hombre asediado por políticos demasiado llenos de iniciativas y por generales que las tenían en cantidad insuficiente, y de repente se les ocurre la solución: "Fué el genio lo que convirtió el tono casero en literatura". También eso es confundir una ocasión literaria con el vigor literario que se eleva a ella. Los famosos documentos —los dos Discursos Inaugurales, el de Gettysburg, la carta a la señora Bixby—, con ser tan maravillosos, no resuelven el enigma. Por el contrario, sus temas se apoderan de nuestra emoción de tal modo que comenzamos a creer que casi nadie podía emocionarnos así. Por todas estas razones —crítica inadecuada, exceso de familiaridad con algunas piezas maestras, desconocimiento de las primeras obras de Lincoln y consiguiente supresión de todo un aspecto de su carácter— tenemos que volver a la fuente y comenzar por el principio.

Tomemos cualquiera de los primeros volúmenes de Lincoln y pongámonos a leerlo como si fuera un autor desconocido. Tratemos de olvidar todas las anécdotas, todo cuanto de historia está encerrado en esas páginas. Procuraremos ver una vida que se desenvuelve y adivinar el carácter del hombre a base de sus propias palabras, las más de ellas escritas, no para ser publicadas, sino para que se sintiera su emoción.

Allí tenemos al Lincoln de 23 años diciendo a la gente de su distrito, en una hoja volante, que deben enviarlo a la legislatura del estado. "De los asuntos de que he tratado,

hablé como pienso. Tal vez me equivoque en alguno de ellos o en todos; pero ateniéndose a la sana máxima de que es mejor tener sólo razón a veces que estar equivocado siempre, estoy dispuesto a rectificar tan pronto descubra que mis opiniones son erróneas". Y termina su petición de votos con una nota de carácter no político que revela pensamientos melancólicos: "Pero si a juicio de la buena gente debo permanecer postergado, no me causará mucha pena porque estoy harto acostumbrado a decepciones".

No es necesario ser literato para ver que Lincoln era un escritor nato, ni un psicólogo para adivinar que hay en él un joven de cuño poco corriente, con una rara firmeza, aunque desprendido, y dominado asimismo por una sensación de adversidad.

Para redactar su hoja volante, es posible que alguien tuviera que ayudar con su ortografía a Lincoln, que siempre estaba inseguro de ella, más el ritmo de esas frases no es de los que se aprenden en una obra de gramática. Lincoln, como él mismo dijo, fué a la escuela "por tandas", que en su conjunto no llegaron a un año. Todos recuerdan la historia de cuando leía la Biblia a la luz del fuego y garabateaba con carbón en el dorso de una pala. Pero ha habido millones que han leído la Biblia y jamás llegaron a ser escritores medianos. La verdad olvidada es que no una persona, sino varias, que se acordaban de su infancia, observaron la singular determinación del muchacho a expresar del mejor modo sus pensamientos.

Su madrastra dió del muchacho un retrato que hace presentir más al artista literario que al futuro orientador del país: "No le gustaba el trabajo físico. Leía todos los libros que caían en sus manos... Cuando encontraba un pasaje que le llamaba la atención, lo copiaba en un cartón si no tenía papel y allí lo guardaba hasta conseguir papel;

luego volvía a escribirlo, lo leía, lo repetía". Posteriormente, William H. Herndon, el abogado socio de Lincoln, dejó un recuerdo de la persistencia de esa obsesionada afición a las palabras: "Solía molestarme terriblemente con sus métodos... El señor Lincoln insistía en explicar dos veces cosas que no necesitaban explicación... En general, el señor Lincoln era un hombre de mucha paciencia, pero... no podía uno emplear con Lincoln abstracciones, generalidades, cosas indefinidas, vaguedades de idea o expresión. Entonces estallaba y se molestaba, y a veces hasta se enojaba tontamente".

De joven, Lincoln trató de ser poeta, pero se dio cuenta de que no tenía ese don. Pero sí podía pensar con completa claridad en palabras e imaginar al mismo tiempo lo que pasaba en la mente de los demás. No hay que leer mucho en sus obras para descubrir que lo que le preocupaba más como escritor era encontrar el verdadero orden para sus pensamientos —orden primero, y luego la brevedad del relámpago. Así, en 1846, siendo un joven político muy lejos de destacarse, y de quien nadie esperaba un estilo lapidario, escribió estas frases: "Si miento en esto, acusadme. Los testigos viven y pueden hablar". En esas palabras hay fuego, y un dominio de él que revela a un maestro.

Ese dominio de la palabras requería un dominio correlativo de los sentimientos. Herndon describe varias veces en sus conferencias y artículos el temperamento excéntrico del que fué su socio durante su vida. Es un retrato que la gente bondadosa y sentimental se resiste a aceptar. Sin embargo el sentimiento que Herndon tenía de la grandeza, era más sutil que el de los admiradores de lejos, que prefieren adorar a los héroes de novelas más que a ese tipo de grandes misteriosos, difícil, insatisfactorio, el único tipo que nos proporciona la historia.

¿Qué dijo Herdon? Nos dijo que Lincoln era un hombre de emociones súbitas y violentas, a menudo sumido en mortal melancolía durante horas, luego de repente animado y dispuesto a bromear; que era hombre concentrado y frío, poco propenso a revelar sus planes u opiniones e implacable en el uso de la ayuda e influencia de los demás; que Lincoln se pasaba ocioso largos lapsos durante los cuales leía periódicos, o se limitaba a meditar; que tenía una desconcertante aptitud para ver el interior de las cuestiones, acontecimientos y personas, sin dejarse engañar jamás por sus rasgos accidentales o ropaje convencional, antes bien yendo a la entraña como quien monda una manzana; que Lincoln era hombre de fuertes pasiones y anhelos místicos, que reprimía porque su espíritu le revelaba su esterilidad, y que esto lo convirtió en hombre de sangre fría y fatalista.

Además, como sabemos por otras fuentes, Lincoln estaba sujeto a vagos temores y oscuras supersticiones. Singulares episodios, aunque pocos, señalaron sus relaciones con mujeres, incluso Mary Todd, la que había de ser su esposa. Como revelan algunos de sus versos, le obsesionaban la tristeza de la separación, la locura y la muerte. Tengamos presente que Lincoln quedó huérfano, fue educado por una madrastra y pronto se vió obligado a arreglárselas por sí mismo. Su actitud de raro desprendimiento para consigo mismo, sus premoniciones y depresiones, su mórbido afán de la verdad y la anormal represión de impulsos agresivos, hacen pensar que ocultaba una herida secreta que en definitiva convirtió a un hombre aparentemente ordinario en la figura sin par de un artista santo.

Además, Lincoln creía que su madre era hija natural de un plantador de Virginia, y, como otros que sabían o creían saber que eran de extracción ilegítima, tenía fe po-

derosa, irracional, en su propio destino, un destino que él sentía que combinaba la grandeza con el desastre.

Los psiquiatras padrán explicarlo como tengan por conveniente, pero la crítica reconoce en estos rasgos un tipo de artista que podríamos calificar de "paria oscuro". Se me ocurren como ejemplos Miguel Angel y Byron. En hombres de esta índole, el sentimiento de estar aislados de los demás se da sólo en la emoción. El intelecto sigue siendo un instrumento claro y primoroso del buen sentido: Miguel Angel construyó edificios y Byron organizó brillantemente a los griegos en su rebelión contra los turcos. En Lincoln no hay contradicción entre el estadista-abogado, que todos conocemos, y el artista cuya fisonomía trato de esbozar.

El aislamiento de Lincoln fué lo que produjo su dominio sobre los hombres. Si cuando era Presidente no hubiese descollado sobre su gabinete en inteligencia y voluntad, lo habrían aplastado o lo habrían utilizado sin conciencia. Chase, Seward, Stanton, los Blair, McCollan, eran lo bastante egoístas y hábiles para hacer naufragar varias administraciones. Cada uno de ellos pensaba que Lincoln sería una víctima fácil. Hasta que no fué apartado de su medio, ninguno cayó en la cuenta de que era un personaje más grande que ellos. Mientras vivió, el sentimiento que los dominó fué de exasperación porque él los desconcertaba. No podían reducirlo a su alcance. John Hay, que presencié la larga lucha, confirma los juicios de Herndon: "Es absurdo calificarlo de modesto. Ningún gran hombre fue jamás modesto. Lo que no pudieron perdonarle nunca hombres como Chase y Sumer fue su arrogancia intelectual y su inconsciente sentimiento de superioridad".

Este Lincoln es diferente del tosco abogado de provincia que no tiene grandes pretensiones, pero guarda en la manga uno o dos bazas y gana la partida por la justicia porque su

corazón es puro. La pureza de Lincoln era la de un genio sobremedidamente consciente, no la de un ingenuo. Y si preguntamos qué clase de genio permite que un hombre domine como Lincoln un escenario nuevo y complicado, sin la ayuda de lo que se llaman ventajas personales, con poca experiencia de los asuntos del Estado y sin contar con un partido establecido, la respuesta es: el genio militar o su próximo pariente, el genio artístico.

El artista inventa medios y administra fuerzas que quien los tiene considera naturales, pero que el chapucero jamás logra descubrir. El artista está urdiendo siempre la conquista de su material y de su público. Cuando hablamos de su oficio, entendemos que es hombre de recursos en la acepción literal de la expresión.

Lincoln adquirió su dominio de las palabras con los dos únicos modos que el hombre conoce: leyendo y escribiendo. Sus lecturas eran de poca extensión y de una clase muy homogénea: la Biblia, Bunyan, Byron, Burns, Defoe, Shakespeare y la edición entonces corriente de las Fábulas de Esopo. Libros son éstos de los que un genio extraería una lección de fuerza y conclusión. La Biblia y la poesía de Shakespeare, con cuyos revuelos rivaliza a menudo Lincoln, aunque sin fantasía. Los otros cuatro escritores ingleses son todos amigos de la frase explícita más que de la sugestiva. En cuanto a Esopo, es notoria la semejanza de sus relatos con las anécdotas que Lincoln era dado a contar, siempre con las mismas palabras. Pero se da otro paralelo: el que existe entre la brevedad de una fábula y la manía que Lincoln tenía de condensar cualquier asunto en las menos palabras posible:

“John Fitzgerald, de dieciocho años, persona apta pero sin medios pecuniarios, llegó directamente de Irlanda a

Springfield, Illinois, y allí se quedó y buscó empleo, sin que de momento tuviera intención de volver a Irlanda o dirigirse a otra parte. Después de permanecer tres semanas en la ciudad, una parte de ese tiempo empleado y otra no, cayó enfermo y la beneficencia tuvo que hacerse cargo de él. Se me preguntó quién debía correr con los gastos de acuerdo con la ley: la ciudad de Springfield o el condado de Sangamon”.

El propio Lincoln escribió en otra ocasión: “Esta carta no es larga, pero dice todo lo que tiene que decir”. Y ese párrafo demostraría, si fuera necesario, que el estilo es independiente del atractivo que ofrezca el asunto. El placer que proporciona, es el de la lucidez y movimiento: el movimiento del espíritu de Lincoln.

En vida de Lincoln, su prosa se consideraba escueta, aburrida, insulsa. Difería radicalmente del tono de los modelos aceptados: Webster o Channing para los discursos, Bryant o Greeley para el periodismo. Una o dos veces, Lincoln trató de imitar sus galanos circunloquios o sus resonantes abstracciones, pero no insistió en esos ejercicios. Su estilo, notoriamente existente a sus treinta años de edad, y ampliamente desarrollado a los cincuenta, tiene la elocuencia que resulta del contraste entre la transparencia del medio y la densidad del pensamiento. Veamos este episodio sacado de una conferencia de Liceo escrita cuando Lincoln tenía 29 años:

“Volvámonos, entonces, a esa horripilante escena de Saint Louis. Allí sólo había de sacrificarse una víctima. Su historia es muy breve; y quizá sea lo más elevadamente trágico de todo lo de extensión que se haya presenciado jamás en la vida real. Un mulato llamado McIntosh fué capturado en la calle, arrastrado a los suburbios de la ciudad, atado a un árbol y quemado vivo; y todo eso en el transcurso

de una sola hora desde que era libre, se ocupaba de sus propios asuntos y vivía en paz con el mundo”.

Obsérvese el ritmo de contraste entre ambas frases: “Allí sólo había de sacrificarse una víctima. Su historia es muy breve”. Las frases muy breves, asimismo; pero tratan de imitar su fluidez o reprimida emoción sobre el característico tema de Lincoln del paso veloz de la vida a la muerte.

La prosa de Lincoln se divide en tres clases: discursos, cartas y proclamas. Los discursos comprenden desde peroraciones forenses hasta debates políticos. Las proclamas comienzan con su primera oferta de servicios como político y terminan con las exposiciones presidenciales de política o los llamamientos a la Acción de Gracias entre 1861 y 1865. Naturalmente, las cartas abarcan toda su vida y tratan temas muy diversos. Supongo que son el crisol en que Lincoln forjó su estilo. Mientras estuvo en la Casa Blanca, redactó, improvisando, centenares de mensajes como este telegrama sobre caballos de lengua inflamada y cansados. “Perdóneme que le pregunte qué han hecho los caballos de su ejército, desde la batalla de Antietam, para cansarse de ese modo”.

Es evidente que en el tono de Lincoln hay algo que proviene de su práctica del pensamiento jurídico. Sería asombroso que el esfuerzo intelectual que Lincoln puso en su profesión no se hubiera reflejado en su prosa. Al fin y al cabo, si se hizo un nombre y llegó a la Presidencia fué con motivo de una cuestión de derecho constitucional. El lenguaje forense fomenta la precisión mediante la imaginación y la negación de alternativas. El lenguaje del derecho prevé la duda, la ambigüedad, la confusión, el error burdo o fraudulento, y trata de eliminar cada uno de esos inconvenientes. La mayoría de los abogados logran por lo menos evitar las interpretaciones tórcidas, lo cual es, evidentemente, el fundamento de toda prosa que aspire a una expresión clara.

(Como abogado, Lincoln sabía que con el vocabulario del foro podía lograr este objetivo, si lo utilizaba con cuidado. Pero aun así habría sido una jerga incomprensible para el común de las gentes. Por consiguiente, como artista, se propuso forjar sus ideas en un idioma que fuera el de la vida corriente. Naturalmente, se veía obligado a emplear términos técnicos en los juicios y documentos con que se ocupaba; pero todo lo demás lo escribía en el lenguaje ordinario. Su primera proeza fué trasponer la minuciosa exactitud del abogado y del juez a las palabras del hombre común.

Con esto se tiene una medida de la lucha que tuvo que sostener Lincoln como artista. Al principio tenía muy poca confianza en su caudal de conocimientos y, teniendo que enfrentarse con un público mucho más exigente que el nuestro, se empeñó en perfeccionar su léxico, su gramática y su lógica. Durante el primer año de su mandato en el Congreso estuvo trabajando en los seis libros de Euclides, con la esperanza de llegar a adquirir la coherencia de pensamiento que él creía necesaria para poder exponer sus opiniones. Para él, la demostración era la verdadera finalidad de la argumentación; no parece que creyera en su poder de convencer a base de turbar el juicio por medio de emociones. En los pocos pasajes en que recurre a trucos electorales, se limita a usar la ironía o la sátira, nunca la elocuencia desbordante del orador altisonante.

Desde el principio poseía un don que desarrolló hasta la máxima perfección: el ritmo. Veamos el siguiente fragmento, que no es un discurso acabado, sino que está tomado de unas notas para una conferencia sobre derecho:

“Existe entre el pueblo una creencia vaga de que los abogados son necesariamente tramposos. Digo vaga porque si examinamos hasta qué punto se confieren una y más veces por la gente honores a los abogados, parece improbable

que se tenga de ellos una impresión muy clara y viva de falta de honradez. Pero es una impresión corriente, casi universal. Que ningún joven que haya decidido ser abogado por vocación, ceda por un momento a la creencia popular; que resuelva ser honrado en todo trance; y si a su juicio no puede ser un abogado honrado, que se resuelva a ser honrado sin ser abogado”.

Obsérvese la facilidad con que se enuncia el tema: “Existe entre el pueblo una creencia vaga de que los abogados son necesariamente tramposos”. Es breve sin ser tan escueto como un epigrama: la palabra “necesariamente” atenúa ese efecto en la medida precisa para el ritmo. Aborda la idea sin apenas la menor pausa: “Digo vaga porque si examinamos...” y así hasta exponer todas las razones que presenta con cierta calma: “parece improbable que se tenga de ellos una impresión muy clara y viva de falta de honradez”. Luego, el ritmo cambia para remozar el interés: “Pero es una impresión corriente, casi universal”. Y otro cambio, casi inmediatamente, para formular la segunda frase larga, que contiene la conclusión: “Que ningún joven que haya decidido ser abogado...”

El párrafo se desliza sin un solo paso en falso, ni precipitado ni arrastrado; y por su movimiento, como quien dirige a otro en el baile, cautiva nuestro pensamiento hasta granjearse nuestro asentimiento. El oído nota, al mismo tiempo, que no hay en él sonido alguno que chirrie o choque; es una pieza que podría decirse como un discurso en una gran obra teatral; la música es varonil, las alteraciones pocas y naturales. En realidad, el párrafo produce la impresión de haber nacido espontáneamente como encarnación inmediata de pensamientos de Lincoln.

Por alguna que otra alusión, se llega a la conclusión de que Lincoln escribía despacio, entendiéndolo por escribir el

acto material de trazar letras en el papel. Eso aumentaría el deseo de ser breve. Lincoln escribía antes de que existieran la máquina de escribir y el dictáfono y, como quería poner su idea en una o dos frases lúcidas, pensaba antes de escribir. La gran concentración venía luego de haber eliminado, a la manera del abogado, las alternativas improcedentes y hallado el orden y el énfasis debidos.

Es evidente que ese estilo emplearía frases y conexiones poco apropiadas para el discurso oral. El miembro del gabinete que recibía un memorándum de esa claridad, lo tenía ante sí para estudiarlo a placer. En cambio, un auditorio requiere un texto más suelto y exige que se le vaya presentando con más medida. Esta diferencia entre la palabra escrita y la hablada da pábulo al prejuicio de que si Lincoln tuvo un estilo, lo formó en los años que fue Presidente. En realidad, Lincoln, como artista, adaptaba sus medios a la ocasión. Prescindía de frases emocionantes cuando no procedían. Cuando suponía que su público estaba alerta intelectualmente —como sucedió en la famosa reunión de Cooper Union en 1860—, le ofrecía su prosa concentrada. Tomemos como muestra parte del paisaje en que se dirige al Sur:

“Además, decís que hemos dado a la cuestión de la esclavitud un relieve que antes no tenía. Lo negamos. Admitimos que tiene mayor relieve, pero negamos que se lo hayamos dado nosotros. No fuimos nosotros, sino vosotros, los que os habéis apartado de la vieja política de los padres. Nos resistimos, y seguimos resistiéndonos, a vuestra innovación; de ahí proviene el relieve que ha adquirido la cuestión. ¿Queréis que la cuestión se reduzca a sus proporciones anteriores? Volved a esa antigua política. Lo que fue, volverá a ser, en las mismas circunstancias. Si queréis te-

ner la paz de antaño, adoptad de nuevo las normas y la política de antaño”.

Eso es maravillosamente claro, preciso y convincente, pero sólo el público más atlético sería capaz de resistir dos horas de raciocinios igualmente suscitados. Lincoln contaba con la agilidad mental de los neoyorquinos y ganó la partida. Mas no hemos de extrañarnos que en los debates con Stephen A. Douglas, un año y medio antes, empleara otra táctica. Esas disputas duraban tres horas, y la necesidad que tenía cada orador de insertar en la exposición previamente preparada de su política, réplicas para refutar acusaciones e interrupciones, da a esas producciones un acento más áspero. Sin embargo, por parte de Lincoln, se ve francamente que trabaja el artista.

“El senador Douglas tiene fama mundial. Todos los políticos inquietos de su partido, o que fueron de su partido en los años pasados, lo han considerado ciertamente, y para una fecha no remota, como el futuro Presidente de los Estados Unidos. En su rostro rollizo, risueño, fructuoso, vieron empleos de correos, del catastro, cargos de magistrado, ministros, prebendas y misiones en el extranjero, saliendo y brotando en maravillosa exhuberancia, prontos a ser asidos por sus ávidas manos”.

El hombre capaz de echar los cimientos de una metáfora brillante aunque insidiosa sobre los gajes políticos presentando a Douglas con un rostro rollizo, risueño y fructuoso, no puede considerarse que fuera un hombre sencillamente afortunado en el manejo de palabras. Los debates abundan en giros felices, pero su lectura es menos grata que las producciones, más densas, de Lincoln. A menudo, las frases de Douglas son más pulidas:

“Desde aquella fecha hasta ésta en que estamos así divididos, hemos existido y prosperado, y hemos crecido con

una rapidez jamás igualada en riqueza, extensión territorial y todos los elementos de poder y grandeza, hasta llegar a ser la primera nación sobre la faz del globo. Por qué no hemos de seguir prosperando así?

Cometeríamos un error si menospreciáramos la habilidad de Douglas, que era la de un gran profesional. Para exaltar el genio de Lincoln no es necesario rebajar el de los demás. Douglas era suave y hábil, y sus argumentos resultaban eficaces, pues Lincoln fue derrotado. Pero Douglas, a diferencia de Lincoln, suena como muchos otros.

La fuerza extraordinaria de Lincoln estribaba en hacer sentir su espíritu, fuerza que a mi modo de ver debe atribuirse a su peculiar relación consigo mismo. Consideraba su rostro y su físico con burla y consternación, pero su inteligencia y destino con admiración. Torpe y tímido en apariencia, ostentaba también una serena superioridad que él expresaba como si la mitad de un hombre doble estuviera hablando de la otra.

En su conducta, ese ensimismamiento fue la fuente del dominio de sí mismo, rayano en la santidad; en su arte, le proporcionó la rara cualidad de la elegancia. En ninguna otra parte se ve más claramente este vínculo entre el estilo y distancia emocional que en las palabras que Lincoln pronunció despidiéndose de sus amigos de Springfield para dirigirse a Washington. Una sola palabra mágica, que de no prestar atención podría pasar inadvertida, encierra el secreto:

“Amigos míos: Nadie que no esté en mi situación puede justipreciar el sentimiento de tristeza que me causa esta despedida. A este lugar y a la amabilidad de estas personas, lo debo todo...” Si nos detenemos a pensar, preguntaremos: “A este lugar?” sí, pero por qué “a estas personas?” ¿Por qué no “a vosotros”, a aquellos a quienes se dirigía desde

la plataforma del tren, o bien "a este lugar y a la bondad de sus moradores?" Ciertamente, la elección no resultaba impuesta por el mero paralelo entre éste y éstos. "Éstas" es un rasgo de genio, que revela el aislamiento de Lincoln respecto de la acción misma; Lincoln habla a sí mismo del lugar y la gente de los que se alejaba, previendo la posibilidad de que no volviera jamás, y cierra las quince líneas con una de las cadencias más grandes de la elocuencia inglesa: "Al encomendaros a Su Providencia como espero que en vuestras oraciones me encomendareis a mí, me despido de vosotros con todo afecto".

Las cuatro principales cualidades del arte literario de Lincoln —precisión, facilidad en el empleo de modismos, virtuosidad rítmica y elegancia— pueden parecer extrañas a nuestros gustos, a un siglo de distancia. Pero considerando el continuo esfuerzo de nuestra literatura, no parece menos impropio poner en duda su utilidad e interés para nuestros tiempos. Es notorio que el ejemplo de Lincoln contribuyó a acabar con el monopolio de los distribuidores de la gloria literaria. Después de Lincoln viene Mark Twain, y de Mark Twain proceden contemporáneos nuestros tan diversos como Sherwood Anderson, H. L. Mencken y Ernest Hemingway. El modo como Lincoln usaba su estilo para el género íntimo y para lo sublime, era muy personal, pero su estilo corriente es el estilo norteamericano por antonomasia.



Este artículo se publicó en el número del 14 de febrero de 1959 de **The Saturday Evening Post**, semanario de gran

circulación que contiene artículos generales y de literatura y se edita en los Estados Unidos. Su autor es Decano de las Facultades y Preboste de la Columbia University y autor de numerosos libros y ensayos sobre la libertad humana, la música y la literatura.

El artículo no ha sido abreviado. Se dispone de los derechos para su publicación en inglés y su traducción por USIS y la prensa local de fuera de los Estados Unidos o el Canadá a condición de que se cite el nombre del autor y se inserte la nota: "Reproducido con autorización especial de **The Saturday Evening Post**. Copyright 1959 de Curtis Publishing Company".

El uso de este material se limita a un período de cinco años, que expira el 24 de marzo de 1964.

# EL PENSAMIENTO CIENTIFICO



**VIRGILIO PAREDES BORJA**

## **MEDICOS Y MEDICACIONES EN EL ECUADOR**

*"De aquí que la medicina se llama una segunda filosofía. Una y otra disciplina reclama para sí todo el hombre, pues por la filosofía se curan las almas y por la medicina los cuerpos".*

**SAN ISIDORO DE SEVILLA**

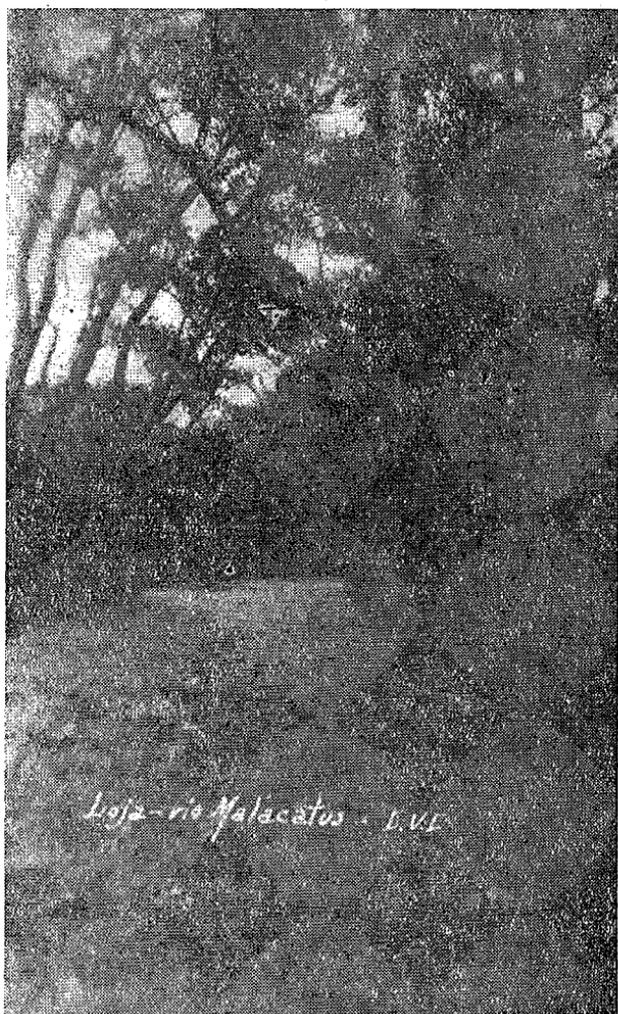
(De "MEDICINA" - Libro IV - Capítulo XIII - párrafo 5).

Cuatro períodos podemos señalar en la evolución de la Medicina ecuatoriana: el primitivo, apenas sospechado y poco conocido por los estudios arqueológicos, que no puede escapar al muy aceptable principio de los historiadores de la medicina, que hablan de la semejanza de la medicina primitiva de todas las culturas con la de los pueblos salvajes o los que así se conservan en nuestro tiempo. Este período comprendería nuestra prehistoria, la dominación de los incas, que nos trajeron su cirugía y medios de curación de enfermos, seguramente desconocidos por nuestros aborígenes, instrumentos como el tumi, tópicos como el bálsamo del Pe-

rú y espectorantes como el bálsamo de tolú, pero los principios que guiaron el conocimiento médico fueron los mismos de toda la historia de los pueblos primitivos: el origen de las enfermedades es sobrenatural, los genios del mal dan la enfermedad, que hay que expulsarla ahuyentándolos y sacándolos con activo ceremonial de gestos y maniobras del cuerpo del paciente. Los encargados de curar enfermos tenían que ser individuos dotados de poderes sobrenaturales, se sucedían por familias, respetados y temidos. Todos los rasgos de la medicina mágica debieron hallarse en nuestros pueblos aborígenes, y, con los incas, se enriqueció lo religioso y se añadió como factor de curar dolencias, con los nuevos sacrificios, ritos y ofrendas. Mucho de esto se conserva, puro o deformado en nuestras comunidades de indios y son el motivo para un sugestivo estudio etnográfico.

Vienen los conquistadores y Benalcázar funda Quito con 206 blancos que comienzan su vida urbana sin médico. Tuvieron que recurrir a los indios para curarse de sus dolencias, pero también recurrieron al rico acervo de conocimientos de medicina popular de la España medieval, no tan rico que digamos, porque la medicina popular es ejercicio de mujeres y no de hombres y en la fundación de Quito, o mejor dicho en la fundación española, no hubo mujeres. Ceremonia bien severa debió ser.

Lo de curar enfermos sigue en poder de brujos y adivinos. Su prestigio empieza a crecer, y esto no sólo en Quito, sino en Lima y en todo lo que fue el incario, de ahí que el período de medicina primitiva no termina, pensamos nosotros, con la conquista y la fundación de nuestras principales ciudades, sino que sigue viviendo, cobra prestigio y bríos, no sólo entre el pueblo de soldados conquistadores sino entre letrados. Fundada la Universidad de San Marcos, el Dr.



El río Malacatos en el territorio de la revelación de las propiedades antimaláricas de la quina.—(Foto CVC).

Huerta decía que no hay necesidad de traer médicos de España, porque los indios lo son, y muy buenos, y es así como el conquistador vive, no pocos sino muchos años bajo el cuidado de los indios de concepto primitivo, y esto cuando España estuvo a comienzos de su gran Siglo de Oro, mientras en el Ecuador este período no ha determinado y sigue viviendo en las tribus del oriente y en las comunidades de indios que viven sin escuela ni médico, en lo más inhospitario de los páramos de los Andes, históricamente tiene una culminación asombrosa, con el descubrimiento de las propiedades antimaláricas de la quina, en Malacatos de Loja.

La única contribución auténticamente ecuatoriana a la medicina universal llega a ser un "hecho histórico tan frecuente en la evolución de los conocimientos médicos: el empirismo se adelanta a la ciencia, un indio ecuatoriano, curioso e inteligente, descubre a los blancos el específico contra el paludismo, doscientos cincuenta años antes de que el científico Laveran descubra el parásito causante de tan temida enfermedad" —escribíamos en 1947.

No es que el período primitivo de que estamos hablando se prolongue y termine en 1638, fecha aproximada de la revelación del Cacique Pedro Leiva a un misionero jesuita, sino que habría que tomarlo como una experiencia adquirida y transmitida por anteriores generaciones, producto de la observación de los curanderos aborígenes, de su civilización, celosamente guardada, que por lo que se ve no se limitó a lo mágico y sobrenatural, sino que hubo la observación y la experiencia de un criterio conductivo semejante al que guió a los empistas ingleses.



Estas consideraciones nos obligan a pensar que el segundo período de la evolución de nuestros conocimientos médicos habría que hacerle partir de 1597, año en que se conoce empezó a curar en Quito, el Dr. Alfonso Valdez, titulado en Sevilla, contratado por el Cabildo por cien pesos de plata anuales para que atienda a los moradores de la ciudad y sus contornos, a partir del 23 de septiembre. Con el Dr. Valdez vienen los primeros conocimientos médicos peninsulares a tierras ecuatorianas, los que se daban en las facultades de Medicina españolas, que reducían a menor categoría el empirismo y hacían dominar el conceptualismo dogmático, el razonamiento escolástico y la silogística aristotélica. Es la medicina medieval europea trasladada a Quito, con la inevitable influencia árabe, Galeno y Avicena, la escolástica y el dogmatismo, pero también la observación y la experiencia empírica de los juiciosos médicos de la época. Esto marcha a paso lento porque el Doctor Valdez estuvo pocos años al servicio del Cabildo; tres años después de él asoma el Bachiller Domingo Almeida, que estuvo limitado tiempo, quedando la ciudad sin médico y en poder de curanderos e indios brujos hasta 1601 en que se contrata los servicios de otro médico titulado, el Doctor Fernando Meneses.

Los solemnes actos académicos de Colegios y Universidades, las pomposas ceremonias de entrega de anillo y birrete a los graduados en sus Facultades y los sermones de los "pico de oro" de la época, fueron los acontecimientos de la vida intelectual que despertaron la atención de la tranquila vida del coloniaje de la Audiencia de Quito durante el Siglo XVII. Cerca de su fin, la Orden de Predicadores, inquieta por la falta de médicos titulados, que fueron contados, y todos extranjeros, mientras que las epidemias acababan con sus pobladores por falta de asistencia médica, deciden fundar una Facultad de Medicina en su Real Univer-

sidad de Santo Tomás de Aquino. Fray Ignacio de Quesada y Fray Bartolomé García se encargan del proyecto.

“El Padre Quesada supo ver con claridad que en la preparación universitaria de la Orden no hacían tanta falta teólogos, canonistas, retóricos y latinistas sino médicos” —escribimos en 1956. Gracias a los desvelos e incansables gestiones de los dos perseverantes dominicanos, el 13 de abril de 1693 se funda la FACULTAD DE MEDICINA DE QUITO, con su Plan de Estudios de tres años y dos Profesores, dándose comienzo a la enseñanza médica en el territorio de la Audiencia, acontecimiento de trascendencia en la evolución de los conocimientos médicos, ya que desde los tiempos medievales de la Escuela de Salerno, es alrededor de las Escuelas y Facultades de Medicina que florecen, prosperan y se transmiten los conocimientos del arte de curar, ahí se reúnen los médicos más destacados por su saber y experiencia y de ahí salen los discípulos que mantienen las tradiciones, buscan nuevas orientaciones y hacen progresar la medicina. Se iniciaba la enseñanza y se daba alcances a la medicina académica traída por los primeros titulados que vinieron de la península, pero no varió el principio directivo dogmático y rígidamente intelectual del medioevo europeo.

Los primeros profesores fueron sacerdotes, titulados tal vez, o estudiosos de la medicina, dados los conocimientos enciclopédicos de los intelectuales de la época, casi todos doctorados en diferentes disciplinas del saber.

Hay que tener en cuenta que por esos tiempos hubieron muchos sacerdotes aficionados a la medicina, afanosos de estudiar, teorizantes, que fueron con cierta frecuencia consultados y lograron prestigio de acertados y bien enterados en enfermedades y sus remedios, y como las únicas fuentes de ilustración fueron las bibliotecas de los conventos, tuvieron facilidad de desarrollar sus aficiones.

“La SUMMI PHILOSOPHI ET MEDICI EXCELLSI”, de Arnaldo Villanova, en su edición príncipe de 1586, de la Biblioteca Nacional, lleva la firma y rúbrica del que fue su propietario, Canónigo Don Fernando Bohorques, el ejemplar está profusamente anotado y con señales de haber sido frecuentemente consultado. Es posible que el libro de Arnaldo estuvo en la magnífica biblioteca de la Universidad de San Gregorio el Magno de la Compañía de Jesús de Quito, la que, después de la expulsión de los jesuitas por Carlos III, fue repartida en sacos, sin ninguna ordenación, entre la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de nuestra Universidad Central, por eso hay en la una tomos de obras que no conserva la ótra. Cosas de nuestra vida de la cultura.

La obra de Arnaldo de Villanova fue muy conocida en España y Europa entera, es la medicina medieval de la Escuela de Salerno. El famoso “REGIMEN SANITATUM SLERNITORUM, con sus principios intocables e indiscutibles en todo el medioevo, está reproducido en la primera parte del libro. Pero Arnaldo fue también un observador juicioso y reflexivo que recorrió campos y poblados españoles, hablando y tratando con labradores y pecheros, conociendo la medicina popular en sus fuentes de origen, por lo que el COMPENDIO DE MEDICINA PRACTICA que contiene su obra es inestimable por la objetividad y buen juicio propios del pensamiento médico renacentista. En la Facultad de Medicina de los dominicanos la enseñanza tuvo la dirección intelectualista de la Edad Media, el alumno oía mucho y no practicaba nada. Los principios y los aforismos dominaban el saber, la autoridad del maestro era indiscutible, no se daba lugar a la observación personal, se generalizaba y se dogmatizaba. Con todo, tuvo la virtud de iniciar la enseñanza médica de mantenerla con afán y perseverar, venciendo todas las dificultades de hallarse unas veces sin

maestros, ótras sin discípulos y siempre escasos de dineros. Tuvo años de interrupción de labores, pero sin decaer se reiniciaban los años académicos, con una constancia que duró un siglo. Y cumplió con su misión: a la Orden de Predicadores le debe la Facultad de Medicina de Quito su viejo abolengo de 246 años.



El siglo XVII es el de la medicina de la baja Edad Media venida de España con los primeros titulados en sus Facultades que comenzaron a trabajar en Quito desde 1597. Al tocar a su fin da comienzo la enseñanza médica en la Audiencia, guiada por los mismos principios.

Los médicos atendieron a sus pacientes con la mente académica fundamentada en los preceptos de la ESCUELA DE SALERNO, Galeno y el arabismo de la España medieval. Pero también trabajaban activamente y eran muy solicitados por el pueblo los barberos que hacían cirugía menor, los algebristas prácticos en ortopedia, los sangradores, las comadronas y comadres sabias, los indios curanderos y los adivinos, formándose una medicina popular curiosa y complicada que podemos hasta hoy observar en campos y poblados del Ecuador y que bien merece detenido estudio. Mucho de lo que en el Auto Primero de LA CELESTINA se cuenta de curaciones, hechicerías y remedios populares españoles, revuelto y deformado, podemos escuchar en boca de nuestros campesinos y curanderos.

En 1565, un año después de organizada la Real Audiencia de Quito, se funda el Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, el primero del Ecuador.



Fray José del Rosario.—(Estampa del autor).

En sus primeros años fue un asilo para desvalidos, incurables, inválidos y desamparados, atendido por personas piadosas. Para organizarlo con otras directivas fueron llamados los Padres Betlemitas desde Guatemala, sede de la Orden, viniendo a Quito para cumplir su misión Fray Miguel de la Concepción y Fray Alonso de la Encarnación, en 1704.

Se cierra en esta fecha el período medieval y asoman los primeros brotes de la cultura médica renacentista, cuando ya comenzado el aseo y ordenación de la casa, tres años después, viene Fray José del Rosario, médico, boticario y botanista, como fue obligatorio para todos los hermanos de la Orden, y no sólo con el título académico, sino con la experiencia de la vida hospitalaria para la que estaban educados.

Este acontecimiento es de singular importancia en la

evolución de los conocimientos médicos. Con los betlemitas del Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor no viene solamente el academismo sino la observación y la experiencia, y no del paciente europeo y la botánica europea que llenaba la farmacopea de la Edad Media, sino también del enfermo americano y de los nuevos fármacos de su botánica, de sus peculiaridades patológicas, la nosología de Thomas Sydenham, la clínica de Boerhaave, la terapia de Van Swieten y su Escuela Primitiva de Viena, que conocieron los Betlemitas. Fray José era un admirador del neohipocratismo renacentista de Sydenham, como puede notarse en los preceptos de su opúsculo "INSTRUCCION AL PUEBLO, SOBRE EL MODO SENCILLO Y FACIL DE CURAR EL SARAMPION Y SUS RESULTADOS", el primer impreso médico de que tenemos noticia en el Ecuador, que se dio a la estampa en Quito, año de 1785, con motivo de la epidemia que azotaba la ciudad y a petición del Cabildo.

Nuevos principios, nuevas técnicas, la primera botica, la ventilación, el aseo personal del enfermo, el uso de plantas medicinales americanas, la administración y dirección hospitalarias, trajeron los beneméritos frailes belermos, que rápidamente se ganaron la confianza y respeto popular. A casas de pobres y ricos, de chapetones y criollos, de indios y extranjeros, acudían los hermanos médicos con su experiencia y los fármacos de su flamante Botica, que con su estante central de columnas retorcidas con bustos de Hipócrates y Galeno, sus lindos vasos de porcelana de primorosa ornamentación, para sanguijuelas, raíz del Brasil y cascarilla, lucieron y adornaron el Hospital.

El 29 de marzo de 1736 llegan a Quito los Académicos franceses encargados de medir un arco de meridiano en la línea ecuatorial. Vienen con ellos el cirujano Seniergues y el médico y botánico Jussieu. Seniergues operó en Quito y en

Cuenca, donde halló la muerte tres años después, tuvo abundantes pacientes, trajo el instrumental, las técnicas quirúrgicas y la dirección cartesiana del conocimiento de su tiempo. Jussieu atendió enfermos, ya que ambos franceses fueron muy solicitados, fue el primero en hacer observaciones sobre patología del llamado "Güicho" o MAL DEL VALLE, una de las más temidas dolencias del Quito colonial, estuvo en Loja con La Condamine estudiando las quinas y nos dejó una MEMORIA sobre sus observaciones.

Antes de nacer Espejo, pensamiento médico, técnicas quirúrgicas, la medicina y las directivas del pensamiento francés de comienzos del siglo XVIII, no sólo que estuvieron conocidas sino practicadas en Quito. Los contados médicos que trabajaron en esa época, si no todos, por lo menos algunos, debieron interesarse por las ideas, manera de examinar, de recetar y de operar de los dos médicos de una gran nación, que venían formando parte de una misión científica cuyos trabajos despertaron la curiosidad, no sólo en la capital sino en todas las poblaciones de la Audiencia y en la América entera.

La venida de los Académicos franceses fue un acontecimiento en la tranquila vida de Quito. El pueblo pensaba en algo misterioso que trataba de hallar explicación. El clero y los civiles ilustrados, que los habían, se apresuraron en conocer, tratar y hacerse explicar los motivos de la misión y los trabajos en que iba a emprender. Los académicos, como buenos franceses, fueron corteses y sociables, asistían a los actos sociales invitados por los grandes señores de la época, Seniergues y Jussieu recibían sus consultas, Jorge Juan y Antonio de Ulloa vivían en el convento de la Compañía de Jesús, la orden que tuvo tan poderosa influencia en la vida social y espiritual del Quito de entonces. Los médicos quiteños, que por ese tiempo fueron tan respetados, que las

grandes familias los consideraban como de casa, los atendían e invitaban, no puede pensarse que no conocieron, trataron y atendieron pacientes en las "juntas" de médicos tan en uso por esos tiempos.

Esa misma influencia que los académicos tuvieron en los criolos ilustrados, en las ciencias naturales, la geografía y las matemáticas, hubo de manifestarse en el escaso grupo de médicos quiteños y cuencanos durante la permanencia de Seniergues y Jussieu.

Cuando por 1707 viene Fray José del Rosario, desde Lima, trae consigo como sirviente a Luis Chugschi, natural de Cajamarca. Su hijo Eugenio se crió en el Hospital de la Misericordia. El virtuoso betlemita le vio inteligente y despierto, lo tomó a su cargo y dirigió su educación. En edad de iniciar el bachillerato, ingresa, según parece a los 15 años, al Colegio de los Jesuitas, cuya enseñanza y trato le impresionan hasta formar el motivo de permanente crítica que leemos al través de todos sus escritos. Fray José se empeñó en enseñarle todo lo que sabía, que era mucho para su tiempo, de Farmacia, Medicina y Ciencias Naturales, mientras le ayudaba en curaciones y exámenes de los pacientes del Hospital. El aprendiz de médico sentía gran afición por la lectura, no desperdiciaba nada de lo que caía en sus manos, cuando era manuscrito o papel impreso. Sin orden en las lecturas no llegó a ahondar nada y quiso saberlo todo.

"Terminado el bachillerato, se vio con un pesado bagaje de conocimientos: los adquiridos por la enseñanza de los profesores jesuitas y los alcanzados en sus incansables lecturas, de hasta 16 horas diarias, según el mismo nos cuenta". Se estaba formando un saber enciclopédico y se esbozaba ya el futuro humanista. Posiblemente entre los 18 años se matricula en la Facultad de Medicina de Quito de la Uni-

versidad de Santo Tomás de Aquino de los dominicanos, cursa "prima" y "vísperas" con profesores seculares y se gradúa de Doctor en Medicina, Licenciado en Derecho Civil y Derecho Canónico, múltiples títulos propios de casi todos los hombres de ciencias y letras de su tiempo". Tenía 21 años, pero no consiguió ejercer la profesión sino en 1772, en que le permitió el tribunal designado por el Cabildo. En 1785 redacta las "REFLEXIONES SOBRE LAS VIRUELAS", su único escrito médico.

Analizando los datos biográficos de Espejo, dónde se educó, dónde practicó, quiénes le enseñaron y guiaron, cómo fue la ciudad en que trabajó, cuál fue el pasado médico inmediato, cuál el estado del ejercicio de la medicina en su tiempo, cuál el estado cultural, económico y social de la Presidencia de Quito, cuáles fueron sus obras y su vida profesional, sólo así podremos formarnos un juicio claro, veraz y desapasionado de su personalidad médica, con tanta frecuencia tocada más con ardores patrióticos que con la serenidad del analista y la veracidad del biógrafo.

En España y América hispana, los jesuitas fueron los mejores educadores de su tiempo, hay más, los únicos que habían preparado profesores y organizado Colegios, llegando a dominar el ámbito de la enseñanza secundaria. Fue uno de los aspectos tácticos de la Contrareforma el manejar y orientar la enseñanza de la juventud. Sus colegios tuvieron una docencia cuidadosamente escogida, dirección y disciplina severas, una gran biblioteca, la mejor de Quito, amplio local y holgura económica; fue la comunidad más rica de su tiempo. En Filosofía, trajeron y defendieron el soa-rismo, la filosofía de su Orden, con dialéctica aristotélica y rectificaciones al tomismo para ponerle acorde con el avance de las ciencias naturales y los estudios sociológicos, alentaron y defendieron los principios liberales. Fueron eru-

ditos, latinistas y estudiosos de los clásicos. No dejaron a segundo plano las ciencias naturales, que trataban de poner en armonía con el dogma. Importaron semillas y plantas nuevas para sus dilatadas propiedades, en las que enseñaron novedosas formas de cultivo y una economía agraria en gran escala. Trajeron el barroco de su primoroso templo de Quito.

El estudiante Espejo cursó en un Colegio bien dotado, organizado y disciplinado. Pero los jesuítas tuvieron estrechas conexiones con autoridades y adinerados, a los que había que halagar; y como no se trataba sólo de orientar, sino de dirigir la orientación y no buscar enemistad sino complacer a los poderosos, la orden, en su conducta secular, tenía que hacer preferencias y para su táctica utilizaba una dialéctica dogmática, que cuando la cosa no marchaba acorde, había que torcer con habilidad y desviar con malicia. De ahí nace la antipatía de Espejo para con los jesuítas, pero nosotros vemos que también ahí se inició el conecedor de latín y francés, el apreciador de los clásicos, de las ciencias naturales, de la ilustración. El Bachiller Espejo sale con conocimientos, pero sobre todo con las inquietudes del futuro humanista, pero también sale el resentido por el menosprecio de su humilde origen, el crítico de la casuística y dialéctica jesuítica, de sus preferencias a los adinerados, se esboza el polemista, el rebelde. Contra las mentes poderosas falla la enseñanza dirigida y la disciplina rígida.

Espejo estudia Medicina en la Facultad fundada por los dominicanos, dijimos, y también que ésta fue una Facultad del tipo de las escuelas catedralicias de la baja Edad Media, con su enseñanza dogmático-religiosa determinista y su didáctica exclusivamente intelectual. Pero los maestros laicos de la Facultad fueron escogidos por sus conocimientos: no serían los mejores, pero tampoco de los poco destacados en

Quito, ser Profesor de Universidad siempre fue muy serio y respetable. El "magister" exponía y dictaba, como no habían textos sino para los afortunados, había que copiar los aforismos de Hipócrates, en latín, las obras de los tratadistas españoles y las traducciones de los europeos. No había cátedras de Anatomía ni Fisiología, la enseñanza médica se reducía a la clínica. Se oía mucho, dijimos ya, y no se practicaba nada. La Facultad ya tuvo una vida de medio siglo.

Una Facultad de Medicina, por humilde que sea, siempre ha sido un foco de conocimientos. El profesor universitario, por más escasos dotes que cuente, siempre logra grabar inquietudes en alumnos de inteligencia despierta y con afanes de saber. La Facultad de Quito le sirvió a Espejo para familiarizarse con los tratadistas, apreciarlos, y formar el basamento de sus conocimientos teóricos. No salió el médico, salió el teorizante de la medicina, así lo demuestra en sus "REFLEXIONES" y así escribe el Obispo Monseñor José Pérez Calama en su "PLAN SOLIDO, UTIL Y AGRA-DABLE" para mejorar los estudios médicos en la Facultad de Quito, de 1791, pero Monseñor nos dice que así mismo se enseñaba en España, y en Salamanca donde él estudió y le obligaron a aprender "cosas inútiles y ridículas", según afirma textualmente.

El médico práctico, el auténtico, se formó en el Hospital de la Misericordia, en que se crió, dijimos. Esta casa hospitalaria, edificada a los treinta años de fundada la ciudad, es de las primeras grandes construcciones de la época, cuando se estaba comenzando a usar los materiales de construcción peninsulares: la cal, el ladrillo, las tejas, los azulejos, la madera labrada y torneada, los clavos y la cerrajería.

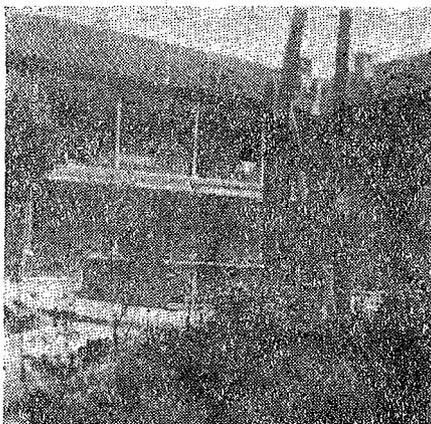
Comenzaron por acertar en la elección del sitio: separado del centro urbano de entonces, ni mucho ni poco, co-

mo aconsejaba la arquitectura hospitalaria del Renacimiento, y siguiendo los mismos preceptos, si no al margen de un río, lindando con la quebrada de Jerusalén, para lo del alejamiento de basuras y desechos, en una ciudad sin canalización, como fueron todas las urbes de su tiempo. El terreno, con declive hacia la quebrada, para lo de las aguas lluvias, a dos cuabras españolas de la monumental Plaza de San Francisco que estuvo adornada con la hermosa pila alimentada por acueducto desde las faldas del Pichincha, para lo de la provisión de agua.

La planta, de dos cuerpos de construcción cuadrangular con grandes patios, es la innovación de la arquitectura hospitalaria renacentista, el hospital "en court" que llaman los franceses. Se tuvo por anticuado seguir la planta de los hospitales de la baja Edad Media europea, inspirada en los "valentudinarium" de los tiempos de la Roma octaviana o los "nosocomium" de la Roma del cristianismo naciente. El primitivo Hotel Dieu de París estuvo edificado con esa planta, en los tiempos que estamos hablando, mientras que el Hospital de Saint Louis del mismo París no ha mucho adoptaba la planta renacentista.

El cuerpo norte en el que se comenzó la edificación, y el cuerpo sur con el que se terminó, fueron proyectados con sus dos fachadas del sobrio y equilibrado diseño conventual herreriano, llanos, armoniosos en proporciones, recortados por ventanas rectangulares en el primero y por ventanas de arco de medio punto en la hilera inferior del segundo; para romper la monotonía, un ventanal poliédrico con reja, derrocado no ha mucho tiempo, hacía un acertado contraste. Remata el muro blanqueado ancho alero con canecillos pintados, elemento árabe de la sobria fachada que completa la techumbre de teja.

El interior del cuerpo norte, en mudéjar, con jardín y



La fuente y jardín del cuerpo norte.  
(Foto del autor).

fuentes de piedra, es un rectángulo cerrado por amplios corredores, pilares exagonales de mampostería en la planta baja, pilares de madera con zapatas y barandas de madera torneada y pintada en la alta, consigue un efecto de sosiego conventual. El del cuerpo sur es renacentista, con pilares y arcos en la planta baja y macizos pilares románicos en la alta, es severo en proporciones, macizo y bien sentado, con los corredores bajos de pulida piedra, contrasta con la ligereza y encanto del primero, invita a meditar. Con el ala norte, la capilla mirando al oriente, con su hermosa fachada de piedra, es la única en Quito en que se ha dado discreto vuelo a la ornamentación plateresca. Su interior, conservado con afán, vuelto a dorar su altar por conocedores del oficio, en barroco de la mejor talla, completaron la edificación.

Los maestros de obra y alarifes lograron darle solidez y firmeza al edificio, que por trescientos noventa y cuatro

años ha resistido a las injurias del tiempo y de los hombres, ha cumplido noblemente su misión de fábrica, ha cobijado a los enfermos, a maestros y aprendices de la medicina y ha servido de hogar y escuela al más destacado personaje de la vida colonial, recio de carácter, bien sentado en sus principios, firme en sus propósitos, como lo fue Eugenio Espejo, porque fue aquí donde observó, practicó y se hizo el gran médico quiteño.

Esto nos obliga a recordar como estuvo en funciones el Hospital.

Hay un documento gráfico al que tenemos que referirnos; el lienzo que hizo pintar a un maestro anónimo el vigésimo quinto Presidente de Quito, Doctor Don José García de León y Pizarro, hombre que se las daba de devoto, "as-tuto sevillano" como dice el Doctor González Suárez, que en 1778 que corría el último año de su mando, en tiempos de Espejo ya titulado y profesional que atendía pacientes, celebró una festividad de muchos días a la Virgen de su devoción; uno de los actos fué la entrega en obsequio de la pintura de que estamos hablando, cuyo motivo es su humanitaria visita a los enfermos del Hospital de la Misericordia. Y en él estuvo este inestimable documento gráfico, hasta que manos que supieron de su valor le hicieron trasladar, con todos los cuidados, al edificio del Hospital Eugenio Espejo que terminaba de construirse en 1934, y ahí está, bien conservado, adornando la grada mayor.

De grandes dimensiones, pintado en plano, como lo hicieron los prerrenacentistas, que no conocieron la perspectiva, está concebido, también como ellos, en tres cuerpos de composición que logran armoniosa unidad de conjunto y consiguen lo que quiso el Presidente y captó y ejecutó el artista anónimo.

El cuerpo inferior es una composición de figuras hu-

manas distribuidas en arco, así consigue suplir la falta de perspectiva. Comienza a la izquierda con un fraile belermo sentado ante mesas de panes y frutas, hay acompañantes, de alcornia por sus vestidos; sigue una hilera con negrillos, yumbos, indios, mestizos y blancos, como en clasificación racial, de rodillas, ante el betlemita barbado que les imparte bendición. Todas las razas y subrazas estaban atendidas.

El cuerpo de la mitad representa dos hileras de ocho camas de madera, elevadas del piso, muy poco, con columnas y cubiertas de lo mismo. Un solo enfermo en cada cama, que es blanca. Ante el primer término de la hilera de la derecha, Fray José, jefe y dueño de casa, con calva y toda la barba, extiende su mano al "astuto sevillano" ataviado en traje de ceremonia, con peluca, casaca de seda blanca bordada, pantalón corto y ceñido, medias blancas, zapatos de cordobán con hebilla, espadín y chaleco azul rey. Un pequeño, su hijo, con casaca azul y medias blancas extiende mano cariñosa a un terroso enfermo acostado en su lecho, con ropajes claros. En la hilera izquierda de camas, dos personajes de la Presidencia, uno de azul y otro de blanco, este último con un plato en la mano, se acercan solícitos ante el primer enfermo, tan terroso como el anterior y los otros. Al fondo una puerta de arco.

El cuerpo superior es la adoración de los Reyes Magos, arreglada sobre nubes, con querubines, y un grupo bien representado de adoradores a la derecha y un pequeño grupo desvaído y muy mal colocado en tamaño y lugar a la izquierda.

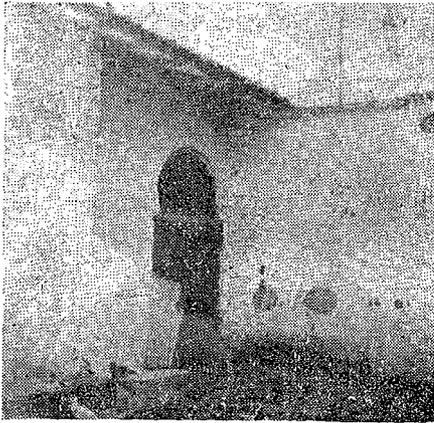
Las figuras tienen la rigidez propia de la pintura de la Edad Media, lo mismo que la forma de arreglar el cuadro, pero el manejo del claroscuro, los personajes de la derecha del primer término, el pardo del taller, el ocre y el siena

bien manejados, el efecto de nubes y la escena de la adoración son del renacimiento italiano.

Según el cuadro, y sin olvidar las libertades que en todos los tiempos se han tomado los artistas, los pacientes del Hospital de la Misericordia estuvieron en camas personales cubiertas, ni las clases pobres dormían entonces en cama descubierta, estuvieron en una sala amplia en dos hileras de lechos acomodados a los muros, se puede ver el de la izquierda.

Espejo tuvo la suerte de practicar en una casa hospitalaria construída como se hacía en España y el resto de Europa. Nuestro edificio de Hospital estuvo diseñado y construído conforme a las exigencias de la época, con concepto constructivo renacentista y elemento mudéjar, como en España. Amplio, con patios y corredores soleados, con salas de enfermos de buenas dimensiones. Con pacientes en lecho personal y ropas de cama, mientras el Hotel Dieu de París, por el mismo tiempo, tuvo a tres y cuatro enfermos en el mismo lecho, cubiertos por jergones y harapos de los mismos enfermos, en sales sucias y desarregladas, sin luz ni ventilación y lo mismo pasaba en muchos hospitales de la Europa culta.

En el cuerpo sur, lado oriental del Hospital, se construyó bajo la sacristía, con lado a un corredor interior y acceso a un tercer patio de servicio por puerta de arco árabe en herradura, frente a la antigua cocina, un aposento como de 4 x 10 metros, comunicado con una llamada "faltrique-ra" o pequeña pieza. Con sólidos muros y ventanas tragaluces, techo abovedado y piso de sillares de piedra, frío y obscuro, con muros abovedados. Sospechamos que fue una despensa o bodega, destinada a guardar y mantener frescos los víveres de la casa, por eso se construyó con acceso a un tercer patio, el de servicio, corralón que podía alojar



Puerta de la antigua despensa.  
(Foto del autor).

bestias, cargar y descargar víveres sin que esta faena interrumpa las labores hospitalarias y con acceso a otra calle, la Venezuela. Parece que por el siglo pasado y a principios del presente, se lo utilizó para vivienda de indios y familiares encargados de los más humildes servicios del Hospital. Dormían en lechos acomodados en la arquería de los muros y ahí mismo, en poyos, preparaban sus comidas.

Los conventos y casas grandes de los acomodados de la época tuvieron su "despensa", como se llamaba, en los pisos bajos, con acceso a patios interiores, en aposentos frescos. Difícil pensar que un hospital diseñado y edificado con cuidado, como el de la Misericordia, no lo tuviese, y de buen espacio, para su servicio.

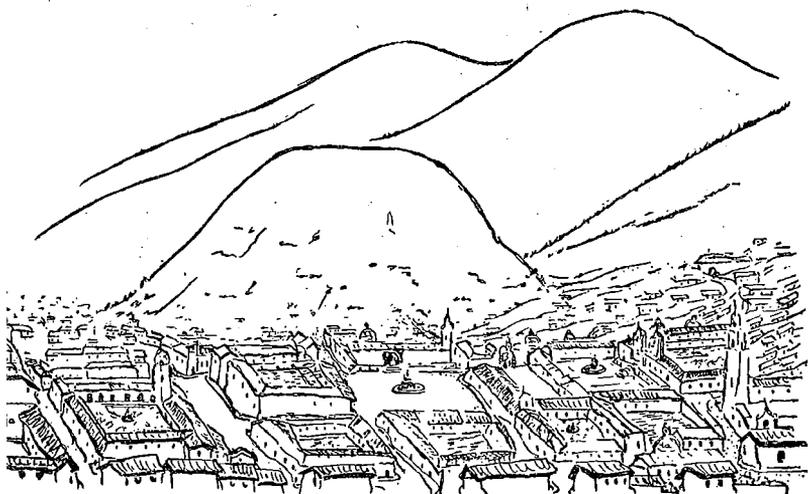
Fray José del Rosario fue el maestro que guió, ayudó, enseñó a Espejo el arte de curar y dirigió su práctica hospitalaria. El fue quien le hizo conocer el neohipocratismo de Sydenham, su concepto de la enfermedad fundamentado

en la observación, el análisis, y la ordenación lógica, clara, de su nuevo sistema nosológico de "especie morbosa"; él fue quien le habló e hizo leer las "INSTITUCIONES" de Boerhaave, con su clínica despojada de prejuicios y especulaciones medievales, lo de dejar obrar a las fuerzas naturales, de sólo ayudarlas con los fármacos, de servirse de la medicina naturista con la ventilación, la alimentación bien dirigida, la gimnasia, la vida arreglada. El le guió en la terapia de Van Swieten y su primitiva Escuela de Viena.

Espejo guardó un profundo respeto por el saber de su maestro, hasta cuando, distanciado de él, siguió aceptando su autoridad médica, su conocimiento de la botánica española y americana que despertó su curiosidad por las ciencias naturales, sus conocimientos de Farmacia que le sirvieron para aprender el arte de prescribir y su experiencia de internista que formó el médico práctico.

Quito en tiempos de Espejo fue "una ciudad de unos 18.000 habitantes, en cuyas costumbres y hábitos había una profunda huella de lo indígena, y lo español. Descuidados en la higiene personal y de la vivienda, sin educación colectiva, con abundante población indígena al servicio de blancos, con quienes tenían que convivir. Pero hay que tener en cuenta que París, Londres o Madrid de entonces no fueron ciudades mejor cuidadas ni sus pobladores se preocuparon mayormente de la higiene personal, ni sus municipios de la higiene urbana. Continuas epidemias azotaban la ciudad y despoblaban en forma alarmante la capital de la Presidencia de Quito", escribimos en 1955.

Desde 1597 en que trabajó el Doctor Valdez, Quito tuvo servicio, interrumpido por cierto, de uno y otras ocasiones varios médicos españoles, que fueron los primeros titulados que nos trajeron los conocimientos y prácticas que les enseñaron en las Facultades de ultramar. En 1736 traba-



Quito en tiempos de Espejo.—(Estampa del autor).

jan en Quito Seniergues y Jussieu con las recientes técnicas y conocimientos de la Francia del primer cuarto del siglo XVIII. En 1765 ejercían la profesión siete médicos civiles y tres religiosos, todos titulados, entre ellos los había muy respetados y solicitados, como los doctores Gaudé, Bentboll y Fray José del Rosario con sus betlemitas del Hospital. En 1768, por iniciativa del Alférez Real Don Francisco de Borja y Larráspuro e intervención del Cabildo, el Virrey del Perú nombra Teniente de Protomédico de Quito al Doctor Bernardo Delgado, que por razones de legalidad de procedimientos, interviene, pero no se lo reconoce legalmente sino en 1780. Había autoridad médica y se respetaban y cumplían sus resoluciones. Habían discrepancias entre médicos, asuntos de deontología, legalización de títulos, honorarios, reuniones de médicos en las epidemias,



El Alférez Real Don Francisco de Borja  
y Larráspuro. — (Estampa del autor).

que presidía y resolvía la autoridad del Teniente de Protomédico.

En el año de 1785 que espejo escribió las "REFLEXIONES", ejercían la medicina once médicos con título, entre ellos el Teniente de Protomédico Doctor Delgado, autoridad aceptada y médico con muchos clientes.

Un pasado inmediato y un presente con médicos de formación universitaria, española, francesa, algunos de ellos recién llegados de países como la Francia de la Ilustración, con autoridad de Protomedicato, con sacerdotes instruidos aficionados a la medicina, como el Obispo Pérez Calama y el Canónigo Bohórquez. Espejo se movió dentro de un gru-

po profesional que no podemos menospreciar. Tampoco el antecedente de la vida profesional médica quiteña en la primera mitad del Siglo XVIII.

Por esos tiempos, los médicos no tenían consultorios, acudían a las casas de los enfermos por un honorario de cuatro reales de plata, equivalente a unos cuarenta sucres. En las grandes epidemias, se reunían convocados por el Cabildo y la autoridad distribuía el servicio médico entre todos los que ejercían la profesión, por sectores. Se atendía de todo, no habían especialidades, el cirujano Seniergues fue el primero que trabajó exclusivamente en su ramo.

La legalización de títulos y el ejercicio de la profesión, vedado para los no titulados, estuvieron bien vigilados, pero las gentes del pueblo y aun los adinerados siguieron haciéndose tratar como en el siglo XVII, por los barberos prácticos en pequeña cirugía, "el arte de la mano" que llamaron los árabes; los "sangradores", seguían siendo llamados y muy solicitados para el gran recurso terapéutico de entonces, la sangría; con sombrero de anchas alas y gran capa los vio Cayetano Osculeti hasta 1852 que visitó Quito. El crédito de la medicina popular se conservó intacto. La cultura estuvo refugiada en los conventos. Magníficas bibliotecas tuvieron franciscanos, jesuitas, mercedarios y dominicos, no sólo de libros relacionados con la religión sino de los profanos. Hubo adinerados con bibliotecas particulares bien dotadas, elogiadas por La Condamine. Espejo tuvo su biblioteca particular.

Entre los religiosos hubo teólogos, latinistas, canonistas, retóricos y predicadores; entre los civiles jurisconsultos y polígrafos. Entre la clase acomodada y personajes del gobierno los había ilustrados y amantes del saber, como lo fueron el Marqués de Maenza, el de Selva Alegre y el Conde de Casa Jijón, que mantenían amistad y favorecían



El Doctor Don José García de León y Pizarro, Presidente de la Real Audiencia de Quito, visita el Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo. Lienzo del Siglo XVIII que se conserva en el Hospital Eugenio Espejo de Quito.—Foto del autor.

a los hombres de talento, como el mismo Espejo, su amigo.

Antes de la expulsión de los jesuitas se fundó la ACADEMIA PICHINCHENSE, para cultivar la Astronomía y

la Física. Después de este acontecimiento, por orden del mismo Carlos III que firmó la Real Cédula de expulsión, se inaugura en Quito, el 3 de noviembre de 1791, la SOCIEDAD PATRIOTICA DE AMIGOS DEL PAIS, a semejanza de sus similares de España, para la Agricultura, Ciencias y Artes Utiles, Industria, Comercio, Política y Buenas Letras. Espejo fue uno de sus socios más entusiastas.

Hubo una biblioteca pública, Espejo fue su primer bibliotecario. No había comercio de libros, había que conseguirlos a costo muy alto, pero se podía leer en las bibliotecas de los conventos o de prestado, de las particulares de los adinerados o estudiosos, que los tenían con mucho celo y aprecio.

Quito, capital de la Presidencia, fue una tranquila y sosegada ciudad administrativa con marcada división de clases: los personajes de la administración, españoles, la nobleza criolla titulada, los españoles pobres, los criollos artistas y artesanos, los primeros con sus talleres de pintura e imaginaria adquirieron renombre en toda la América Hispánica, los segundos hacían de ebanistas, doradores, plateros y cerrajeros, y los indios, que hicieron de alarifes, canteros, sirvientes y se encargaron de las más humildes faenas. El cultivo de la tierra fue la gran fuente de riqueza, en poder de las comunidades religiosas y nobleza criolla, el indio fue, como hoy, el que labraba la tierra.

Un sordo resentimiento entre adinerados españoles y criollos, una actitud de superioridad del noble criollo titulado, o el que se creía noble, para el que se lo hacía pasar por plebeyo, y el de todos para con el indio, mantenía en tensión una sociedad, impedía el bienestar común, el progreso, y creaba una convivencia de los peores resultados.

Y Espejo, de humilde origen, tuvo que vivir en semejante medio social. Pero ni se acobardó ni se dio por derro-

tado, pero se sintió honda, profundamente resentido, de ahí que, cumpliéndose la frase de Ortega y Gasset: "tanto cuenta el hombre como la circunstancia", tomó bríos su afán de aprender, de ilustrarse, de titularse, de tener una profesión para sostenerse y demostrar su valía, de escribir, de observar, de criticar con dureza, de revelarse contra costumbres, autoridades, adinerados, jesuítas, órdenes religiosas, autoridades médicas y hasta contra su mismo maestro y protector Fray José, pese al respeto que siempre le guardó y manifestó como a médico de saber y experiencia. Es la lucha del carácter firme y decidido contra el medio social y económico que le sofoca, contra la circunstancia ortegiana que le oprime.

Las "REFLEXIONES" de Espejo, su único escrito médico, fue reconocido valioso. Le devolvió el Cabildo para que retire los términos injuriosos y las duras críticas que contiene. A lo que se negó con firmeza.

Nada que en su tiempo no haya sido ya conocido y practicado contienen las "REFLEXIONES", su importancia radica en la observación justa del estado sanitario, higiénico y de costumbres perjudiciales a la salud en que se debatía el pueblo, la crítica de la enseñanza médica, de los médicos, de los ricos que ocultaban víveres y encarecían la vida, del régimen hospitalario, de la falta de higiene en los conventos, en los sitios públicos y en los hogares.

Dijo André Gide que "las cosas difíciles de decir son aquellas que aún no se han dicho". Y Espejo las dijo, claro, e hiriendo a muchos. Ahí está su mérito y su ejemplo de entereza, amor a la verdad y rechazo de la farsa y el disimulo.

La España renacentista contó con altos valores de la medicina humanística: Villalovos, Laguna, Llovera de Avila, Valle, Mercado, del Campo, Covarrubias y en el siglo de

Espejo: Boix, los anatómicos Martín Martínez y Piquer, los polígrafos Padres Feijó y Antonio José Rodríguez.

El humanismo tiene como orientación "un gran amor a la vida, a los hombres y a las cosas" —escribe Azorín. Su misión cognoscitiva es la cultura helénica, su crítica el dogma, el criterio de autoridad inamovible y verdad hecha y derecha del medioevo, al que recusa en lo que hay que recusar, su apego a la naturaleza y al estudio de la naturaleza, su inclinación a los estudios sociológicos y políticos. Es universalista, tiene fe en las obras de la inteligencia. Ahonda todos los ramos del saber tratando de hallar la verdad, es agnóstico y su moral busca la felicidad del hombre sobre la tierra.

Espejo tuvo una vasta ilustración humanística, manifestada en sus escritos, fue el médico humanista que nos ha legado una tradición que tenemos que sostenerla y que más cerca nos toca a los que explicamos en la cátedra universitaria, en este siglo del robot y la cohetería, con las deformaciones que han alcanzado los conceptos de arte, ciencia, cultura, democracia, con sus campos especializados, sus comodidades y apremios, que ya va siendo un fardo difícil de soportar si las cosas del espíritu no se tocan y cultivan en el sentido ecuménico, ilustrado, amplio y amoroso del humanismo.



El trastorno que trajeron las campañas de la Independencia hicieron que la enseñanza de medicina comience a decaer, a interrumpirse su curso y extinguirse, pero la práctica de la cirugía tuvo su ocasión con las acciones de

Huachi, Pichincha, Tarquí e intermedios. Los médicos castrenses se adiestraron y estuvieron atareados, se seguía la cirugía traída por Seniergues, no había antisepsia, anestesia ni analgesia, se operaba dando aguardiente hasta embriagar y, como en las campañas napoleónicas, la rapidez operatoria salvaba la falta de anestesia. La extracción de proyectiles, la curación de hondas heridas de lanza, los largos cortes de machete y sable de caballería, los bayonetazos, las fracturas y luxaciones por caídas de caballo, ocuparon a los cirujanos de tropas y les brindaron experiencia. No había gaza sino hilas, se curaba las heridas con sublimado, alcohol y lavajes de hierbas medicinales, cataplasmas, aceites, ungüentos y mantecas para desinflamar, "hacer madurar y absorber pus y sangre". Los principios de la inflamación, la revulsión y catarsis regían los métodos de curar, con el cauterio de los árabes y las restricciones muy severas de ciertos alimentos, propia, hasta hoy, de la mente popular. Los instrumentos de cirugía, transportados en estuches de madera se reducían a sondas, estiletes, bisturís, tijeras y pinzas. El éxito estaba en tener habilidad, operar rápido y que el paciente se las aguante como todo un hombre. Para gente de sensibilidad la cosa era como la muerte asegurada.

La República nos sorprende endeudados, ocupados por ejércitos que nos ayudaron a libertar, casi perdidas las costumbres de la administración civil, con todo bajo "manu militari", sin universidades ni colegios que servían de cuarteles, con los indios remontados en los rincones de las cordilleras y los mestizos labriegos escondiéndose ellos y sus ganados para librarse de los robos y tropelías de los libertadores de la Patria. Pero en cirugía castrense estuvimos bien, hasta los soldados licenciados de las tropas daban indicaciones y hacían valer su experiencia de campañas a los

pacíficos médicos civiles. Los barberos siguieron su tradición de pequeña cirugía y hacían de sangradores y algebristas.

La presencia de los ejércitos siempre han traído el florecimiento de las enfermedades venéreas, el temido "mal venéreo" se curaba con píldoras de mercurio, fricciones de unguento mercurial y pócinias de guayaco.

La Facultad de Medicina de Quito se seculariza y comienza a funcionar dentro de la Universidad Central Republicana en 1827, con profesores en la mayoría laicos, despojada, no del todo, del dogmatismo escolástico, pero con los mismos principios de la medicina intelectual y polemizante de los tiempos de la Facultad dominicana. En 1827 se crea la cátedra de Anatomía, su primer profesor fue el Doctor José Marzana. La primera labor de la flamante Facultad fue organizar disertaciones, de valor discursivo, sin demostraciones ni presentación de experiencia adquirida, pero que, con todo, sirvieron para aprender y estudiar en el campo de la medicina teórica. Acto seguido se ocupó de revisar y extender licencias para curar. En los años que siguieron continuaban atendiendo los sacerdotes en sus conventos y en la calle, los sangradores seguían más solicitados y cobraban más crédito. Los hubo de fama, como Manuel Saragozín, al que hubo que extender, con otros, licencia de curar. En 1830, todos reclamaban su experiencia y crédito popular y había que atenderlos, porque el pueblo no creía en los médicos ni de la Facultad ni de fuera de ella por su ninguna experiencia, mucha solemnidad y mucho discurso.

En Guayaquil y en Cuenca se crean Facultades de Medicina con las mismas características que la de Quito y sus mismos principios docentes.

En Guayaquil hubo médicos no sólo de estudio sino de experiencia, como los Doctores José Mascote y José Manuel

Espinosa. En Quito, el Doctor Manuel Villavicencio, graduado en 1850, fue botanista y geógrafo, nos dejó las primeras observaciones sobre Geografía Médica de la República; el Doctor Rafael Barahona, el primero en dejarse de la medicina exclusivamente teórica, armar un laboratorio clínico en su casa y hacer investigación personal sobre las funciones digestivas; fue cirujano del Escuadrón de Lanceiros y Rector de la Universidad Central. Su terapia le hizo famoso entre la clientela que atendía y en el pueblo todo, la "poción Barahona" fue utilizada por nuestros médicos hasta bien comenzado el siglo que vivimos. Tuvo cincuenta años de activa labor profesional, es nuestro primer investigador médico y nuestro primer laboratorista, para mala fortuna no creó escuela ni seguidores, pero sembró la curiosidad y cumplió así a cabalidad con su misión docente.

En Guayaquil el cirujano Doctor Francisco Martínez Aguirre trajo de su viaje a Norteamérica innovaciones y nuevas técnicas quirúrgicas. Viene de París el Doctor Ramón Flores Ontaneda estudiando y aprendiendo bacteriología, instala su laboratorio y se dedica con afán a la investigación. Muere prematuramente cuando sus trabajos prometían éxito.

Diez años después de organizada la Facultad de Medicina de la Universidad Central, en 1837, el Presidente Rocafuerte hace habilitar un local para Anfiteatro Anatómico, reglamentando la obligación de practicar una disección semanal y la distribución de cadáveres para la enseñanza objetiva, ya que hasta entonces se aprendía Anatomía en láminas. Se seguía la escuela francesa.

En 1848 Quito tenía unos cincuenta mil habitantes, Osculati, que estuvo cuatro años después, habla de 40.000.

Ejercían la profesión 32 médicos.

Las casas asistenciales vivían en su perpetua pobreza y

la atención en el Hospital ya denominado "San Juan de Dios", a semejanza de una veintena de ese nombre que seguían los principios de la organización matriz fundada por Juan Ciudad Suárez, lo mismo que el Hospicio mandado a fabricar para Casa de Ejercicios por el Obispo de Quito Juan Nieto Polo del Aguila, a comienzos de la segunda mitad del siglo XVIII y la leprosería que ocupó un pequeño pabellón aislado en el mismo Hospicio y Manicomio, se sostenían en condiciones lamentables, tanto económicas como asistenciales, estas últimas sobre todo por la falta de personal auxiliar del médico, por lo que se resuelve traer de Francia una misión de Hermanas de la Caridad, que llegan en 1869 y se alojan en el orfanatorio de San Carlos. Es un acontecimiento notable en la organización hospitalaria y un beneficio para médicos y enfermos, que va a tener poderosa influencia en cuidado de pacientes y economía de las casas asistenciales.

En 1857 el Doctor Gabriel García Moreno es nombrado Rector de la Universidad Central. Había estudiado en París y se propuso mejorar la enseñanza, con criterio progresista, observando con claridad lo que faltaba y lo que sobraba en una Facultad pobre que no salía de la enseñanza teórica y del afán de polemizar y generalizar, sirviéndose para sus juicios de conceptos y no de hechos. Mucho de leer, nada de trabajar, la Facultad seguía con los mismos principios didácticos del tiempo de sus fundadores. En siglo y medio de vida las cosas apenas habían cambiado y el Rector quería prácticas, laboratorios, enseñanza objetiva, tal como había visto en París.

Y como García Moreno era hombre que cumplía con lo que se proponía, en 1869 que ocupó por segunda vez la Presidencia de la República, clausuró la Universidad, "Disolver una Universidad no se justifica en ningún caso, ni

por ningún motivo, pero el impetuoso mandatario tenía un afán renovador que nada ni nadie podía detener. La verdad es que la Universidad estuvo acabada, necesitaba cambiar su estructura y darle dirección" —escribimos en 1952.

Dejó sólo la Facultad de Medicina, "se propuso mejorar la cirugía e iniciar la enseñanza de especialidades".

La cirugía contemporánea se inició entre nosotros con Etienne Gayraud y Dominique Domec, traídos de Francia para enseñar y organizar la Facultad de Medicina de Quito, ellos introdujeron la anestesia, la asepsia, antisepsia a la manera de Lister, el instrumental quirúrgico, la historia clínica, las técnicas de examen de enfermos, la disección, la Anatomía e Histología Patológicas y en el campo de especialidades introdujeron la Oftalmología —Gayraud fue oftalmólogo—, Dermatología y Sifilografía —Domec fue dermatólogo—, Tisiología, Leprología Medicina Social, Medicina Legal, Traumatología, Climatología y Geografía Médica; hicieron observaciones sobre el mal de las montañas, la rabia en Quito, ya mencionada por Ulloa, la prostitución y el estado social de la ciudad. En la sala de San José del Hospital de San Juan de Dios operaban Gayraud y Domec. Atentos estuvieron los cirujanos quiteños a la manera de trabajar de sus colegas franceses. Los alumnos se interesaron en seguir sus enseñanzas y se habituaron a las nuevas formas de examinar y tratar enfermos.

Organizaron la Facultad de Medicina. Nombrado Gayraud Decano, hizo aprobar un nuevo Plan de Estudios destinado a rectificar la enseñanza médica y enderezarla a la enseñanza práctica que reclamaba la época. Dejaron discípulos y sembraron inquietudes.

En 1886, de vuelta a Francia, publicaron "LA CAPITALE DE L'EQUATEUR AU POIN DE VUE MEDICO-



El Hospital "San Juan de Dios" en 1960.  
Las puertas de izquierda y derecha que  
afectan la fachada son de nuestra época.  
(Foto del autor).

CHIRURGICAL", producto de sus observaciones, traducido por nosotros en 1953.

García Moreno se propuso hacer de Quito un gran centro médico, en esto le sorprendió la muerte. Los proyectos garcianos y la obra de Gayraud y Domec inician el período contemporáneo, la medicina tecnificada, objetiva, de valorización práctica del caso a resolverse, de experiencia de los hechos observados, de adiestramiento manual, de estudio metodizado científico-natural, de valor estadístico.

Y en eso estamos, hasta que llegue el momento de iniciar el nuevo período histórico que los tiempos demandan, el de la investigación organizada y planificada, con sus centros de investigación y sus hospitales dotados para el trabajo en equipo, que son los que hacen progresar el arte de curar en la época contemporánea.



Y terminamos nuestro boceto, al que sólo ha guiado el afán de metodizar, por períodos, el estudio de la evolución de los conocimientos médicos en el Ecuador, señalando las ideas directrices del pensamiento que hasta aquí vinieron, se cultivaron y muchas veces se deformaron, sin guardar la misma cronología de origen y casi siempre con dilatados atrasos.

El período primitivo, autóctono, dio el único descubrimiento médico de alcance universal: las propiedades antimaláricas de la quina, el primer específico del paludismo; los períodos medieval y renacentista señalan la gran misión cultural cumplida por España en el campo de la medicina, como lo fue en las artes y las letras, y, el período contemporáneo, que no lo hemos tocado, nos dice de la influencia española, italiana, francesa, anglosajona, mexicana, argentina y brasilera que estamos viviendo; reclama interés por la cultura médica humanista en que están empeñadas las grandes figuras de España, Francia, Portugal, Italia, Norteamérica y México, que ven la hora de sumar a la preparación técnica y el adiestramiento profesional universitario la educación humanística, como guía espiritual de las futuras generaciones de médicos, cultivados en universidades cuya primera misión sea educar, que es cambiar de hábitos, formar mentalidades sanas, armoniosas, con amor a los hombres y a las cosas, con un sentido ecuménico de la cultura, con valor para defender las creaciones del espíritu.

En Quito, la Facultad de Medicina de la Universidad Central ha dejado de ser un "valor". Para restaurar el valor, lo selecto en cátedra se afana por conservar las orientaciones de la medicina humanística en la enseñanza médi-

ca, acabando con la banda terrible: personalismo, indigencia de cultura, rusticidad en la enseñanza, docencia incapaz pero muy capaz para el mercado de votos y calificaciones.

La cultura humanística en la preparación de catedráticos y dirección de la enseñanza, reclamada por escogidos valores de la medicina contemporánea, acabará por levantar de su postración a la Facultad y salvar su prestigio, maltratado y acabado por apetencia y abuso de autoridad, pero palpitante entre los hombres de saber y leer empeñados en el movimiento de restauración.



# VISION DE HISPANOAMERICA



## VISION DE HISPANOAMERICA

Conferencia dictada por el Prof. Dr. GREGORIO MARAÑON, en el ciclo organizado por la Embajada del Ecuador en Madrid, España, Febrero de 1953.

De la Revista SEMANA, 17 de Marzo de 1953

### FISONOMIA

El que quiera tener una impresión de América fresca, oreada, virginal que lea a uno de los viajeros naturalistas y no eruditos; por ejemplo, a Humboldt. **Ein Beitrag zur Physiognomik der Natur** es el subtítulo de uno de sus libros, aquel en que precisamente describe a Quito y su región. Y en ese subtítulo está expresada toda la pedagogía de una época, a la que tendremos que volver, me atrevería a decir que por prescripción facultativa para descansar del confuso y pedante cientificismo de hoy. Estudiar, como Humboldt, la fisonomía de la Naturaleza y describirla con la minucia

y el amor y con la naturalidad con que se describiría el rostro y el cuerpo de la mujer amada, equivale a penetrar hasta las entrañas de esa Naturaleza: equivale a poseerla, que es la forma integral de conocerla. Los estudios fisionómicos fueron uno de los grandes y representativos caracteres del siglo XVIII. El empeño de Humboldt de ver en la fisionomía de un país la totalidad de su ser revela una concepción patética de la forma como trasunto del alma. Y fue necesario la pedantería que, como lastre inevitable de su progreso, nos trajo el siglo siguiente, el XIX, para que la fisionomía de las cosas se considerara como una trivialidad, confundiéndola con lo superficial. Error gravísimo, porque la fisionomía es, como pensaban Humboldt y sus contemporáneos, la proyección de lo más recóndito que tiene la vida efímera de los seres vivos y la vida perdurable de lo geográfico.

En verdad, la cara, la fisionomía, es, como dice el refrán, el espejo del alma en todo lo que existe. Por eso es significativo el que Humboldt titulase sus estudios sobre el Cosmo como exploraciones de la fisionomía de la Naturaleza. Quitó rodeado de volcanes, era para él una prodigiosa faz a la que se asomaba el alma múltiple del Continente Nuevo.

No en vano era Humboldt, amigo, más que amigo casi prolongación del hombre representativo de la mentalidad del siglo XVIII, de Goethe. Humboldt se me parece siempre como un maravilloso tentáculo que, desde Weimar, tendía hacia las tierras lejanas Goethe, el último superhombre de la Historia, símbolo del imperio de la individualidad humana y, por lo tanto, de la perfección humana, que sólo fue posible antes de la Revolución Francesa. La Revolución hizo, sin proponérselo, que la individualidad humana saltase en pedazos para fundirse en la masa sin forma de la multitud. No juzguemos ahora si esto fue un bien o un mal y si pudo o no evitarse. El hecho es que fue así y que, después

de Goethe, todos los grandes hombres han tenido su individualidad mediatizada o por la masa o por los tiranos.

## PAIS ANTES QUE NACION

Las reflexiones anteriores parecerían inútiles; pero, en realidad, conducen el pensamiento al Quito y al Ecuador, que yo quiero rememorar, al Ecuador de Humboldt, al Ecuador del siglo XVIII. Escribo bajo los auspicios de mis amigos del Ecuador, pero me dirijo a españoles. Y ello me autoriza a referirme a personas y a cosas que son familiares a los americanos, pero que los españoles sólo conocen a medias.

Es absolutamente seguro que el americano conoce al europeo mucho mejor que el europeo al americano. Y que el sudamericano conoce a España mucho mejor que el español a Sudamérica. Por eso creo que la gran labor del Instituto de Cultura Hispánica, empeñada en enseñar al español las cosas de América, los libros americanos y los hombres que los escribieron es una labor decisiva, y aunque hubiera reparos que ponerle, si los hubiere, sería injusto detenerse en ellos y no reconocer su ímpetu por establecer el único lazo de la nueva y definitiva relación entre ellos y nosotros, que es el lento y profundo conocimiento mutuo a través de la obra de los dos.

Yo voy a comentar para los españoles que me leen algunas de las figuras representativas de la época aludida, la dieciochesca; y la elijo porque de por sí es, como otras veces se ha dicho, la etapa decisiva de las naciones americanas. El espíritu nacional americano se forma y adquiere su madurez en esa centuria. Y basta el hecho de su madurez para explicar la independencia.

Todo pueblo es una entidad viva, y por serlo está sujeto a un ciclo constante. Este ciclo pasa siempre por las mismas etapas: Familia, País, Nación. Los núcleos iniciales, las familias, se reúnen para formar el País; el País que todavía no es Nación, pero que tiene una estructura más fuerte que la Nación; la estructura espontánea y perdurable que dan los cuatro factores de creación social: la geografía, la religión, la tradición y la lengua. El País es, por tanto, indestructible, como la propia familia, a la que prolonga, y es la primera y más pura expresión de la patria. No obstante, el País puede estar sojuzgado o sometido a otra nación antes de ser él nación.

La Nación, a pesar de la literatura que la envuelve y glorifica, es, en realidad, una entidad artificial, no necesariamente sujeta a límites naturales ni formada por gentes de las mismas costumbres y tradiciones, de la misma religión, y de la misma lengua. Pero a pesar de su artificiosidad y a veces de su arbitrariedad, a pesar de los cambios que pueden ocurrir en su territorio, en los modos de su gobernación e incluso en su religión, cambios que no ocurren nunca en el País, que es siempre igual a sí mismo, la Nación es, digo, la aspiración suprema en lo político, de las colectividades humanas, porque la Nación supone, necesariamente, la independencia. Una Nación esclavizada no funciona como tal Nación hasta que recobra de nuevo su libertad. Mientras que un País esclavizado sigue siendo tan País como cuando era libre.

! Por eso, cuando el País madura, siente la necesidad de convertirse en Nación libre y acaba siempre por lograrlo. La lección de la Historia es, a este respecto, definitiva. No hay poder grande ni chico que, al cabo de más o menos tiempo, pueda impedir a un País maduro ser dueño de su destino; esto es, adquirir la categoría de Nación. En Euro-

pa, los Países conglomerados artificiosamente durante varios siglos por las conquistas o por los matrimonios regios, para formar los grandes imperios que estaban aún en pie en el siglo XVIII, se fueron independizando en cuanto adquirieron la conciencia de su nacionalidad. Lo mismo les ocurrió después a los países de América. Y hoy asistimos al comienzo de la independencia de muchos de los Países que están todavía sometidos. Sólo los Países inmaduros, por incultos o por decrepitos, seguirán, y no por mucho tiempo, en la situación de dependencia.

En el siglo XVIII maduró el espíritu nacional en todos los países americanos, preparándose para su separación de las grandes potencias europeas. Y el espíritu de este siglo quedó para siempre grabado en la evolución americana. En algunos de los Países de América los episodios de la liberación, largos y complejos cambiaron mucho la biología nacional, desvaneciendo una parte de su sentido dieciochesco, de lo que Humboldt hubiera llamado "su fisionomía" dieciochesca. Pero en la mayoría de esos Países, con pubertad más rápida, el perfil de su juventud perdura, como en los hijos muy parecidos a sus padres. Basta mirarlos a la cara para saber hasta qué punto corre por sus venas la generosa sangre del siglo XVIII. En este caso están las Repúblicas que formaron, otrora, el Virreynato del Perú y de Nueva Granada.

## INTERPRETACION DEL XVIII

(El interés por el siglo XVIII americano se acrecienta porque nos ayuda a conocer el XVIII español, el peor interpretado de nuestra Historia moderna. Esta mala interpretación se debe a que la visión del siglo XVIII ha sido en-

turbiada por el prejuicio de que en él se engendraron los sucesos revolucionarios que empezaron en Francia y acabaron por invadir a todo el mundo. He dicho **prejuicio** a conciencia de que estoy en lo cierto y de que esta certidumbre despeja uno de los grandes equívocos de la Historia contemporánea.

Fijémonos bien en esto. En la sucesión de los hechos históricos cada cosa que ocurre es hija del pasado por la razón perogrullesca de que sin el pasado no existiría el presente. Pero la responsabilidad de la herencia no está vinculada al hecho de la cronología inmediata de la herencia. La Revolución Francesa ocurrió porque tuvo que ocurrir, porque venía engendrándose, no desde el siglo XVIII, sino desde dos siglos más atrás. El jacobinismo, que fue el fruto típico de la Revolución; fruto recusable por su disfraz de liberalismo, siendo fue y es, radicalmente antiliberal, venía de muy lejos, y el historiador atento le ve atravesar el siglo XVIII como una flecha emponzoñada, pero no nace en él. No es hijo del siglo XVIII, sino más bien su negación.

El espíritu del XVIII, antes de que lo frustrara la Revolución, representa en la Historia del mundo el más logrado esfuerzo de civilización genuinamente humana, y me atrevo a decir que cristiana. Y si en Europa fue sólo una cima más, en su accidentada Historia, llena de altibajos, en América coincidió, como un primer amor, con la juventud de las nacionalidades, y dio a esta juventud, de un modo directo y sin reservas toda su espléndida sazón.

## FEIJONISMO

En España, abatida entonces por los reinados de los últimos Austrias y por la guerra de Sucesión, el impulso re-

novador del siglo XVIII tuvo también un cierto sentido de resurgimiento espiritual, paralelo al de América, aunque fueran las consecuencias políticas diametralmente opuestas. Este resurgimiento español, todavía no suficientemente estudiado y comprendido, está representado por un hombre extraordinario el P. Feijoo, cuyo eco en América, y, desde luego, en el Ecuador, fue fundamental.

El P. Feijoo significó en las Españas de los dos Continentes todo esto:

Primero, el profundo amor a la patria, compatible con el afán de universalización, con la crítica valerosa de las limitaciones nacionalistas.

Segundo, la fe en la ciencia, compatible con la dura crítica de nuestro atraso científico.

Tercero, el afán de claridad y de sencillez frente a la pedantería aparatosa y vacía de los sabios oficiales.

Cuarto, el respeto a la santa libertad del pensamiento, compatible con una rigurosa ortodoxia social, con la negación de todo progreso que no fuera evolutivo y disciplinado y, por tanto, con la negación sistemática de la Revolución.

Quinto, en fin la fe religiosa immaculada, compatible con la batalla ardiente contra la superstición y el fanatismo.

Por estas mismas cinco razones soy un apasionado de Feijoo. Y si de algo me envanezco en la vida es de haber contribuido con mi entusiasmo a recordar a los españoles y a los americanos de hoy lo que fue y lo que representó el P. Feijoo y el feijonismo.

Porque puede hablarse de un **feijonismo**, de una verdadera doctrina sobre la que gravitó una de las épocas críticas del mundo español. Y para mí, a este feijonismo se debe lo mejor de lo que después ha ocurrido y de lo que se puede esperar mañana en España y en América.

Todo esto, que parece ajeno a mi tema no lo es. Es,

por lo contrario, el camino que nos conducirá al Ecuador. Pero antes de llegar a él hay que detenerse un momento más en el feijonismo.

Sobre la eficacia del feijonismo en España nada he de añadir a lo que escribí en un libro dedicado al gran benedictino. Sin Feijoo es difícil comprender, tal como fue, a Jovellanos, la gran figura española de la articulación entre los siglos XVIII y XIX; y sin Jovellanos no se concebirían los grandes gobernantes o tratadistas políticos del siglo XIX, los que tuvieron un sentido universal, desde Cánovas y Castelar a Balnes y Donoso Cortés.

Todavía hoy, a pesar del tiempo transcurrido, todas las malandanzas recientes de la política española equivalen a olvido de los grandes principios que representaba Feijoo, y sólo atendiéndose a ellos se vislumbra el progreso futuro.

La influencia del feijonismo en América fue también muy importante y no ha sido estudiada todavía. La semilla de sabiduría y de comprensión de Feijoo voló sobre el mar y cayó en América, en el momento propicio, a la vez que aquí. Es sabido que ningún otro libro español tuvo entonces, y casi puede decirse que nunca, la inmensa difusión y popularidad de los volúmenes del **Teatro Crítico** y de las **Cartas Eruditas**. Las copiosas ediciones, según salían de las prensas, se difundían por el ámbito hispánico. No había hogar en que los volúmenes, encuadernados en pergamino, no ocuparan un lugar de honor. Un contemporáneo del Padre Maestro escribió que en la mayoría de las familias españolas la reunión vespertina, con su Rosario y su lectura de la vida del santo del día, se terminaba con la de un capítulo de las obras de Feijoo, que muchos sabían de memoria.

Lo mismo sucedía en la vida colonial, cuya patriarcal quietud empezaba a turbarse de ansias de saber y de ímpetu de libertad. El mismo P. Feijoo comenta en una de sus

**Cartas** la alegría que le produjo el saber por un viajero que acababa de llegar de las Indias que sus libros corrían por allí de mano en mano tan copiosamente como en España. El teólogo mejicano don José de Elizalde, examinador de la Nunciatura, escribió un **Parecer**, publicado al frente del tomo VI del **Teatro Crítico** y en él leemos que "no sólo la Europa se deleita con la obra de Feijóo, sino que su fama y universal alabanza extendióse hasta los distantes territorios de la América, y en muchos reinos del Asia y en las Filipinas pueden sus individuos gozar de su hermosura".

Así fue. En otro lugar he referido la emoción que huibe de experimentar hace años al tropezar una y otra vez con los libros de Feijoo recorriendo pequeñas poblaciones por la ribera del Plata, y cómo esta emoción casi se convirtió en congoja una vez en que, al pasar por una de esas poblaciones, me ofrecieron como recuerdo ciertos volúmenes que habían pertenecido a uno de los personajes de los días de la Independencia. Y esos volúmenes eran las **Cartas Eruditas** del P. Feijoo.

Tengo muchas noticias recogidas sobre el feijonismo en América y sobre su influencia, y espero lograr algún día el vacar necesario para ordenarlas y darlas a luz. En el Ecuador esa influencia tuvo gran importancia en la evolución de la incipiente nacionalidad. Nos lo demostrará el rápido bosquejo de algunos de los grandes hombres representativos de aquella hora.

## FIGURAS DE LA EPOCA

Y al hablar de esos hombres surge, en primer lugar, el de otro fraile, esta vez franciscano, Fray Vicente Solano. Había nacido en 1792, finalizando el XVIII, y desarrolló por

lo tanto, su actividad en los primeros decenios del XIX. Mas a pesar de ello, la figura de Fray Vicente es por entero dieciochesca, así como su sabiduría, su actitud en la vida pública y hasta su pergeño. Fue el Feijóo del Ecuador.

El mismo Fray Vicente Solano advirtió el paralelismo de su obra con la de Feijoo, y uno de sus más felices escritos, en el **Segundo viaje a Loja** escribía con indisimulada satisfacción, después de recordar las grandes aventuras de Feijoo, atacando la ignorancia y el fanatismo: "Lo que el sabio benedictino decía en su patria digo yo en la mía". Otros han insistido en la semejanza de ambas insignes existencias. Tomás Povedano, el autor del retrato del gran franciscano que hoy se conserva en la Universidad de Cuenca, en el Ecuador, consciente o inconscientemente, se inspiró en el conocido retrato de Feijoo, de Vázquez, grabado y difundido en los **RETRATOS DE ESPAÑOLES ILUSTRES**. Y un distinguido escritor actual, Agustín Cueva Tamariz, ha publicado un excelente libro sobre las **Ideas Biológicas de Fray Vicente Solano**, rótulo intencionalmente idéntico al de mis **Ideas Biológicas del P. Feijoo** para hacer más notoria la similitud entre ambos frailes renovadores.

!Con qué deleite lee un español, y sobre todo un español entusiasta discípulo de Feijoo, los escritos del P. Solano! A ambos, a Solano y a Feijoo, les inspira el mismo amor a su patria, la misma fe enternecedora en la eficacia de la ciencia, idéntico entusiasmo por la tolerancia como base del progreso humano y pareja necesidad de substituir los vanos sistemas filosóficos por la verdad experimental. Voy a transcribir algunos pensamientos y comentarios del franciscano del Ecuador, que podrían pasar exactamente por pensamientos y comentarios del benedictino español.

Refiere una vez Solano que, a veces, se han encontrado animales, como el sapo, dentro de grandes frutas, por ejem-

plo, la calabaza o zapallo; o bien en el interior "de una piedra muy compacta o en medio de un muro antiguo de cal y ladrillo". Y añade con palabras exactamente feijonianas: "Para el vulgo estos son misterios incomprensibles, para el naturalista son efectos que están en la esfera de las causas naturales". Y deshace este "falso milagro" con ejemplos de gérmenes vivos que permanecieron, como adormilados, dentro de otros cuerpos, y, al fin de muchos años, colocados en condiciones apropiadas, se volvieron a desarrollar. Uno de los casos que aduce es el del trigo encontrado en silos milenarios en la provincia de León, ocultando allí por los cristianos que huían ante la invasión musulmana, y, a pesar de los siglos, este trigo era todavía apto para ser convertido en harina y en pan y para ser sembrado y para germinar. ¡Cuidado, por lo tanto, con tomar como milagro simples hechos naturales! Aunque la meditación sobre estos hechos naturales revele, una vez más, el infinito poder divino. Todo lo que vive es perpetuo milagro. El brote de una flor entre millones de flores o el prodigio de una aurora entre millones de auroras obedecen a causas naturales; pero el aliento de Dios está en ellos y muestra su omnipotencia como cuando tocaba los ojos del ciego, en el Evangelio, y le hacía ver.

El P. Solano siente, como Feijoo, como todos los hombres inteligentes de su época, la maravillosa fruición de no creer en los hechos porque se los cuenten, sino sólo cuando la propia experiencia los confirma. Hoy no nos damos cuenta de lo que debió representar para aquellos hombres la iniciación del método experimental. Habían aprendido de los pensadores clásicos, como Bacon, como nuestro Vives, como Descartes, que de tejas a bajo no hay dogmas. Cada presunta verdad puede ser verdad o ser un error. Por los fueros de su inteligencia el hombre debe estar siempre dis-

puesto a dudar. La santa duda engendra la razón. Los que temen a la duda, es que, en el fondo, tienen miedo a la verdad. Dudar puede ser una angustia, pero el hombre inteligente ama a esta angustia, de la que se sale siempre, como salen del fondo del mar los pescadores de perlas, con una idea nueva en la mano.

## EXPERIMENTO Y OBSERVACION

De esta teoría de la observación rigurosa, depurada por la duda, que tiene el valor de un experimento, pasa Solano al experimento mismo; experimento pequeño, casero, pero iluminado por la misma gracia de los grandes hallazgos de los genios. Habla, por ejemplo, del río Matadero, que corre cerca de la ciudad de Cuenca, donde estaba su Convento, y le dedica este apóstrofe que parece salido de la pluma de Feijoo: "Este nombre de Matadero es el más adecuado a sus efectos nocivos", porque su agua sienta mal a cuantos la beben; pero Solano ha averiguado que la malicia del río se debe, no a influjos misteriosos, como suponen los ignorantes, sino sencillamente a que contiene mucho carbonato de cal y caparrosa verde. He aquí, agrega, "la prueba química" que la asegura: "En un vaso de agua del río Matadero he echado un poco de ácido oxálico y me ha dado un principio de cal o más de oxalato de cal. Me ha causado admiración ver proporcionalmente la cantidad de agua y la cantidad de carbonato de cal que en ella se contiene". Todo el siglo XVIII, con sus laboratorios de química rudimentarios, pero origen de los de ahora, está aquí.

Las maravillas de la Naturaleza que le circundan embriagan a nuestro franciscano y le mueven a alabar la tierra americana, en la que basta salir unos pasos de la ciudad

para gozar de la inefable dicha de descubrir. Y refiere sus hallazgos con emoción poética, a veces de calidad excepcional. Dice una vez, por ejemplo:

“La tristeza después del amor, según la observación de Aristóteles, no sólo se verifica en los animales, sino también en las plantas. El cáliz, los pétalos y todo lo que servía para cubrir y conservar los órganos de la generación de la flor se marchitan y desaparecen poco a poco, a medida que estos órganos han ejecutado la grande obra de la Naturaleza. La flor se destruye y al ovario sucede un fruto como en el animal después de la generación surge el embrión (el hijo). Todo esto encanta al que sigue la marcha de la Naturaleza y el poder y la sabiduría del Creador”.

He aquí ahora la deliciosa descripción del hornero, el pájaro amado de Martín Fierro: “Hay en Loja un pájaro que llaman yaganchi. Los naturalistas españoles le dan el nombre de hornero como alusión al nido que hace de barro en figura de horngo. Es del tamaño de un tordo, de color bermejo en la espalda y blanquecino en la garganta. Tiene el canto agradable. El macho y la hembra viven en sociedad perpetua. Aunque muchas aves hagan sus nidos de barro, como la golondrina o el vencejo, el hornero es notable tanto por la singularidad de su obra como por su solidez y artificio. Trabaja en unión de la hembra y me han dicho que convida a otras de su especie para el trabajo... En las cercanías de los ríos de Loja raros son los árboles que no tengan un nido de los horneros”.

Y véase su canto a los ojos del hombre, conmovedoramente dieciochesco: “¿Qué diremos, exclama de la vista del hombre? Es verdad que sus ojos no son telescopios como los del águila, ni microscópicos como los del caballo. Pero tiene otras recompensas. El hombre ha sido creado para la ciencia, y si todo lo viese se acabaría su espíritu inves-

tigador, le causaría hastío el espectáculo de la Naturaleza y sería el ser más desgraciado. Descubriría peligros en el aire, en la tierra, en todos los elementos. El queso que come, el agua que bebe no serían más que un conjunto de insectos abominables si el hombre tuviese una vista microscópica. Su cuerpo mismo le causaría horror al verlo transido de poros y recubierto de escamas”.

Es curioso que estos comentarios fueron rigurosamente reproducidos por nuestro don Santiago Ramón y Cajal en una de las narraciones de su libro **Cuentos de Vacaciones**, en la que describe a un sabio que acierta a colocar en sus ojos lentes de microscopio y muere de terror al descubrir los millones de microbios que nos acechan en el aire que respiramos y en el agua que bebemos, para los que, por la gracia de Dios, es ciega nuestra retina normal. Puedo asegurar que Cajal no conocía la obra de Solano. Es este, pues, un ejemplo más, entre los muchos que pueden recogerse, de coincidencia de la misma idea en cerebros lejanos y sin relación entre sí, cuando un mismo clima espiritual los baña y los fecunda. Para ese clima espiritual somos los hombres maleables como la cera. El pulgar genesiaco del tiempo en que vivimos se imprime sobre el espíritu humano, haciendo iguales a hombres que ni se conocen ni se verán jamás. En los Eliseos Campos, si allí hay humor para las bagatelas, será curioso ver enfrentarse al fraile de la Cuenca ecuatoriana y al histólogo aragonés. ¡Qué dos seres en apariencia más remotos! Pero coincidieron en sus ideas, porque tuvieron el clima común, la misma ansia de infundir la razón y la ciencia en sus respectivas patrias.

## POESIA DE ACCION

Consigno también la coincidencia de Solano y de Feijoo en un detalle de cultura urbana que anoté en mis lecturas por referirse a Toledo. Feijoo, hablando de Toledo, decía irónicamente que era la más pulcra ciudad de Castilla porque, gracias a que todas sus calles están en cuesta, las fregaba la lluvia, cuando el cielo tenía a bien llover. Y Solano repite lo mismo de Quito, recordando la frase del doctor León y Carcelén de que "No hay más policía en Quito que el aguacero". En efecto, añade el buen fraile, "Las lluvias son allí copiosas y tienen la facilidad de limpiar las calles por hallarse la ciudad en un plano inclinado".

No tendría fin este paralelo. El P. Solano, como el P. Feijoo, tenía la visión de que el porvenir del mundo era el trabajo. Lleno de fervor encomia las poesías de Pichat, populares en su tiempo, olvidadas hoy, porque el sentido presocialista de aquellos mediocres versos ha sido superado. Pichat ponía en boca de Dios estos apóstrofes a los hombres: "Trabajad, porque, viviendo vuestra vida de obreros, vivís la plenitud de la vida; el trabajo lo es todo, es la fe, el culto y la oración... Nada de lo que he creado puede compararse en grandeza a la mano y al brazo que trabajan". Los comentarios del franciscano son del más puro roussonismo: "Esta sí que es poesía, dice; poesía de acción, de creación. El poeta llega hasta el origen fecundo y vivo del pensamiento militante: es poeta y pensador". Esta idea del socialismo cristiano fue una de las creaciones del siglo XVIII. La rompió la Revolución europea amputando al obrero la religión. El trabajo, como musa, se desvaneció y surgió la poesía romántica, que es el último esfuerzo del hombre por salvar al hombre ante la masa. Lo típico del Romanticismo es que los problemas más íntimos del poeta

adquieren en sus versos categoría de acontecimientos. La multitud no existe para el romántico. No erraban los extremistas de cincuenta años después cuando consideraban como burgueses y enemigos de la Revolución a los románticos, a pesar de su aire iconoclasta y de sus vestidos de-sastrados.

## MODOS ANTES QUE COSAS

Con ternura especial me despido del P. Solano, recordando sus predicaciones exaltando la importancia de la limpieza y de la buena educación. "Se fundan escuelas, escribe, que son una maravilla, pero en ellas no se enseña a los niños lo fundamental; es decir, que tenga la cara lavada y que su trato sea cortés. Sin esto no hay civilización". ¡Cómo no conmoverse oyendo al pie de los Andes el eco de las mismas imprecaciones del Feijoo español! ¡Modos antes que cosas! He aquí el supremo programa, no sólo de la escuela inicial, sino de la Universidad. Yo lo propugno con tanto ardor que para mí, encanecido en la enseñanza, el mejor alumno es siempre el mejor educado, el más sensible a las lecciones de trato cordial; porque sin éste el caudal de conocimientos y la habilidad técnica son un arma con el filo embotado, cuando no un arma con peligroso, anti-humano, contrafilo.

Fue Solano menos universal que Feijoo. En cambio fue menos destemplado que el español; y, como escritor más correcto. En los países del antiguo Virreynato del Perú había como un filtro para depurar el castellano de voces malsonantes o extranjerizas, y la pureza del habla que hoy admiramos en los nativos de estas Repúblicas se advertía ya al final de la vida colonial.

En la España del XVIII hubo una gran influencia francesa a través de las Cortes borbónicas. Pero esta influencia, en contra de lo que ha dicho, fue no una sumisión, sino un fructífero intercambio. En un sentido peyorativo, sólo se afrancesaron los petimetres. Lo del 'afrancesamiento de España en el XVIII es una leyenda fundada en anécdotas, como la de la Marquesa del Padre Isla, que estornudaba en francés. El pueblo español pudo vestir y comer a la francesa y leer a los grandes autores franceses, todo lo cual es una señal de progreso y de buen gusto; pero pensó siempre a su manera, en riguroso español.

## IDIOMA

Pero si el espíritu español evitó el contagio, no sucedió lo mismo con el idioma, que se plagó de galicismos. Quiero advertir que yo no soy un enemigo mortal de los extranjerismos en el idioma. Creo que un idioma se debe nutrir de todo lo que representa vida en cada momento de su evolución, y en el siglo XVIII la vida francesa era la de mayor tensión del mundo. Lo esencial es digerir el extranjerismo, hacer que se incorpore al espíritu del lenguaje nacional y que no quede pegado a él como un parásito. Mi modesta pluma jamás se ha sobresaltado al inyectar en el caudal majestuoso del castellano voces procedentes de fuera cuando su uso tenía una utilidad. Porque un idioma, antes que una obra de arte, antes que un reglamento académico, es un instrumento de trabajo. Sin embargo, me duele a veces encontrar en los escritos de Feijoo muchas palabras exóticas que tenían su equivalencia eficaz en español.

Compárese esta tendencia extranjerista de Feijoo con la pureza castellana del P. Solano, ábranse por donde se

abran sus escritos. A pesar de que las lecturas francesas tenían ya un inmenso prestigio en América del Sur, y a pesar de la influencia personal que ejercieron sobre los intelectuales ecuatorianos de la época los grandes sabios franceses de la expedición geodésica, capitaneados por La Condamine, supieron aislarse del contagio idiomático y nos transmitieron el claro y noble castellano que hoy se habla en aquella República.

Pero claro es que el gran momento dieciochesco del Ecuador no se limita a Solano, hijo legítimo de su siglo, pero proyectado ya en el XIX. Otros hombres beneméritos contribuyeron también a la creación del ambiente que señaló la madurez nacional del país.

Aunque su influencia se ejerciera desde Europa, debo citar en primer lugar a don Pedro Franco Dávila, insigne naturalista, nacido en Guayaquil. Conocen bien su obra, entre nosotros, los hombres de ciencia. Su busto, lleno del empaque elegante de la época, es familiar a los que trabajan o visitan el Museo de Historia Natural de Madrid, del que Franco Dávila fue director, incorporando a sus colecciones la extraordinaria que él había formado. Fue alabado por el insigne Padre Flórez. Lo que ignoran la mayoría de los que visitan nuestro otro gran Museo, el del Prado, erigido primitivamente para Museo de Historia Natural, es que fue este sabio ecuatoriano uno de los asesores de Villanueva para la construcción del magnífico edificio que, terminado en tiempo de Fernando VII, se convirtió después en Museo de Pinturas. El romántico Jardín Botánico, que aun perdura, y sea por muchos años, conservará el recuerdo, porque los jardines, como dijo el poeta tienen también memoria, el recuerdo del paso, por sus calles umbrías, del sabio de Guayaquil, encasacado y empelucado. Aquí, en Madrid, murió a los setenta y cinco años de edad, y fue enterrado en la

Castiza Iglesia de San Luis. El Dr. Abel Romeo Castillo ha reconstituído muy bien la biografía de este gran sabio, cuya memoria es uno de los grandes lazos sentimentales (es decir, los que no se rompen nunca) que atan al Ecuador actual y a España.

Recordemos junto a Franco Dávila al Padre Juan de Velasco, naturalista también muy distinguido, autor de una **Historia Natural** que Solano cita constantemente y de la cual pensó escribir una extensa crítica.

Recordemos también al Dr. Mascote, médico y poeta, cuya obra sobre la fiebre amarilla, llena de sagaces observaciones y atisbos, y escrita en un limpio español, acaba de ser reeditada por la Comisión de Historia de la Medicina en el último Congreso de Medicina de Guayaquil.

Y al lado de estos naturalistas es forzoso anotar con reverencia el nombre del insigne riobambeño, Gobernador de la Provincia de Esmeraldas, don Pedro Vicente Maldonado, geógrafo de mundial renombre, autor de la famosa carta de la Provincia de Quito. Su valor científico fue reconocido en los grandes centros de Europa, entonces mucho más atentos que los de ahora al puro mérito y no a las circunstancias extracientíficas de los sabios. Y, desde luego, tuvo este mismo reconocimiento en la Corte española, en la que residió, con título de gentil-hombre de la Cámara Real. Fue muy amigo de La Condamine. Actuó en las grandes academias europeas y murió en plena actividad en Londres. En la biografía que de él escribió González Suárez en la **Historia General de la República del Ecuador** se hace notar el esfuerzo que hubo de vencer para alcanzar su poligráfica erudición sin maestros ni apenas libros. Acaba de publicarse su obra, con hermosos facsímiles, por el excelente investigador don José Rumazo, en la importantísima serie de **Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito**.

Séame permitido alabar esta publicación, verdadero monumento, indispensable, no sólo para la Historia del Ecuador, sino para la de España.

## ADELANTADOS

Y así llegamos a la gran figura científica de la época, la del Dr. Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, llamado el Reformador y el Precursor, cuya historia es mucho más conocida por desbordada del cauce puramente científico hacia las actividades políticas. Nació en 1747, en Quito, y su figura y actividad son también características de la fecunda centuria dieciochesca. Su memoria ha padecido la cuarentena de semiolvido que impone la muerte a muchos grandes hombres; pues durante dos siglos una niebla que enfriaba su recuerdo le ha rodeado, a pesar de que Santa Cruz, con Hipólito Unanue, el gran médico peruano, se ha considerado como una de las cumbres de la ciencia en el antiguo Virreynato. No falta su nombre en ninguna de las apologías del Ecuador antiguo; y la autoridad indiscutible de Menéndez y Pelayo le dió su espaldarazo en la **Historia de las Ideas Estéticas**. Sin embargo, es reciente su gran reivindicación, su elevación a la categoría de héroe nacional, casi en el mismo plano que Bolívar.

En el terreno médico, sus obras más famosas son la **Memoria sobre el Corte de Quina y Las Reflexiones acerca de las Viruelas**. Ambas llenas de las dos cualidades tan comunes a los grandes hombres de ciencia de su tiempo; a saber, la observación rigurosa de la realidad y la sutil penetración intuitiva. Acaso sea excesivo hablar de "las concepciones bacteriológicas de Espejo", como hace, en un primoroso comentario, el Dr. Luis A. León. Pero no cabe duda

de que su penetrante inteligencia le hizo acercarse, todo lo que permitía la ciencia de su tiempo, a la teórica actual sobre la infección y sus causas.

Por todo esto, y no hay que decir que también por su pasión de saber, por su culto a la ciencia, por su amor al libre pensar y por su actitud rigurosamente naturalista frente a los divagadores y teorizantes; por todo esto, Santa Cruz y Espejo tiene también muchos puntos de contacto con el P. Feijoo y con otro gran médico español de su mismo siglo, Gaspar Casal, el primer descriptor de la de sus coetáneos, como el mismo Padre Solano, y no tan buen escritor como éste.

Honda huella ha dejado Espejo en el Ecuador y en toda América por su saber médico, por sus campañas para la dignificación de la Medicina, por sus dotes excepcionales de pulcritud profesional, por su crítica de los curanderos y falsos doctores. Su figura es digna de perdurable recuerdo. Y a ello se añadió el entusiasmo popular que encendían sus campañas políticas y su vehemencia de polemista. El presentimiento de la libertad que vagaba por todas las conciencias tuvo en Espejo destellos tan vivos que justifican la categoría de Precursor que hoy le rodea.

Dos notas especialmente gratas para el espectador actual son su humanismo y su buena relación con los grandes españoles de su época.

Pinta su humanismo la pincelada que puso él mismo en su autobiografía, diciendo que iba siempre acompañado de la Biblia, de Cicerón, de Virgilio y de Horacio, y que le bastaba estar con ellos para sentirse donde fuera feliz.

De su relación con los españoles de pro queda el testimonio de que los que le ayudaron en las horas de persecución fueron el propio Virrey, Marqués de Selva Alegre, los principales Oidores y frailes españoles y, sobre todo,

Celestino Mutis, el glorioso botánico, cuya sombra, acompañada de la de Espejo, de la de otro gran botánico de Nueva Granada, Francisco José de Caldas, y de la del Insigne Humboldt, vemos pasar por el escenario de aquel siglo, en docta conversación, como un símbolo de la amistad de América y de España y de su sentido universal.

Me he esforzado en destacar la importancia del siglo XVIII en el Ecuador porque el estilo del espíritu humano en este siglo ha dejado una huella perdurable en la vida americana. Desde luego, en el Ecuador, que ha sido el punto de partida de estas reflexiones. Todo el vigoroso impulso que bajo los auspicios de los gobiernos actuales ha adquirido el movimiento intelectual de este gran país, tiene el acento generoso de la Europa, llena de equilibrio humanista, que precedió a la Revolución. Citaré, porque especialmente me compete, una reunión científica acaecida recientemente en el Ecuador, el IV Congreso de Medicina, cuya actividad, admirable desde el punto de vista técnico, está impregnada de un empaque que denuncia el siglo en que el hombre enfermo era todavía para el médico una entidad vasta como un mundo y respetable como un mundo, y todavía no, como ahora, un número en una estadística. Leed el discurso dirigido a la juventud por el Dr. Tanca Marengo acerca de la reforma de los estudios universitarios. Porque este problema de la crisis de la Universidad se plantea en todo el mundo y no con la aspiración limitada de mejorar las plantillas de asignaturas sino con el afán ambicioso de rehacer desde sus cimientos una institución, la Universidad, que, a fuerza de ser gloriosa, ha perdido en todo el mundo la elasticidad necesaria para cumplir profundamente su excelsa misión. Leed ese discurso y advertiréis su espíritu dieciochesco en su noble inquietud reformadora en su respeto al hombre.

¡Siglo XVIII! El estudio de su influjo en América nos ayuda a comprender el sentido de esta centuria que se nutrió del espíritu de Goethe, de Descartes, de Leibnitz y de Newton. El siglo que vió nacer la gran música, cuyo sentido y cuya eficacia civilizadora no se ha estudiado todavía, y cuando se estudie se sabrá que una sinfonía de Beethoven o un cuarteto de Mozart han evitado que se levanten muchas barricadas y que se produzcan muchos infartos del corazón. Este sentido humano del gran siglo, que se ha querido involucrar a un suceso político retardatario; retardatario por ser revolucionario, la gran Revolución Francesa; este sentido ha influido, decisiva y perdurablemente, sobre toda la vida americana, la del Norte y la del Sur.

#### COMENTARIO FINAL

Permitidme este comentario final. No está fuera de lugar hablar con un criterio biológico o, más concretamente, fisiológico de la evolución de los pueblos y de las civilizaciones. Lo inadmisible es hablar de las civilizaciones y de los pueblos, que son cosas vivas y en evolución perpetua, y como tales deben ser estudiadas, como si fueran momias desenterradas o polvorientos legajos de los archivos. Los pueblos no están hechos de documentos y de momias, sino de hombres que viven sujetos a la evolución inexorable de su condición vital. De esta condición, de su vitalidad, dependen los fastos históricos, representados en los cuadros de los museos; aquellos fastos que nos han dicho que cambiaron el rumbo de las cosas, cuando fueron, en realidad, simples epílogos de la vida.

Del mismo modo que el individuo está para siempre condicionado por las circunstancias que presidieron su for-

mación hasta que se hizo hombre, del mismo modo los pueblos están para siempre influidos por las circunstancias que presidieron su adolescencia.

La adolescencia de los países europeos está marcada del genio insigne de Grecia y de Roma, que, en lo político, supone la perpetua inquietud y el perpetuo ensayo en busca del Estado ideal. Sobre este estrato común, cada país europeo se formó bajo el influjo de otros signos, diríamos bajo el horóscopo de otras estrellas.

Nosotros, los españoles, nacimos como Nación, en la Edad de los reinos peninsulares, con su espíritu de caballería, con su sentido profundo de la individualidad y con el afán de que la religión verdadera prevaleciera sobre la media luna. Nadie podrá nada contra este sello triple que ha sido fuente de tantas horas insignes, que es también el venero inagotable de nuestra personalidad, buena y mala, a través de tantas tempestades. Lo que se llama la unidad de España, forjada por el genio de Doña Isabel la Católica, exaltó aquella personalidad, pero no creó nada nuevo. Eramos ya así y lo seremos hasta el fin del mundo.

Los países orientales, incluida Rusia, se formaron en el amanecer obscuro de la Historia bajo el signo de los hombres duros que sabían padecer, pero no compadecer. Pueblos hechos en un molde que crea Estados fuertes, pero inexorablemente pasajeros. Pueblos capaces de manejar los inventos, pero incapaces de inventar. Buenos para invadir y no para civilizar.

Y América... América nació en la aurora de la civilización humana mejor concebida, la del siglo XVIII auténtico; quiero decir el que seguía al gran esplendor de la Europa renacentista y no el que, infiltrándose en su gloria y en su buena fe, preparó la Revolución. El siglo XVIII, que era ansia de saber, deseo de justicia, amor al prójimo y glo-

rificación de la libertad. Si todo esto llegó a convertirse en un mito no fue culpa del siglo, sino de los que lo desvirtuaron.

Por eso el problema de las Américas será para siempre distinto de los problemas de nuestro mundo europeo... Para el americano, la democracia, la libertad, la convivencia tienen un sentido original, intangible, que en Europa se quebró muchas veces y hubo que recomponerlo. La libertad en Europa está llena de costuras y de parches. Las cartas que se juegan son las mismas aquí y allá; pero la psicología y la moral de los jugadores son diferentes, y lo son por razones cósmicas que no está en nuestra mano modificar.

Pero todo esto no hace sino aumentar el amor y la esperanza de los europeos, especialmente, claro es, de los españoles, frente a América. Yo veo a cada uno de los dos Continentes como una gran rueda erizada de púas. Pero la rueda erizada de púas, que sirvió para torturar al enemigo, tiene que convertirse en artificio para engranar con las púas de las otras ruedas y formar una máquina común, en la que se realice, como querían, los claros varones del siglo XVIII, el sueño cristiano de la paz del mundo.



# CREACION ARTISTICA



## POCAS PALABRAS

El conocimiento del poeta llega desde los días de nuestra estancia en Madrid. El poeta ha enviado sus versos para atender al interés con que los leíamos. La poesía es el don magnífico de la emoción, embellecida con la palabra justa. La poesía se encuentra oculta en la frase, porque el verso toma diversas formas y modalidades. Muchas veces se expresa en ritmos fáciles de aprehender, y en otras se oculta en arabescos de frase y pensamiento. En veces tiene la claridad de la sencillez, y en otras la buscada obscuridad de lo profundo. En todo caso, el verso nos sorprende con la adivinación de pensamientos que, siendo del poeta, parecieran también pertenecernos.

Y basta la somera exégesis para los poemas del español Enrique Hidalgo Vizkarrondo. El poeta ha consentido en que la primicia de sus versos sea publicada en la Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, institución abierta a todos los escritores, y, en especial a quienes pertenecen a la gran comunidad de la lengua castellana, la lengua que pasó a América y que en el Nuevo Mundo se ha extendido y enriquecido. La raíz está en España; aquí se aclimató en la esplendidez de nuestra naturaleza, que cría hombres para la libertad.

Hidalgo de Vizkarrondo anda por los veintiocho años de edad; nacido en el Puerto de la Cruz de la isla de Tenerife, hizo sus estudios en el pueblo natal; los continuó en Madrid, hasta el Bachillerato. Terminó los estudios de Derecho en la Universidad de Oviedo. Trazos largos que encierran la época terrible de España en la guerra civil: el ejército se levantó contra la República, y la tragedia se circunó por todas las tierras de España. Los niños crecieron en medio del espanto y hoy no pueden menos de pensar en ello con la vista puesta en las entrañas de los acontecimientos. Las generaciones

crecieron en el dolor del que saldrá, seguramente, una gran esperanza.

Interesa leer la obra de un poeta que no puedo olvidar ese ayer espantoso y que al hablar consigo mismo, no puede olvidar las voces amenazantes que tardan en extinguirse. Pero el poeta guarda su fe y se mantiene con la esperanza de los días mejores que han de llegar, no solamente para su patria, sino para el hombre, con todos sus atributos de señor del mundo.

**Isaac J. Barrera**

Enrique Hidalgo de Vizkarrondo

SUEÑOS CORTOS

Esta noche he soñado  
que un murciélago  
como una sombra  
con alas de seda,  
bailaba la danza loca  
que no se sabe  
que no se sabe.

Una lluvia de huesos,  
en la tierra  
con su sonido  
me recordaba  
las gotas de ese rocío  
que ha madrugado  
que ha madrugado.

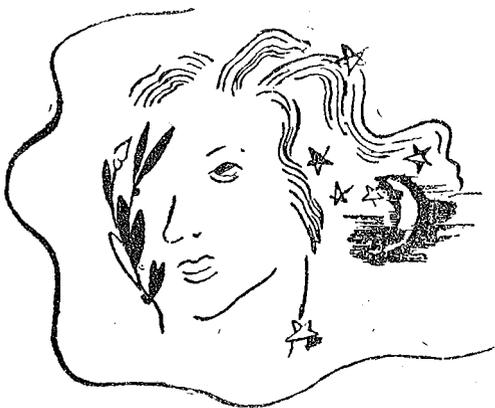
En mis manos  
yo veo un reloj  
marcando el tiempo  
que he vivido.  
Mis manos,

me recuerdan  
rosas olvidadas  
que he perdido  
que he perdido.

La muerte con su cortejo  
de miedo,  
deja el espíritu hueco.  
Hueco.  
En silencio, en mi alma  
voy dejando estas cosas, sueños  
sin sentido.  
Sin sentido.

## HE OIDO HABLAR DEL HOMBRE

He oído hablar del hombre,  
—me dijeron...—  
vivió por aquí, y me señalaron  
enormes acantilados, donde cuevas  
inmensas acunan,  
la noche sin estrellas;  
—luego me contaron—  
que inventó el fuego—  
y pintó en los muros  
extraños cuentos.  
—Continuaron...—  
Se dedicó a matar,  
y mató incluso su sombra.  
Huyó, y se llenó de vanaglorias,



venció a la tierra, al mar, al aire, al fuego;  
pero tuvo que enterrarse  
en hormigon armado,  
dejando puertas y ventanas  
—puertas— para huir, si la ocasión llegaba  
—ventanas— para mirar al todo y a la Nada.  
Inventó la guerra,  
este juego le duró siglos,  
—tuvo tantas variantes—  
luego pensó, que la guerra de las ideas  
era mejor. —Destroza más—.  
Un pedazo de carne, no dice nada .  
un hombre sin alma,  
aturde el pensarlo.  
La muerte —su gran problema,  
¡qué no había hecho, para camuflarla!  
Según mis últimos informes, el hombre,  
se dedica a hacer puertas—  
y ya no asoma la ventana.  
Está lleno de miedo—.  
lo que más le duele, es que sabe

existe El.  
'Que no tiene miedo.—  
Pensando desespera;  
¿Qué hacer con su conciencia?  
A veces se emborracha, otras se suicida.  
pero El, siempre se pone delante  
y su vista nubla con su presencia inefable,  
es inaudito, si yo les contara...  
de su odio,  
y como cuando se ve portador de soledades,  
como le llama. Es impresionante,  
oir a un Hombre solo diciendo:  
Señor, Padre Nuestro...  
Yo les podría contar tantas cosas sobre esto.  
Ahora, el Hombre,  
dicen que es un niño mal ambientado,  
e investigan su infancia...  
lo someten a tests  
de tarados mentales,  
así vamos viviendo, pensando que tal vez  
el hombre debería volver  
a la caverna.  
Esta idea parece que gusta,  
y la gente afila su ingenio  
como las ratas sus dientes,  
oliendo los escombros,  
las ruinas...  
Pero yo me pregunto:  
es posible que El,  
no ponga sus Manos,  
sobre sus hombros y le diga  
—a este ser portador de soledades—  
¡Detente! Como dijo,  
¡Levántate y anda!

## ... MI NOMBRE ES LEGION

SEÑOR:

déjame hablar contigo  
este pequeño momento  
de tiempo;

ya sé  
que no puedes  
abandonar

TU VISTA de águila,  
del aire,  
del fuego,  
del agua  
y de la tierra.

Pero escúchame,  
o al menos deja  
en mi alma,  
la impresión  
de haberme escuchado.

¿Por qué,  
cuando morimos  
no muere también,  
todo aquello  
que estuvo  
con nosotros  
y nosotros con ello?

¿Por qué,  
cuando vivimos,  
no vive  
si no por el contrario  
perece  
lo que no queremos  
perezca;

Amor, Felicidad, Satisfacción

y amigos  
cuando apenas,  
de ello  
la primavera obtuvimos?  
¿Por que,  
aquello  
que merece  
la pena  
de llegar a descubrir  
su razón,  
dando con ello  
lo que hay en ella  
de grato,  
se tiene que dejar  
en la región,  
de la duda eterna  
obligándonos a componer  
un artificio,  
que dé a nuestra  
existencia  
una base  
por la cual  
vivir,  
estando dispuestos  
siempre,  
para luchar  
por ella,  
temiendo,  
el atentado  
contra lo entronizado  
que toma,  
la categoría  
de intangible  
y sagrado;

y que cualquier  
audaz perverso,  
puede convertir  
a la menor  
vacilación  
de nuestra  
perenne guardia,  
en un juego fatal  
de mentira  
y de verdad.

Viviendo  
en ese desasosiego  
en el cual existimos,  
por no haber,  
un principio exacto,  
constante—  
que no admite  
componendas.  
¿Por qué,  
no nos das ya  
LA VERDAD,  
dejándonos a la ventura  
de míseras conclusiones?

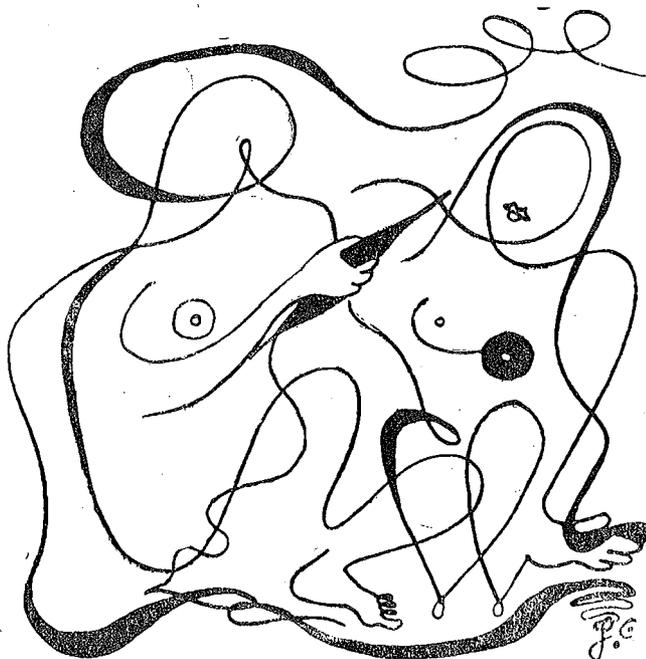
¿Por qué,  
tenemos que vivir  
pidiéndote razones,  
con lo fácil  
que te sería  
mostrarnos tu Faz,  
inefable  
de seráfica  
paz infinita,  
en la que todos  
quedaríamos

serenos;  
pudiendo ahondar  
y hallar  
en nuestra alma,  
el principio  
y el fin  
—sin guías—  
que nos señalen  
nuestras intenciones,  
causa,  
por la cual  
vivimos,  
—diríamos huyendo—  
de nosotros mismos,  
temiendo mirar  
a nuestros hombros  
y ver en ellos,  
colgar,  
el peso del pecado?  
**¡SEÑOR DEL PECADO!**  
Perdóname,  
si en algo,  
te he ofendido;  
yo sólo he preguntado,  
pero el silencio  
que es silencio,  
se ha quedado  
tan callado...  
y porque soy,  
tu hijo  
quiere saber de TI,  
por eso,  
te he pedido  
este pequeño

momento  
de tiempo,  
que como verás,  
es NADA.  
Con respeto.

### SOÑEMOS

Te besé en la noche  
sin que tú lo supieras  
estabas dormida,  
quizá soñabas.  
Yo, tan lejos estaba,  
que no pude apreciar  
si tú también me besabas.  
Otra noche vendrá,  
pensaré que estoy cerca  
y querré despertar.  
Entonces la alborada,  
será quien me diga  
que fue un sueño fugaz.  
Al dormir, las estrellas  
que cantan al mar,  
oigo la brisa  
que murmura tu nombre  
y me pongo a soñar.  
¡Ojalá me muriese  
sin poder despertar!



## OVIEDO

El camino era largo,  
las primeras estrellas  
como las luces en la ciudad,  
comenzaban a iluminarla.  
Entre las sombras  
de aquella tarde  
un caminante  
lentamente  
iba tomando forma

a medida  
que las sombras  
iban perdiendo  
luz.

El camino era largo  
y la tarde también,  
duraba más el tiempo.

Parecía todo  
aquello un milagro.

Tenía los montes a la espalda  
y los pájaros, ya en el nido  
lo veían avanzar  
en silencio.

El camino se dejaba sentir  
pero el caminante  
ausente de todo aquello  
pasó por mí,

—uno mas a quien decir  
¡con Dios!—

El camino es largo  
convertida su mano  
en gesto, al pasar  
me dijo: ADIOS!

### SECRETO

Al mirar a las estrellas  
siento como si ellas  
supieran de nuestro amor.  
Me parece que en la tierra

somos únicos los dos  
y por eso a las estrellas  
les pregunto con ardor  
¿sabéis algo de mi amor?

## SINGLADURA POR DOS AÑOS

### 1

El Horizonte gris,  
el mar azul, inmenso.  
La Soledad  
es tal, como no la hay  
en otra cosa del mundo.  
La Luz comienza a crecer,  
es sol.  
El día en el mar  
ha comenzado.

### 2

Un barco, una tormenta, tierra  
son las sorpresas del navegar.  
Nostalgia, recuerdos, hablar,  
son los pensamientos del alma  
inquieta  
ante el silencio de alta mar.

## 3

El Capitán,  
 con su dignidad eterna  
 enarbolando el poder.  
 El Marinero alegre  
 canta y trabaja,  
 —medita también—  
 cuando llegue a Puerto...

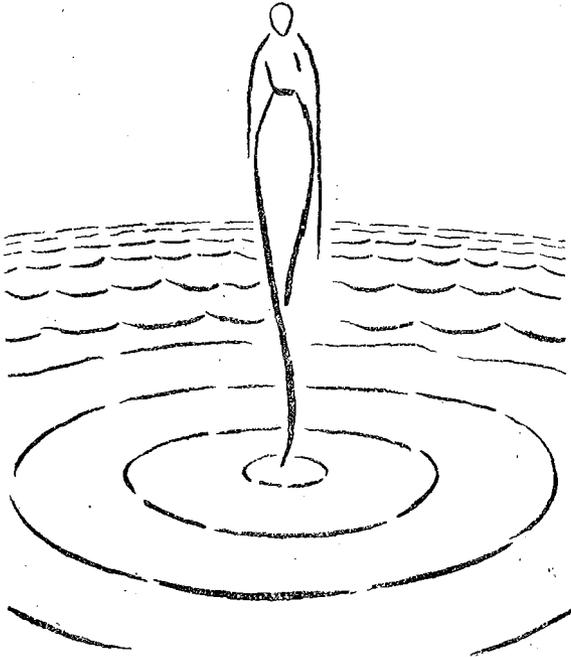
## 4

La Noche está ahí  
 con todas las estrellas...  
 Venus, la Cruz del Sur.  
 En la Aurora,  
 como las mariposas  
 alrededor de la flor blanca  
 de la Luna,  
 saldrán los luceros...

## 5

Brindar al Horizonte,  
 al mar, al cielo  
 todo lo que de tierra  
 yo llevo...  
 Navegar, y el delfín  
 plateado azul, elegante  
 atleta a proa...  
 haciendo camino  
 como un marinero más.

La Bahía  
—verde mar.—  
Mi velero  
—lobo de mar—  
en ella descansa.  
En Tierra, las luces  
las montañas...  
invitan a soñar  
y de nuevo a desear  
**EL SILENCIO, LA ESPERA...**  
en Alta Mar.



## KROMBORG

Tu lo sabes Kromborg...  
En lo hondo de tu vientre,  
en tus oscuras mazmorras  
me llenaste el alma  
de angustia y desolación.

La muerte fría,  
también me la señalaste  
helada en tus almenas  
que vigilan con ojos grises  
el Sund.

Tu lo sabes Kromborg...  
Sobrecogido  
en tu  
"Salón de los Caballeros"  
vi a Feng asesinar una vez más  
a Howendill,  
y nada pude hacer.  
Gorutha aterrada al pasar errante  
me dijo .. que me fuera...  
que Hamtel estaba al llegar...  
sentí el miedo aquí dentro  
y huí...

Tu lo sabes Kromborg...  
que estás maldito.  
El viento del atardecer,  
al llegar el crepúsculo,  
en espectro te convierte.  
Entre la letal neblina

el vaho y la humedad  
desapareces y te pierdes.  
Tu impresionante soledad  
estremece.  
Me llenas de inquietos augurios:  
siento en mí  
tu voz y tu eco  
en un diálogo de horror...  
Kromborg, Kromborg, Kromborg  
me has llenado el alma de espanto.

## YO TE AÑORO

En la noche de los tiempos...  
cuando la vida  
fue un profundo suspiro de Dios;  
y el sol era un niño  
que en su cuna azul jugaba,  
cuando la luna pensaba  
que algún día sería novia  
y las estrellas descenderían  
como hadas de la noche,  
llevando al alma de los cautivos  
la esperanza...  
Yo, ya te amaba y soñaba  
en llenar tu vida con amor,  
—brindar con la copa feliz—  
Cuando el abismo fue  
como dos manos que se abrieran

el agua era una golondrina  
que retozaba de surco en surco,  
de piedra en piedra, piando alegría  
por ser sólo agua con alas. . .  
Cuando el mar fue una lágrima,  
la ola un encaje,  
la playa un espejo,  
Yo, ya te amaba y soñaba  
en llenar tu vida con amor,  
—brindar con la copa feliz—  
Cuando la Primavera,  
como un gorrión vino a poner  
su sonrisa  
de acción de gracias por todo  
a los pies del padre común,  
y el horizonte del mundo  
era inocente,  
yo, ya te amaba y soñaba  
con llenar tu vida de amor  
—brindar con la copa feliz—

## EVOCACION

Es esta noche. . .  
un poco del ayer  
escapándose del olvido.

Antes de dormir quiero  
evocar tu presencia

donde estarás?  
(me asalta el pensamiento)  
—creo me perteneces—  
es un embrujo —lo sé—.  
Muchos sentimientos compartimos  
tantos...  
que mi corazón  
se resiente de tu ausencia.

Eres como una aurora boreal  
reflejando en el lago de mi recuerdo  
un espectro maravilloso  
a veces ni creo  
tu pasar en mi pasado.

Eres como las alas  
de todos los pájaros del mundo  
que también se las lleva el viento.  
Si hay palabras para expresar mi sentimiento  
confieso estar desolado  
cuando te recuerdo en mi silencio.

## INTIMIDAD

Si el Amor es temblar  
ante lo bello,  
es también incertidumbre  
desasosiego—  
ser de uno y no repartir

con nadie, es silencio  
de lo nuestro,  
es mirar, es sentir  
es vivir para dar  
sin recibir;  
si eso es amor  
es lo que yo siento  
por tí.

### **ELEGIA SILENCIOSA**

La luna baja por el río  
y en la noche,  
el silencio va dejando palabras,  
palabras olvidadas  
palabras ausentes  
que los hombres han perdido

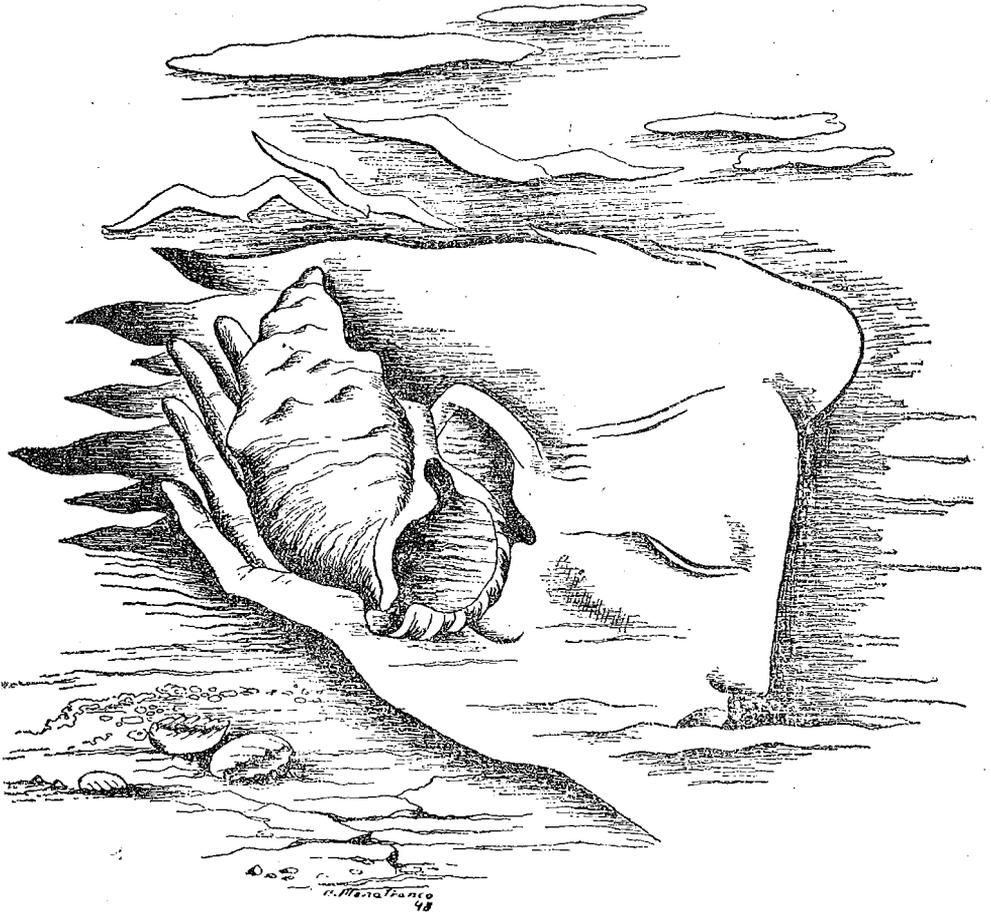
El agua va buscando su camino...  
peregrina de labios plateados  
va desnuda...  
a veces se tapa  
con los besos de las hojas  
que a su paso cayeron enardecidas.

La luna del río va sacando.  
las gotas del rocío;  
será luego el collar de perlas  
que pone a la aurora  
para hacerla más esbelta...

A lo lejos el Eco cantando  
repite la historia  
en los montes  
hasta el amanecer,  
por romper el encanto  
los ágiles dedos del Sol  
campesinos de otra fantasía  
la de querer vestir a la noche  
que una vez más se le escapa.

“A...”

Azul de día  
azul de noche,  
¡Siempre azul!  
son tus ojos.  
Olas del mar  
besan la playa  
al mirar tú.  
¿Por qué callar?  
mi admiración  
por ese azul  
que un pintor  
supo crear.  
Por un capricho,  
por un azar,  
tus ojos son  
azul del mar.



## CADENAS Y PERLAS

Tu fuiste para mi,  
como las hojas de los árboles  
son para la Primavera  
—caricias—

Cuando solo acompañado  
con mi soledad,  
era un vagabundo de ambientes.

Tú con tus besos,  
que parecían alas de mariposa  
me acompañabas.

Los días eran perlas, las horas  
cadenas; Tú y Yo eslabones.  
Todo pasó de prisa, ya nada queda.  
¿Recuerdas?

### DEN LILLE HAVFRUE

Me vas llenando el alma...  
y en mi silencio  
te voy sintiendo.

Allá en tierras lejanas  
has quedado eterna  
y me miro a mis manos  
que acariciar pudieron  
tu belleza;  
ahora en el vacío  
ya no te encuentran.

Oigo al mar,  
acostando suavemente  
la ola niña  
y toda tu ausencia

me inquieta transformándome  
en horizonte  
que reza en el altar  
de las estrellas.

Cuando pienso en tus días  
cuando pienso en mis días  
algo aquí dentro  
se me rompe.  
Te siento  
en el fantasma de lo incierto  
y un deseo hondo me hace  
buscarte,  
peregrinando en el azul  
de las distancias  
entre flores de ausencias  
que nacen en los labios  
de senderos,  
por los cuales la brisa  
andariega  
lleva entristecida  
a la nostalgia ciega.  
Me vas llenando el alma  
en mi silencio.

## **EL CHIMPANCE**

Todo un símbolo de dudas infinitas...  
muestra impresionante  
de cosas que parecen

no cristalizaron,  
encontrando la suprema  
forma.  
Su mirada, queriendo  
y no pudiendo,  
llenar los vacíos  
presentidos,  
sin saber por qué  
negados.  
Sus manos, sus garras...  
sin poder crear,  
—condicionadas—  
a profundos reflejos;  
¿son acaso garfios  
abordando nadas?  
Sus gestos, ese querer hablar,  
qué angustia se siente...  
qué fatalidad,  
si de pronto,  
sorprendente  
se expresara.  
¿Qué tiene en el fondo?  
pensar que pudo "ser",  
mas negado el "soplo"  
ahí está solo, solo él.  
Su cuerpo de frontera  
de aquí, de allí.  
¡Cuánto hombre lleva!  
¡Cuánta bestia es!



## DE CARA AL FUEGO EN UN HOGAR DE DINAMARCA

El fuego alborozado  
con ansiedad va desvistiendo  
a la joven madera.  
Los hombres alrededor...  
—como una costumbre sagrada,  
ensimismados...  
cada cual parece se va encontrando  
con todos sus ausentes.  
La madera joven está sufriendo  
la terrible prueba  
y nada puede hacerse  
para darle una muerte

más suave.

Es necesario que su vida  
se marche por el sendero ondulado  
del fuego...

como se fueron también  
los recuerdos y todo aquello  
que nos fue abandonando  
y nada pudo hacerse.

Es una forma de que regresen  
a través de nuestro hondo silencio  
por ello estamos alrededor del fuego  
unidos por los mismos sentimientos  
de ausencia y de presencia a la vez:  
Es esto igual que la llama eterna  
de los tiempos que siempre  
tienen algo que decir.

### COMENTARIO

Mi tristeza no tiene palabras  
está aquí dentro.

Me he encontrado  
una vida  
y no he podido dejar de  
atenderla,  
yo con ella  
nos vamos marcando  
los caminos

que ni traen  
ni llevan  
a nadie.  
En silencio me encuentro  
con ella,  
muchas veces no puedo  
ni hablarla,  
y la gente nos pasa diciendo...  
palabras, palabras, palabras.  
Yo no intento que usted  
me comprenda,  
deje en paz este comentario  
me molesta que quiera  
acompañarme.  
Yo me siento extranjero  
en mi tierra,  
yo me siento más solo  
que nadie.

### RETORNO

Se me está metiendo  
la noche con estrellas...  
pero yo espero la alborada  
con una guirnalda de gaviotas.  
Tengo el sentimiento  
acariciado por la tristeza  
pero será una flor huérfana  
la que me traiga la alegría.



En los senderos  
encontraré crucificados  
todos los vientos  
y tendré para ellos  
una plegaria;  
no me detendré a consolarlos  
porque nada puede hacerse.

Por doquiera que yo vaya  
el mundo me ofrecerá su mano  
y como viejos camaradas  
sentiré la satisfacción  
del encuentro inesperado  
a la vez que le digo adiós  
porque soy un peregrino inquieto  
enamorado de la nada.  
Se me está metiendo la noche  
con estrellas  
pero yo espero la alborada.

## PARA TI

Esta noche  
me pertenezco;  
como el sol  
a la mañana,  
como la luna  
a la penumbra,  
como las estrellas  
al atardecer,  
como los luceros  
al alba,  
como las nubes  
al cielo,  
como el ruiseñor  
al abeto solitario,  
como el bosque  
al silencio,  
como el recuerdo  
a la nostalgia,  
como la tristeza  
a la melancolía,  
como el pecado  
al hombre.  
El día hoy,  
mendigo palabras,  
la tarde hoy,  
fue un centinela,  
la noche hoy,  
se llama imposible.  
El día,  
la tarde  
y la noche,  
fueron caballos

desbocados,  
sin cabeza.  
El día,  
la tarde  
y la noche,  
fueron tres lenguas  
de fuego,  
castradas por el agua  
del silencio.  
El día,  
la tarde  
y la noche,  
se hicieron con los minutos  
un cubilete,  
con los segundos  
los dados,  
—fue cruel la partida—  
Todo cuanto tenía  
que perder,  
perdí.  
—Dentro de mi,  
la conversación  
de una fantasmal  
cascada.—  
Era la muerte  
vestida  
de olvido,  
era el mundo entero  
convertido  
en angustia,  
lo que yo  
sentía.

La Eternidad,  
cual si fuera  
una columna  
cobijaba  
al Destino,  
y en ella  
enroscado  
trenzado  
aros con aros  
negando  
su respuesta,  
cuando yo pedía  
tu presencia  
anhelada,  
pero sin remisión  
ausente.

—Yo, yo sabía todo esto—

pero mi fe,  
¡Ay mi fe!,  
me gusta creer,  
y por eso hoy creía  
lo imposible;  
lo imposible  
querida, eres Tú.

Me gustas,  
porque eres  
el conjunto  
de mis  
ambiciones,  
una promesa  
un principio  
de absurdos,  
un fin  
que no podré  
saber jamás.

Por eso esta noche,  
me perteneces,  
como la música  
encuentra la inspiración,  
como las palabras  
figuran en el ballet  
de la fantasía,  
como los besos  
buscan la magia  
de unos labios,  
como las lágrimas  
se entregan  
al consuelo,  
como el amor  
embruja  
sin decir  
por qué.  
Como la vida  
es todo,  
y Tú,  
eres todo  
para mí.  
Esta noche  
como todas  
las noches,  
donde estés  
—contigo siempre—  
pese a quien pese,  
cielo y tierra  
nada puede  
impedir  
que yo te quiera,  
que yo esta noche  
con mi fantasía  
te tenga aquí.

## TU NOMBRE

Tus ojos marcharán...  
y con ellos cuantas cosas  
se me van.  
Mas todo quedará igual,  
sólo yo,  
sabré porque están en camino.  
La gente brindará  
con su risa  
y toda una guirnalda de labios,  
darán forma a una copa  
de indiferencia  
que tú pedirás  
para beber tedio  
sin comprender  
—por querer evitar—  
lo que nunca  
podrás saber ya.  
Hay algo que está  
en tí, —también en mí—  
pero no está en nosotros  
saberlo,  
pertenece al devenir  
que siempre es un misterio.  
Es algo que existe,  
a veces, parece  
fácil de entender,  
pero es difícil, difícil  
decir qué es.  
Tuve tristeza en el corazón  
y comenzó a llover



sobre mi alma,  
todos los pensamientos  
ausentes  
vinieron silenciosamente  
y cada uno de ellos  
dijo Tu Nombre,  
despertando en mi  
todo un pasado  
que al final  
siempre vuelve.

## PROMESA

Me dijo: volveré...  
y yo la veía tan lejos  
que no la podía creer.

Sus manos misteriosas  
las sentía por doquier  
a veces, sin querer —queriendo—  
miraba a todas  
para ver  
si en una  
la podía ver.

Ha pasado tanto tiempo  
que ya he perdido la fe...  
me dijo el correo del viento  
voy amor, voy—  
pero no sé, no sé  
que hay de cierto.

Todos los días miro al cielo,  
azul, verde, naranja, violado, rojo y miel;  
cambian los colores...  
¿Y a mi amor? qué le pasa a mi amor?  
Si, mientras tanto —¿Qué le pasa?

Acaso no es un misterio,  
cuando se tiene un sentimiento  
con muchos labios, —son sus palabras—  
un anhelar en el silencio  
un pedir casi temblando,  
añorar el ir enloqueciendo  
cuando por la escalera de mi nostalgia  
sube lo que tengo yo pensando.

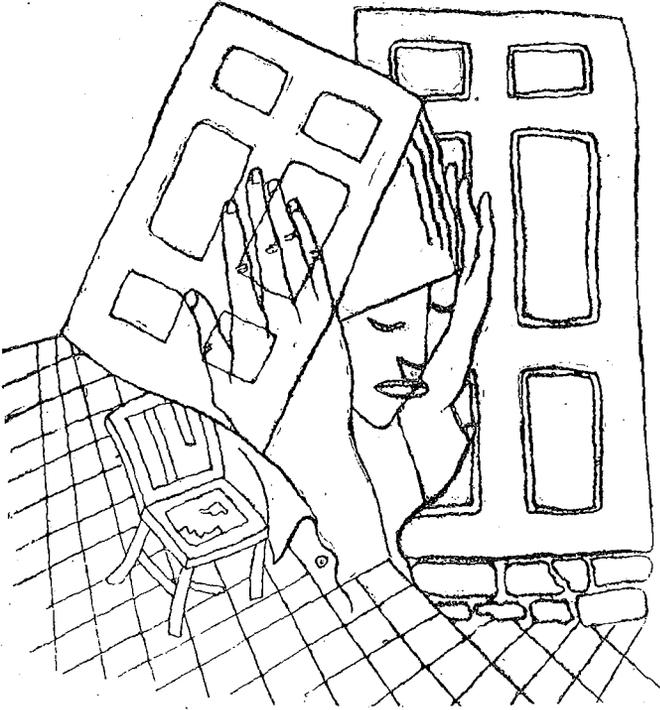
Volverá, volveré, volveré...  
es ahora la oración de un poseso  
que está aprendiendo a rezar  
con palabras extrañas  
en las cuales no quiere pensar.

### MI CANCION PARA TI

Cuando vaya mi bien,  
te diré aquellas cosas  
que no tienen palabras  
que no las pueden tener.

Con la pluma caída en el vuelo  
de un ángel  
con ella escribiré mi poema  
que por ser aire...  
Sólo tu sabrás encontrarle.

El tiempo tendrá brillo de esmeraldas,  
tus silencios eternos  
como miríadas de campanas  
repicarán en el alma.  
—Alma de alondra  
perfume de ensueño  
canto de aurora—  
...y todo será  
como los sueños,  
ese bergantín alado  
que cada noche hace una travesía  
por el mar de las estrellas.



### EBE

Difícil es no encontrar  
nada en tus ojos,  
aquella mirada tuya...  
Y en la tarde  
ya todo estaba decidido,  
aquella mirada tuya...  
Tus ojos delataban  
lo inevitable,

aquella mirada tuya...  
¿Cuánto tiempo habías  
presentido el hecho?  
aquella mirada tuya...  
Pasaron las horas,  
los punteros hicieron  
la mueca convenida,  
la mueca que decide  
el momento de marcharse,  
aquella mirada tuya...  
De donde salieron  
esas circunstancias  
que cuando parecíamos estar  
solos, había guardia permanente?  
aquella mirada tuya...  
Fue todo tan de prisa  
que cuando quise hablarte,  
aquella mirada tuya...  
Con ella comencé a pensar  
la manera de volver a verte,  
pues aquella mirada tuya  
no se ve siempre...

## **DORMIDA YO LA ENCONTRE**

Dormida yo, la encontré  
entre flores desprendidas  
en el campo, sin heridas,  
dormida yo, la encontré.

# NOTAS



## **INDICE DE LOS CONVENIOS CULTURALES DEL ECUADOR**

### **I**

#### **CONVENIOS INTERNACIONALES GENERALES**

Creación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, (UNESCO), Londres, 1945, Noviembre 16.

#### **VIGENTE**

Protocolo que modifica el Convenio de Ginebra de 1923, sobre represión de publicaciones obscenas. Nueva York, 1947, Noviembre 12.

#### **VIGENTE**

Protocolo que modifica el Acuerdo de París de 1910, sobre represión de publicaciones, Nueva York, 1947, Mayo 4.

#### **NO VIGENTE**

Acuerdo para facilitar la circulación de materiales audiovisuales educativos. Nueva York, 1949, Diciembre 29.

Acuerdo para facilitar la importación de objetos de carácter educativo. Nueva York, 1950, Diciembre 22.

Convención Universal sobre Derecho de Autor. Ginebra, 1952, Setiembre 6.

## VIGENTE

Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado, La Haya, Mayo 14 de 1954.

En vigencia la Convención y el Reglamento de aplicación.

Protocolo a la Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado, Conferencia de la Haya 14 de Mayo de 1954.

No vigente aún para el Ecuador.

## OTROS CONVENIOS MULTILATERALES

Derecho Internacional de Rectificación. Naciones Unidas.  
No vigente. Aprobado en el año de 1954.

Convención sobre Canje de Publicaciones y Documentos Gubernamentales entre Estados, 10a. Reunión de la Asamblea de la UNESCO.

4 de Diciembre de 1958. No vigente todavía.

Convención sobre Canje Internacional de Publicaciones.  
10ª Reunión de la Asamblea de la UNESCO.

4 de Diciembre de 1958. No vigente.

Convención para facilitar la Circulación Internacional de Material Visual y Auditivo de Carácter Educativo Científico y Cultural.

Tercera Conferencia de la UNESCO. No vigente. 1948.  
Abierto a la firma el 15 de Julio de 1959. Suscrito por  
el Ecuador el 29 de Diciembre de 1949.

Acuerdo para la importación de Objetos de Carácter  
Educativo. Quinta Asamblea General de la UNESCO.

Suscrito por el Ecuador el 22 de Noviembre de 1950.  
No vigente.

Convenio de la Unión Latina. Segundo Congreso de la  
Unión Latina, Madrid 1954.

## VIGENTE

### II

## CONVENCIONES CULTURALES INTERAMERICANAS

**Segunda Conferencia Interamericana.—México, 1901-1902.**

Convención sobre Canje de Publicaciones Oficiales,  
Científicas y Literarias.

Ratificada pero no depositada la ratificación.

Convención para la formación de los Códigos de Derecho  
Internacional Público y Privado de América.

Convención sobre el Ejercicio de las Profesiones Libe-  
rales México, 1902 Enero 28.

## NO VIGENTE

Convención para Protección de Obras Literarias y Artís-  
ticas. Suscrita 27 de Enero de 1902.

Ratificada, pero no depositada la ratificación. Octubre  
8, 1906.

Tratado sobre Patentes de Invención, Dibujos y Modelos Industriales. 27 de Enero 1902.

Ratificada, pero no depositada la Ratificación. Octubre 8, 1902.

**Tercera Conferencia Interamericana.**—Río de Janeiro, 1906.

Convención sobre Patentes de Invención, Dibujos y Modelos Industriales, Marcas de Fábrica y Propiedad Literaria y Artística. (reemplazada por otros instrumentos).

Convención sobre Derecho Internacional. Suscrita el 23 de Agosto, 1906.

Ratificada Noviembre 1º, 1909. Depositada la Ratificación Noviembre 1º, 1909.

#### NO ESTA VIGENTE

**Cuarta Conferencia Interamericana.**—Buenos Aires, 1910.

Convención sobre Propiedad Literaria y Artística. 11 de Agosto.

Reemplazada por Convención de Buenos Aires.

Convención sobre Patentes de Invención, Dibujos y Modelos Industriales. Suscrita 20 de Agosto, 1910.

Ratificada 8 de Abril, 1914; Depósito 31 de Mayo 1914.

**Sexta Conferencia Interamericana.**—La Habana, 1928.

Revisión de la Convención de Buenos Aires sobre Protección a la Propiedad Literaria y Artística, 20 de Febrero. Reemplazada por la Convención de Washington, 1946.

**Séptima Conferencia Interamericana.**—Montevideo, 1933.

Convención sobre Enseñanza de la Historia, 26 de Diciembre.

### VIGENTE

**Décima Conferencia Interamericana.**—Caracas, 1954.  
Fomento de las Relaciones Culturales. 28 de Marzo.

### III

#### OTRAS CONFERENCIAS INTERAMERICANAS

Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz.  
Buenos Aires, 1926.

Convención para el Fomento de las Relaciones Culturales Interamericanas.

### NO VIGENTE

Revisada por la Convención para el fomento de Relaciones Culturales de Caracas, 1954.

Convención sobre Orientación Pacífica de la Enseñanza.

### NO VIGENTE

Convención sobre facilidades a Exposiciones Artísticas.

### NO VIGENTE

Convención sobre Intercambio de Publicaciones.

### NO VIGENTE

Convención sobre Facilidades para las Películas Educativas o de Propaganda.

VIGENTE

Convención sobre la Universidad Interamericana. Panamá, 1943. Octubre 4.

NO VIGENTE

Convención Interamericana sobre Derecho de Autor. Washington 1946. 22 de Junio.

VIGENTE

IV

**CONVENIOS CULTURALES REGIONALES**

Acuerdos Bolivarianos. Ecuador, Bolivia, Colombia, Perú, Venezuela, Caracas, 1911.

Acuerdo sobre Propiedad Literaria. 16 de Julio.

Acuerdo sobre títulos Académicos. 17 de Julio.

Acuerdo sobre publicación de Documentos. 22 de Julio.

Acuerdo sobre Historia del Libertador. 22 de Julio.

VIGENTE

**Convenio Regional.**—Convenio sobre Ejercicio de Profesiones Liberales. Montevideo, 1889. Febrero 14.

V

**CONVENIOS CULTURALES BILATERALES**

ARGENTINA.—Convenio Cultural 24 de Mayo de 1954.

NO VIGENTE

BOLIVIA.—Ejercicio de Profesiones de Abogados y Médicos. 3 de Diciembre 1887.

VIGENTE

BOLIVIA.—Canje de Publicaciones. 20 de Mayo de 1938.

NO VIGENTE

Intercambio Cultural y Becas para Estudiantes y Profesionales. 13 de Junio de 1943.

NO VIGENTE

Canje de Publicaciones. 13 de Junio de 1943.

NO VIGENTE

Exención de Tasas Consulares para estudiantes, 13 de Junio 1943.

NO VIGENTE

Equivalencia de Estudios. 13 de Junio de 1943.

NO VIGENTE

BRASIL.—Convenio Cultural. 24 de Mayo de 1944.

VIGENTE

BRASIL.—Declaración sobre Intercambio Cultural y Técnico.

Quito, Marzo 5 de 1958. Registro Oficial N° 614 de 12 de Setiembre de 1958.

COLOMBIA.—Protocolo sobre Intercambio de Producciones Literarias. 28 de Marzo de 1876.

NO VIGENTE

COLOMBIA.—Ejercicio de Profesiones.—3 de Mayo de 1895.

VIGENTE

COLOMBIA.—Canje de Publicaciones, Oficiales, Científicas y Literarias. 21 de Agosto de 1916.

NO VIGENTE

COLOMBIA.—Convenio Cultural de 11 de Junio de 1958.

Quito.—Aún no está en vigencia.

CHILE.—Ejercicio de Profesiones Liberales. 9 de Abril de 1897.

DEROGADO

CHILE.—Mutuo reconocimiento de Exámenes y de Títulos Profesionales. 17 de Diciembre 1917.

VIGENTE

CHILE.—Convenio de Intercambio Cultural. 30 de Octubre de 1943.

NO APROBADO

CHILE.—Convenio sobre Canje de Publicaciones Científicas y Literarias.

De 16 de Abril de 1894.—No está vigente.

Convenio Ampliatorio de la Convención de 9 de Abril de 1897, sobre Libre Ejercicio de Títulos Profesionales.

Suscrito el 16 de Agosto de 1902.

DEROGADO

CHINA.—Convenio Cultural.—de 12 de Junio de 1959.

NO VIGENTE

ESPAÑA.—Propiedad Literaria, 30 de Junio de 1900.

VIGENTE

ESPAÑA.—Reconocimiento de Títulos y de Incorporación de Estudios. 31 de Diciembre de 1903.

NO APROBADO

ESPAÑA.—Canje de Publicaciones de Derecho Internacional. 2 de Abril de 1904.

NO APROBADO

ESPAÑA.—Convenio Cultural. 5 de Mayo de 1953.

VIGENTE

ESPAÑA.—Protocolo Adicional al Convenio Cultural entre el Ecuador y España de 5 de Mayo de 1953. Protocolo Suscrito el 6 de Diciembre de 1954.

VIGENTE

ESTADOS UNIDOS.—Convenio de Intercambio de Publicaciones Oficiales, de 29 de Octubre de 1947.

NO VIGENTE

Acuerdo para la financiación de ciertos programas educacionales. De 31 de Octubre de 1956.

VIGENTE

FRANCIA.—Propiedad Literaria. 9 de Mayo de 1898.

VIGENTE

FRANCIA.—Protocolo Adicional a la Convención sobre la Propiedad Literaria. 1º de Julio de 1905.

VIGENTE

FRANCIA.—Protocolo Complementario de los Anteriores, 12 de Diciembre de 1952.

VIGENTE

ITALIA.—Validez Recíproca de Títulos. 7 de Marzo de 1952.

VIGENTE

MEXICO.—Relaciones Culturales, 10 de Agosto de 1948.

VIGENTE

PANAMA.—Canje de Publicaciones Oficiales y Literarias, 12 de Enero de 1944.

NO APROBADO

PERU.—Acuerdo sobre Libre Ejercicio de Profesiones Liberales. 23 de Marzo de 1888.

VIGENTE

PERU.—Protocolo de Intercambio de Publicaciones Literarias. 9 de Agosto de 1889.

VIGENTE

URUGUAY.—Publicaciones Literarias. 10 de Junio de 1885.

URUGUAY.—Convenio sobre Relaciones Culturales, 16 de Mayo de 1955.

VIGENTE

VENEZUELA.—Libre Ejercicio de Profesiones Liberales y estudio en Colegios y Universidades. 13 de Junio de 1894.

NO VIGENTE

## VI

### ESTIPULACIONES DE CARACTER CULTURAL

En los Tratados que ha celebrado el Ecuador con los siguientes países:

**BOLIVIA.**—15 de Octubre de 1894.

Arreglo Postal, para el Intercambio de Valijas Diplomáticas, correspondencia oficial y particular. Liberación de Porte para Libros y demás Publicaciones.

#### VIGENTE

**BOLIVIA.**—17 de Abril de 1911.—Tratado de Amistad, Garantías para la Propiedad Literaria y Artística. Ejercicio de Profesiones.

#### VIGENTE

**COLOMBIA.**—10 de Agosto de 1905.

Tratado de Amistad, Ejercicio de Profesiones.

Vigente, (menos el artículo 11 que fue desahuciado por Colombia).

**CHINA.**—6 de Enero de 1946. Tratado de Amistad. Establecimiento de Escuelas.

**EL SALVADOR.**—29 de Marzo de 1890. Tratado de Amistad, Ejercicio de Profesiones.

#### VIGENTE

ESPAÑA.—16 de Febrero de 1840.  
Tratado de Paz y Amistad. Ejercicio de Profesiones.

VIGENTE

FILIPINAS.—24 de Marzo de 1948. Tratado de Amistad. Establecimiento de Escuelas.

NO VIGENTE

GUATEMALA.—6 de Mayo de 1890. Tratado de Amistad. Ejercicio de Profesiones.

NO VIGENTE

JAPON.—26 de Agosto de 1918.—Tratado de Amistad, Ejercicio de Profesiones.

NO VIGENTE

MEXICO.—10 de Julio de 1888. Tratado de Amistad, Propiedad Literaria.

VIGENTE

Con la reforma de la Convención que modifica el artículo primero, de 10 de Julio de 1888.

## VII

**Carta de la Organización de los Estados Americanos. — Capítulo XII. — Consejo Interamericano Cultural. — Estatuto del Consejo Interamericano Cultural.**

VIGENTE

## TRES NUEVOS POETAS DEL ECUADOR

En una geografía de sorpresas, que cambia los panoramas en sucesión ascendente, desde la estampa costera de manglares hasta las polvorientas mesetas que lindan con los altísimos nevados, los climas reflejan los cambios de paisaje y se superponen "por pisos", según la antigua y atinada expresión del sabio Carlos María de La Condamine. Al Ecuador le cuadra mejor que a ningún otro el nombre de "país de tres pisos". El piso bajo se encuentra al nivel del mar, y allí el calor es tórrido. Los valles templados de la Sierra corresponden al piso medio, y la elevada meseta al piso alto, sobre el que se elevan los cónicos tejados de nieve de los volcanes.

A pesar de su tropical hermosura, la costa no ha tenido un poeta de la naturaleza. Sólo unas pocas imágenes de color se hallan dispersas en la obra del jesuita Aguirre (siglo XVIII), de Olmedo (siglo XIX) y, entre lo moderno, de Fálquez Ampuero, de Falconí Villagómez y algún otro poeta olvidado. Entre aquellos que han expresado con más vigor la vida del negro en la poesía, sobresale Adalberto Ortiz con su libro **Tierra, Son y Tambor**. En cambio, en la novela, es grande el número de escritores que deben su inspiración al aliento cálido de la costa, desde Francisco Campos y Baquerizo Moreno hasta el celebrado "grupo de Guayaquil" y el propio Ortiz con su impresionante **Juyungo**.

Hay una poesía característica de las regiones templadas, en donde florece un virgilianismo apacible, del que se dan frutos maduros y olorosos particularmente en Cuenca, Ambato y Loja, en el primer cuarto de nuestro siglo. Las tierras

altas, de atmósfera pura y despejada, han encontrado sus intérpretes en los poetas de la realidad, cuyos exponentes últimos son César Dávila y Jorge Adoum.

El ciclo de la exaltación de la tierra, del hombre y de la vida del Ecuador parece clausurarse con la llegada de nuevos poetas, cuya preocupación esencial es la exploración de su reino interior. Esos poetas pertenecen al linaje de Alfredo Gangotena, el gran inadaptado, cuyo lenguaje sabio y delirante a la vez le sitúa dentro de la familia de Lautréamont, Max Jacob y Pierre Jean Jouve. Estos cantores de la angustia, que oscilan entre la plegaria y la blasfemia, son los "desterrados en la tierra" y ya no caminan como Baudelaire y Rimbaud por el bosque de los símbolos, sino por el país relampagueante de las alegorías.

El parentesco espiritual con Gangotena es evidente en Miguel Angel Zambrano, aunque éste va más allá que el autor de *Noches* en la descripción de un mundo de pesadilla. Su libro *Diálogo de los Seres Profundos* es un retablo macabro, como esos que solían tallar los artistas medievales para despertar con sus figuras de enlutados y de esqueletos la idea de la vanidad de las cosas humanas. Zambrano ama sin duda los grabados de Dureró y las pinturas del Bosco y de Brueghel. Toda su poesía es una "Danza de la Muerte". Antes que un diálogo, su poesía es un monólogo, un soliloquio en que el poeta evoca el miedo de los seres humanos, el incendio, la pestilencia y otros cuadros pavorosos. Los hombres son sólo "esqueletos vestidos por un día" y todo no es sino una "gran caída en el espacio". La sonrisa de los paisajes amables, el esplendor solar, el encanto misterioso de las cosas no pasan de ser engaños, apariencias para ocultar la única verdad: el hombre está al borde del abismo.

La actitud del poeta que denuncia la falacia cósmica es incompatible con las cinceladuras de la expresión, con la música mesurada, con el deleite de la imagen y con las exigencias de la forma. El canto se derrama por todos los cauces, atropellado y libre:

¡Oh la esférica sombra de estrellas y vacíos carcomida  
y en polvaredas cósmicas sin término expandiéndose!

.....

**Y el gran reloj astral  
dejó caer un cero de sonoro vidrio  
sobre el campo sembrado de alaridos inmóviles.**

Miguel Angel Zambrano, atormentado por un "viento de fantasmas" se inscribe en las filas del nihilismo muy de moda en Europa. Todo lo que nos rodea es un anuncio de aniquilamiento, según el poeta. La flor está devorada por el gusano; ninguna cosa merece una mirada de amor. Ningún consuelo para el destierro terrenal, ninguna fe en el hombre:

**La cabeza del lobo está en la entraña.**

Pero en medio de esta tormenta apocalíptica, una estrofa en loor de la estrella Sirio abre de pronto una puerta al más allá y delata el camino de salida —quizás hacia el resplandor metafísico— que tomará el poeta en el futuro para libertarse de sus obsesiones:

**En la Mano Infinita cómo brilla  
titilando de amor y de esperanza  
Estrella Solitaria, cirio de la agonía.**



También es huésped de la sombra Jorge I. Guerrero —según lo prueba su libro *Sombra Incesable*— pero sus pasos no se encaminan al descubrimiento del reino del vacío y de la muerte. El poeta busca más bien los jardines de la vida y cree en los signos de las cosas. Todavía el mundo no es un desierto, ya que existen la amistad, el amor, la solidaridad humana. La muerte está presente, pero ¿quién piensa en la muerte cuando hay tanto por hacer?

La soledad es enemiga del hombre. Para herir mejor a su adversario, se disfraza de ausencia, de tristeza, de escepticismo. La soledad roe la existencia humana y la envuelve en una "sombra que no cesa". El poeta se siente acosado por esta soledad:

**... mis ojos veían en todas las estrellas  
inquietos letreros de ausencia.**

La lucha con la expresión poética es palpable en Jorge I. Guerrero. Sus poemas muestran en su plasticidad el proceso del modelado como las vasijas de barro llevan el sello del pulgar del alfarero. Sin embargo, la forma es libre y cambia a cada giro de la rueda del torno. Lo importante para el poeta es expresar la melancolía de un mundo que no es otra cosa que una acumulación de soledades. Así, en el "Recado del árbol triste", dice:

**Tu corazón partido en una hoja  
manando ese licor como rocío  
sin alto vaso fiel que lo recoja.**

La mirada del poeta busca a su alrededor, más que la clave del existir, la forma de evitar el dolor universal. Cualquier armadura protectora —aun la del misticismo— le parece aceptable si posee eficacia contra la lanzada del dolor. Pero, infortunadamente, nada detiene el arma que causa el desgarramiento doloroso:

**Adán se hiere al borde del Edén,  
se hiere también el caminante  
a la sombra de Dios.**

La comprobación de esta evidencia le ha llevado al poeta a buscar otros caminos para liberar al hombre, entre ellos el de la acción social. Jorge I. Guerrero pertenece a esa generación de idealistas, en cuyas filas se han distinguido escritores como Alejandro Carrión e Ignacio Lasso que, desaparecido en plena juventud, dejó un hermoso libro, **Escafandra**, verdadero manual poético para el buceo de la subconciencia. Alejandro Carrión ha levantado estandarte de polemista y dirige fieramente sus ataques contra los bastiones del prejuicio y de la injusticia, sin abandonar la creación poética y novelística. El poemario de Jorge I. Guerrero es sólo un peldaño de la escala que le llevará a una más ancha poesía de solidaridad humana.



En otro plano de edad, con menos años, pero con fértil experiencia literaria, Alfonso Barrera Valverde ofrece en su libro **Testimonio** la prueba de que es posible conciliar la actitud escéptica ante el mundo con la rebeldía o con lo que los franceses llaman "inconformismo".

Después de publicar varios libros poéticos en que figuraban apresadas en la red metafórica las aves y las plantas ecuatoriales, Barrera Valverde se encamina hacia nuevos horizontes, hostigado por un cotidianismo intrascendental y monótono. La exaltación de la primera hora ante el descubrimiento de las cosas, se apaga y diluye al convertirse en costumbre. El poeta comprueba:

**Que el agua, el corredor y la escalera  
llegan a ser profundamente diarios.**

De esa comprobación al desencanto hay sólo un paso. ¿De qué sirve la alabanza de las cosas, si éstas permanecen inmutables, cansándonos con su presencia permanente? Pero, el poeta no debe contemplar las cosas como un fin, sino como un medio para llegar a la interpretación global de la realidad, como un trampolín para saltar en el espacio o, por lo menos, como un punto de partida para comprender la relación entre el mundo y el hombre.

Barrera Valverde ha comprendido esta lección de las cosas y ha colgado de un árbol su vestidura de hombre confiado y de sencillo guardabosques de la poesía. Ha enterrado con sus propias manos algunos mitos y ha entrevisto un símbolo estremecedor:

**la ventana de iglesia cual ataúd abierto.**

En su pecho ha ido encendiéndose la rebeldía como una llama al viento. ¿Es esta una rebeldía contra la sociedad, contra los dogmas, contra los tiranos del mundo? El poeta no lo sabe todavía. Se ha puesto en camino hacia los humildes y se siente estremecer ante el espectáculo de la injusticia. Símbolo de esta búsqueda de algo desconocido es el viaje que últimamente ha emprendido al Japón, donde el poeta se enfrentará con nuevas dimensiones de la realidad. El pensamiento oriental, comprimido y simbólico, le pro-

porcionará otros instrumentos de penetración en el mundo de las cosas; pero, sobre todo, le enseñará una noble tradición de humildad y de amor a todo lo que vive. Y esto le salvará a Barrera Valverde de la actitud negativa de las civilizaciones cansadas.

**Jorge Carrera Andrade**

**LA PALOMA DE VUELO POPULAR — Elegías, por Nicolás Guillén. — Buenos Aires. — Editorial Losada, — 1958.**

Figura sobresaliente, auténtica y prestigiosa figura de la poesía hispanoamericana, Nicolás Guillén nos invitará en todo momento a leer sus producciones con singular interés. En 1931, el público de habla española admiró como un acontecimiento poético original, su libro **Sóngoro cosongo**. Don Miguel de Unamuno, esbelta y luminosa voz de España, suscribió entonces unas líneas de fervoroso aplauso para el privilegiado autor cubano. Un poco más tarde, Guillén publicó **West Indies Ltd.**, con poemas penetrados ya de los motivos sociales, en un franco afán de incorporarse a la militancia ideológica y política. En 1937 presentó un nuevo libro: **Cantos para soldados y sones para turistas**, continuación de la misma temática social del anterior. Con **España, poema en cuatro angustias y una esperanza** y **El son entero**, Nicolás Guillén había preparado el camino a su más última publicación: **La paloma de vuelo popular y Elegías**.

La lectura de este nuevo libro de Guillén nos ha llevado, entre otras consideraciones, a una que nos parece indispensable de precisar en esta breve nota. Se trata de la discutible calidad artística, de la precaria vigencia estética de los poemas que reúne el volumen en cuestión. Y es que Guillén, poeta de profundo y reconocido talento artístico, alta y privilegiada sensibilidad lírica, no se manifiesta en sus producciones últimas como el espontáneo y libre creador de sus primeros tiempos. En **La paloma de vuelo po-**

**pular**, por el contrario, asume la simple actitud del escritor de obra dirigida, que, deliberadamente, deja de lado las fuentes de la propia y personal inspiración, y se pone al servicio de una causa ideológica y política que bien puede ser favorecida por otros medios de la expresión intelectual, mas no precisamente —a nuestro parecer— por los conductos de la creación lírica. Es por esto que, poema como “Pequeña letanía grotesca en la muerte del senador McCarthy”, o “Sputnik 57”, entre muchos otros, adolecen del inconsistente sabor del cartel, desgastado ya por el uso y abuso de poetas enfervorizados pero totalmente privados de estro creador. Poemas, pues, como los mencionados, difícilmente podrán sobrevivir en la, por otra parte, admirable y admirada obra poética de Nicolás Guillén.

La observación anterior-se desprende de un hecho digno de anotarse. Consiste el asunto en la siguiente verdad y realidad: Nicolás Guillén, por buena parte de su obra, ha probado de modo pleno su extraordinaria capacidad para la creación poética. En las mismas composiciones del libro que estamos señalando, corre palpitante y vivo un aire lírico de gran poder. Mas, interferido por la pasión política, ese noble aire se enrarece de trivialidad, de objetividad vulgar, de monotonía. Cabe, en consecuencia, aceptar sin reservas la calidad artística de esos poemas? Más aún, merece elogio la actitud de un poeta bien dotado como Guillén, frente a los riesgos de una creación condicionada, de fina efímera y perentoria?

La respuesta a las interrogaciones anteriores no las podremos dar nosotros, que no pasamos de ser aprendices de lectores; pero la verdad es que en torno a ellas se libra actualmente una ardua discusión, y a través de todas las latitudes de la cultura universal. Creación libre o creación condicionada? Por nuestra parte, sencilla y modestamente, apenas si diremos nuestro anhelo porque los excelentes dones del gran poeta cubano se viertan en el futuro por los anchos y eternos cauces de su propia e intransferible inspiración.

**A. Ch.**

**ODAS ELEMENTALES, por Pablo Neruda. — Buenos Aires. Editorial Losada.**

En este volumen se encuentra, seguramente, una abundante muestra de la más última producción poética de Pablo Neruda, que unos años antes consistiera de un gran libro intitulado **Canto General**.

Estas "Odas Elementales" que tratamos de señalar en estas breves líneas de recensión bibliográfica, parecen estar concebidas en tono menor, y han sido escritas en torno a temas sencillos y cotidianos. De todos modos, en su conjunto, obtienen recrear un ágil y variado mundo de realidades y cosas familiares al hombre y al mundo en que habita. En cuanto a su parte formal, hay que reconocer en la obra un fácil dominio de la imagen, un transparente y espontáneo manejo de la metáfora. Constituyen, pues, así, estas "Odas", una especie de menudas acuarelas, trazadas sin esfuerzo ni artificio, a través de una gama de vivos y variados colores, e insufladas permanentemente de un calor vital de honda inspiración.

Alrededor de la obra poética que ha publicado Pablo Neruda en los últimos años, se ha generalizado una discusión que, en síntesis, alude antes que nada a la posición ideológica del consagrado poeta chileno. Los argumentos, como es natural, para esa discusión, han salido de varios campos de la consideración estética y humana; pero es lo cierto que la controversia ha dejado de ser tal al momento de verificar la calidad definitiva de dicha obra poética. Queremos decir que, con observaciones y reparos parciales, el nombre y la obra de Pablo Neruda han quedado conservando su prestigio de siempre; esto es, el prestigio de un creador auténtico, que nació bajo el signo de una sensibilidad lírica incontrastable y privilegiada.

Pablo Neruda, hemos dicho ya, recrea en sus "Odas" una nutrida y colorida galería de cosas y objetos de común y diaria existencia. Parece que en esta forma quiere ofrecer al mayor número de lectores el fruto de su canto poético. Empero sucede que en muchas de sus composiciones, el poeta cobra un vuelo lírico de gran sensibilidad, en modo tal que se hacen patentes las grandes fuentes del creador de

verdad. Dentro de su sencillez de tema, las "Odas" se vierten por cauces de alta calidad lírica, y constituyen, por lo mismo, creaciones dignas de un espíritu selecto. O sea que Pablo Neruda, con sus "Odas Elementales", no sólo que sirve al lector común, sino que atiende también a las requisitorias de su mundo poético interior, pleno siempre de mensajes para el lector exigente en el campo de la creación artística.

A. Ch.

**CONQUISTADOR**, por Archibald Mac Leish. Versión española por Francisco Alexander. Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960.

Sin tiempo suficiente todavía para un examen mas o menos detenido de esta nueva publicación de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, queremos anticipar unas pocas líneas a título de información bibliográfica, pues tenemos la plena seguridad de que la noticia sobre tan interesante novedad editorial, ha de ser acogida con singular beneplácito entre los lectores de esta Revista.

A raíz de la publicación de HOJAS DE HIERBA de Walt Whitman, en versión española de Francisco Alexander, por la misma Editorial de la Casa de la Cultura, nuestro país alcanzó una alta y merecida distinción en el campo de la cultura literaria y en el de la labor editorial hispanoamericana. Se trataba de un aporte primigenio dentro de esta clase de trabajos de traducción, ya que la consagrada obra del cantor y poeta norteamericano había sido vertida al español sólo parcialmente. Con el trabajo de Alexander se alcanzaba la publicación de la obra íntegra, y conforme al texto de la edición definitiva de 1891-2.

En esta ocasión, Francisco Alexander presenta otra traducción de singular importancia. El afamado poema de Archibald Mac Leish, CONQUISTADOR, no ha sido conocido en idioma español sino a través de traducciones parciales.

Por lo mismo, Alexander y la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana vienen a merecer un especial y alto reconocimiento cultural por esta nueva publicación. Y ya habrá ocasión para que ese reconocimiento se haga presente no sólo en el Ecuador, sino también en los comentarios y las críticas que provengan de otros países de habla española.

Entre otras interesantes anotaciones que hace Francisco Alexander en su Introducción a la traducción, vamos a transcribir por lo menos la siguiente: "En la historia de la humanidad —dice—, pocas hazañas son comparables a la de Cortés y sus soldados. Es sorprendente que la Conquista de Méjico no haya inflamado antes la imaginación de los poetas, y que le hubiera estado reservado al norteamericano hacer de esa hazaña tema, por primera vez, de una creación poética de gran alcance. Al presentar esta versión, completa y fiel, de CONQUISTADOR al público de habla española, lo hago —termina— con el convencimiento de que le ofrezco una de las obras más representativas —y más valiosas— de la poesía norteamericana contemporánea".

A. Ch.

# INDICE

	Págs.
<b>ENSAYO Y CRITICA</b>	
<b>Las Formas de la Cultura en el Ecuador, Alfredo Pareja Diezcanseco</b> .....	7
<b>Quito y su Mensaje de Cultura, Fr. José María Vargas, O. P.</b> ..	40
<b>Importancia Histórica Mundial de las Naciones Unidas, Alfredo Vera</b> .....	59
<b>La América Latina en la Escena Mundial, Teodoro Alvarado Garaycoa</b> .....	77
<b>Goethe y su Concepto de Dios y lo Divino, Hanns Heiman</b> ..	89
<b>Algunas Consideraciones sobre la Moderna Novela, Paul Engel</b>	117
<b>Panorama de la Historia Republicana de Chile, Carlos Vallejo Báez</b> .....	142
<b>Lincoln, el Genio Literario, Jacques Barzum</b> .....	186
<b>EL PENSAMIENTO CIENTIFICO</b>	
<b>Médicos y Medicaciones en el Ecuador</b> .....	207
<b>Visión de Hispanoamérica, Gregorio Marañón</b> .....	247
<b>CREACION ARTISTICA</b>	
<b>La Espera, Juan José García C.</b> .....	275
<b>Pocas Palabras, Isaac J. Barrera</b> .....	285
<b>Sueños Cortos, Enrique Hidalgo de Vizkarrondo</b> .....	287
<b>NOTAS</b>	
<b>Índice de los Convenios Culturales del Ecuador, Rafael Alvarado</b>	333
<b>Tres Nuevos Poetas del Ecuador, Jorge Carrera Andrade</b> ....	347
<b>La paloma del Vuelo Popular, A. Ch.</b> .....	352
<b>Odas Elementales, A. Ch.</b> .....	354
<b>Conquistador, A. Ch.</b> .....	355



**R1234**

**Hemeroteca (Año 1959 Núm.21)  
PP 0-0001**

**IMPRESO EN EL ECUADOR.—Quito  
Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana**